



Blackmoore

JULIANNE DONALDSON

SEDA ROMÁNTICA

Libros de
seda

Blackmoore

Título original: *Blackmoore*

Copyright © 2013, Julianne Clawson Donaldson

Published by agreement with Rights People, London

© de la traducción: Beatriz Vega López

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Germán Algarra

Imágenes de la cubierta: AgeFotostock y Thinkstock

Primera edición digital: enero de 2015

ISBN: 978-84-15854-58-6

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Conversión a libro digital: Books and Chips

Para los soñadores de todos los rincones del mundo.

E

Capítulo 1

Lancashire, Inglaterra. Julio de 1820

El delicado canto de la alondra es sinónimo de pena; el reclamo de la golondrina, una rítmica carrera a dos notas; y la canción del mirlo, un silbido que marca la vuelta al hogar.

Fue la alondra la que me atrajo a la ventana aquella mañana. Detuve mi deambular incesante por la

habitación, apoyé las manos en el alféizar y me asomé para oírla mejor. Durante un breve instante, aquel relato de tristeza y dolor mitigó mi desasosiego. Poco importaba cuántas veces me detuviera a escuchar su canto, las notas finales nunca eran alegres. Solía preferir el canto de la alondra a ningún otro, pero aquel día su lamento solo consiguió acrecentar mi intranquilidad. Me alejé de la ventana y me volví compulsivamente para echar un nuevo vistazo al reloj situado sobre la repisa de la chimenea. Las tres. Maldije el lento paso del tiempo en aquel día en el que nada me quedaba ya por hacer, salvo esperar. Aún faltaban algunas horas hasta que cayera la noche y pudiera irme a dormir. Al día siguiente despertaría y partiría hacia Blackmoore. La espera debería haberme resultado agradable; al fin y al cabo, llevaba toda la vida esperando poder visitar Blackmoore. No obstante, en aquel último día, la espera se me antojaba insoportable. Abrí el baúl de viaje, saqué la partitura de Mozart que había guardado allí esa misma mañana y abandoné mi habitación. En cuanto abrí la puerta, me llegó el sonido de un llanto. Eché a correr por el pasillo y bajé las escaleras de dos en dos. María yacía en mitad de la escalera. —¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre? —pregunté deteniéndome un peldaño por encima de ella. Me incliné sobre su cuerpo postrado mientras por mi mente desfilaban todas las calamidades que podían haberle acontecido a mi hermana pequeña mientras yo me dedicaba a deambular por mi habitación. María se puso boca arriba y se quedó mirando al techo. Tenía su melena castaña y ondulada adherida a sus empapadas mejillas y su pecho se agitaba con ímpetu debido a

la fuerza de sus
sollozos.

—Contéstame, María —exigí zarandeando su brazo con delicadeza—. ¿Qué ha pasado?

—El se... El señor Wilkes se ha ido y no volverá nu... nunca.
Me eché hacia atrás y la miré con recelo.

—¿De verdad estás llorando por el señor Wilkes?
Por respuesta solo obtuve un nuevo sollozo.

Me saqué el pañuelo del bolsillo y lo acerqué a su rostro.

—Tranquilízate, María. Ningún hombre merece todo este sufrimiento.

—¡El señor Wilkes sí!

Me resultaba difícil creerlo. Intenté limpiarle la cara con el pañuelo, pero ella me apartó la mano.

Dejé escapar un suspiro.

—¿Sabes que hay sitios más cómodos que la escalera para llorar?

—¡Madre! —gritó María apretando los puños con furia—. ¡Kitty está siendo desagradable conmigo otra vez!

—Kate —le recordé—. Y no estoy siendo desagradable, solo práctica.

Hablando de ser

prácticos... —Volví a acercar el pañuelo a su cara—. ¿Cómo puedes respirar con tanto líquido en la cara?

María apartó mi pañuelo con un nuevo sollozo.

—Llévate tu sentido práctico a otra parte, yo no lo quiero.

—Por supuesto que no —reliqué notando cómo mi paciencia se esfumaba—. Lo que tú quieres es

llorar en mitad de la escalera por un hombre al que no has visto más de cinco veces.

—¡Madre! —gritó mientras me fulminaba con la mirada—. ¡Kitty está siendo mezquina conmigo otra vez!

—Kate —repetí mientras mi propio enfado iba tomando forma—. Mi nombre es Kate. Y nuestra

madre ni siquiera está en casa, ha salido. En fin, si tú te niegas a entrar en razón, yo me niego a

consolarte. Ahora si me disculpas, Mozart me espera.
Mi hermana me desafió con la mirada y no se movió ni siquiera un milímetro,
por lo que tuve que
agarrarme al pasamanos y saltar por encima de ella para llegar al pie de la
escalera. Entré en el
salón meneando la cabeza, furiosa, y cerré la puerta con firmeza tras de mí.
Al poco, me llegó alto y
claro un nuevo lamento de María. Mi gata, que estaba acurrucada sobre el
pianoforte, arqueó la
espalda y maulló al unísono.
—¡Oh, tú también no! —exclamé fulminándola con la mirada.
Existen muchas maneras de interpretar mal a Mozart, pero una única forma
de hacerlo bien. Se
supone que uno debe interpretar a Mozart con la misma precisión con la que
abordaría una ecuación
matemática. Se supone que la música debe fluir de forma regular, que cada
nota debe ser como el
soldadito obediente que no se toma más que el espacio de tiempo que le ha
sido concedido. En
Mozart no tiene cabida la irritante influencia de la pasión, ni tampoco una
gatita llamada *Cora*
arañándose el hombro en su intento por huir del molesto ruido; aunque
definitivamente lo que no tiene
cabida en Mozart son las hermanas que se lamentan frente a la puerta del
salón en el preciso instante
en el que yo intento practicar.
Después de intentar durante algunos minutos tocar por encima del ruido que
armaba María con sus
sollozos, quedaba claro que estaba interpretando mal a Mozart. De hecho
estaba aporreando las
teclas con tanta pasión que me rompí una uña.
—¡Maldita sea! —murmuré a la par que me llegaba un nuevo lamento desde
el pasillo. Eché la
cabeza hacia atrás y grité por encima del ruido—: ¡No se puede interpretar a
Mozart de esta manera!
¡Es un insulto para su talento musical!

Oí unos pasos presurosos al otro lado de la puerta y los sollozos de María dieron paso a un discurso prácticamente incomprensible.

—Kitty ha sido tan mezquina, madre. No muestra la más mínima compasión por mi sufrimiento y me ha dicho que me fuera a llorar a otro sitio, y eso que cualquiera puede ver que yo no elegí este lugar para llorar, sino que sentí la necesidad de llorar y resulta que estaba cerca de las escaleras cuando el impulso se desató...

—Oh, ahora no, María.

Al oír la voz de mi madre, *Cora* saltó de mis hombros al suelo, cruzó la sala como un borrón de pelo gríseo y se escondió bajo una silla.

Al instante siguiente, la puerta se abrió de par en par y mi madre irrumpía en la sala. Ni siquiera se había detenido a quitarse el sombrero y su pecho subía y bajaba de forma casi violenta debido a su agitada respiración.

—¿Es cierto? —Se llevó una mano al pecho—. No puede ser cierto, Kitty.

—Kate —le recordé.

Seguí tocando sin inmutarme. Mozart requería concentración y, puesto que los sollozos de María habían dado paso a meros gimoteos, me dispuse a aprovechar el relativo silencio.

Sin darme tiempo a reaccionar, mi madre se dirigió con paso airado hacia el pianoforte taconeando con fuerza sobre el suelo de madera y me arrebató la partitura de malas maneras.

—¡Madre!

Me puse en pie e intenté recuperarla en vano, ella dio un paso atrás y la sostuvo por encima de la cabeza. Solo entonces me detuve a observar su rostro detenidamente. El corazón empezó a latirme con fuerza a causa del miedo.

—¿Es cierto? —volvió a repetir con voz queda y temblorosa—. ¿El señor

Cooper te hizo una
proposición de matrimonio y tú la rechazaste? ¿Sin ni siquiera consultarme?
Me tragué mi nerviosismo y me encogí de hombros fingiendo indiferencia.
—¿Qué tenía que consultarle? Ya le he dicho lo que pienso del matrimonio.
—Inicié un nuevo
intento por hacerme con la partitura, pero ella la elevó aún más, sacando
partido de los cinco
centímetros con los que me aventajaba—. ¡Además, se trataba del señor
Cooper! ¡Pero si tiene un pie
en la tumba! Es probable que no viva ni para ver un nuevo año.
—¡Mejor aún! ¡Ojalá todas mis hijas tuvieran tanta suerte! ¿Cómo has podido
desperdiciar esta
oportunidad, Kitty?
Mi labio superior dibujó una mueca de disgusto.
—Ya le he dicho un millón de veces madre que no tengo la más mínima
intención de casarme con
nadie. Ahora, por favor, devuélvame la partitura. Estoy segura de que querrá
que toque bien en
Blackmoore.
Frunció los labios, se puso colorada y tiró al suelo la partitura, que no salió
bien parada. Las
páginas acabaron esparcidas por el suelo, arrugadas, como las alas de un
pájaro herido.
—¡Madre! ¡Mozart!
Me agaché rápidamente para recuperar las páginas desperdigadas.
—¡Oh, madre! ¡Mozart! —se burló con voz chillona y agitando las manos
alrededor de la cara—.
Madre, no quiero hacer nada sensato como conseguir un buen marido. Lo
único que quiero es ir a
Blackmoore y tocar a Mozart y desaprovechar todas y cada una de las
oportunidades que tanto
esfuerzo han supuesto.
Me puse en pie aferrando la partitura contra el pecho y con el rostro
encendido.
—No considero que mis metas, aunque difieran de las tuyas, sean
desperdiciar...

—¡Tus metas! ¡Esta sí que es buena! —Se paseó de un lado a otro delante de mí taconeando con fuerza, como si intentara de paso pisotear también mi voluntad y mi voz—. ¿Y cuáles son exactamente esas metas?

—Ya sabe cuáles son —murmuré. Se detuvo delante de mí con las manos en jarras.

—¿Qué metas? ¿Decepcionar a tu familia? ¿Malgastar unos recursos muy valiosos? ¿Convertirte en una vieja solterona como tu tía Charlotte? —Frunció sus cejas oscuras—. ¿Para eso he invertido en ti? ¿Para no recibir absolutamente nada a cambio salvo una niña tonta a la que solo le preocupan Blackmoore y Mozart?

Alcé la barbilla, decidida a no dejar que me temblase.

—Eso no es cierto. Me preocupan más cosas. La India, Oliver y...

—Oh, no me nombres la India, jovencita. ¡Otra vez no! —Levantó los brazos y me estremecí involuntariamente—. No puedo creer que Charlotte se atreviera a invitarte en contra de mi voluntad.

¡La India! Como si no fueras ya suficiente carga para mí con esa cabezonería tuya y esa...

Se dio la vuelta de pronto y vino con paso airado en mi dirección. «No retrocedas», me dije.

Apreté a Mozart contra el pecho y le ordené a mi barbilla que permaneciera erguida. Le sostuve la mirada.

—Se acabó, Kitty —concluyó levantando un dedo y agitándolo delante de mi cara—. Me he cansado de tu testarudez. Pienso demostrarte que sé lo que es mejor para ti y pienso empezar ahora mismo. No irás a la India. Escribiré a tu tía Charlotte para decirle que ya he tomado una decisión.

Y... —Me agarró por la barbilla y me obligó a cerrar la boca, que se había abierto automáticamente dispuesta a protestar. A esa distancia podía oler su aliento a té rancio.

Continuó en un susurro—: Y
no irás a Blackmoore. Te quedarás aquí hasta que aprendas cuál es tu sitio y
no te molestes en
recurrir a tu padre o aún tendrás más problemas de los que ya tienes.
Al soltarme, un brillo triunfal centelleaba en sus ojos marrones.
Negué con la cabeza mientras el corazón me latía con fuerza.
—No, madre. Por favor... Blackmoore no. Por favor, no me arrebate
Blackmoore...
—¿No? ¿No? —Alzó un dedo, me silenció con la más dura de sus miradas y
prosiguió en voz baja
—: Ve a tu habitación y deshaz las maletas, Kitty.
Miré a mi madre fijamente a los ojos. Eran del mismo color que un viejo
cepo oxidado que había
encontrado en el bosque a los siete años y que con sus fauces de hierro tenía
apresado a un conejo. El
pobre animal ya no luchaba cuando lo encontré, aunque aún respiraba y pudo
verme. Sus ojos se
movieron cuando me incliné sobre él. Intenté liberarlo por todos los medios,
pero el viejo metal
oxidado se negaba a obedecer a mis dedos entrometidos.
A la desesperada, acabé por salir corriendo hacia la casa de los Delafield y
arrastré a Henry hasta
el bosque. Este echó un vistazo al conejo y negó con la cabeza. Agarró una
piedra grande y me
ordenó que me diera la vuelta y que me tapara los oídos. Empecé a llorar,
pero hice lo que me había
pedido.
Poco después, cuando apoyó su mano en mi hombro, abrí los ojos y bajé las
manos. Dijo que el
pobre animal había dejado de sufrir. Que era lo mejor que podíamos haber
hecho por él. Imagino que
después de aquello Henry se deshizo del cepo, ya que nunca más volví a
verlo, a pesar de que iba al
bosque casi todos los días. Sin embargo, nunca pude olvidarlo. No pude
borrar de mi mente sus
dientes enormes, ni su color oxidado o la tenacidad de su mordedura.

En aquel preciso instante, vi la misma tenacidad fría en los ojos de mi madre. Pensaba arrebatarme Blackmoore y la esperanza de viajar a la India, y no había nada que yo pudiera hacer para detenerla. No podía escapar de ella ni de su voluntad. Y la desesperación me golpeó con sus puños, puños que me vi incapaz de esquivar.

—Mi nombre —repliqué en voz baja— no es Kitty. ¡Es Kate!

Pasé de largo por su lado, me agaché para sacar a la gata de debajo de la silla y salí del salón sin derramar ni una sola lágrima. Pero fuera tropecé con María, pues había olvidado que se hallaba tirada en mitad de la escalera, y caí sobre los codos mientras sujetaba a *Cora* y a Mozart.

No lloré, a pesar de que un dolor intenso me subió por los brazos y de que *Cora* me arañó la mejilla en su esfuerzo por escabullirse. No lloré al ponerme en pie con dificultad en medio de los gritos que María profería para recordarme que mirara dónde pisaba; ni lloré mientras subía los escalones que me quedaban, recorría el pasillo hasta la última habitación a la derecha y cerraba la puerta con llave tras de mí.

Dejé a *Cora* en el suelo y arrojé la partitura sobre la cama. Me dolían los codos y las espinillas; sin embargo, el dolor retorcido de la impotencia gritaba más alto que ningún dolor físico. Me llevé ambas manos a la cabeza y me puse a caminar por la estancia de aquí para allá mientras luchaba contra las ganas de llorar. Tendría que haber previsto algo así. Cuando estaba a punto de conseguir lo que de verdad anhelaba, mi madre solía aparecer de pronto y arruinarlo todo. No obstante, lo que más me enfurecía no era la intromisión de mi madre, sino la sensación de absoluta impotencia que me embargaba. A mis diecisiete años, estaba presa en aquella casa de piedra y

cristal, de sentimientos
gélidos y de expectativas que nunca satisfaría.
Un grito ahogado azotó mi garganta y me poseyó la necesidad arrolladora de destruir algo. Sentí miedo y me quedé paralizada. La última vez que me había dejado llevar por ese sentimiento, lo había lamentado profundamente. Mis ojos se detuvieron en la tablilla suelta que había bajo la ventana y acto seguido me volví hacia el baúl de madera que guardaba a los pies de mi cama. Llevaba cerrado tanto tiempo. Aunque tampoco perdía nada por echar un vistazo a su contenido.

Intenté levantar la tablilla suelta que había bajo la ventana con manos temblorosas, cuando un crujido en señal de protesta me anunció que había conseguido liberarla. Introduje la mano en el agujero y con las yemas de los dedos fui palpando la vieja madera astillada hasta que mis dedos se cerraron en torno al suave metal de una llave. Me arrodillé delante del baúl de madera y observé la cerradura que no había abierto en años. Finalmente, respiré hondo, metí la llave, la giré y levanté la tapa.

Un intenso aroma a cedro me dio la bienvenida. Se trataba del olor de mi infancia, del olor de mis secretos. Contuve la respiración al sacar la maqueta del baúl; siempre me parecía más pesada de lo que recordaba. La dejé en el suelo, bajé la tapa y luego la coloqué con cuidado encima del baúl.

Me senté en cuclillas y observé la maqueta de madera con una mezcla de admiración y pesar.

Siempre era así. La adoraba, pero al mismo tiempo me invadían los remordimientos. La adoraba por lo que era y sentía remordimientos por lo que le había hecho. Recorrí con el dedo el contorno del tejado y me detuve al llegar al punto en el que estaba estropeado, al alcanzar

los restos astillados de
lo que había sido un trabajo de artesanía laborioso. Aparté el dedo, me salté
el destrozo y volví a
apoyarlo donde la maqueta estaba intacta. «Te presento Blackmoore», susurré
para mí. «Tiene treinta
y cinco habitaciones, doce chimeneas, tres plantas, dos alas...».

—¡E

Capítulo 2

Cuatro años antes

*s injusto que paséis todos los veranos en Blackmoore y que yo no haya
podido ir ni una
sola vez! Pensaba que ibas a preguntarle a tu madre si este año podía ir con
vosotros.*

*Sylvia, mi mejor amiga, estaba sentada junto a la ventana y me observaba
con el ceño fruncido.*

*—Lo sé —admitió tendiéndome una mano reconfortante que no quise aceptar
—. Lo siento, Kitty.*

*Ya sabes que se lo he preguntado miles de veces, pero ha vuelto a decir que
no.*

*—Pero ¿por qué? En Blackmoore hay habitaciones de sobra y tampoco como
mucho. No habría
estorbado. ¿Por qué ha dicho que no? —Mi frenético deambular me llevó
hasta el otro extremo de
la estancia y de vuelta a mi posición inicial antes de que Sylvia me hubiese
respondido—. ¿Tiene*

algo contra mí? ¿Ese es el motivo por el que no me ha invitado?

Sylvia se encogió de hombros y negó con la cabeza sin mucha convicción.

—No puedo responderte a eso.

*Me dejé caer en el sofá a su lado, me cubrí el rostro con las manos y proferí
un grito*

inarticulado. El pelo me cayó sobre los hombros como un nubarrón.

Oí pasos y después la voz de Henry.

—¿A qué vienen esos gritos?

*—Kitty vuelve a estar lamentándose por no poder venir a Blackmoore —
aclaró Sylvia con cierto*

aire de paciencia forzada que me obligó a enderezarme y dejar caer las manos.

—Tú no puedes entenderlo. Ninguno de los dos lo hacéis. —Miré a uno y a otro. Ambos me

observaban como si me hubiese vuelto loca—. Vosotros siempre habéis podido ir y yo nunca.

No entendían lo que había sentido al verlos marchar todos los veranos hasta donde alcanzaba

mi memoria. No podían ni imaginar la angustia que me sobrecogía al pensar que ellos estaban

explorando la costa, los páramos, aquel caserón y sus pasadizos secretos mientras yo

contemplaba las mismas paredes de piedra y los mismos setos que había visto toda mi vida.

—Solo es una casa, Kitty —refunfuñó Sylvia.

Me miraba como si hubiese perdido el juicio.

—No es tan solo una casa, no —rebatí negando con la cabeza.

Y no lo era. Al menos, no para mí. Para Sylvia, Blackmoore no era más que la casa de su abuelo,

un lugar en el que su familia se reunía todos los años para pasar el verano.

Para mí, sin embargo,

ir a Blackmoore significaría liberarme de la jaula en la que llevaba encerrada toda la vida. En mi

imaginación, suponía una forma de escapar a la monotonía interminable e inamovible de mi

hogar.

—¿Y qué es si no? —preguntó Henry.

Sus ojos grises habían adquirido un cariz más serio del que era habitual en ellos y me

observaban como si mi respuesta fuera de gran importancia.

—Es también aventura —afirmé. Y la mera palabra me supo a libertad—.

Nunca he salido de

este condado en el que nací, nunca he visto el océano ni los páramos, y todos los veranos los dos

me abandonáis para ir a ese caserón encaramado en lo alto de un acantilado, con vistas al océano

y los páramos a la espalda. Y luego me tomáis el pelo... —Miré intencionadamente a Henry, que me respondió con una leve sonrisa desprovista de arrepentimiento—. Además, me tomáis el pelo con rumores de fantasmas que pueblan los páramos, con historias de pasadizos secretos por doquier y de temibles contrabandistas; y os negáis a decirme si algo de eso es cierto en realidad.

—Dejé escapar un suspiro y confesé en un murmullo—: Daría cualquier cosa por ir a Blackmoore.

—¿Cualquier cosa, seguro? —repitió él, dubitativo—. Me parece que estás exagerando.

—¡No estoy exagerando, Henry! Te juro que daría cualquier cosa por ir.

—¿Cómo qué?

Intenté pensar en un ejemplo apropiado para que comprendieran la intensidad de mis

sentimientos. Bajé la vista. Los dedos no. Necesitaba todos los dedos de las manos para tocar bien

el pianoforte. ¿Y los de los pies? ¿Quizás uno de los pequeños?

—Daría un dedo pequeño del pie por ver Blackmoore —anuncié.

Sylvia palideció, pero a Henry se le iluminaron los ojos.

—¿Un dedo pequeño del pie? —preguntó—. ¿Uno grande no?

Me mordí el labio inferior.

—No. Creo que los grandes son fundamentales para el equilibrio. Uno pequeño. Quizás el más

pequeño de todos.

Henry se inclinó hacia adelante, los ojos le brillaban con malicia.

—¿Y cómo te lo cortarás?

—¡Henry! —intervino Sylvia.

Él alzó una mano para mandarla callar y me desafió con la mirada.

Tragué saliva.

—Pues... Pues le pediré a nuestra cocinera, la señora Barlow, que me lo corte.

Sylvia parecía horrorizada.

—¿Sangre en la cocina? No, Kitty. Eso es impensable.

Intenté reflexionar sobre ello con valentía.

—Tampoco sería algo tan terrible. Seguro que en una cocina hay algo de sangre de vez en

cuando, procedente de la carne cruda o...

Sylvia se cubrió las orejas con las manos y negó con la cabeza.

—No sigas, te lo suplico.

Henry apenas podía contener su sonrisa, aunque parecía esforzarse por conseguirlo.

—¿Y qué harías con el dedo, eh? ¿Existe algún mercado en el que se puedan intercambiar dedos

de los pies por viajes a Blackmoore?

Mi frustración se tornó rápidamente en furia. Agarré el cojín que tenía al lado y se lo arrojé a

Henry. Él lo apartó de su trayectoria con una facilidad exasperante.

—No sé si existe semejante mercado, Henry Delafield. Quizá puedas decírmelo tú, puesto que

algún día serás el dueño de Blackmoore. ¿Y bien? —Imité su media sonrisa exasperante—. ¿Existe

un mercado de dedos? —Me incliné hacia adelante y empecé a desatarme una bota—. Porque me

lo cortaré ahora mismo para pagarme el viaje a Blackmoore y no me importa si a vuestra cocinera

le molesta que haya sangre en la cocina.

Mis dedos temblorosos no podían deshacer las lazadas, que parecían haberse convertido en

nudos resistentes. Tiré de ellas sin éxito, se me enrojeció el rostro y mis ojos se entelaron con la

amenaza de las lágrimas. Parpadeé con fuerza y miré la maraña de cordones con los ojos

entrecerrados. De pronto Henry pasó por encima de Sylvia, la hizo a un lado y se sentó junto a mí,

luego tomó mis manos y las apartó de las botas.

—Kitty —suplicó con voz queda—, detente. Detente. —Intenté soltarme, aunque sin mucho afán

—. Lo siento —susurró acercando su cabeza a la mía—. No debería haberte tomado el pelo con

*Blackmoore sabiendo cómo te sientes al respecto.
Sus palabras tuvieron el mismo efecto sobre mí que el agua sobre el fuego.
Aparté mis manos de
las suyas, me cubrí el rostro y respiré hondo. Había vuelto a reaccionar de
manera exagerada.
Era uno de mis mayores defectos. En realidad, era el de todas las mujeres de
la familia
Worthington. Sin embargo, ahora que el fuego de mi rabia se había apagado
me sentía
avergonzada, aunque no menos triste, ni menos despojada de mi sueño, ni
menos frustrada.
Durante un instante, sentí la mano de Henry apoyada con delicadeza sobre
la parte posterior de
mi cabeza inclinada.
—Venga, Kitty, dejemos por hoy la sangre —propuso con un tono de voz
despreocupado y
zalamero—. En su lugar, vamos a planear lo que harás mientras estemos de
viaje. Deberías correr
una gran aventura para tener algo emocionante que contarnos a nuestro
regreso.
Bajé las manos y me volví hacia él.
—Sabes tan bien como yo que aquí no hay aventuras o ya las habríamos
encontrado. En todo
caso, vivir una aventura uno solo no es divertido. —Me crucé de brazos,
huraña y resentida—.
Pero mi pregunta sigue siendo por qué. ¿Por qué vuestra madre nunca me ha
dejado ir?
Tanto Henry como Sylvia permanecieron callados, aun cuando los miré
directamente a los ojos
exigiendo una respuesta. Una sospecha desagradable fue abriéndose paso en
mi mente, ayudada
por la fuerza aplastante de los celos, y me susurró en la cabeza una pregunta
tan repulsiva que
hice una mueca de disgusto con la boca, como si hubiese mordido algo
amargo.
—¿Le toca ir a Blackmoore, también este año, a la señorita St. Claire?*

La reticencia de Henry fue mi respuesta. Sylvia me dedicó una mirada llena de compasión.

Mis sospechas —mis celos— rieron con júbilo y se acomodaron en mi cabeza como si hubiesen

decidido prolongar su visita. Hice una mueca con el labio al imaginar a Henry y a Sylvia pasando

un mes en Blackmoore precisamente con la señorita St. Claire.

—Al parecer, vuestra madre no se opone a invitar a gente, sino solo a invitarme a mí.

—No es nada personal, Kitty. Ya sabes que mi madre quiere casar a Henry con la señorita St.

Claire...

—¡Sylvia! —Henry le dedicó a su hermana una mirada de advertencia.

Sylvia se quedó boquiabierta.

—¿Qué? ¡No es ningún secreto! Todos lo sabemos desde hace años.

Nadie añadió nada más durante un buen rato. El silencio se me antojó de lo más violento. Fijé la

vista en la tela amarilla con la que estaba tapizado el sofá y pensé en lo celosa que estaba de la

señorita St. Claire, a la que ni siquiera conocía.

De repente, Henry se volvió hacia mí y yo me sobresalté. Le contemplé sorprendida. Sus ojos

grises parecían de acero y, por un momento, distinguí algo en ellos que no había visto hasta

entonces: una voluntad indómita.

—Algún día vendrás a Blackmoore, Kitty. Te lo prometo. —Tomó mi mano una vez más y la

apretó entre las suyas con fuerza—. Te doy mi palabra.

Mantuve la boca cerrada para que de ella no se escapara mi incertidumbre.

La señora Delafield

siempre se salía con la suya. Siempre. Si ella no me quería en Blackmoore, nunca pondría un pie

allí. Al final, sin embargo, como no dejaba de apretarme la mano y estaba empezando a hacerme

daño, se la apreté a mi vez.

—De acuerdo —susurré rindiéndome y esbozando una sonrisilla por él.

El mes siguiente pasó despacio, tanto que pensé que me volvería loca. Durante aquel interminable mes de verano lleno de inactividad, monotonía y de una nada que parecía no tener fin, cada vez que pensaba en los Delafield en Blackmoore con la señorita St. Claire, apretaba los dientes y maldecía por lo bajo. Pero al fin, un día como cualquier otro, oí decir a un miembro del servicio que los Delafield habían por fin regresado. Bajé corriendo las escaleras, me agarré al pasamanos para tomar la curva en la primera planta y salté los últimos tres escalones. Entonces me di cuenta de que la puerta principal estaba abierta. Jameson, nuestro mayordomo, se encontraba de pie en el umbral y me impedía ver quién era. Cuando interrumpí mi carrera, aún sorprendida, oí que una voz me llamaba. —Si eres tú, Kitty, tápate los ojos. Se me aceleró el corazón al oír la voz de Henry y me agaché para intentar ver más allá de la espalda de Jameson. —¡Lo digo en serio! Tápate los ojos o daré media vuelta y me iré a casa ahora mismo, y nunca verás tu sorpresa. Dejé escapar un suspiro y me cubrí los ojos con una mano. —De acuerdo, ya está. Tuve que esperar mucho rato mientras oía cómo alguien pasaba por mi lado arrastrando los pies en dirección al salón. Solo mi total confianza en la amenaza de Henry me llevó a seguir con los ojos tapados, ya que la paciencia no era una de mis virtudes. —¿Puedo mirar ya? —supliqué. Una mano tomó la mía en respuesta a mi pregunta. —No, mantén los ojos cerrados —me susurró Henry cerca de la oreja. El corazón se me aceleró a causa de la emoción—. Por aquí —añadió tirando de mí.

Choqué contra una pared, después contra el marco de una puerta y finalmente di con la rodilla en uno de los muebles.

—¡Ay! ¿No puedes tener más cuidado?

—¡Chis! Prohibido quejarse.

Henry me soltó y se situó justo detrás de mí.

—Ahora. Ya puedes mirar.

Abrí los ojos tan rápido como pude y contemplé con estupor lo que tenía delante. Henry me había conducido hasta el comedor y sobre la mesa reposaba lo que parecía ser la maqueta de una casa.

Volví la cabeza para interrogar a Henry con la mirada y entonces lo vi por primera vez. Aunque solo había transcurrido un mes, estaba cambiado. Llevaba el pelo más largo y me pareció que lo tenía más oscuro; siempre volvía de Blackmoore con el cabello más claro debido al sol, pero ese año se le había oscurecido y había adquirido un tono dorado más próximo al castaño. También las pecas que salpicaban sus mejillas habían perdido intensidad. Al menos, sus ojos grises y aquel círculo como el carbón que delimitaba su perímetro seguían allí. Y en aquel instante, me quedé paralizada al descubrir la amplia sonrisa que iluminaba su rostro.

Henry dio un paso al lado y con gestos grandilocuentes señaló la maqueta.

—Señorita Katherine Worthington, le presento Blackmoore.

El corazón me latía con tanta fuerza que hasta dolía. Miré la maqueta y luego otra vez a él y cuando asintió con una sonrisa en los labios, me arrodillé para examinar la casa. Las ventanas, la madera pintada imitando la piedra, la puerta principal, las chimeneas. No faltaba nada.

—¿De dónde la has sacado? —pregunté maravillada.

—La he hecho yo.

Levanté la vista y le miré asombrada.

—¿Tú?

—Mi abuelo me ayudó a diseñarla —aclaró con tono despreocupado— y Sylvia me echó una mano al final con la pintura, pero la mayor parte del trabajo la he hecho yo. —¡Ha debido de ocupar todas las horas de luz de tus vacaciones! Se limitó a levantar un hombro con indiferencia, pero la media sonrisa que esbozaba me dio la razón. ¡Eso explicaba su aspecto! Fui consciente entonces de lo que le había supuesto aquel proyecto. A Henry le encantaba estar al aire libre en Blackmoore. Se pasaba el día entero en los páramos o en la playa y le encantaba ir a observar los pájaros acompañado por el jardinero. Solo el mayor de los estímulos podría haberle mantenido encerrado durante todo el mes.

Me sentí abrumada y, de pronto, me faltó la voz. Carraspeé.

—No te ha debido de quedar mucho tiempo para la señorita St. Claire. Henry se arrodilló a mi lado y contuvo una sonrisa. Al hacerlo, una línea se dibujó en su mejilla.

—No, no mucho.

Asentí con la cabeza mordiéndome el labio. Una pregunta se había quedado en el aire. La tenía en la punta de la lengua, pero no me atrevía a formularla. Sin embargo, quería saberlo.

Necesitaba saber si la había construido para mí, si aquello significaba algo, si yo significaba algo para él.

—Supongo que ahora estoy en deuda contigo y tendré que encontrar alguna forma de

compensarte. —Contuve la respiración y me sonrojé—. Después de haber renunciado a tus vacaciones y a la señorita St. Claire...

Henry me miró de reojo y sonrió satisfecho.

—No la he hecho por ti, Kitty.

—Ah, ¿no?

Me sobrecogió una mezcla de alivio y decepción.

Él negó con la cabeza.

—No, mocosa desagradecida.

Se acercó a la maqueta para examinarla y ladeó la cabeza. Luego puso la mano sobre el

diminuto picaporte de la puerta principal y la abrió.

—La he hecho por los dedos de tus pies.

Contuve un grito de alegría. Bajé la cabeza y eché un vistazo por el hueco de la puerta abierta.

El suelo, blanco y negro, me recordaba a un tablero de ajedrez, en un lateral había una chimenea

y al fondo un arco daba paso a una gran escalinata.

Me mordí el labio para no sonreír y cerré con fuerza los ojos para no llorar.

Era sencillamente

impresionante.

—Los dedos de mis pies te dan las gracias —susurré al fin.

Sentí cómo su sonrisa se ensanchaba a pesar de que no me volví para mirarlo. Era como un rayo

de sol sobre mi rostro y me ruboricé.

—Tiene treinta y cinco habitaciones —explicó señalando la maqueta—, doce chimeneas, dos

alas, un invernadero, establos y unas vistas espléndidas. Se dice que existe un pasadizo secreto

que utilizaban los sacerdotes durante el tiempo de la Reforma, aunque ni confirmaré ni

desmentiré los rumores, pues estoy convencido de que la incertidumbre hará que la casa te

parezca aún más fascinante y misteriosa.

Aparté la mirada de la maqueta y la fijé en su rostro. Hablaba deprisa, estaba diciendo algo así

como que la biblioteca contenía más de tres mil libros; aunque lo único que yo veía era a Henry:

aquel brillo en sus ojos grises, la sombra de un reguero de pecas en sus mejillas bronceadas, su

pelo de color oro viejo cayéndole sobre la frente y la singularidad de sus labios, capaces de

sonreír mientras hablaba.

—Está encarada al océano y detrás de ella se encuentran los páramos. Y ahora ya lo sabes — resolvió en tono triunfante—. Ahora ya sabes exactamente cómo es Blackmoore. Algún día la verás, tal y como te prometí. —Me miró a los ojos esbozando una cálida sonrisa—. Hasta entonces puedes quedártela.

A

Capítulo 3

1820

Alguien llamó a la puerta. Dos golpes..., una pausa..., dos golpes más. Era la señal de Oliver.

El ruido me sacó de mi ensoñación y alcé la vista de golpe. Cuatro golpes más. Oliver de

nuevo. No abrí la puerta más que una rendija para que no pudiera ver el interior de la habitación o,

más bien, para que no descubriera la maqueta destrozada de Blackmoore.

Oliver estaba pegado a la puerta. Su pelo castaño le cubría los ojos color avellana. Necesitaba un

corte de pelo; tendría que hablar con la señora Barlow, nuestra cocinera.

—¿Qué pasa? —pregunté con la esperanza de que no notara mi aflicción.

Curvé las comisuras de los labios hacia arriba intentando sonreír por él, aun cuando no lo habría

hecho por nadie más.

Me hizo señas para que me acercara doblando uno de sus deditos sucios.

—El señor Cooper va a venir a cenar —me susurró al oído cuando bajé la cabeza.

—¡No! —exclamé echándome hacia atrás.

Él asintió con la cabeza.

—He oído cómo nuestra madre se lo decía a la señora Barlow.

¿El repulsivo señor Cooper, al que ya había rechazado, pensaba venir de nuevo? Mi madre debía

de haberle dado motivos para que regresara. Seguro que le había hecho pensar que yo había

cambiado de idea. Al parecer, no me quedaba más remedio que huir de allí.

—Gracias, Ollie —admití dejando escapar un suspiro.

Él extendió la mano.

—¿Me das un penique para un dulce, por favor?

Su sonrisa era tan irresistible que no pude negarme. Saqué dos peniques de mi ridículo y los

deposité en su mano, pero antes de que pudiera apartarla, la agarré y le di la vuelta. Chasqué la

lengua para mostrar mi desaprobación.

—Ve a lavarte esas uñas, hombrecito. Están sucísimas.

Él se echó a reír y un brillo de malicia se asomó a sus ojos.

—¡Me gustan así!

Salió corriendo por el pasillo aferrando los dos peniques y no pude evitar sonreír al oír cómo

bajaba estrepitosamente por la escalera de madera. Era el único al que echaría de menos cuando

partiera al día siguiente hacia...

Interrumpí mis pensamientos. No, ya no partiría hacia Blackmoore al día siguiente. La

desesperación volvió a invadirme. No solo me quedaría sin ir Blackmoore, sino que además tendría

que sufrir la compañía del señor Cooper durante la cena. Era más de lo que podía soportar.

En ese preciso instante, un silbido se elevó por el aire e invadió la habitación. Era el gorjeo del

mirlo. Fui corriendo hasta la ventana, apoyé las manos en el alféizar, asomé la cabeza y miré hacia

abajo. Henry se hallaba bajo mi ventana con las manos abocinadas delante de la boca para proyectar

su silbido.

—He colocado la diana —gritó—. Ven a disparar unas flechas conmigo.

Le mandé callar llevándome un dedo a los labios y desaparecí en el interior de la habitación.

Guardé rápidamente la maqueta de nuevo en el baúl, lo cerré y metí la llave otra vez en su escondite

antes de regresar a la ventana y pasar una pierna por encima del alféizar.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Henry desde el suelo.

—¿Podrías hacer el favor de bajar la voz? —susurré ferozmente mientras pasaba la otra pierna—.

¿Qué te parece que estoy haciendo? Saliendo de casa.

—Kate, no. Por la ventana, no. Utiliza las puertas como las personas normales.

—No puedo. Mi madre me vería. —Di media vuelta y aferré el extremo del alféizar que daba a mi habitación, de modo que mi barriga quedó apoyada sobre la madera—. Solo se ha vuelto un poco más difícil desde que se rompió la celosía el verano pasado.

Busqué una grieta entre las piedras con la puntera de la bota. En ese momento, Cora decidió que

había llegado la hora de venir a husmear y saltó sobre mi cabeza.

—Oh, no. Ahora no —me quejé—. ¡Baja de ahí!

Sin embargo, tras asomarse para ver más allá de mi cabeza, prosiguió caminando despacio y con elegancia por mi espalda. Henry se echó a reír.

—Esto es culpa tuya —murmuré—. Intenta llegar a ti.

Justo entonces, Cora debió de pensar que la pendiente era demasiado pronunciada para ella,

porque me clavó las uñas en las piernas y la espalda. Di una sacudida a causa del dolor y la gata

perdió el equilibrio. Maulló de forma lastimera y pataleó intentando agarrarse a algo, aunque sin

mucho éxito. Miré por encima del hombro y vi cómo daba vueltas en el aire mientras caía. Por suerte,

Henry la atrapó antes de que se golpeará contra el suelo.

—¡Bien hecho! —exclamé.

Henry la dejó en el suelo y luego alzó los brazos en mi dirección.

—Déjate caer y yo te atraparé —me propuso mientras yo seguía buscando a tientas el punto en el que solía apoyarme.

—No necesito tanta ayuda. Espera a que encuentre la grieta y entonces me das la mano...

—¿De verdad importa la cantidad de ayuda que te preste? Voy a ayudarte de todos modos. Déjate

caer y te atraparé al vuelo.

—Con una mano bastará.

Henry murmuró algo entre dientes. Pero entonces encontré la grieta, metí la puntera de la bota en

ella y deslicé las manos hasta el extremo exterior del alféizar.

—¿Qué andas murmurando? —pregunté.

—Testaruda. Algo sobre una joven testaruda a la que conozco.

De pronto, me llegó a través de la ventana un ruido de pisadas. Mi madre se dirigía a mi habitación

para hablar conmigo y, a juzgar por el vigor de sus pasos, seguía enfadada.

Llamó a la puerta con

fuerza y en ese instante recordé que no había cerrado con llave después de la visita de Oliver. Me

solté del alféizar y me dejé caer; no tenía la menor duda de que Henry me atraparía. Por el rabillo del

ojo vi cómo se abalanzaba hacia adelante y me agarraba por la cintura a tiempo para frenar la caída.

Tropecé al poner los pies en el suelo, pero él me ayudó a levantarme y echamos a correr hasta haber

doblado la esquina de la casa. Apoyé la espalda en la pared de piedra mientras intentaba acallar mi

respiración.

—¿Kitty? ¡Kitty! —se escapó la voz de mi madre a través de la ventana abierta.

Henry me miró fijamente y la diversión presente en su rostro dio paso de pronto a la preocupación.

—Estás disgustada.

Apreté los labios negándome a confirmar o negar su afirmación. Henry entrecerró los ojos.

—¿Quién te ha disgustado?

—¡Kitty! —volvió a gritar mi madre, más fuerte esta vez—. ¡Katherine Worthington, contéstame

inmediatamente! Como hayas vuelto a saltar por la ventana...

Segundos después, Henry se apartó de mi lado y dobló la esquina de la casa.

Presa del pánico,

intenté atraparlo para impedirselo, pero ya estaba demasiado lejos. Lo único

que podía hacer era quedarme quieta y esperar en tensión. Cora empezó a enroscarse entre mis tobillos sin dejar de maullar y tuve que tomarla en brazos para que se callara.

—¡Ah, Henry! —exclamó mi madre visiblemente encantada. Podía imaginármela alisándose el cabello, asomándose aún más y sonriendo a Henry cuando este levantara la vista hacia ella—. Estoy buscando a Kitty. ¿No la habrá visto, por casualidad?

—Hoy no. Puede que haya ido al pueblo.

—Mmm... Quizá tenga razón. Enviaré a alguien del servicio a buscarla inmediatamente. Gracias, Henry. Es un muchacho adorable. —Hizo una pausa, luego bajó la voz y se echó a reír con una risa grave y gutural—. Ay, querido Henry, ¡si ya no es ningún muchacho! Sin duda es más apuesto cada día que pasa. —Cerré los ojos muerta de la vergüenza—. Tiene que venir a cenar esta noche. No sé cuántas veces le habré dicho a Kitty que le invite desde que su madre y Sylvia se marcharon a Londres, pero no me hace caso. Quiero que venga a cenar, querido Henry. — Su voz era de lo más seductora—. Lo estoy deseando.

Cora maulló y se revolvió en mis brazos, solo entonces me di cuenta de que estaba estrechándola con demasiada fuerza, casi estrangulándola. Relajé un poco los brazos, aunque no la solté, y escondí el rostro entre su pelaje. Ojalá hubiese podido esconderme toda entera en algún lugar muy, pero que muy alejado de mi bochornosa madre.

—Gracias por la invitación, señora Worthington, pero debo rehusarla. George ha invitado a los Farnsworth a cenar esta noche y cuentan con mi asistencia.

—Entiendo. —Su voz adquirió un tono lastimero—. Aunque estoy segura de que su hermano y su mujer se las apañarían sin usted por una noche.

—Lo siento. Quizás en otra ocasión. Si me disculpa...

—Está bien, pero le tomo la palabra. Un día de estos, Henry, cenará a mi vera.

Poco después, Henry dobló la esquina y se detuvo delante de mí. Me sentía horrorizada, pero aun así levanté la vista despacio. El joven tenía las mejillas sonrojadas y apretaba los labios con firmeza, como si estuviera intentando por todos los medios no hacer ningún comentario. Sin embargo, cuando me miró, solo vi ternura en sus ojos, la arruga que dibujaba su boca en su mejilla se suavizó y me obsequió con una breve sonrisa.

—Como te iba diciendo, la diana está dispuesta y creo que he despistado a tu madre. ¿Vienes?

Me temblaba todo el cuerpo de rabia y vergüenza. Ojalá hubiese podido disculparme por mi madre, pero hacerlo hubiese sido como reconocer su comportamiento y no estaba preparada para algo así.

—Es exactamente lo que necesito ahora mismo.

Dejé a la gata en el suelo, me aseguré de que no hubiese nadie en las ventanas cercanas y salimos disparados hacia el bosque con Cora pisándonos los talones. El claro se encontraba situado casi a medio camino exacto de nuestras casas. Cuando llegamos, Henry se quitó la levita y la colgó de la rama de un árbol. La diana estaba colocada junto a un arce enorme y, apoyados en un tocón, nos aguardaban dos carcajes y dos arcos. Lo encontré todo como debía estar, exactamente igual que en las innumerables ocasiones en las que habíamos estado allí mismo practicando el tiro con arco, pero me sentía tan furiosa con mi madre que dudaba que fuera capaz de dar en el blanco.

Agarré un arco y un carcaj lleno de flechas. Henry se colocó a mi lado y me observó en silencio.

Me temblaban las manos por la rabia. Inspiré hondo mientras levantaba el

arco y afinaba mi puntería.

Disparé la flecha, pero esta cayó lejos de su objetivo. No fue ninguna sorpresa, pero aun así dediqué

una mirada de odio a la diana que había osado ofenderme.

Henry colocó una flecha en el arco, tensó la cuerda y entrecerró los ojos mientras observaba la

diana. El sol hacía brillar su cabello. Lanzó la flecha, que fue a parar al centro de la diana con un

triumfante golpe seco. Él nunca fallaba.

—¿Ya estás lista para hablar? —preguntó.

Tomé otra flecha y la coloqué en el arco mientras consideraba su pregunta.

Miré fijamente la diana

e imaginé que se trataba de los ojos calculadores de mi madre.

—Mi madre —respondí al tiempo que disparaba la flecha.

Se clavó en la circunferencia exterior de la diana. ¡Patético!

—¡Cómo no! —exclamó Henry—. Pero ¿qué ha hecho esta vez tu adorada madre?

Su segunda flecha dio en el blanco con la misma solidez que la primera.

—Es la madre más insensible del mundo —declaré haciéndome con otra flecha—. No entiende mis

sueños, ni tiene en cuenta mis deseos. Lo único en lo que piensa es en que consiga marido. Y ya

sabes lo que pienso yo sobre el matrimonio.

Solté la cuerda. En esta ocasión, la flecha se perdió en la hierba.

—Por supuesto.

—¡Claro! —Tomé otra flecha. Estaba disgustada con ellas por desviarse de su camino, con Henry

por seguir tan tranquilo cuando yo estaba tan furiosa y con mi madre por no entenderme en absoluto

—. Porque... ¿cuántas veces me has oído jurar que nunca me casaré?

Esbozó una media sonrisa.

—¿Cuántas veces? No llevo la cuenta, Kate.

—Aproximadamente.

—Está bien —cedió dejando escapar un suspiro—. Unas treinta, como mínimo, desde Navidad. Tal

vez unas cincuenta durante el año pasado. Deben de sumar un centenar en

total.

Me sentí satisfecha.

—¿Y crees que hablo en serio en cuanto a mi propósito?

—Sí.

Henry tenía la mandíbula rígida mientras apuntaba con la flecha a la diana.

—¿Lo ves? Tú me entiendes en lo que respecta a este asunto y no eres más que mi amigo. Sin

embargo, mi propia sangre...

Mi comentario le hizo perder la concentración, ladeó rápidamente la cabeza para mirarme y se le

cayó la flecha al suelo. Henry bajó el arco y me escudriñó con sus ojos grises como el acero. Luego

volvió a subirlo y se concentró en la diana.

—¿Solo tu amigo? —Entrecerró los ojos y apretó los labios, de modo que se le dibujó una arruga

en la mejilla—. Creo que merezco un calificativo mejor.

—¿Como cuál? —pregunté mirándolo con recelo.

—Oh, pues no sé. —Lanzó la flecha, que dio de nuevo en el blanco—. ¿Qué tal «el realizador de tus deseos»?

Se me escapó una carcajada escandalosa.

—¿El realizador de mis deseos? —Una sonrisa se dibujó en su rostro—.

Nunca te llamaré así —

afirmé con rotundidad mientras me hacía con otra flecha.

—¿Y por qué no? Me lo he ganado. Creo que deberías usar ese título cada vez que te dirigieses a

mí.—

¿Por qué crees que te lo has ganado?

—Te regalé a tu gata y es lo que más quieres en este mundo —respondió señalando a Cora, que

yacía en la hierba no muy lejos de nosotros—. Por lo tanto, hice realidad uno de tus mayores deseos.

Le dediqué una mueca burlona, luego tensé la cuerda y lancé la flecha. Dio en el blanco. ¡Por fin!

Sonreí satisfecha.

—No pienso llamarte «el realizador de mis deseos». Es ridículo.

Henry se volvió hacia mí con una sonrisilla de satisfacción.

—Bueno, tus cejas han vuelto por fin a una altura normal.

—Se supone que no puedes mofarte de mis cejas, ¿recuerdas? Hicimos ese pacto hace cinco años.

—Fue un acuerdo para una sola vez al que accedí después de que intentaras afeitártelas con la navaja de tu padre.

Tensó la cuerda del arco y bajó la vista para ponerla al nivel de la diana.

Siempre había admirado

la buena forma física de Henry, pero esta admiración se había acrecentado en los últimos tiempos. A

sus veinte años, su espalda era más ancha y fuerte de lo que lo había sido nunca y los músculos de

sus brazos destacaban como cuerdas de luz y sombra. En su mejilla había vuelto a aparecer aquella

línea que era más próxima a una arruga que a un hoyuelo, y tuve que apartar la mirada. Oí cómo su

flecha daba en el centro de la diana mientras yo me agachaba para hacerme con la última que me quedaba.

Mi flecha dio en el blanco y suspiré aliviada. Eso ya estaba mejor; había recuperado mi puntería.

Dejé el arco en el tocón y me dirigí con Henry a la diana para extraer las flechas. Tras recuperar

también las que habían quedado esparcidas por el suelo, me acerqué con parsimonia al enorme arce

que delimitaba un lado del claro. Era tan alto que las ramas más bajitas empezaban muy por encima

de mi cabeza. Apoyé la espalda en su corteza jaspeada y familiar e inspiré profundamente. Tenía mi

temperamento bajo control, si bien en mi interior seguían ardiendo el dolor y el resentimiento.

Henry vino a mi encuentro y se apoyó en el tronco. Estudié las plumas que coronaban las flechas

que aún sostenía en la mano y deseé, no por vez primera, escapar volando de aquel lugar. Sentí la

mirada de Henry clavada en mi rostro.

—¿Qué es lo que te preocupa en realidad, Kate? —preguntó en voz baja—.

El problema con tu

madre no es nuevo. ¿Qué ha pasado hoy para que estés tan disgustada?

Me pasé las plumas entre los dedos luchando contra una nueva oleada de lágrimas. Inspiré hondo y

me esforcé por mantener a raya mis emociones en la medida de lo posible.

—Me ha prohibido ir a Blackmoore —confesé al fin.

—¿Cómo? —Su rostro mostró incredulidad mezclada con rabia—. ¿Por qué?

Eché la cabeza hacia atrás y me cubrí los ojos con la mano para ocultar mi batalla contra las lágrimas.

—Está enfadada conmigo por haber rechazado al señor Cooper.

—¿Al señor Cooper? —Henry parecía horrorizado—. ¡Pero si el hombre está enfermo!

Solté una risita y se me escapó una lágrima.

—¡Ya lo sé! —Se me revolvió el estómago al recordar su última visita—. La última vez que lo vi

llevaba una oreja vendada. ¿Por qué siempre lleva vendada alguna parte del cuerpo?

—No lo sé —respondió con seriedad.

Eché un vistazo a Henry y descubrí tal expresión de asco en su semblante que no pude evitar reírme a carcajadas.

—Pues, además, la venda estaba manchada de algo verdoso... —añadí con la voz entrecortada por la risa.

Henry negó con la cabeza.

—¡Para! No sigas.

Me reí con tantas ganas que se me saltaron las lágrimas, pero entonces recordé los motivos que

tenía para llorar de verdad y aquello me serenó.

—Es de lo más injusto que cuando por fin hemos conseguido convencer a tu madre para que me deje ir a Blackmoore, la mía me lo prohíba —me lamenté.

Un destello que no supe interpretar cruzó fugazmente su mirada, un destello que le obligó a volver la cabeza hacia otro lado durante un instante.

—Cuánta razón tienes. —Dejó escapar un suspiro—. En fin... Veo que tu madre aún no ha aceptado lo rematadamente obstinada que eres. ¿Todavía cree que puede convencerte para que te cases? ¿Para que te conviertas en una hija obediente y toda una señorita? Mmm... ¿Por qué no reorganiza el orden del universo, ya que está? Sonreí con tristeza.

—Eso parece.

—Por cierto, nunca me has explicado por qué has decidido no casarte. Negué con la cabeza. Por muchas veces que me lo hubiese preguntado en el último año y medio, me había negado a darle una respuesta.

—Hoy no, Henry. Tenemos que librar una batalla más importante. —Me volví hacia él y nuestras miradas se encontraron—. Tengo que ir a Blackmoore. Es muy importante —susurré—. Creo que si me retiene aquí, nunca se lo perdonaré.

Asintió con la cabeza. Sus ojos grises habían ganado en seriedad, como si comprendiese a la perfección la gravedad de la situación. Si alguien podía hacerse cargo de eso, era él. Al fin y al cabo, me había hecho aquella maqueta. Me enjuagué otra lágrima y, en esta ocasión, estuve segura de que la había visto.

Me dio un golpecito con el codo.

—Vamos, no hace falta que desesperes. Somos dos personas muy inteligentes y creo que seremos capaces de manipular a una madre. —Se apartó del árbol y se puso a caminar de un lado a otro—.

¿Qué es lo que tu madre más desea?

—Que me case —respondí de inmediato.

—Pero estás decidida a no hacerlo.

—Exacto.

—Mmm... —Siguió caminando. Entonces se detuvo y se volvió hacia mí—.

¿Y no puedes fingir

que quieres casarte? Dile que en Blackmoore habrá muchos caballeros solteros y que tal vez allí

encuentres marido.

Le miré con incredulidad.

—No. Bajo ningún concepto ganaré una batalla comprometiendo la guerra.

—Di golpecitos con las

flechas en el tronco del árbol, decidida a dar con una solución—. ¿Qué otra cosa podría desear mi

madre? —Reflexioné durante un buen rato y finalmente me encogí de hombros—. Nada. Mi madre

vive única y exclusivamente para casar a sus hijas.

«Y para flirtear con todos los hombres que pueda», añadí en mi cabeza.

Henry se volvió hacia mí de repente.

—Sus hijas —repitió poco a poco—. En plural.

—Sí. Somos cuatro. Bueno, tres si no contamos a Eleanor.

—María —añadió con una sonrisa. Le devolví una mirada inquisitiva—. Dile que María también

podrá venir y así tendrá la oportunidad de encontrar marido en Blackmoore.

Consideraré su sugerencia con recelo.

—¿Y qué ganaría mi madre con eso?

—Se libraría de María, le brindaría a ella la oportunidad de encontrar marido... —Hizo una pausa

y en sus ojos apareció un brillo malicioso—. Y conseguiría enfurecer a mi madre.

Esbocé una sonrisa torcida. Mi madre y la señora Delafield habían sido enemigas civilizadas

durante los últimos cuatro años, si bien nuestras familias habían seguido relacionándose. No estaba

segura de si Henry conocía la razón que se ocultaba tras su mutua aversión.

No había vuelto a

abordar el tema desde que descubrí el motivo de su desavenencia y, a buen seguro, no quería ser yo

quien se lo contara.

—Quizá funcione —insistió.

—No sé si conseguiré convencerla. Parece muy decidida a castigarme...

—¿Acaso no sería suficiente castigo tener que cargar con María?

Me eché a reír.

—Tienes toda la razón. Sería un gran castigo. —Me mordí el labio mientras meditaba el plan de

Henry. Tuve que admitir que no se me ocurría ninguno mejor—. ¿Crees que tu madre se opondrá? ¿O

Sylvia?

Sylvia y la señora Delafield se habían marchado a Londres hacía cuatro meses para disfrutar de la primera temporada de la joven y pensaban reunirse con nosotros en Blackmoore.

Henry negó con la cabeza.

—En absoluto. Hay sitio para una invitada más.

—En todo caso, vale la pena intentarlo —admití encogiéndome de hombros—. Ya me ha

arrebatado el sueño de mi vida. —Le tendí las flechas—. Debo poner en práctica el plan de

inmediato, de modo que si falla, tengamos tiempo aún para probar con otro. Había andado ya una decena de pasos cuando me detuve y di media vuelta.

—Henry. —El joven había vuelto a situarse en la posición de tiro, pero volvió la cabeza para

mirarme—. Eres un buen amigo.

Él negó con la cabeza, colocó una flecha en el arco y lo puso en posición.

—Prueba de nuevo, Kate. Henry, eres «el realizador...».

Tensó la cuerda y me miró de reojo esperando a que continuara.

—Nunca —añadí entre risas—. Jamás te llamaré así.

Me dedicó una sonrisa antes de volver la cabeza y disparar la flecha, cuya trayectoria impoluta dio

sin dificultad en el centro de la diana. Nunca fallaba.

* * *

Encontré a mi madre en su habitación sentada frente al espejo. Ya estaba vestida para la cena y sobre

el tocador se veían desparramados todos sus productos de maquillaje. Miró en mi dirección cuando

traspasé el umbral de la puerta y empezó a hablar antes de que tuviera ocasión de hacerlo yo.

—¿Dónde has estado? —preguntó volviéndose para contemplar su reflejo—.

He enviado a John al

pueblo a buscarte. Si has vuelto a saltar por la ventana, no tendré más

remedio que tapiarla. Y ¿por

qué no has invitado a Henry Delafield a cenar durante la ausencia de su madre? Tendría que haber

cenado aquí por lo menos dos veces por semana. Mañana partirá hacia Blackmoore y ya no

tendremos la oportunidad de gozar de su compañía. Y se ha convertido en un joven muy apuesto al

que me gustaría ver por aquí, Kitty. Si no quieres invitarle por el bien de tus hermanas, al menos

hazlo para complacerme...

—Madre precisamente vengo a hablar de mis hermanas. De hecho, he venido a proponerle algo que

le satisfará.

Tomé aire para comprobar si había conseguido interrumpir su perorata. Mi madre enarcó una ceja,

pero no añadió nada más, lo que interpreté como una buena señal.

—Estará de acuerdo conmigo, espero —continué eligiendo las palabras con cuidado—, en que

María ha estado insoportable desde que el señor Wilkes abandonó la región.

Estoy convencida de

que no puede tener ni un minuto de diversión con sus constantes lloriqueos, y mientras esté aquí

encerrada llorando, no conocerá a otros hombres en situación de desposarse.

Hice una pausa. Mi madre se acercó al espejo para verse mejor mientras se aplicaba colorete en

las mejillas. Hice una mueca. Siempre se ponía demasiado cuando teníamos invitados a cenar.

—Continúa —murmuró.

—Pues bien... —Inspiré hondo antes de entrar en materia—. Le propongo librarse de María y

brindarle a ella la oportunidad de conocer a otros hombres... en Blackmoore.

Dejó de lado el colorete y vi cómo arqueaba una ceja con interés.

—¿Quién te da permiso para invitar a tu hermana a Blackmoore?

—Henry. Fue idea suya.

—Mmm... —Percibí el interés en su voz—. Así que has estado con Henry.

—Sí —admití en un susurro.

Ojalá no hubiese visto la expresión de su rostro. Ojalá no hubiese visto cómo arqueaba una ceja y

curvaba los labios.

Un silencio incómodo se instaló entre ambas y cambié el peso de un pie al otro mientras ella

centraba toda su atención en dibujarse un lunar en lo alto de la mejilla.

—Ahora que lo mencionas —comentó tras separarse un poco del espejo y contemplarse desde un

nuevo ángulo—, estoy segura de que la señora Delafield invitará a muchos de sus conocidos para que

vean el ala de la casa que ha reformado. Sería una buena oportunidad para conocer a otros hombres.

Más colorete en las mejillas.

—Supongo que te permitiré ir si llevas a María contigo —observó con brusquedad.

Me quedé inmóvil. No podía creer que me hubiese salido con la mía tan fácilmente.

—¿Lo dice en serio?

Ella se echó a reír.

—¡Pues claro, tontaina! ¿Por qué iba a privarte de semejante oportunidad?

Y entonces, puesto que parecía estar de un humor tan apaciguado y razonable, decidí tentar a la

suerte.

—¿Y puedo también escribir a la tía Charlotte y aceptar su invitación para acompañarla a la India?

Dio un golpe en el tocador con la mano abierta.

—¡Ni hablar! Tienes que casarte. No todas las mujeres tienen la suerte de tener nuestro aspecto,

Kitty. Desaprovechar tu belleza sería un pecado contra la naturaleza.

Me puse colorada por la rabia. Odiaba que comparara mi aspecto con el suyo; no nos parecíamos tanto. Es cierto que teníamos el mismo cabello castaño y ondulado y los mismos ojos color avellana. Los años la habían tratado bien. En su cabello aún no se percibían las canas y sus cejas seguían siendo las mismas líneas oscuras y pobladas de su juventud. Mis cejas. Las mismas que había intentado afeitarme, pues era nuestro mayor vínculo. Sin embargo, diferíamos en muchas otras cosas. En las cuestiones fundamentales, no era como ella.

—No pienso casarme, madre. ¿Cuándo va a creer mis palabras? Se dio la vuelta en su taburete para que estuviéramos cara a cara. Su sonrisa rivalizaba con la mirada glacial en sus ojos.

—Nunca creeré semejante insensatez, Kitty. Porque si la creyera, tendría que admitir que todo lo que he hecho por ti ha sido una pérdida de tiempo, atención y recursos. Serías un desperdicio de ser humano. ¿Acaso es eso lo que quieres ser? Me ardía el rostro y mi furia estaba preparada, como un animal salvaje agazapado antes de atacar. Entrelacé las manos intentando no perder el control y respiré hondo.

—Sí, madre —respondí en voz baja—. Quiero ser un desperdicio de ser humano. Quiero que pierda la esperanza de que algún día acabe casándome.

—Qué graciosa eres, Kitty —comentó riendo.

—Kate. Quiero que me llamen Kate. —Me habría gustado poder gritar para dar rienda suelta a mi frustración. A pesar de todos mis esfuerzos por controlar el tono de mi voz, este acabó elevándose—.

¿Cuántas veces tengo que decírselo? Y ¿cuántas veces le he dicho ya que no deseo ser como usted o como Eleanor? Que no quiero un matrimonio ventajoso. Que en realidad, no quiero casarme. ¿Eh, madre? ¿Cuántas veces? Porque Henry jura que al menos me lo ha oído

*decir un centenar de veces y
me he mantenido firme en la decisión que tomé hace casi dos años.
Rechazaré a cualquier hombre
que sea lo bastante insensato como para proponerme matrimonio. ¿Cuántas
proposiciones tengo que
rechazar para que acepte el hecho de que nunca me casaré?
Entrecerró los ojos, ladeó la cabeza y me estudió en silencio durante un buen
rato. Durante ese
lapso de tiempo no dejaron de temblarme las manos ni mi rostro perdió su
enrojecimiento.
—Tres —respondió finalmente con indiferencia.
Luego se volvió de nuevo hacia el espejo.
—¿Cómo? —solté echando atrás la cabeza, sorprendida.
—Si rechazas tres propuestas de matrimonio mientras estés en Blackmoore,
aceptaré el hecho de
que eres una causa perdida.
Tomó un cepillo y empezó a cepillarse la melena.
Contuve la respiración.
—¿Quiere decir que me permitirá viajar a la India si rechazo tres
proposiciones?
—Sí —afirmó con una sonrisa en los labios—. Eso es exactamente lo que he
querido decir.
Di un paso atrás, tambaleante, sin saber cómo ni por qué había conseguido
aquella concesión.
—Gracias... —empecé a decir, pero me interrumpió con un dedo.
—Y a cambio...
El corazón me dio un vuelco. Al ver mi expresión, se le escapó una risita.
—Sí, querida, a cambio... Todo pacto tiene dos caras. Cada interacción que
uno hace con otra
persona es una transacción potencial, una oportunidad para obtener un
beneficio. Y todo lo que uno
gana tiene un precio. La transacción más sabia es aquella en la que el
beneficio potencial es mucho
mayor que el pago.
Odiaba cuando se ponía a hablar de transacciones comerciales. Detestaba la
frialidad y la*

insensibilidad con las que me hablaba. Aborrecía sentirme como si para ella solo fuera un beneficio potencial.

—Ahora hablemos de nuestra transacción. Si cumples tu parte, podrás marcharte a ese país dejado de la mano de Dios en el que tal vez mueras, te engulla el mar o sufras cualquier otra calamidad, y yo perderé a una hija que podría haberse casado con un buen partido, enorgullecido a su familia y cuidado de mí cuando fuese una anciana. Hice una mueca de disgusto con la boca.

—Es un gran sacrificio que estoy dispuesta a hacer por ti, Kitty. Por lo tanto, tú también tendrás que hacer uno por mí. Si no consigues al menos tres propuestas de matrimonio en Blackmoore, accederás a cualquier cosa que yo te pida. —Enarcó una de sus cejas oscuras—. Cualquier cosa que te pida, Kitty, sin cuestionarlo, sin escaparte y sin discutir. A toda velocidad, sopesé mentalmente si el atractivo de la India compensaba las consecuencias reales de estar a merced de mi madre si fracasaba.

—Hacer cualquier cosa que me pida parece un trato demasiado amplio. —¿Y?

Contesté con evasivas mientras pensaba en una razón válida para rehusar su petición.

—¿Y...? ¿Y si me pide que cometa un delito? No podría hacerlo. Se volvió hacia el espejo con fingida indignación.

—Hija, pensaba que me conocías. Nunca te pediría que cometieras un delito. Pero si te preocupa tanto como para impedirte aceptar el trato, quizás es que no tienes tantas ganas de ir a la India como dices.

—¡Sí que las tengo! —Extendí la mano como si intentara atrapar la esperanza con la que me estaba tentando—. Deseo fervientemente visitar la India. Acepto sus condiciones. Acepto... sin rechistar.

Una sonrisilla curvó las comisuras de su boca hacia arriba. Me sobrecogió un mal presentimiento y el corazón me dio un vuelco. ¿Por qué estaba sonriendo? ¿En qué clase de trampa había caído? Le di la espalda deseando que desapareciera el desasosiego que me invadía. Lo lograría, seguro.

Conseguiría las tres propuestas de matrimonio y me marcharía a la India, lejos de mi madre. No tenía nada que temer.

—Conseguiré que me hagan tres proposiciones en Blackmoore —declaré con la barbilla levantada y voz segura— y en cuanto las tenga, partiré directamente a casa de la tía Charlotte. No pasaré antes por aquí.

Ya casi había llegado a la puerta. Alargué la mano hacia el picaporte. Mi madre se encogió de hombros con indiferencia.

—Me da igual cuándo te marches, hija. Para entonces me habré desentendido de ti. —Abrí la puerta—. Por cierto, Kitty...

Me detuve en el umbral. Mi madre seguía cepillándose el pelo y contemplando su reflejo con aquella sonrisilla en los labios.

—Ya no podrás echarte atrás. Tenemos un trato. Enarqué las cejas con desdén.

—Pensaba que me conocía. Nunca cambio de idea.

Al ver cómo se cepillaba el pelo, la furia que había estado conteniendo tomó impulso, se liberó de sus cadenas y se extendió por mi cuerpo. En cierta medida, ella había ganado. Aunque había conseguido lo que había ido a pedirle, estaba segura de que mi madre había ganado de algún modo.

Había caído en algún tipo de trampa y la sensación gélida que se había apoderado de mi corazón era fiel testigo de ello. Ni siquiera se volvió para verme marchar. Me demoré unos instantes mientras iba aumentando mi rabia, hasta que al final no pude contenerme.

—Por cierto, madre, esta noche no cenaré con toda la familia. Tendrá que disculparme ante el señor Cooper. —Hice una pausa y levanté la barbilla para pronunciar mi frase final—. Y, madre, definitivamente lleva demasiado colorete. Cerré la puerta rápidamente, justo a tiempo para bloquear el cepillo que salió volando en dirección a mi cabeza. Oí cómo se estrellaba contra la puerta de madera con un ruido sordo. Di media vuelta y me encaminé con parsimonia hacia la salida. Llevaba una sonrisa en los labios. Eché a correr antes de llegar al bosque.

* * *

Henry estaba atento a mi regreso, pues se volvió hacia mí en cuanto puse un pie en el claro.

—¿Y bien?

—Pues... —Había borrado la sonrisa de mi rostro con la esperanza de engañarlo—. Siento decirte que...

Pero no pude refrenarla. Escapó de mi control y Henry sonrió de oreja a oreja.

—¿Ha funcionado? —preguntó.

—Sí, ha funcionado.

Recuperé el arco con un suspiro de felicidad y me fijé en que Cora seguía hecha un ovillo sobre la hierba a los pies de Henry; aquella gata siempre había sentido debilidad por él.

—Así que yo tenía razón —soltó con una sonrisa triunfante—. Vamos, que soy un genio.

Me eché a reír.

—Me maravilla tu humildad, Henry.

—¡Eh! Soy un genio manipulador de madres que, una vez más, ha conseguido hacer realidad tu deseo, por lo que merezco el título de...

Sonrió burlonamente; los ojos le brillaban de pura malicia.

Volví a echarme a reír y le dediqué una mirada que dejaba claro que estaba

loco si pensaba que
alguna vez iba a llamarle «el realizador de mis deseos». Apunté a la diana.
En esta ocasión, la flecha
dio en el centro y quedó clavada junto a la de Henry.
—¿Qué piensas hacer con Cora mientras estés fuera? —preguntó este
bajando la vista hacia la gata
aovillada sobre la hierba.
—Le pediré a Oliver que cuide de ella.
Asintió.
—No podemos llevárla con nosotros a Blackmoore —se disculpó.
—Lo sé, pero odio tener que dejarla aquí.
Tensó la cuerda del arco y estudió la diana con los ojos entrecerrados por el
sol del atardecer.
—Espero que no olvides llevarte el corazón a Blackmoore. No me gustaría
nada que te lo dejaras
aquí.

N

Capítulo 4

o regresé a casa hasta la hora de cenar. Entré con sigilo por las cristaleras
que separaban el
jardín del saloncito que usábamos por las mañanas y me detuve frente a la
puerta del comedor,
que no estaba cerrada del todo, para espiar la escena de la que había
elegido no formar parte.
Mi madre estaba inclinada hacia el señor Cooper y le sonreía de forma
grotesca y desesperada.
María se encontraba sentada junto al invitado. Teniendo en cuenta la
expresión melancólica de su
semblante y el hecho de que no probaba bocado, supuse que mi madre aún
no le había hablado de la
invitación a Blackmoore. Y luego estaba Lily, aún inocente a sus doce años.
Oliver debía de estar
cenando en la cocina con la señora Barlow, la cocinera, y aquello me
complació.
Mis ojos se detuvieron por último en la cabecera de la mesa. Mi padre estaba

repantingado en su
silla con una copa de vino en la mano y no perdía detalle del espectáculo
bochornoso que estaba
dando mi madre. Incluso a esa distancia, me llamó la atención la expresión
de desprecio que
reflejaba en su cara. Era grave, intensa, violenta. Al verla me sentí
vapuleada. Aparté la vista
rápidamente al recordar por qué había dejado de mirarle años atrás. Me
escabullí por el pasillo y
subí con sigilo las escaleras que conducían a mi habitación.
Lo que Henry me había dicho acerca de que no olvidara llevarme el corazón
me hizo pensar en algo
aún más importante. Abrí de nuevo el baúl cerrado con llave que había a los
pies de mi cama y saqué
en esta ocasión una cajita con incrustaciones de marfil. Modificando un par
de cosas podría hacer
sitio para meterla en mi baúl de viaje. Todo cuanto necesitaba era algo de
ropa, mis partituras de
Mozart y aquella cajita con incrustaciones de marfil. La esperanza era un
compañero de viaje aún
más necesario que un corazón.

* * *

Apenas dormí aquella noche y la impaciencia me sacó de la cama en cuanto
los primeros rayos de
sol se colaron por mi ventana. Después de vestirme, comprobé una vez más
mi baúl y luego bajé a
desayunar. Mi madre irrumpió en el comedor y se dirigió hacia mí con pasos
presurosos. Parecía
preocupada.

—¡Oh, Kitty! ¡Ni te imaginas lo que ha pasado!

Su precipitada interrupción me sobresaltó y dejé caer la cuchara.

—A María le ha subido la fiebre durante la noche y está demasiado enferma
para viajar.

Fijé la vista en la arruga de preocupación que se había instalado en su
entrecejo mientras el miedo
se adueñaba de mi estómago.

—¿Significa eso...? ¿Significa eso que yo también tendré que quedarme?

—No, no —respondió agitando las manos—. Tú debes ir. Los Delafield te esperan.

Miré fijamente a mi madre, pues su respuesta me había dejado estupefacta.

Sin embargo, antes de

que pudiera seguir deleitándome en su buen humor, salió corriendo del comedor para ir a «velar por

la salud de María». La observé marchar mientras intentaba recordar alguna otra ocasión en la que mi

madre hubiese pronunciado una frase similar.

Una sensación de desasosiego se apoderó de mí, pero intenté alejarla de mi mente concentrándome

en una única idea: después de todo, ¡María no vendría a Blackmoore! Una amplia sonrisa se dibujó

en mi rostro antes de que pudiera impedirlo. Es cierto que debería haberme preocupado el estado de

salud de mi hermana, pero lo más probable es que aquella fiebre no fuera más que el resultado de su

negativa a comer del día anterior, sumada a su empeño por llorar en los sitios más insospechados.

Seguramente no se trataba de nada serio.

Me sentí afortunada y me dispuse a completar las tareas que me quedaban aún por hacer aquella

mañana antes de ser libre para marcharme. Encontré a Oliver en la cocina, sentado en un taburete al

lado de la señora Barlow, que estaba amasando pan.

—Ollie, tengo que pedirte un favor.

La señora Barlow se dio la vuelta para alcanzar la harina y Oliver sacó con sigilo una mano rápida

como el rayo y pellizcó un poco de la masa.

—¿De qué se trata? —preguntó el niño llevándose el dedo rápidamente a la boca.

Había cumplido siete años, le faltaban varios dientes y tenía las mejillas y la nariz salpicadas por

un sinfín de pecas. A veces le observaba cuando él no me veía y daba gracias por haber sido

bendecida al fin con un hermano después de tantas hermanas.

—Necesito que cuides de Cora mientras estoy fuera.

—¿Qué tendría que hacer?

—No mucho, solo echarle un ojo de vez en cuando. No dejes que los perros la asusten y protégela

de la señora Barlow cuando se cuele en la cocina. ¡Ah! Y no permitas que mamá se deshaga de ella.

La señora Barlow tosió sonoramente cuando mencioné su nombre, pero siguió amasando pan con

sus fornidos antebrazos cubiertos de harina como si nada. Oliver devoraba la masa con la mirada,

por lo que tuve que carraspear para recuperar su atención.

—Si accedes, estoy dispuesta a recompensarte con algo muy especial.

Ese comentario consiguió que sus ojos volvieran a posarse en mí. Eran grandes y de color avellana,

como los míos.

—¿Y qué sería?

—Algo de Blackmoore. Algo especial que no tenga nadie más.

—¿El qué? ¿El qué? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

Apoyé con decisión las manos en la mesa y me incliné hacia adelante.

—Una preciosa concha marina —respondí esbozando una sonrisa.

—Eso no tiene nada de especial —replicó mi hermano, con el ceño fruncido.

Mi sonrisa desapareció.

La señora Barlow chasqueó la lengua.

—Pero qué dice, Oliver. Su hermana tiene razón. Una concha marina es algo muy especial.

—¿De veras?

El niño levantó la vista y miró a nuestra cocinera. Esta asintió y le dio la vuelta a la masa llenando

el aire con una nube de harina.

—Sí. Sobre todo si uno la encuentra bajo la luz de la luna. Se dice que el que las posee goza de una

suerte infinita.

Oliver abrió los ojos aún más y esbozó una sonrisa llena de hoyuelos.

—¿Suerte infinita?

La señora Barlow asintió con la cabeza y me guiñó el ojo con discreción

cuando Oliver no miraba.

Le sonreí a mi vez.

—¿Te gustaría tener una concha marina de la suerte, Oliver?

—Oh, sí, sí. Me encantaría.

Volvía a estar concentrado en la masa que la señora Barlow estaba cortando a tiras. Alargó una de sus manitas aprovechando un momento en que ella miró hacia otro lado a propósito.

—Entonces ¿cuidarás de Cora y te encargarás de que no le ocurra nada malo?

Oliver asintió, pellizcó la masa y se la llevó a la boca de inmediato. Aunque la señora Barlow

fingía no percatarse, vi una sonrisa en su rostro cubierto de harina. Extendí los brazos desde el otro

lado de la mesa y tomé el rostro de mi hermano entre las manos. Le di un beso en cada una de sus

mejillas pecosas, pero él se revolvió y protestó sin mucho entusiasmo.

—Adiós, Ollie. —Le miré a los ojos—. Te echaré de menos.

—Adiós, Kate.

Me sonrió antes de concentrarse de nuevo en la masa.

Me volví hacia la señora Barlow, agradecida una vez más de que fuera tan cariñosa y maternal con

mi hermano pequeño y que se preocupara por él.

—Necesita un corte de pelo y, por favor, échale un vistazo a sus uñas. Están sucísimas.

Ollie soltó una risita.

—¡Me gustan así! —replicó.

Lancé una mirada cariñosa a su cabecita inclinada.

—¿Puede... cuidar de él..., vigilarle...? —susurré.

La señora Barlow frunció el ceño, un tierno reproche con el que pretendía mandarme callar.

—Por supuesto, señorita Katherine. No tiene de qué preocuparse. El señorito Oliver y yo

viviremos grandes aventuras juntos mientras usted está fuera, ¿no es así, Oliver?

El niño solo tenía ojos para la masa, pero asintió con la cabeza. A pesar de

que no salí de allí del
todo animada, al menos sí lo hice tranquila en lo relativo a mi hermano.
Solo me quedaba una cosa más por hacer. Me detuve delante de la puerta de
la biblioteca y llamé
tímidamente; casi esperaba que él no me oyera, pero lo hizo y me mandó
pasar. Abrí la pesada puerta
y asomé la cabeza y los hombros.
—Padre, he venido a despedirme.
Estaba sentado en una butaca junto al fuego con las piernas cruzadas. El sol
iluminaba las motas de
polvo del aire y el dulce aroma a tabaco de pipa se fundía con el del cuero
añejo de los libros. El
olor me resultaba embriagador y trajo consigo una intensa punzada de
nostalgia por las cosas que me
estaba perdiendo.
—¡Mmm...! —soltó levantando la cabeza—. ¿A dónde te marchas?
—A Blackmoore, con los Delafield. Y con un poco de suerte con la tía
Charlotte después. Va a
llevarme a la India.
—¿De veras?
Sus ojos se posaron en mí durante un breve instante. Luego se apartó la pipa
de la boca y el humo
se dispersó entre nosotros, disfrazándonos a los ojos del otro,
convirtiéndonos en extraños.
—Bien, pues... —Volvió a bajar la mirada hacia el libro y dejó de prestarme
atención demasiado
pronto—. ¡Buena suerte! —añadió antes de volver a colocarse la pipa entre
los dientes.
Asentí —tampoco esperaba algo distinto— y silenciosamente interpuse la
puerta entre nosotros.
Acto seguido, me volví hacia la puerta principal y vislumbré el carruaje que
aguardaba para
llevarme, por primera vez en la vida, a un lugar nuevo.

L

Capítulo 5

a vieja niñera de los Delafield, la señora Pettigrew, iba sentada enfrente de mí en el carruaje canturreando por lo bajo y haciendo punto a una velocidad vertiginosa. Las agujas entrechocaban al compás del ruido de los cascos de los caballos. Yo me había vuelto hacia la ventana e iba contemplando la espalda de Henry con la mirada perdida. Él iba a caballo, ¿cómo no? No había tenido la menor duda al respecto, pues el joven siempre hacía el trayecto hasta Blackmoore a caballo. Debía admitir que una pequeña, pero reticente, parte de mí se alegraba de que su vieja niñera hubiese accedido a acompañarnos como carabina, aunque después de dos días enteros metida en aquel carruaje bamboleante con su canturreo y el constante zis zas de las agujas, tenía la sensación de que la cabeza me iba a estallar. El día anterior habíamos aprovechado que el verano prolongaba las horas de luz para hacer a pie una distancia considerable del camino. Tras doce horas en el carruaje con el canturreo de la señora Pettigrew y ninguna conversación que contribuyera a que el tiempo se hiciera más corto, había esperado con ansia el momento de poder hablar con Henry. Sin embargo, al detenernos en una posada para pasar la noche, él no había desmontado. Se había limitado a decirme que yo haría noche allí con el cochero y la señora Pettigrew y que él continuaría hasta la siguiente posada del camino. Le había observado partir con el ceño fruncido y había entrado a regañadientes en la posada, donde no había disfrutado de la cena ni de la habitación que había compartido con la señora Pettigrew. Por la mañana, después del desayuno, Henry nos esperaba ya subido a su montura en el exterior de la posada. Nos habíamos puesto en camino sin apenas cruzar dos palabras.

Nunca antes había apreciado de verdad lo relajante que podía ser el silencio, ni lo que una conversación inteligente amenizaba un trayecto... hasta aquel día. Dejé escapar un suspiro mientras apoyaba la frente en la ventanilla. Ojalá el murmullo de las ruedas del carruaje ahogara el zis zas de las agujas y el canturreo de la señora Pettigrew; ojalá tuviera a alguien con quien conversar; ojalá el largo viaje hubiese concluido ya. Me removí en mi asiento intentando, sin éxito, estirar las piernas.

La señora Pettigrew levantó la vista de su labor y me sonrió.

—Pone a prueba la paciencia de una, ¿verdad? Me refiero a la espera. Aunque vale la pena.

Su sonrisa me hizo recordar que la señora Pettigrew había acompañado a los Delafield a

Blackmoore cada verano. La consideraban una más de la familia; por eso cuando los niños crecieron

y George heredó la casa familiar, el joven le propuso quedarse para ocuparse de sus propios hijos.

Henry debía de haber resultado muy persuasivo para conseguir que su hermano accediera a que ella nos acompañara.

—¡Ah, parece que el señorito Henry ha escogido la ruta más pintoresca! —exclamó tras echar un vistazo por la ventana—. Debe de ser en deferencia a usted.

—¿A qué se refiere con lo de la ruta más pintoresca? —pregunté deseando hablar de lo que fuera después de dos días de canturreos.

—Muy pronto lo descubriré.

Volvió a reclinarsse en el asiento, las agujas retomaron su ritmo y su monótono canturreo invadió mis oídos una vez más.

No sabía que eso de «muy pronto» había pasado a la historia para mí hacía años, que «al final» era algo que tampoco me convencía y que «por fin» estaba a punto de exhalar su último aliento. La

paciencia no era una de mis virtudes, desde luego, y tampoco lo era el aguante.

El canturreo se volvió más agudo y entusiasta y empezó a retumbar en el interior del carruaje, así como en mi cabeza. Aquel sonido me volvería loca. De pronto los caballos redujeron el paso; eché

un vistazo por la ventanilla y vi que estábamos ascendiendo una pendiente. —Como parece que a los caballos les está costando un poco subir esta pendiente —dije

acercándome con prudencia a la puerta—, creo que bajaré a estirar las piernas un rato.

La señora Pettigrew levantó la vista asustada cuando abrí la puerta del carruaje.

—¡Ni pensar! ¡Se romperá una pierna! Pídale al cochero que se detenga. El carruaje no avanzaba más rápido de lo que yo lo haría a pie.

—No me partiré nada, se lo aseguro.

Pegué un saltito, cerré la puerta tras de mí y dejé escapar un suspiro de alivio por haberme librado al fin de aquella cantinela estridente.

Henry, que iba delante del carruaje, volvió la cabeza y dio media vuelta al caballo para venir a mi encuentro.

—¿Pasa algo? —preguntó acercándose.

Le eché una mirada acusatoria.

—La señora Pettigrew canturrea.

Él se echó a reír y desmontó del caballo. Su sonrisa brillaba al sol.

—¡Ah! Lo había olvidado.

—¿Cómo es posible? ¡Nunca voy a poder quitarme esa cancioncilla de la cabeza!

Imité el sonido agudo, monótono y desacorde que llevaba soportando un día y medio.

Él se limitó a sonreír, pero el aire malicioso que asomó a su mirada me hizo preguntarme si,

después de todo, realmente había olvidado el canturreo. Al percatarme de que solo estaba

consiguiendo intensificar mi dolor de cabeza, dejé de producir aquel ruidito

y me froté la frente.

Henry se colocó a mi lado sujetando al caballo por las riendas.

—Así que anoche dormiste en una posada distinta.

Él asintió.

Le miré con los ojos entrecerrados.

—¿De verdad era necesario?

Henry se encogió de hombros visiblemente violento.

—No quería poner en peligro... tu reputación.

—Ah...

Aparté la mirada, pues me había sonrojado. El recuerdo de mi hermana Eleanor planeó entre

nosotros en silencio. Sin embargo, no pensaba mencionar su nombre y, después de unos segundos,

suspiré aliviada al comprobar que Henry tampoco tenía intención de hacerlo.

—En la cima de esta colina hay algo que te gustará ver —continuó Henry señalando el camino que se abría ante nosotros.

—¿El qué?

—Los páramos.

Pronunció aquella palabra como si fuera un regalo en sí misma. Siempre hablaba así de los

páramos, como si fueran parte de su herencia, una parte tan importante como la casa o la renta.

Presa de un entusiasmo renovado, sonreí en su dirección y me apresuré hacia la cima; él me siguió

guiando al caballo por el sendero. Cuando llegué a mi destino, un viento impetuoso azotó mi falda y

la enredó entre mis piernas. Me detuve en la cumbre y contemplé el inhóspito valle a mis pies.

El suelo estaba cubierto por un brezal oscuro que le confería el aspecto de un gran cardenal. Los

tonos verde oscuro y dorado de la hierba y algunas flores amarillas aquí y allá apenas conseguían

iluminar la escena. No se veía en aquel paraje ni un solo árbol, como mucho algún que otro resto

enano y retorcido, no más alto que nuestros caballos, de lo que un día pretendió serlo. En conjunto, se abrió ante mí una escena silenciosa y sombría en la que no pude hallar belleza alguna.

—¿Esto son los páramos? —pregunté con la voz apagada debido a mi incredulidad.

Henry se había situado a mi lado para estudiar mi rostro mientras yo inspeccionaba el paisaje que tenía ante mí. Ni rastro de una brizna de hierba. Nada remotamente parecido a la civilización crecía en aquel erial.

—Sí. Esto son los páramos —confirmó Henry.

—Pero... si es un paisaje feo —solté con la voz consternada incluso para mis propios oídos—. Es muy feo, Henry.

Él se echó a reír.

—No, en serio feo de veras. Me dijiste que era un sitio hermoso.

—Y lo es. Para mí. —Me volví hacia él sin entender a qué se refería. Henry abarcó con la mano la escena que teníamos delante—. ¿No eres capaz de encontrar aquí ni una pizca de belleza?

Volví a dirigir la mirada hacia el paisaje. Por un momento, no pude evitar preguntarme si Henry se habría pasado los últimos diez años mintiéndome o tomándome el pelo. Sin embargo, no había decepción en sus ojos, solo cariño y un entusiasmo que no lograba entender. Pero lo intentaría por él.

Me alejé unos pasos y me agaché para tocar las plantas que oía crujir bajo mis botas. Quería ver

aquella tierra como algo hermoso, del mismo modo que lo hacía mi amigo.

El brezo era de un

horrible color morado parduzco, como un moratón reciente, pero aquellas flores amarillas resultaban

radiantes. No eran del mismo color que los narcisos, sino de un amarillo más oscuro, casi

anaranjado, como una lágrima hecha de la materia del sol. Extendí el brazo

*para arrancar una de
aquellas flores y entonces me pinché con una espina larga y afilada que
crecía junto a sus pétalos.*

—¡Ay!

Me chupé la gota de sangre que apareció en el dedo.

*—Debería haberte avisado. Aquí en los páramos no hay nada delicado. No
dejes que las flores te
depcionen, han evolucionado para resistirlo todo, incluso el entusiasmo de
una jovencita
aficionada a cortarlas.*

Me dolía el dedo.

*—Supongo que el hecho de ser tan resistente es... admirable —murmuré
mientras buscaba otra
cosa que admirar en aquellas tierras.*

*De pronto, una ráfaga de viento cruzó a toda velocidad los páramos, me
robó el sombrero y lo hizo
girar en el aire.*

*Henry lo atrapó al vuelo como si alguien se lo hubiese lanzado, se situó
delante de mí y lo colocó
de nuevo sobre mi cabeza. Deslizó las manos por las cintas, bajó la vista y la
vi: una chispa de algo
nuevo brillaba en sus ojos de granito. Algo de vida, una nueva luz. Los
páramos habían despertado en
él algo distinto que nunca antes había visto. Hizo una lazada bajo mi
barbilla. Me abrasó con sus
dedos el cuello y la clavícula y el color me subió a las mejillas. Permanecí
completamente inmóvil.*

*—Creo que la belleza más profunda se encuentra en lo que nuestro corazón
ama —confesó en un
susurro apartando la vista de las cintas y clavándola en mi rostro—. Y yo
amo este lugar, Kate, más
que ninguna otra cosa. Para mí es mucho más que un lugar hermoso, es mi
hogar, es... —Hizo una
pausa y entrecerró los ojos, como si estuviera mirando directamente al sol a
pesar de que su mirada
no se había desviado de mi rostro—. Es lo que quiero ver cada día durante el*

resto de mi vida.

Sus palabras me dejaron desconcertada. Siempre había sabido que Henry adoraba Blackmoore y que algún día heredaría aquellas tierras, aquella casa y aquella vida. Aun así, verle allí, verle como dueño y señor de todo aquello, verle proclamar que aquel era su hogar me afectó sobremanera.

De pronto, volvía a estar escondida en una habitación en penumbra en casa de los Delafield

rodeada por un aroma tan intenso y dulce a peonías que casi podía saborearlas. Y una vez más, igual que un año y medio antes, me invadía una pena inmensa y me sentía totalmente perdida.

Me di la vuelta, con lo que Henry se vio obligado a soltar las cintas de mi sombrero, y fingí estudiar la vista que tenía delante. Sin embargo, una vez que estuve de espaldas a él, me froté a conciencia la nariz con una mano e inspiré bruscamente mientras me repetía que debía controlar mis emociones. Noté la presencia de Henry a mi espalda, silencioso y paciente, esperando a que amara aquel lugar tanto como él.

—Creo que llegará a gustarme —declaré esforzándome por que mi voz sonara firme.

Inspiré de nuevo. Ojalá mi corazón recuperara su ritmo normal.

Unas nubes del color del granito se dirigían hacia nosotros a toda velocidad impulsadas por el

implacable viento. Rehíce la lazada de mi sombrero con mayor firmeza, apretando más, para volver a

ser una señorita como Dios manda. No pensaba sucumbir a la influencia de aquellas tierras

inhóspitas. Al volver la cabeza hacia el camino, descubrí que el carruaje se había detenido y aguardaba por nosotros.

—Venga, vamos a ver tu hogar.

Me alegré de estar de vuelta en el interior de aquel carruaje estrecho y

sofocante. Incluso me alegré
de oír el tarareo sin sentido de la señora Pettigrew. Aquello era lo correcto,
un lugar como es
debido; no como aquella escena salvaje del exterior, ni como aquel chico
moreno de ojos grises que
amaba aquella tierra salvaje más que a ninguna otra cosa en el mundo.

M

Capítulo 6

e recosté en el asiento y observé cómo los páramos nos iban engullendo poco
a poco hasta
que no quedó nada de hierba verde que rompiera la aridez de aquel erial. Y
entonces, antes
de que pudiera prepararme, el carruaje giró hacia el oeste y el océano
emergió de pronto en nuestro
mundo.

—Vamos por el camino que lleva a Whitby. Ya no falta mucho —puntualizó
la señora Pettigrew
tras echar un vistazo al exterior.

Me abalancé hacia la ventana situada en el lado izquierdo del carruaje y
contemplé la costa
ondulante. El océano parecía de un color azul grisáceo a la luz vespertina y
lo bastante vasto para
engullir todo lo que sabía de la vida. Los pájaros se lanzaban en picado
hacia el agua y remontaban
el vuelo una y otra vez describiendo los ángulos más insospechados. No
sabía nada de los pájaros
que vivían cerca del océano, por lo que ya tenía algo nuevo sobre lo que
interrogar a Henry.

Miré a izquierda y derecha. A un lado se extendía el océano, al otro los
páramos, pero ambas
posibilidades me abrumaban por igual por su inmensidad y su extrañeza. El
sol estaba iniciando su
caída por el horizonte y la luz se iba ya debilitando cuando llegamos a un
pueblo: el famoso Robin
Hood's Bay, del que había oído hablar casi tanto como de Blackmoore.

Observé con vivo interés las empinadas calles de adoquines y las casas con los tejados de color

rojo que descendían abruptamente hacia el océano.

—¿Es cierto que Robin Hood vivió aquí?

—Eso cuenta la leyenda —respondió la señora Pettigrew.

Leyenda y verdad eran dos cosas muy distintas.

—¿No lo sabe a ciencia cierta?

Levantó la vista de su labor por un instante.

—Nadie lo sabe con seguridad, querida.

Recordé que Henry me había insinuado algo sobre unos contrabandistas.

—Pero aún se siguen llevando actividades clandestinas por la zona como el contrabando, ¿verdad?

La señora Pettigrew chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—¡Por supuesto que no! ¡Menudo disparate! Tiene usted mucha imaginación.

Dejé escapar un suspiro de decepción. Me incliné hacia adelante, bajé la ventana y contuve el

aliento cuando el aire frío y salado me golpeó en la cara. Si yo fuera un bandido, ese sería el lugar

que escogería como cuartel general. Las calles eran estrechas y las casas estaban unas pegadas a

otras como si se tratara de una muchedumbre sublevada, hombros contra hombros y codos

bloqueados. Los tejados rojos en pendiente se tocaban, se mezclaban unos con otros y descendían por

la cuesta hasta la orilla del agua.

Poco después, el carruaje se detuvo, la puerta se abrió y Henry entró de un salto. Tuve la sensación

de que sus hombros habían llenado todo el espacio del pequeño habitáculo.

Olía a aire salado y a los

páramos. Sonrió al ver mi cara de sorpresa y se sentó a mi lado.

—No quiero perdérmelo —se limitó a decir.

Dio un golpe en el techo del carruaje y este se puso en marcha.

La anticipación en sus ojos hizo que se me acelerara el corazón. Blackmoore debía de estar cerca.

Ojalá pudiera ir más rápido, ojalá pudiera volar, ojalá pudiera llegar «por

fin».

Henry se inclinó hacia adelante y señaló por la ventana.

—Allí está, en lo alto del acantilado.

Me incliné ansiosamente hacia adelante y él se hizo atrás para que disfrutara de toda la panorámica

de Blackmoore por vez primera. Miré y miré. La luz del día se estaba extinguiendo y el cielo se

estaba tiñendo de añil, pero el edificio que se erigía entre el cielo y el océano parecía negro como el

carbón. La casa era irregular, tal como Henry la había plasmado en su maqueta, con un ala mucho

más larga que la otra; y se encorvaba sobre el filo del acantilado cual una criatura deforme, cuyos

ojos, doce en total y todos ellos dirigidos al mar, estaban formados por las ventanas que las velas

iluminaban desde el interior. La luz iba menguando y parpadeé mientras la imagen que tenía ante mí

cambiaba y se desdibujaba. No sé si fue mi imaginación o un ardid de la luz, pero por un instante la

casa me pareció una enorme ave rapaz con las alas desplegadas, lista para saltar desde el precipicio

y echar a volar por el cielo desierto.

Volví a parpadear y sacudí la cabeza para deshacerme de la mala pasada que me había jugado la

vista. Y entonces el corazón me dio un vuelco, aun cuando la energía que se extendió por mi cuerpo

poco o nada tuvo que ver con el miedo, sino más bien con la emoción. Había anhelado aquello

durante toda la vida y lo había conseguido. Estaba llegando a Blackmoore y, pasara lo que pasase,

tenía la certeza de que todo en mi vida me había conducido hasta aquel lugar en aquel preciso

momento.

Me recosté en el asiento con la respiración entrecortada y descubrí que

Henry tenía la mirada

clavada en mí.

—¿Y bien?

Era incapaz de pronunciar palabra, por lo que meneé la cabeza y me limité a sonreír. Debió de

bastarle, pues se reclinó en el asiento exhibiendo una sonrisa de satisfacción y me observó mientras

yo miraba por la ventana cómo nos acercábamos a su futuro hogar.

La luz del día se había esfumado por completo cuando las ruedas del carruaje se adentraron en el

camino de gravilla que conducía a la casa, cuya entrada estaba iluminada por antorchas llameantes.

Un lacayo se dirigió hacia el carruaje, abrió la puerta y me ofreció una mano enguantada para bajar

del vehículo que acepté sin dudar. Me alejé unos pasos y eché atrás la cabeza para abarcar con la

mirada toda la extensión de la casa. Era un edificio descomunal encaramado en el fin del mundo,

entre el océano y los páramos, como un ancla de piedra oscura y muros altísimos.

Hasta ese día, había imaginado la casa: la piedra negra, los tejados picudos, la asombrosa hilera de

chimeneas... Pero siempre la había imaginado de forma aislada. Ahora podía ver surgir su silueta

entre el cielo oscuro y el acantilado estéril que soportaba el envite de las inagotables olas del

océano. El escalofrío que me bajó por la espalda tuvo un efecto mayor que la brisa helada o la fina

rociada de agua salada que me envolvían. Ese edificio había nacido en el seno de un entorno austero

hecho realidad. Era una aparición de piedra.

El océano humedecía el aire y cada bocanada dejaba un regusto a sal, a libertad, a novedad. El

imponente edificio se alzaba por encima de nuestras cabezas más tenebroso que la oscuridad

creciente en el cielo y los páramos actuaban como una especie de barrera, una tierra virgen e

impenetrable que cerraba el paso a la casa, que la protegía y la empujaba

hacia el océano.

Blackmoore era salvaje, oscura, majestuosa, alta, temible y fantasmagórica: todo a la vez. Y me

sobrecogió profundamente. Me sobrecogió y me asustó a un tiempo, pues azotó mi corazón cerrado

con celo con el mismo ímpetu que el viento había azotado mi cabello y mi falda y me había

arrebatado el sombrero.

Cabía la posibilidad de que aquel escenario hiciera desaparecer mis ataduras gracias a la fuerza de

todo lo que mis sentidos percibían. Podía oler el océano y la turba, saborear la sal en el aire y oír los

gritos fantasmagóricos de los pájaros. El viento seguía azotándome con una gélida ráfaga procedente

del océano. Era aquel un lugar en el que la erosión hacía presa en todas las cosas. El impacto de las

olas hería el acantilado y el viento desgastaba las piedras que formaban los muros. ¿Qué poder

tendría sobre mí? ¿Qué parte de mi ser erosionaría? ¡Las olas y el viento de aquel lugar primitivo

dominado por los páramos y las fuerzas de la naturaleza podrían desatar, liberar o incluso arrastrar

muchas de mis ataduras!

Henry me miró emocionado antes de dirigirse con paso veloz hacia las puertas abiertas. Lo seguí

con la misma premura, impaciente por murmurar aquel «por fin» en cuanto cruzara el umbral de

Blackmoore por vez primera.

Henry me aguardó junto a la puerta para no perderse detalle de mi entrada en el enorme vestíbulo

que había visto en miniatura a través de una puerta de madera minúscula.

Todo era exactamente igual

que en la maqueta: el suelo blanco y negro emulando a un tablero de ajedrez, la chimenea finamente

tallada a la izquierda, el arco al fondo... Sin embargo, la diferencia de escala hacía que todo se me

antojara nuevo y extraño. Más que verla, percibí la altura de los techos, que eran engullidos por la oscuridad pese al fuego que ardía en la chimenea y las velas encendidas por doquier. El viento frío del océano se coló por la puerta detrás de nosotros e hizo bailar la llama de las velas, de modo que unas sombras extrañas se proyectaron en los muros de piedra y en el suelo. A pesar del fuego y de las velas, la estancia estaba perdiendo su particular batalla contra la oscuridad. Un hombre de edad avanzada, pero con el porte regio de un mayordomo, se aproximó a Henry y le saludó con una reverencia.

—Bienvenido a casa, señor Delafield. Confío en que el viaje se haya desarrollado sin contratiempos.

La palabra «casa» me llamó la atención. Miré a Henry y lo vi de inmediato. La emoción por haber llegado, patente en sus pasos presurosos, y la expresión de felicidad, alegría y paz inconmensurable que se había adueñado de su semblante: para él, ese era su hogar.

—Gracias, Dawson. Sí, hemos tenido un buen viaje. Como siempre, es un placer estar de vuelta.

El mayordomo ayudó a Henry a quitarse la capa y se encargó de sus guantes y de su sombrero

mientras yo entregaba mi abrigo y mi sombrero a un lacayo.

Percibimos el ruido de unos pasos que pisaban con decisión sobre el suelo de baldosas.

—¿Eres tú, Henry? ¿Has llegado al fin? —preguntó una voz familiar a nuestra espalda.

Me di la vuelta preparando una sonrisa cortés con la que recibir a la señora Delafield. Estaba más

elegante de lo que lo había estado nunca, por lo que supuse que debía de haber aprovechado su

estancia en Londres para visitar a las mejores modistas. No obstante, no me dio tiempo a saludarla ni

a darle las gracias por haberme invitado al fin a Blackmoore, pues se quedó

petrificada a medio camino y me miró fijamente. Incluso con aquella luz tenue y parpadeante, pude ver la sorpresa y la aversión que se adueñaron de su mirada.

—Katherine —exclamó con una voz tan gélida como el viento del océano—. ¿Qué está haciendo aquí?

Presa de la confusión, me volví hacia Henry, que se había colocado a mi lado.

—Lo sé, madre, hemos llegado antes de lo esperado. Pensé que a Kate le gustaría pasar un día con Sylvia antes de que acudieran los demás invitados.

Su expresión no abandonó aquella mueca de aversión, pero antes de que pudiera añadir nada más, oímos más pasos y Sylvia y una joven a la que no conocía aparecieron a su lado, como surgiendo de la oscuridad. En ese mismo instante, una ráfaga de viento zarandeó las puertas y las velas parpadearon y proyectaron de nuevo sus sombras deformes. El corazón me dio un vuelco.

—¿Kitty? —preguntó dubitativa mi amiga, mirándome con los ojos entrecerrados, como si no me reconociese.

Me alisé el cabello, cohibida bajo el peso de la mirada de Sylvia, pero tras una pausa incómoda que duró un parpadeo, se acercó a mí y me dio la bienvenida con un abrazo.

—¡Estoy tan contenta de que estés aquí! —exclamó estrechándome entre sus brazos.

Me relajé y dejé escapar un suspiro de alivio. No había nada extraño en aquel cuadro, puesto que, después de todo, yo nunca había sido de la devoción de la señora Delafield. Su comportamiento no era nuevo, así que no tenía nada de qué preocuparme.

—¿Y no se sorprende de verme aquí, señor Delafield?

Una risita siguió a aquella pregunta. Me liberé del abrazo de Sylvia y me volví rápidamente hacia

Henry y luego hacia la joven que había aparecido en el vestíbulo acompañando a mi amiga. Ella no me miraba a mí. Tenía las manos entrelazadas y miraba con cariño y resolución al joven.

—Señorita St. Claire —la saludó él con afabilidad—. No sabía que ya había llegado.

—Su madre fue muy amable al ofrecerse a escoltarme desde Londres. Entrecerré los ojos. Así que aquella era la señorita St. Claire, la joven con la que Henry estaba destinado a casarse.

La señora Delafield se interpuso en mi campo de visión y me sonrió. Mi madre y ella solo tenían una cosa en común: su arsenal de armas. Ambas usaban las sonrisas para lastimar, para engañar, para herir. La sonrisa que usó conmigo en ese momento me pareció afilada y cruel como un cuchillo.

—Señorita St. Claire, esta es la señorita Katherine Worthington, una vieja amiga de la familia.

Katherine, esta es la señorita Juliet St. Claire.

Por primera vez, la señorita St. Claire dirigió su mirada hacia mí y fui consciente entonces de toda su belleza. Tenía el cabello de color castaño rojizo y los ojos grandes y verdes, algo más separados que los de la mayoría. Su rostro tenía forma de corazón y lo completaba una boca pequeña y una nariz larga y recta. Sentí un nudo en el pecho. En conjunto, sus rasgos eran impresionantes. Parecían incluso de otro mundo; como si hubiese descendido de algún reino élfico. Me llamé al orden a mí misma. ¿De dónde habría sacado aquella idea fantasiosa? Debían de ser las sombras, los páramos y ese viento salvaje del océano, que me hacían pensar tonterías.

—Señorita Worthington, bienvenida a Blackmoore —dijo la reina élfica sin titubeos—. Estamos encantados de tenerla aquí.

La miré fijamente durante unos minutos de estupefacción, luego cerré la

boca y me tragué mi sorpresa. ¿Así que estaba encantada de tenerme allí? ¿Quién era ella para darme la bienvenida a Blackmoore? Esa era una de las funciones de la anfitriona. Me volví rápidamente hacia la señora Delafield, que observaba la escena con aprobación, y luego hacia Henry, que lucía una expresión comedida para que no pudiera adivinar lo que estaba pensando. Entonces ¿ya estaba acordado? ¿Henry le había hecho una propuesta de matrimonio a la señorita St. Claire? ¿Estaba ya decidido que ella sería la señora de Blackmoore? Me las apañé para asentir y esbozar una pequeña sonrisa. —Gracias. Me complace estar aquí al fin. No pude evitar poner énfasis en aquel «al fin». Quería dejarle claro a la señorita St. Claire que aunque ella hubiese sido invitada primero, yo había entregado mi corazón a Blackmoore mucho antes que ella. Cuando ella y Henry se conocieron, yo contaba diez años. Ambos nos conocíamos desde hacía más tiempo, y mejor. Yo ya amaba Blackmoore mucho antes de que ella supiese de su existencia. —Dawson, lleve por favor las pertenencias de la señorita Worthington a su habitación —ordenó la señora Delafield haciéndose cargo de la situación. Echó un vistazo a su alrededor—. ¡Señora Pettigrew! ¿Qué está haciendo aquí? La vieja niñera había abandonado al fin las agujas y se hallaba un poco alejada del grupo. —El señorito Henry me invitó a venir en calidad de carabina. —Al parecer, Henry está resultando ser una caja de sorpresas esta noche —espetó dirigiendo una mirada glacial a su hijo. Henry le sostuvo la mirada apretando la mandíbula. Parecía como si estuvieran manteniendo una

guerra silenciosa; y supuse que el ganador había sido Henry cuando la señora Delafield apartó la mirada con un suspiro y echó un vistazo alrededor como si buscara algo que hubiese perdido.

—Katherine —se dirigió hacia mí con un nuevo suspiro—, ¿dónde está su doncella?

—No me acompaña ninguna —respondí vacilante.

Mi madre tenía su propia doncella personal, pero mis hermanas y yo compartíamos la misma y mi madre se había negado a perder a un miembro del servicio por culpa de este viaje.

La señora Delafield enarcó una ceja con altanería y me estudió detenidamente como si yo fuera un extraño insecto al que hubiese olvidado aplastar. Ya la había visto mirarme antes de ese modo; sin

embargo, en ese momento, fui muy consciente de la atenta mirada de la señorita St. Claire y de la proximidad de Henry. El rostro me ardía.

—Dawson —dijo con la voz resignada y un nuevo y sonoro suspiro—, encuentre en el pueblo una doncella para la señorita Worthington y que se presente aquí a primera hora de la mañana. No podemos permitir que nuestra invitada se pasee por Blackmoore como una salvaje, y menos delante de nuestros invitados.

—Sí, señora Delafield —respondió Dawson con una reverencia.

—Sylvia, ¿podemos hablar?

La señora Delafield se llevó aparte a Sylvia y empezó a darle instrucciones en voz baja, si bien pude oír lo que se decían de todos modos. Siempre se me había dado bien fisgonear conversaciones ajenas.

—No queda ninguna habitación en el ala este. Tendrá que quedarse en el ala oeste.

—¿No puede alguien compartir habitación...?

—No. No pienso sacrificar la comodidad de uno de mis invitados por ella. Ya

te lo dije cuando...

—Su voz se convirtió en un susurro.

Me esforcé por retomar el hilo de su conversación sin que pareciera que estaba escuchando.

Pasaron unos minutos antes de que Sylvia regresara a mi lado y entrelazara su brazo con el mío.

—Vamos, te acompañaré a tu habitación.

Tomó una vela de una de las mesitas auxiliares y me guió hacia la abertura en forma de arco que

había al fondo del vestíbulo. Henry parecía haberse olvidado por completo de mí y estaba absorto en

lo que fuera que la señorita St. Claire le estaba contando en susurros frente al fuego.

No obstante, no pude evitar volverme antes de traspasar el arco. La luz del fuego arrancaba

destellos al cabello de la joven y le confería múltiples tonalidades. Ella se acercó un poco más a

Henry, colocó una mano elegante sobre su brazo y levantó la vista hacia su rostro. Lo último que vi

antes de volverme fue a Henry sonriéndole.

—M

Capítulo 7

i madre me ha pedido que te instale en el ala oeste —me explicó Sylvia visiblemente

nerviosa—. Los demás invitados se alojarán en el ala este. Mi madre se ha pasado el

último año decorándola y ha invitado a todos sus amigos para mostrarles el resultado. El problema

es que como no contaba contigo, no quedan habitaciones en esa parte de la casa, por lo que estarás

sola en el ala oeste. Espero que no te importe.

—¿A qué...? —Tropecé con el último peldaño, pero me agarré al pasamanos a tiempo—. ¿A qué

te refieres? Tu madre contaba con mi llegada.

—¿Mmm...?

Sylvia miró un instante en mi dirección y se concentró a continuación en el vasto pasillo que se abría ante nosotras. Estaba completamente a oscuras y la vela que llevábamos apenas conseguía iluminarlo. Un escalofrío me recorrió la espalda y de pronto agradecí el brazo de Sylvia entrelazado con el mío.

—¿A qué te referías hace un momento cuando has dicho que tu madre no contaba conmigo? Tu madre me invitó, ¿no es así? Henry me lo dijo, llevaba en la mano la carta que ella le había enviado desde Londres. Tu madre me invitó, Sylvia. Se me encogió el corazón. Estudié su perfil mientras caminaba a mi lado. La luz de la vela iluminaba su cabello de oro. Se parecía mucho a su madre: era alta, como todos los Delafield; cabello rubio, que se volvería castaño ceniciento antes de tornarse gris; y ojos azules de mirada glacial, como el cielo en un día gélido.

—Oh, no me refería a eso. Quería decir que no había contado bien, que no había contado a todos sus invitados... Que al planear la fiesta no te había contado... —Agitó la mano para restar importancia a sus palabras—. Tendrás que alojarte en el ala oeste, eso es todo.

El desasosiego vino a hacerle compañía al escalofrío que me había convulsionado, pero intenté deshacerme de él. Sylvia nunca me mentiría, ni tampoco Henry. Si ellos afirmaban que había sido invitada, aceptaría pues su palabra sin sombra de duda. Esboqué una sonrisilla. ¡Estaba en Blackmoore! Y eso era lo único que importaba. Al fin me habían invitado. Después de tanto tiempo, me habían incluido y por fin vería el lugar en el que Henry pasaría el resto de su vida. Interrumpí mis pensamientos ahí, antes de que mi mente pudiera añadir «con la señorita

Juliet St. Claire». Sonreí de oreja a oreja al darme cuenta de que alojarme en el ala oeste era toda una suerte, pues Sylvia siempre había afirmado que estaba encantada. Era perfecto, exactamente lo que yo habría elegido. Subimos dos tramos de escaleras más y torcimos a la derecha. Sylvia se estremeció a mi lado. En esta ala hacía mucho más frío. Podía notar cómo el aire se colaba por entre las piedras de las paredes, incluso podía oírlo: un lamento agudo e inconstante que iba y venía a rachas esporádicas. Un quejido se alzó desde la tabla de madera que acababa de pisar. Sylvia me agarró el brazo con más fuerza y aceleró el paso.

—No me digas que sigues teniendo miedo del ala oeste —me mofé volviéndome hacia ella con una sonrisa en los labios.

—¡Eso es ridículo! Tengo dieciocho años, ya no me da miedo. —Entonces viró bruscamente para abrir una puerta a mi derecha, casi atropellándome en su carrera—. Es aquí. Esta es tu habitación. La puerta estaba hecha de madera maciza labrada y crujió cuando Sylvia la abrió.

—Enviaré a una doncella enseguida para que encienda el fuego. Entró en la habitación como un rayo y encendió las velas que había sobre la mesilla de noche y la repisa de la chimenea, luego tiró de una cuerda junto a la cama que probablemente hizo sonar una campana en la zona del servicio. Por último, echó un vistazo a su alrededor, nerviosa, y se estremeció.

—De acuerdo, odio el ala oeste. Lo admito. Sin duda, a ti te encantará. Siempre te fascinaron las historias sobre fantasmas de este lugar. Estudié la habitación y decidí que, por supuesto, me encantaba. Era oscura y fría y encajaba a la perfección con la atmósfera de la casa.

—Es perfecta.

Me senté sobre la cama. Sylvia acabó de encender las velas restantes y dejó la que llevaba sobre la mesilla de noche. En ese momento, me di cuenta de cuánto la había añorado durante los cuatro meses que ella había permanecido en Londres.

—Ven aquí y cuéntame todo lo que no me hayas contado ya en tus cartas sobre la vida en la ciudad

—la animé.

—Ha sido agotador —exclamó con un suspiro atormentado mientras se dejaba caer sobre la cama

—. Todos y cada uno de los días. ¡Demasiado agotador!

Solté un bufido.

—No sabes aprovechar las aventuras que se te brindan, Sylvia. Deberías quedarte hecha un ovillo delante de un buen fuego en lugar de ir a sitios o ver cosas.

Sylvia sonrió con cordialidad.

—Es cierto. De hecho, a partir de ahora, mis pretendientes tendrán que venir a mí. Londres es demasiado cansado como para repetirlo.

—Hablando de pretendientes... —insinué enarcando las cejas—. ¿Conociste algún posible candidato en Londres?

Volvió a suspirar, pero esta vez se le escapó una sonrisa de dicha que se alojó en su rostro y sus ojos adquirieron un aire soñador. Metió la mano en el bolsillo del vestido, sacó un pedacito de papel y me lo tendió. En él estaban escritas con elegante caligrafía las siguientes palabras:

¿Qué luz es luz si a Sylvia yo no veo? ¿Qué gozo es gozo si Sylvia no está aquí?

Me miró fijamente con los ojos rebosantes de emoción.

—¿Y bien? —preguntó entusiasmada—. ¿No es un poeta maravilloso?

—¿Shakespeare? Sí, lo era —respondí devolviéndole el papel.

—No, Shakespeare no —me corrigió con el ceño fruncido. Se acercó un poco más y prosiguió en

un susurro, pese a que la puerta estaba cerrada y no había nadie cerca que pudiera oírnos—. Fue un

obsequio del señor Brandon. Lo escribió solo para mí.

—¡Ah! —Carraspeé y señalé el papel—. Pero se trata de una cita de Shakespeare, Sylvia.

Por suerte no expresé en voz alta la consiguiente reflexión: que si hubiese dedicado al estudio la

mitad del tiempo que había empleado en jugar con mi gata, lo habría sabido ella misma.

Su expresión cariacontecida lanzó en mi dirección una flecha de pesar.

—Pensaba que lo había compuesto para mí —confesó acariciando el papel con un dedo.

—De todas formas, fue muy romántico por su parte —me apresuré a añadir—. Debe de admirarte

mucho. Al fin y al cabo, lo que importa es la intención y no necesariamente la originalidad del

poema.

—Sí, tienes razón —admitió. Se le iluminó un poco el semblante—. La intención es lo que cuenta.

Me sentía culpable por haber destrozado su ilusión.

—Bueno, cuéntame más sobre el atento y romántico señor Brandon.

Su sonrisilla tímida se convirtió en una sonrisa de oreja a oreja.

—Podrás conocerlo en persona. Llegará mañana.

—Entonces estoy contenta de estar aquí por partida doble.

—Sí. Yo también me alegro, diga lo que diga mi madre... —Se mordió la lengua, tenía una

expresión consternada.

Le lancé una mirada inquisitiva.

—¿Diga lo que diga tu madre?

El rubor se apoderó de sus mejillas y negó con la cabeza instándome a dejar correr el asunto. Pero

esa no era una de mis cualidades.

—¿Qué puede objetar tu madre a mi presencia? ¿De verdad no sabía que venía?

Sylvia bajó la mirada y se dedicó a dibujar líneas con el dedo sobre la colcha. Tras una larga

pausa, retomó la palabra con vacilación y sumo cuidado.

—Teme que contigo aquí Henry se... distraiga... de su cometido.

Enarqué las cejas confundida.

—¿Qué cometido?

Sylvia inspiró hondo y dejó escapar un suspiro.

—Henry tiene la intención de poner... punto y final al asunto de la señorita St. Claire.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Fijé la mirada en su cabello dorado.

—Lo que quieres decir es que tiene la intención de proponerle matrimonio.

Sylvia levantó la vista. Llevaba una disculpa escrita en el rostro.

—Sabías que este día llegaría —susurró—. Lo sabes desde hace tanto tiempo como nosotros. Hace

años que deberías haberle puesto fin a esto, Kitty. Igual que Henry. Ya lo has visto esta noche, allí

abajo. Sin duda, tienes que haberte dado cuenta de que por fin ha aceptado este matrimonio.

En ese momento, mi orgullo asomó la nariz y adopté una expresión burlona.

—El enlace de Henry con la señorita St. Claire no me supone ningún problema. No hace falta que

me mires como si me compadecieses, Sylvia.

—No pretendía...

—Dejemos una cosa clara. ¿Acaso no he pasado el último año y medio puntualizando a todo el

mundo que no tenía intención de casarme?

La miré fijamente hasta que asintió.

—Sí, lo has hecho.

—Entonces, si crees en mis palabras, no es necesario que me mires así o que te disculpes o que

sientas lástima de mí. De hecho, deberías alegrarte por mí, ya que por fin he convencido a mi madre

para que me deje acompañar a mi tía Charlotte a la India.

—Ah, ¿sí? —preguntó abriendo mucho los ojos.

—Sí, lo he conseguido —confirmé levantando la barbilla—. Me marcharé directamente desde

Blackmoore. Como podrás imaginar, tuve que recurrir a todo mi ingenio.

—Ya imagino, aunque apenas puedo creerlo. Nunca pensé que accedería a

tus planes.

—Pues lo ha hecho. Ha accedido. Pronto lograré mis metas y haré realidad mis propios sueños, así que no tienes que preocuparte por mí, Sylvia. Al contrario, nunca había sido más feliz.

La sensación de alivio suavizó las líneas de preocupación que se habían formado en su frente.

Apoyó una mano sobre la mía y la estrechó con cariño.

—Me hace tan feliz oír eso, querida. Muy feliz. Y me alegro de que podamos hablar sobre este

asunto, ya que tengo que pedirte algo y no sé cómo hacerlo.

—¿De qué se trata?

—Mi madre me ha pedido... que te comente... si serías tan amable... de quedarte en tu habitación esta noche.

Se mordió el labio; yo la miré fijamente.

—En todo caso, debes de estar cansada del viaje —se apresuró a añadir—. Y sería más fácil para

todos nosotros si Henry y Juliet pudieran aprovechar esta noche para estar juntos, sin otras

distracciones. Ese es el motivo por el que la trajimos con nosotras desde Londres antes de que

llegaran los demás invitados.

Intenté esbozar una sonrisa, pero mis labios parecían estar agarrotados.

—Entiendo.

—Por supuesto, haré que te suban la cena. No tienes por qué pasar hambre

—me aseguró soltando

una carcajada forzada.

Me ruboricé por la vergüenza. Sentí un escozor en los ojos, sin duda provocado por las lágrimas

que amenazaban con brotar de ellos, y supe que había llegado el momento de deshacerme de Sylvia.

—Estoy contenta de estar aquí. Tienes razón, estoy bastante cansada y me hará bien reposar. Es

exactamente lo que deseaba. —Me puse en pie, me dirigí hacia la puerta y la abrí. Un lacayo

arrastraba mi baúl por el pasillo—. ¡Ah, fíjate! Mi baúl ya está aquí, así que desharé el equipaje. Ya puedes bajar con los demás.

Sylvia se colocó a mi lado y me observó fijamente. Parecía incómoda, como si no supiera qué otra cosa decir. Por eso, me apresuré a abrazarla antes de que pudiera añadir nada más.

—Estoy muy feliz de volver a verte —me adelanté.

Luego la guié hacia el exterior en el mismo momento en que el lacayo alcanzaba la puerta.

—Gracias, sí, es el mío. Ahí, por favor. Déjelo a los pies de la cama.

Lo despaché con celeridad y acompañé la puerta para cerrarla tras él.

—Mandaré que te suban algo de cenar —repitió Sylvia en voz baja, demorándose en el umbral.

Estaba a punto de sucumbir a la vergüenza y perder mi autocontrol, pero no quería que ella lo presenciara, por lo que asentí y con una sonrisa valiente interpuse la puerta entre las dos.

E

Capítulo 8

l personal de Blackmoore me pareció muy eficiente. No habían transcurrido ni diez minutos

desde la marcha de Sylvia cuando una doncella se presentó en mi habitación para encender el

fuego. Con el incremento de luz, descubrí que todas las paredes estaban recubiertas de paneles de

madera oscura, que la tonalidad de las cortinas recordaba sobremanera a la que tenían la hierba y los

árboles enanos de los páramos y que el color ciruela de la ropa de cama emulaba a la perfección al

del brezo. Me paseé por la habitación, acaricié el terciopelo aquí, recorrí con la mano la lisura de

los paneles de madera allá, hasta que al fin me decidí a abrir las cortinas para echar un vistazo por la

ventana.

Los batientes estaban surcados por cintas de metal que dividían el cristal en múltiples rombos.

Forcejeé con el pestillo hasta que conseguí abrirla, lo que hizo bastante a regañadientes y ofreciendo

un chirrido lastimero cuando los marcos de metal se rozaron. Asomé la cabeza y miré a derecha e

izquierda. A mi derecha, a la vuelta de la esquina, emergía el océano resplandeciente con su propia

luz oscura y cambiante bajo la luminiscencia de la luna. A mi izquierda, algo más lejos, se extendía

la oscuridad salvaje: los páramos. Y bajo mi ventana, dos pisos más abajo, un trecho poco

accidentado que debía de estar cubierto de hierba.

El gélido viento nocturno se coló en la habitación e hizo danzar las velas, así que volví a meter la

cabeza y los hombros en el interior, cerré la ventana y me aseguré de haber echado bien el pestillo.

Luego corrí las cortinas de terciopelo y me volví para encarar el espacio minúsculo que se me había

concedido dentro de aquel caserón. Había intentado distraer mi mente cuanto me había sido posible,

pero en ese instante empezaron a carcomerme las palabras de Sylvia. No obstante, me negué a

sentirme enjaulada.

Estaba acostumbrada a la aversión que sentía por mí la señora Delafield y me había habituado a

que me excluyeran, pero sentenciarme a mi habitación, en mi primera noche allí, por el mero hecho

de que no querían que desviara la atención que Henry debía dispensar a la señorita St. Claire... Era

el peor de los insultos, uno que no me había esperado. Me froté la nariz con fuerza y ahugué la

emoción que se alzaba en mi interior. No podía dejarla salir, pues entonces me convertiría en una

persona débil. No debía dejar que el rechazo me afectara.

Mi cena aún no había llegado, por lo que me dispuse a deshacer el equipaje.

Saqué a Mozart, mis vestidos y la cajita con incrustaciones de marfil que contenía la carta de mi tía, mi posesión más preciada. Repasé con el dedo la forma del elefante que coronaba la cajita antes de abrirla y repasar por enésima vez la carta que había leído por primera vez seis meses antes:

Querida Katherine:

He encontrado esta cajita abandonada en la estantería de una tiendecita de Londres. Me llamó desde el otro extremo de la tienda, atrayéndome hacia ella para que descubriera sus secretos. Y así lo hice, si bien lo que descubrí fue un secreto sobre mí misma: un sueño que no sabía que vivía en mí hasta que sostuve esta cajita en las manos.

Katherine, sé que tú, y puede que solo tú, seas capaz de apreciar lo que esta cajita representa: ¡aventura! Te invito por un momento a emprender un viaje conmigo, un viaje que tendrá lugar en tu imaginación.

Imagina estar a bordo de un barco de vela, con nada a tu alrededor salvo el océano y el cielo. Imagina ser impulsada por el viento durante meses y meses. Impulsada por una fuerza primaria, a la par que controlable; una fuerza de la naturaleza que te transportaría de una vida a otra. ¡Imagina bordear la costa africana! Imagina la selva, las playas, el desierto. Imagina descender hacia el sur, bordear el cabo de Buena Esperanza y luego tomar dirección noreste hacia... ¡la India! Imagina una tierra donde todo sea nuevo y desconocido, donde cada día pueda suponer un nuevo descubrimiento. Imagina una vida en la que uno pueda ser lo que desee ser. Imagina un país de nuevos comienzos, en el que uno pueda desprenderse de lo viejo igual que una serpiente muda de piel. Imagina un viento caliente, colores llamativos y brillantes y aromas nuevos y exóticos. Imagina conmigo, Katherine, una oportunidad de volver a nacer, de rehacerte. Imagina el poder de tener el futuro en tus propias manos, lejos de las limitaciones que imponen las expectativas de nuestra cultura.

¿Acaso no sería el viaje de tu vida? ¿Acaso no te cambiaría para siempre? Ahora bien, Katherine, si este viaje imaginario te ha resultado atractivo, presta mucha atención. He estado guardando el dinero que heredé de mi tío Stafford. No solo no lo he gastado, sino que además lo he invertido bien, por lo que ahora cuento con una suma considerable y por fin he decidido lo que deseo hacer con ella. Quiero embarcarme en la aventura de mi vida. Quiero viajar a la India. ¡Y quiero que tú me acompañes! Espero tu respuesta con gran impaciencia y recibe, como siempre, mi cariño más sincero.

Con amor:

Tu tía Charlotte

Doblé la carta y dejé que la esperanza invadiera mi corazón una vez más. Mi tía Charlotte sí que me quería a su lado y me incluía en sus planes, además de ser un modelo a seguir. Nunca se había casado, era independiente y estaba feliz de serlo. Pues bien, estaba decidida a ganar la apuesta que había hecho con mi madre, partir en busca de aventuras con mi tía y aprender a ser feliz sola. Ese era mi plan. Y para eso estaba allí, en aquel lugar remoto, para asegurarme mis sueños de futuro. Volví a guardar la carta en la cajita con incrustaciones de marfil, tomé asiento y miré a mi alrededor buscando algo que me levantara el ánimo. Sin embargo, al hacerlo me di cuenta de que había hecho eso mismo tres días antes en mi propia casa. Me había sentado en una habitación en la que estaba atrapada y había soñado con escapar. Se suponía que Blackmoore sería mi vía de escape; en cambio, estaba tan atrapada en aquella estancia de piedra y cristal como lo había estado en la de mi propia casa. Tras una espera de media hora, durante la que mi impaciencia fue en aumento, la misma doncella que había encendido el fuego me sirvió la cena. Comí en silencio mientras las agujas del reloj que

había sobre la repisa de la chimenea marcaban los largos y pesados minutos de mi aislamiento.

Intenté no pensar en la señorita St. Claire con sus grandes ojos y su cabello castaño rojizo. Intenté no imaginar a Henry sonriéndole y escuchando las palabras que ella le susurraba. Y entonces, de pronto, ya no pude soportarlo más. Aparté el plato, me puse en pie y tomé una de las velas. Puede que no me hubiesen invitado a reunirme con ellos en el salón, pero no tenía por qué quedarme confinada en aquella habitación toda la noche dijeran lo que dijeren la señora Delafield o Sylvia.

Salí sin ser vista, cerré la puerta tras de mí con sigilo y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra que reinaba en el pasillo. Volví la cabeza hacia la izquierda, por donde habíamos venido, aunque al final me decanté por ir a la derecha. La luz de la vela apenas conseguía vencer la oscuridad reinante y proporcionaba tan solo un pequeño círculo de luz en el que explorar y examinar lo que me rodeaba. El suelo crujió bajo mis pies y una brisa solitaria se coló por la pared, hizo parpadear la llama y proyectó sombras danzarinas y amenazantes a mi alrededor. Un escalofrío me recorrió la espalda pero no me detuvo, me volví hacia la derecha y hacia lo desconocido que allí me aguardaba.

El pasillo estaba sumido en el silencio. Avancé poco a poco, prestando atención a dónde colocaba los pies, pues el suelo desprovisto de alfombras estaba combado e inclinado. Me arrimé al lateral derecho y alcé la vela para examinar la pared. El problema era que no sabía lo que estaba buscando.

Me detuve frente a un retrato, aparté el marco y eché un vistazo detrás mientras trataba de no chamuscarme las cejas con la llama. Metí la mano y tanteé la piedra que

quedaba tras la pintura, pero
parecía tan lisa como los otros tramos de pared que había palpado.
Continué caminando y me detuve delante de una puerta cerrada. Coloqué la
mano sobre el
picaporte, decidida a entrar en aquella habitación vacía, pero no pude.
Aunque el pasillo estuviera
oscuro y frío, no dejaba de ser un espacio abierto. Y no conseguí reunir el
valor suficiente para
adentrarme en una habitación cerrada y a oscuras.
Seguí pasillo abajo, comprobando la pared que se escondía tras cada uno de
los cuadros con los
que me iba topando, hasta que llegué al final, coronado por una ventana que
se alzaba desde el suelo
hasta el techo. Eché un vistazo al exterior, aunque no pude ver nada debido a
la oscuridad que lo
envolvía todo al otro lado del cristal. Di media vuelta, me arrimé al otro lado
del pasillo y retomé mi
cometido: tantear la pared con la mano, deteniéndome ante cualquier cosa
que pudiera disimular la
entrada a un pasadizo secreto. Pasé de largo al llegar a mi habitación y
seguí caminando hasta que me
encontré con otra ventana. Junto a ella, un tapiz enorme cubría la pared. Ese
sería el lugar ideal para
esconder una puerta secreta.
Alcé la vela. Se me disparó el pulso y el corazón empezó a latirme con fuerza
en el pecho al pensar
que por fin había hallado aquello con lo que llevaba soñando tantos años.
Acaricié el borde del tapiz
y metí los dedos por detrás para buscar la abertura, el cerrojo o la grieta
que indicaran que realmente
había encontrado lo que andaba buscando. Alargué más el brazo y tanteeé
con la palma de la mano la
superficie del muro mientras mi corazón seguía su ritmo impetuoso. El tapiz
era demasiado grande,
así que me colé detrás de él y busqué cualquier cosa que pudiera esconder
una entrada,

asegurándome de pegar la vela a la piedra y alejarla de la tela.
Me quedé inmóvil al oír un ruido. En un primer momento, pensé que podía ser el viento, pero entonces me di cuenta de que se trataba de un sonido más débil que iba y venía. Ladeé la cabeza, desconcertada, y me concentré en el rumor. Y caí en la cuenta de que lo reconocía: eran voces que el viento me traía en forma de susurros para erizarme la piel. Apagué la vela pellizcando la llama. El humo molesto se coló por mi nariz, pero me quedé tan quieta como me fue posible, a pesar de que el corazón me latía a toda prisa. Sin embargo, por mucho que me esforcé por distinguir las palabras que componían los susurros, no lo logré, como tampoco conseguí identificar de dónde provenían: del pasillo donde colgaba el tapiz detrás del cual me escondía o bien de algún pasadizo secreto al otro lado de la pared. Oí unos pasos, lejanos, arrastrados, y los susurros me mortificaron al seguir escapando a mi comprensión. Regresaron a mi mente las historias que Sylvia me había contado sobre los fantasmas que moraban en esta parte de la casa y me entró un violento escalofrío. Sin previo aviso, me quedé paralizada por el terror, que se apoderó de todos y cada uno de mis pensamientos y mis impulsos. El pesado tapiz me rodeaba, me tenía atrapada. Solté la vela y me revolví desesperadamente intentando liberarme. Cuando conseguí salir de mi escondite dando traspies, me desplomé contra la pared con la respiración entrecortada y sin dejar de temblar. El pasillo estaba sumido en la oscuridad, igual que lo había estado antes, pero ya no podía oír los murmullos que tanto me habían aterrorizado. Incluso llegué a preguntarme si los habría oído en realidad o habría sido todo producto del viento o de mi activa imaginación.

Me llevé una mano al pecho tratando de respirar con normalidad y tranquilizarme, pues me negaba a que mi imaginación condicionaré mi razón. Dirigí la mirada hacia la ventana y contemplé la escena que se abría ante mí. La luna estaba en cuarto creciente y desde este punto podía contemplarse la inmensidad del océano. La luz plateada del astro sobre el agua me ayudó a apaciguar mi alma y, al cabo de unos minutos, volvía ya a respirar sin dificultad y a pensar con claridad.

Yo misma había condicionado mi propio miedo al hallarme en busca del pasadizo secreto. Sin duda, había imaginado los susurros y las pisadas. Allí no había fantasmas. ¡Las casas encantadas no existían! No obstante, no había acabado de decirme esto cuando volví a escuchar pisadas. Me di la vuelta y apoyé la espalda en la pared.

En esta ocasión, venían acompañadas de luz. Una única vela en alto iluminaba un rostro familiar: el de Henry. El terror me abandonó y una sonrisa suavizó el rictus de mis labios. Se detuvo en la puerta que había enfrente del punto en el que me encontraba, llamó y esperó. —Kate, ¿estás despierta? —susurró antes de volver a llamar.

Tomé aire. Me había quedado sin palabras a causa del sobresalto. Él volvió la cabeza y me miró.

—¡Estás ahí!

La luz de la luna me bañaba con su brillo plateado mientras que la llama de la vela que Henry

llevaba en la mano le envolvía en un destello dorado. Echó a andar hacia mí trayendo consigo su luz dorada hasta que ambas se fundieron.

—¿Qué haces ahí de pie a oscuras?

—Tenía una vela —respondí como si eso lo aclarara todo. Aún no me había abandonado el

desasosiego causante de que las manos aún me temblaran—. ¿Y qué haces tú aquí? ¿Por qué no estás

abajo disfrutando de la compañía de la señorita St. Claire? —pregunté con un matiz de ironía del que me arrepentí de inmediato.

Henry recostó un hombro en la pared, se volvió hacia mí y colocó la vela entre ambos sobre el alféizar de la ventana.

—He venido a ver cómo estabas. Aquí sola, en el ala oeste. Sylvia ya habría afirmado haber visto algún fantasma si hubiese estado en tu lugar.

—No me parezco a Sylvia.

—Lo sé.

En su voz se coló una nota de afecto, una sonrisa.

—Pero, Henry, debo confesar que hay algo en la casa... En ese viento... Me ha parecido oír susurros hace un momento cuando estaba detrás del tapiz.

—¿Susurros? ¿Detrás del tapiz? —Su voz se volvió más aguda.

—Sí. Estaba buscando el pasadizo secreto... No hace falta que sonrías de ese modo. Deberías haber supuesto que sería lo primero que buscaría al llegar. Pues bien, al mirar detrás del tapiz, me ha parecido oír unas pisadas lejanas y susurros. ¿Me estaré volviendo loca? Sus ojos no me revelaron nada y su rostro permaneció como una máscara de secretos.

—Quizá solo se tratara del viento.

—Sí, quizá.

—¿Sabes? Es mucho más fácil encontrar un pasadizo secreto a plena luz del día.

—Ya lo sé —repliqué con una sonrisilla—. Solo estaba... pasando el rato. Él me miró con el ceño fruncido.

—¿Pasando el rato? ¿Y por qué no has bajado al salón?

Me mordí el labio mientras intentaba decidir cómo responder a eso. Al final me decanté por

plantearle una pregunta en lugar de responder a la suya.

—¿Qué estoy haciendo aquí? ¿En Blackmoore? Y no me digas que tu madre me invitó, pues es obvio que no me quiere aquí. Quiero la verdad, por favor.

Se limitó a mirarme fijamente durante unos minutos larguísimos mientras el corazón me latía con

fuerza. Supliqué en silencio por que me confesara la verdad.

—Estás aquí —respondió al fin— porque tenía que cumplir mi promesa.

—Y esta es tu última oportunidad para hacerlo.

Me miró con perspicacia.

—¿Por qué lo dices?

—Sylvia me lo ha contado. Me ha dicho que tienes intención de proponerle matrimonio a la

señorita St. Claire durante esta visita.

Henry no dijo nada.

Me aclaré la garganta y cambié el peso de un pie al otro.

—¿Es cierto entonces? ¿Vas a proponérselo?

Estudió mi rostro durante un buen rato antes de responder.

—Es una posibilidad.

Tomé aire. Volví a hacerlo.

—Entiendo.

—Tu turno. Dime por qué no has bajado esta noche. ¿Por qué no has cenado con nosotros?

Inspiré hondo.

—Tu madre no quería que lo hiciera. Sylvia me dijo que lo mejor sería que me quedara en mi

habitación, para no distraer tu atención de la señorita St. Claire. Pero ya sabes cuánto me cuesta...

quedarme en mi habitación.

La voz me falló al final, a pesar de mis esfuerzos por demostrar entereza.

Henry movió la cabeza,

lo justo para que la luz de la luna me mostrara el enfado en sus ojos.

Me froté la nariz y aparté la vista.

—No me estoy lamentando. Sabes que aprecio la soledad y, como ya te he dicho, he estado dando

vueltas por ahí...

—Kate.

La dulzura de su voz tiró de las frágiles cadenas que mantenían a raya mis emociones.

Me froté la nariz con más fuerza y me aparté de él. Me golpeé el pie con algo

duro y al agacharme

encontré a mis pies el candelabro que había perdido. Carraspeé.

—Debería dejar que atiendas a tus invitados —murmuré mientras me alejaba.

Me dirigí hacia mi habitación. Al abrir la puerta, la luz procedente del fuego y de las velas inundó

el pasillo. Me di la vuelta para darle las gracias a Henry por haber venido a verme y descubrí que se encontraba muy cerca.

—Escúchame —me pidió en voz baja, pero con rotundidad—. Aquí eres mi invitada, igual que la señorita St. Claire o cualquiera de los demás huéspedes que llegarán en los próximos días. Eres mi invitada, Katherine Worthington. Yo seré quien herede Blackmoore, no mi madre. En realidad, mi madre carece de autoridad en esta casa.

Sus palabras fueron un regalo para mis oídos. «Mi madre carece de autoridad en esta casa.» Pero

Henry se equivocaba, su madre aún movía los hilos.

—Por lo tanto, puedes bajar al salón siempre que quieras —prosiguió—.

Puedes buscar pasadizos

secretos durante todo el tiempo que tu corazón te pida. —Levantó una mano y me acarició la mejilla

con el pulgar secando una lágrima extraviada que se había escapado sin que me diera cuenta. La

sorpresa me hizo soltar un suspiro ahogado—. Pero no me gustaría nada que pasaras ni un solo

minuto sentada en tu habitación llorando por algo que mi madre haya dicho o hecho. Limítate a... no

hacerle caso cuanto te sea posible.

—Gracias —respondí con una sonrisa—. Aunque en honor a la verdad, no estaba sentada en mi

habitación llorando. Estaba visitando el ala oeste y desde luego no estaba llorando.

Le brillaron los ojos con afecto.

—Por supuesto. Nunca te acusaría de lo contrario.

Mi corazón saltó en su dirección y tuve que refrenarlo rápidamente. Bajé la mirada y traté de ocultar mis sentimientos. Por lo general, se me daba muy bien no dejar que Henry percibiera mi ternura. Sin embargo, aquella noche, en aquella casa oscura en el fin del mundo, me sentía muy lejos de cualquier normalidad.

—¿Y bien, señorita Kate? ¿Bajará esta noche al salón? ¿Se unirá a nosotros para una partida de whist?

—No —respondí negando con la cabeza—. Estoy exhausta de tanto dar vueltas por ahí y no llorar.

—Por no mencionar los dos últimos días de continuos canturreos.

—En efecto. —Me reí entre dientes—. Sabía que estabas al tanto del canturreo de la señora Pettigrew, ¿me equivoco? Esbozó una sonrisa burlona.

—Me niego a responder a esa pregunta. —Eché un vistazo por encima de mi hombro hacia el interior de la habitación—. Estarás sola en el ala oeste. ¿Estás segura de que quieres quedarte aquí?

Puedo alojarte en otra habitación...

—No. Me encanta esta.

Y en realidad, así era. Me encantaban los paneles oscuros de madera, las cortinas de terciopelo y las tonalidades de los páramos. De hecho, en aquella habitación estaba empezando a cambiar mi opinión sobre ellos y comprendí que llegarían a gustarme.

—Estaré bien aquí. No te preocupes por mí.

Henry negó con la cabeza.

—Creo que siempre me preocuparé por ti —murmuró mirándome a los ojos. Inspiró hondo y me contempló como si su intención fuera añadir algo más, pero en lugar de eso, se giró en seco para marcharse. Le observé mientras cruzaba el pasillo e iba a recoger la vela que había abandonado en el alféizar.

—Henry. —Volvió la cabeza, pero no se acercó—. Solo quería darte las gracias por cumplir tu promesa. Gracias por traerme.

Henry esbozó una sonrisa.

—Siempre cumpliré las promesas que te haga —añadió caminando de espaldas.

Luego se dio la vuelta y se marchó de allí tan rápido como se lo permitieron sus largas piernas,

incluso me dio la sensación de que había echado a correr. La llama de su vela vaciló y un instante después se había ido.

Cerré la puerta, me puse el camisón, me metí en la cama y me tapé hasta la barbilla para combatir

el frío que invadía la estancia. Un débil gemido se coló entre las piedras y agitó las cortinas, solo un

poco, como una ola de terciopelo. Me pregunté de dónde procedería aquel viento, de los páramos o

del mar. ¿Cuál era el que gemía y cuál el que bramaba? Al oír un crujido al otro lado de la puerta,

pensé en dos opciones: o había alguien allí o el viento con su fuerza estaba zarandeando el viejo

caserón.

El fuego proyectaba sombras sobre las paredes y las cortinas continuaban danzando como si una

mano no dejara de agitarlas. Cerré los ojos con firmeza mientras a mi alrededor el viento ululaba y

aquella casa vieja crujía. Y al fin, después de mucho rato, conseguí conciliar el sueño.

E

Capítulo 9

El viento no dejó de despertarme durante la noche con sus bramidos y lamentos. De pronto, abría

los ojos en medio de una habitación a oscuras y volvía a cerrarlos para sumirme en un sueño

extraño plagado de pájaros que gañían, pasillos en penumbra y un niño que

escapaba de mí sin
volver atrás la mirada por mucho que yo le llamara. Conseguí escapar de
mis pesadillas cuando
alguien llamó a la puerta. Me di la vuelta y parpadeé confusa estudiando el
lugar en el que me
encontraba. Volvieron a llamar.

—¿Señorita Worthington? —gritó una voz al otro lado.

—¿Sí? —respondí medio atontada, intentando deshacerme de las sombras
remanentes de mis
pesadillas.

La puerta se abrió con un crujido y por la abertura se coló el rostro de una
joven; iba coronado por
una cofia blanca de doncella.

—Soy su doncella. ¿Puedo pasar?

—¡Ah! —Me enderecé en la cama y me aparté el pelo de la cara—. Adelante,
por favor.

Entró en la estancia y me saludó con una reverencia. Tenía las mejillas
sonrosadas y cubiertas de
pecas. Sus manos no dejaban de jugar con el delantal y para mitigar su
patente nerviosismo le
correspondí con una sonrisa.

—¿Cómo se llama?

—Alice, señorita —respondió con una nueva reverencia.

—¿Eres de Robin Hood's Bay, Alice? —la interrogué al recordar las
instrucciones que la señora

Delafield le había dado a Dawson la noche anterior.

—Sí, señorita.

—Bien. Estoy muy contenta de tenerte aquí.

Sonrió con timidez y, señalando el baúl, me preguntó si quería que acabara
de desempaquetar por

mí. Asentí. En primer lugar, se dirigió a la ventana y descorrió las cortinas.
Me lamenté al descubrir

lo tarde que era y me acerqué rápidamente a la ventana. Mientras las
pesadillas me atormentaban, el

sol había salido y había bañado de luz los páramos, aun cuando todavía
estaban cubiertos por una

capa de niebla. ¿Cómo era posible que mi primera mañana allí me hubiese perdido el amanecer? Me había acostado con la firme intención de estar fuera antes de la salida del sol para poder escuchar el canto de los pájaros.

Me entró un escalofrío, pues nada se interponía entre el frío suelo y mis pies desnudos. «Mañana no me dormiré. No pienso permitir que los fantasmas de la noche me priven de mis pájaros por la mañana.»

Me vestí con la ayuda de Alice y bajé al comedor para desayunar, donde tan solo encontré a Sylvia y a la señorita St. Claire. Me detuve en el umbral tratando de recobrar la calma y mis buenos propósitos. La noche anterior había llegado exhausta después de dos días de viaje y ese debía de ser el motivo por el que la señorita St. Claire me había parecido una joven algo irritante y presuntuosa.

Quizá fuera un ser humano perfectamente aceptable. Quizá fuera una buena esposa para Henry.

—Buenos días, señorita Worthington—me saludó la señorita St. Claire. Me dirigí hacia el aparador donde estaba dispuesto el desayuno para que los huéspedes se sirvieran—. Confío en que haya dormido bien.

—Sí, he dormido bien, gracias.

Tuve que refrenar mi otra respuesta, una menos educada. Me hubiese gustado contestarle que yo no era su invitada, sino la de Henry, y que ella no debería haber estado en mi primera y única visita a Blackmoore. Deberíamos haber estado solo Henry, Sylvia y yo, como durante nuestra niñez. Y

debería haber sido Sylvia quien me preguntara cómo había dormido. Contuve las palabras poco caritativas que tenía en la punta de la lengua y me esforcé por pensar algo agradable de esa intrusa

que había venido a arrebatarme la visita que debería haber tenido. Pensé en todo eso y mucho más mientras me servía comida en el plato. Para cuando me volví hacia la mesa y me encaminé hacia el asiento vacío que se encontraba frente a ambas, había llegado a una conclusión: la señorita St. Claire era un intrusa muy considerada. Al menos, debía concederle eso.

—He oído decir que le interesa mucho todo lo de la India —observó la señorita St. Claire.

Estaba muy hermosa de buena mañana. Su cabello, de un color castaño rojizo intenso y magnífico, lanzaba destellos cobrizos cuando los tenues rayos del sol incidían sobre él y sus enormes ojos verdes eran una potente arma a su favor.

—¡Oh! ¿Quién se lo ha contado?

—Yo —intervino Sylvia—. Juliet y yo hemos pasado mucho tiempo juntas en Londres.

Traté de que eso no me afectara. Sabía que Sylvia habría hecho nuevos amigos en Londres, pero no me gustaba que aquella extraña supiera cosas sobre mí. La señorita St. Claire me observaba

enarcando las cejas y me di cuenta de que aguardaba una respuesta.

—Sí, la India me interesa bastante. De hecho, espero poder viajar allí pronto con mi tía.

La reina élfica negó con la cabeza e hizo un chasquido en señal de desaprobación.

—No concibo cómo alguien puede desear visitar un lugar tan alejado de nuestra querida Inglaterra.

¡Parece tan peligroso!

—Y puede serlo.

—¿Cuánto dura el viaje?

—Según la época del año, entre cuatro y seis meses.

La señorita St. Claire puso unos ojos como platos y depositó su taza sobre la mesa.

—Entonces uno no puede ir y volver en menos de... ¡un año! ¡Inconcebible! Asentí.

Ella meneó la cabeza mientras me miraba con compasión.
—Pobrecilla. —Extendió el brazo desde el otro lado de la mesa y colocó su mano sobre la mía cuando iba a levantar el tenedor para llevármelo a la boca—. Comprendo que su situación en casa no es tan... ideal como la que, gracias a Dios, tenemos algunos de nosotros. Y lamento de veras que sea tan insoportable como para que desee poner semejante distancia ente usted y sus seres queridos. —
Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Tengo entendido que sus padres no son tan afectuosos como los míos. Oh, pobre, pobrecilla.
Hizo un mohín de tristeza con los labios, el más hermoso que le había visto hacer nunca a nadie.
Dejé caer el tenedor y fulminé a Sylvia con la mirada. Parecía estar deseando que la tragara la tierra. ¿Cómo podía haberle contado a la señorita St. Claire todos aquellos detalles personales sobre mi vida?
Ella trató de sonreír, pero sus ojos estaban dominados por el pavor.
—No te enfades conmigo, Kitty. Ya sabes que Juliet forma parte de la familia.
Me limpié la boca con la servilleta, aprovechando la maniobra como excusa para librarme de la molesta mano de la señorita St. Claire.
—Kate —la corregí con calma—. Prefiero Kate.
—Pero, querida, estoy convencida de que no le molesta que yo esté al tanto de los pormenores de su vida. —La señorita St. Claire se llevó las manos al pecho—. Le aseguro que soy la discreción personalizada. ¡Y no la juzgo en absoluto! Mi querida señorita Worthington, al contrario, tengo la sensación de que somos viejas amigas después de todo lo que me han contado los Delafield sobre usted a lo largo de estos años. No, no, no debe disgustarse. Debe darle las gracias a Sylvia por ser

tan buena amiga y solicitar mi ayuda para con su causa.

Me quedé muy quieta y dirigí la mirada hacia Sylvia, que estaba muerta de vergüenza.

—¿Su ayuda? —Carraspeé—. ¿Para qué, si puede saberse?

La señorita St. Claire se volvió hacia Sylvia buscando su permiso, si bien esta se limitó a

encogerse de hombros como si se hubiese rendido.

—Pues para que usted pudiera venir a Blackmoore, por supuesto —respondió la reina élfica

deleitándose con una sonrisa beatífica.

De pronto, fui consciente de los latidos de mi corazón y del rubor de mis mejillas.

—¿De veras? —Traté de sonreír—. ¿Y en qué consistió su ayuda, señorita St. Claire?

Ella continuó sonriendo, ajena por completo a lo que yo sentía.

—Le aseguré a la señora Delafield que no me opondría a su compañía sabiendo cuán

desesperadamente necesitaba algunas influencias positivas en su vida.

Sin poder creer lo que acababa de escuchar, me volví hacia Sylvia, que observaba su plato con una

tenacidad para mí hasta entonces desconocida.

—Bien, pues... —No sabía cómo responder a un acto tan compasivo y tan condescendiente a la vez

—. Gracias por su generosidad, señorita St. Claire —respondí al fin con una sonrisa forzada

mientras intentaba contener el increíble número de pensamientos impropios que me asaltaron.

—Fue un placer ayudar.

Recuperó su tenedor y continuó dando cuenta de su desayuno con elegancia.

Yo había perdido el apetito y no me veía capaz de continuar mucho más en compañía de la señorita

St. Claire sin perder los estribos, por lo que inspiré hondo e intenté reconducir la conversación hasta

un terreno seguro.

—Sylvia, espero que me presentes a tu abuelo durante la mañana.

—Me temo que mi abuelo no se encuentra bien, Kitty —observó ella con una

mirada pesarosa—.

Dudo que tengas oportunidad de conocerle durante tu estancia.

La noticia me produjo una gran decepción. Tenía muchas ganas de conocer al hombre que había

significado tanto en la vida de Henry.

—Siento mucho oír eso.

La señorita St. Claire chasqueó la lengua y meneó la cabeza.

—La verdad es que perder al abuelo ocasionará una gran tristeza a toda nuestra familia.

Le lancé una mirada cargada de incredulidad. Estaba yendo demasiado lejos al proclamar a aquella

familia como la suya propia y no podía soportar ni un minuto más en su compañía. Aparté el plato y

me puse en pie.

—Sylvia, enséñame la casa.

La aludida me miró como si acabara de pedirle que desarrollara una segunda cabeza.

—Kitty, la casa es enorme.

—Lo sé y quiero verlo todo.

Sonreí para alentarla, pero solo obtuve quejas.

—Pensarlo ya me resulta demasiado agotador —proclamó dejándose caer sobre el respaldo.

—Vamos, moverte un poco te sentará bien. Te ayudará a despertarte.

Me despachó con un gesto de la mano.

—No me apetece en absoluto pasarme la mañana yendo de aquí para allá.

Ve a pedirle a Henry que

te la enseñe.

Al oír esto, la señorita St. Claire soltó su tenedor y se puso en pie de repente golpeando la mesa y

haciendo que todo tintineara.

—Lo haré yo, señorita Worthington. Me servirá de práctica.

Mi mirada pasó de la señorita St. Claire a Sylvia, a quien dejé bien claro cuánto me desagradaba la

idea.

—Es usted muy amable, pero insisto en que Sylvia nos acompañe.

—No, Juliet conoce la casa tan bien como...

La fulminé con la mirada. Si yo iba a tener que sufrir la compañía de la señorita St. Claire, ella tendría que sufrir conmigo. Después de sostenernos la mirada mutuamente durante algunos minutos, Sylvia claudicó al fin.

—Por supuesto, será un auténtico placer ir con vosotras —añadió a regañadientes.

—Empezaremos por el vestíbulo —anunció la señorita St. Claire. Acto seguido, salió del comedor y encabezó la marcha por el pasillo hacia la entrada. Se detuvo en mitad del vestíbulo, justo debajo del techo abovedado. Eché un vistazo a mi alrededor con curiosidad. Qué contenta estaba de que la luz del día iluminara todo lo que la noche me había ocultado a mi llegada.

—Se trata del vestíbulo original —explicó señalando la estancia circular en la que nos encontrábamos—. Se completó en 1504, si bien otras partes de la casa fueron añadidas con posterioridad. El elemento más importante de la sala es, sin duda, el techo abovedado, en el que podemos observar la historia de Ícaro.

Incliné hacia atrás la cabeza y contemplé la pintura que cubría la cúpula que se alzaba dos pisos por encima de nosotras.

—Ese no es Ícaro.

—Sí que lo es —afirmó con más contundencia e incredulidad; como si no pudiera creer que osara contradecirla—. Por supuesto que es Ícaro.

Se volvió hacia Sylvia, que levantó ambas manos en un gesto con el que claramente quería decir «a mí no me preguntes».

—Ese es Faetón, no Ícaro —aclaré señalando la cúpula—. Faetón conducía el carro del sol por el cielo cuando perdió el control de los caballos. Zeus le lanzó un rayo y lo mató después de que

quemara la Tierra. Ícaro también sucumbió tras intentar volar —continué—, pero en su caso fue gracias a las alas que construyó su padre, Dédalo, para que ambos pudieran escapar de Creta. El joven se acercó demasiado al sol, la cera de sus alas se derritió y cayó al vacío.

La señorita St. Claire frunció el ceño mientras estudiaba la cúpula.

—Mmm... Supongo que tiene razón; sin embargo, debo confesarle que habla usted como una

marisabidilla, señorita Worthington, y si quiere mi opinión... —Se acercó a mí e inclinó la cabeza en

mi dirección antes de continuar—, a mí no me gustaría que me consideraran una marisabidilla si

estuviera en su lugar. Eso reducirá sus oportunidades.

Me costó un gran esfuerzo conseguir que mis labios siguieran dibujando una sonrisa.

—¿Mis oportunidades de qué?

—De casarse, ¿de qué si no? —respondió entre risas—. Mire que es usted graciosa. Sylvia me

había contado que era usted bastante aplicada, pero no la había creído. ¿No es así, Sylvia? No la creí

cuando me dijo cuánto había leído su amiga. —Sylvia se había hundido en una silla junto al fuego,

como si estar de pie fuera algo excesivo para ella—. Pero ya veo que tenía razón. Debe de haber

tenido una juventud muy aburrida, sentada durante horas y horas en una oscura biblioteca leyendo

libros viejos. Confieso que cuanto más sé de su vida, más la compadezco, señorita Worthington. Se

lo digo muy en serio.

No podía creer lo que acababa de oír. Nunca había conocido a nadie tan considerado y tan ofensivo

al mismo tiempo. No obstante, yo guardaba un secreto que ella parecía ignorar, por lo que tuve que

contener la sonrisa. Lo que ella desconocía era que los días que había pasado en la vieja biblioteca

en casa de los Delafield habían sido de todo menos aburridos. Lo que no sabía era que Henry llevaba años siendo mi compañero de estudios.

—¿Por dónde continuamos, señorita St. Claire?

—Por aquí —dijo dando media vuelta.

Obliqué a Sylvia a levantarse y la apremié entrelazando mi brazo con el suyo.

—Me pesan las piernas, Kitty —se quejó ella—. Puedes seguir explorando la casa tú sola si quieres.

—No te preocupes. Aceptaré tu oferta tan pronto como pueda —respondí en un susurro.

Me llegó la oportunidad después de ver algunas estancias. La señorita St. Claire me había mostrado

el comedor, el salón, la biblioteca, la sala de música y la gran galería; y estaba a punto de llevarme

de nuevo al vestíbulo para subir por la escalinata hacia el segundo piso cuando me percaté de que al

final del pasillo, encajonada en un hueco de la pared, había una puerta. Parecía olvidada y yo

simpatizaba con las cosas olvidadas.

—¿Adónde conduce aquella puerta?

—No es más que una segunda sala de música más pequeña —respondió la señorita St. Claire

restándole importancia con la mano.

Me aproximé a la puerta haciendo caso omiso de las protestas de Sylvia acerca de sus pies

doloridos. Estaba intrincadamente tallada, a diferencia de las otras puertas interiores que había visto

y, al acariciar su superficie con la mano, descubrí en la madera vides, hojas y algunos pajarillos aquí

y allá. Giré el picaporte, abrí la pesada puerta y entré en una estancia totalmente aislada de la luz por

unos pesados cortinajes. No obstante, algo se movía allí dentro, a lo que se unió un aleteo en el

interior de mi pecho. Con paso ligero, atravesé la sala y abrí los cortinajes,

tras los cuales se erigían
tres altos ventanales desde el suelo hasta el techo. La luz bañó la estancia y
me di la vuelta. Me
hallaba en una habitación pequeña de techos altos que mi mirada se
apresuró a inspeccionar. Atisbé
un pianoforte en el centro, distinguí unos sillones mullidos y descubrí los
tapices y cuadros que
cubrían las paredes mientras me afanaba en buscar el origen del movimiento
que había percibido.
Hasta que al final mis ojos se posaron en una jaula dorada, muy
ornamentada, que estaba colocada en
un rincón y parcialmente escondida entre las cortinas.
Comprendí entonces por qué me había parecido que algo se movía allí.
Dentro de la jaula, un
pájaro de color negro aleteaba nervioso, golpeándose las plumas contra los
barrotes de hierro. Sin
embargo, el ave no emitía ningún sonido más allá del que producían sus
alas. Al observarlo
fijamente, sentí una conexión con aquel pájaro oscuro y salvaje que no pude
explicar y que me dejó
sin respiración.
—Ya te había dicho que sería una pérdida de tiempo —refunfuñó Sylvia a mi
espalda.
La señorita St. Claire se había quedado en el umbral y arrugaba su perfecta
nariz en una mueca de
aversión.
—Odio cómo huelen los pájaros —declaró mirándolo con recelo—. Esta será
la primera estancia
que cambie cuando me...
Interrumpió sus palabras cuidándose de acabar la frase, aunque a mí no me
quedaron dudas de
cómo lo habría hecho: «cuando me convierta en la señora de la casa». El
resentimiento y la antipatía
prendieron en mi interior, rápida y ferozmente, y de mi razón se apoderaron
las ganas de echarla de
allí, de cerrar la puerta con llave y de proteger aquel espacio de su mano

destructora.

«Esta estancia es mía.»

Aquel pensamiento irrumpió en mi mente sin haberlo yo planeado, aunque no era más que el

reconocimiento de la verdad. Aquella era, en efecto, mi estancia. Lo sentía en los huesos. Aquella

sala no debería dejar de existir nunca. Deberían conservarse, atesorarse y tener en gran estima los

tapices, los cuadros, los altos ventanales y sobre todo, por encima de todo, aquel pájaro negro.

—Ojalá no cambie nunca —confesé mirando a los ojos a la señorita St. Claire—. Me encanta.

Ojalá se quede como está para siempre.

La sonrisa con la que me obsequiaba era todo dulzura e inocencia.

—Todo cambiará, señorita Worthington. Es lo que les pasa a las casas cuando cambian de dueño.

Me quedé allí de pie, furiosa e impotente a un tiempo.

—¿Está lista para continuar con la visita? —me preguntó señalando hacia la puerta.

—No. —La respuesta se me escapó de los labios, pues no podía soportar ni un minuto más en su

compañía—. No, quiero quedarme aquí. Continuaré yo sola más tarde.

Sylvia nos miró, primero a una y luego a la otra, varias veces, como si intentara decidir entre las

dos, pero solo necesitó un instante para tomar su decisión.

—Vamos entonces a sentarnos junto al fuego en el salón —dijo tomando por el brazo a la señorita

St. Claire—. Así podremos ver cómo llegan los invitados.

Cuando se marcharon, me arrodillé frente a la jaula y estudié al pájaro detenidamente. Sus plumas

eran de un negro hermoso y brillante que parecía casi azul cuando los rayos de sol incidían sobre

ellas; su cola se bifurcaba y retorció una y otra vez. Ni en los libros ni en el mundo real había visto

nunca un pájaro como aquel, y aun cuando me quedé allí observándolo durante un buen rato, no cantó

ni una sola nota.

A

Capítulo 10

lice no me defraudó. Aquella noche, al ayudarme a vestirme para la cena, recogió mi pelo

castaño y ondulado con una habilidad que nuestra doncella no poseía. Sin embargo, no dijo ni

una palabra y me quedé a solas con mis pensamientos.

Había llegado el momento de elaborar un plan, una estrategia. Después de algunas horas

curioseando por mi cuenta, había pasado la tarde en compañía de Sylvia y la señorita St. Claire

observando por la ventana cómo los carruajes enfilaban el camino hacia la casa. Los invitados no

habían dejado de llegar en todo el día. Los había jóvenes y viejos, guapos y no tan guapos. Esa noche

cenaríamos todos juntos y yo tendría que poner en marcha mi plan si quería ir a la India.

Con solo pensarlo, se me disparó el corazón. De repente, el trato que había hecho con mi madre se

me antojaba la cosa más tonta a la que había accedido en toda mi vida. ¿Se suponía que tenía que

convencer a tres caballeros para que me propusieran matrimonio? ¿De qué clase de locura había sido

presa para pensar que aquel era un objetivo factible? Hasta la fecha solo un hombre me había

propuesto matrimonio, el señor Cooper, un viejo decrepito que solo buscaba un cuerpo caliente que

le velara en su lecho de muerte. Le habría propuesto matrimonio a cualquiera cuyo corazón aún

latiera. Sin embargo, los amigos de los Delafield no se parecían en nada al señor Cooper. Eran

elegantes, pudientes, y no estaban desesperados como él. ¿Y tenía que despertar el interés nada más y

nada menos que de tres de ellos?

Me sentí mareada. Nunca ganaría aquella apuesta, pues no tenía la más mínima idea de cómo engatusar a un hombre. Pero si fracasaba, tendría que pagar un precio demasiado alto. Estaba segura de que fuera lo que fuese lo que rondaba por la mente de mi madre, no me gustaría. Intenté armarme de valor repitiéndome que lo conseguiría, que tendría éxito en mi cometido. Fracasas no era una opción y menos con lo que sabía de las ambiciones, sueños y proyectos de mi propia madre. Solía adueñarse de lo que no era suyo y robarle el futuro a los imbéciles confiados. ¿Cómo podía haber sido tan tonta como para acceder a su plan? ¿Por qué no había insistido en concretar qué le debería si fracasaba?

Mi mente se puso a trabajar a toda velocidad conforme el pánico se adueñaba de mí. Contemplé a Alice en el espejo recogíendome el cabello y de pronto recordé otro espejo, unos años atrás, a través del que había observado cómo Eleanor se preparaba para un baile. —Estás muy guapa —le dije observando desde la cama cómo nuestra doncella Mary le sujetaba el pelo con horquillas.

Estaba tendida boca abajo con la barbilla apoyada en una mano. Eleanor y yo nos parecíamos mucho y guardábamos a su vez bastante semejanza con nuestra madre: el mismo cabello castaño oscuro, los mismos ojos de color avellana. Al alabar la belleza de mi hermana, sentí una cierta seguridad con respecto a mi propia belleza futura. Yo tenía catorce años y ella dieciséis. Aún no tenía edad suficiente para asistir al baile, pero al menos me quedaba la esperanza de convertirme en una joven tan hermosa como Eleanor en dos años.

—¿Con quién crees que bailarás esta noche?

Eleanor volvió la cabeza evaluando el trabajo de Mary en el espejo.

—Supongo que bailaré con quien yo elija, por supuesto.

La miré con el ceño fruncido.

—Tú no puedes elegir. Son ellos los que eligen.

Ella se echó a reír y me miró fijamente a los ojos.

—Eres demasiado joven para entenderlo.

Fruncí aún más el ceño. ¡Odiaba su condescendencia!

—¿Qué le parece, señorita Eleanor? —preguntó Mary dando un paso atrás e impidiéndome replicar.

Eleanor observó su recogido durante lo que me pareció una eternidad, primero a un lado y

luego al otro, luego asintió y le dio las gracias a Mary, que nos dejó a solas.

—No soy mucho más joven que tú y lo sabes. Podrías ser amable y enseñarme para que cuando

llegue a tu edad sepa lo que tengo que hacer.

Eleanor se volvió para mirarme a la cara.

—Pues claro que te enseñaré, Kitty —afirmó esbozando una sonrisa cariñosa

—, pero esta noche

no tengo tiempo. Solo te diré una cosa. El control siempre lo tenemos nosotras. Puede que un

hombre crea que te ha escogido como el objeto de su interés, pero habrás sido tú la que haya

conseguido llamar su atención.

—¿Qué le parece, señorita?

La voz de Alice me sacó de mi ensoñación. Giré la cabeza a un lado y luego al otro, tal y como le

había visto hacer a Eleanor.

—Un peinado muy bonito, gracias —respondí con una leve sonrisa en los labios.

Alice dejó escapar lo que parecía un suspiro de alivio y se hizo a un lado. Había llegado la hora.

Mientras bajaba las escaleras, rememoré las palabras de Eleanor. Nunca llegó a enseñarme nada

más, pues para cuando alcancé la edad suficiente, en su opinión, para saber este tipo de cosas, ya no

me importaban sus consejos. No obstante, si existía una persona en el mundo

capaz de llevar a cabo
el cometido que se me había asignado, esa era Eleanor. Así pues, si al menos
conseguía comportarme
del mismo modo que le había visto hacer a ella, estaría bien encaminada.
Tomé aire y me repetí que
todo saldría bien, pero mi corazón se negaba a ralentizar su marcha y mis
manos se oponían a dejar
de temblar mientras recorría el ala oeste y descendía los dos tramos de
escaleras que me separaban
del resto de los huéspedes.
El salón estaba ya abarrotado cuando atravesé las espléndidas puertas que
daban acceso a él, pero
Sylvia me divisó de inmediato y se colgó de mi brazo.
—Vamos, te presentaré a los demás —declaró guiándome hacia el interior de
la sala.
El fuego desprendía mucho calor, la estancia estaba demasiado abarrotada y
la falta de aire
comenzó a agobiarme. Los guantes, que me llegaban hasta el codo,
empezaron a molestarme a causa
del calor y deseé haber traído un abanico. Había demasiados vestidos
elegantes, demasiadas mangas
de farol, demasiados tocados de plumas. No había contado con encontrar allí
la nueva moda
londinense. Había oído hablar de ella, pero aún no la había visto y el efecto
resultaba
desconcertante. Me sentía como el pájaro que se cuela en una bandada que
no es la suya y se
encuentra de pronto rodeado por pájaros de otra especie.
Asimismo había demasiados caballeros. ¿Cómo iba a elegir a tres? ¿Y cómo
sabría con qué tres
tendría más oportunidades de obtener una proposición? La cruel realidad
del trato que había pactado
con mi madre volvió a apoderarse de mí y lamenté haberlo hecho. Resultaba
demasiado abrumador.
Los remordimientos hicieron vacilar mi paso, miré de aquí para allá
buscando algo más aparte de

mangas, espaldas y plumas, al tiempo que me esforzaba por respirar en aquel salón caluroso y sofocante. Y entonces mis ojos, guiados por el pánico, se posaron en una visión familiar. Me fijé primero en su cabello oscuro, luego en sus ojos grises y finalmente en la arruga que había aparecido junto a su boca, donde empezaba a formarse una sonrisa. Tenía el rostro inclinado hacia abajo y entonces descubrí a quién le estaba sonriendo: a la señorita St. Claire. La joven se hallaba de pie a su lado, inclinada en su dirección, hablando con él. Sus ojos parecían resplandecer.

Verlos juntos acabó con mis remordimientos, mi indecisión y mis dudas, y reforzó mi resolución.

Conseguiría las tres propuestas de matrimonio y partiría hacia la India, cuanto antes mejor. Si

hubiese sabido que ella estaría allí... Si hubiese sabido que tendría que verlos juntos y ser testigo de cómo la cortejaba, no habría venido.

Sylvia dejó de tirar de mí y atrajo mi atención hacia los dos caballeros que estaban ante ella.

—El señor Brandon y su hijo, el señor Thomas Brandon.

¡Ah! Su señor Brandon. Aquello despertó mi interés y consiguió hacer a un lado mis propias

preocupaciones. Dirigí toda mi atención al apuesto joven que estaba delante de mí. Tenía el pelo

castaño, unos ojos bonitos y una sonrisa contagiosa. Miré de reojo a Sylvia mientras un pensamiento

me asaltaba: «Bien hecho, amiga». ¿Un joven alegre, al que le gustaba Shakespeare y que además

sentía una inclinación por mi mejor amiga? No podía estar más complacida. Por consideración a

Sylvia, traté de no sonreír.

Su padre, el viejo señor Brandon, no se mostraba en absoluto entusiasmado de estar allí. Daba la

sensación de que se habría encontrado mucho más a gusto en un despacho,

como mi padre, y saltaba a la vista que era un hombre de hábitos tranquilos.

Su hijo, en cambio, no lo era.

—Estoy impaciente por explorar por fin la costa mañana —exclamó entusiasmado frotándose las manos—. ¿Y era una abadía en ruinas lo que hemos visto al pasar, como una milla al sur de aquí?

Sylvia asintió y el rostro del muchacho se iluminó aún más.

—¿Sería un lugar ideal para una comida al aire libre! ¡Mañana! —Miró a Sylvia y luego a mí antes de volverse de nuevo hacia Sylvia—. ¿Qué opinan? Me gustaba su entusiasmo.

—Me parece una idea espléndida —observé.

El joven señor Brandon se volvió hacia su padre.

—¿Y usted, padre? ¿Nos acompañará?

El viejo señor Brandon vaciló un momento antes de responder con voz pausada.

—El aire de esta zona es demasiado frío, pues nos hallamos junto al océano.

—Pero no podemos dejar que eso nos detenga, padre. ¡Y menos cuando se presenta ante nosotros la posibilidad de una aventura!

Sonreí al joven señor Brandon. He ahí un hombre con el que me identificaba, mi alma gemela. Me

volví hacia Sylvia y sonreí satisfecha al ver la expresión enamoradiza en su semblante. En realidad,

me sentía halagada. Había escogido a un hombre que se me asemejaba en temperamento. Sin duda,

aquel estaba destinado a ser un matrimonio feliz. Sylvia y yo nos habíamos criado juntas y éramos las

mejores amigas. Nos complementábamos la una a la otra, por lo que no cabía duda de que el señor

Brandon sería perfecto para ella.

—Acordado, pues —resolvió el hijo—. Mañana haremos una pequeña excursión. Espero que el cielo esté despejado.

—Y yo —añadió Sylvia tirándome del brazo—. Discúlpenme, tengo que

saludar al resto de los
invitados.

Ambos asintieron y nos despidieron con una reverencia, pero me percaté al
alejarnos de que el

viejo señor Brandon nos seguía con la mirada. Se me ocurrió una idea.

—¿Dónde está la señora Brandon? —le pregunté a Sylvia en un susurro.

—El señor Brandon es viudo.

Sonreí para mis adentros. Un viudo siempre andaba a la caza de una nueva
esposa. Además, por lo

que tenía entendido, los hombres mayores se declaraban con más celeridad
que los jóvenes, por lo

que el viejo señor Brandon podía ser una buena solución a mi problema. Por
otro lado, con ello

también estaría ayudando a Sylvia, pues le mantendría ocupado y ella podría
acaparar la atención de

su hijo, su pretendiente. Quizá mi situación no fuera tan desesperada como
había creído.

Para cuando Sylvia acabó de presentarme a todos los invitados, ya tenía dos
posibilidades más en

mente. Aparte del viejo señor Brandon, había elegido a un joven algo
nervioso llamado señor Dyer y

al señor Pritchard, que había vuelto hacía poco de la India. Solo dejé de
pensar en mi objetivo

cuando Sylvia me presentó a Herr y Frau Spohr, dos músicos de Alemania.

—Herr Spohr es compositor —me aclaró tras las presentaciones—. Tuvimos
la suerte de asistir en

Londres al dueto de clarinete y harpa más adorable que he oído jamás. Él y
su mujer han sido muy

amables al prolongar su estancia en nuestro país para venir a Blackmoore a
deleitarnos con su

música.

Herr Spohr era un hombre de mediana edad de cabello indómito. Su mujer
parecía algo más joven

que él, tenía el cabello castaño y cierto aire tranquilo, pero elegante.

—Es un placer conocerles, Herr Spohr, Frau Spohr. Estoy deseando oírles
tocar.

—La señorita Worthington también toca —comentó Sylvia.
Sus palabras hicieron que me sonrojara, pero Herr Spohr se mostró interesado.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué instrumento toca?

—Solo el pianoforte.

Su mirada se volvió algo reprobatoria.

—Nunca responda «solo el pianoforte». Nunca menosprecie el instrumento, señorita Worthington.

—No era mi intención menospreciar el instrumento, Herr Spohr, sino mi propia habilidad —aclaré

—. Tengo en muy buena consideración al pianoforte. De hecho, soy una gran admiradora de Mozart.

Me hubiese gustado añadir algo más sobre el genial músico que se había granjeado mi lealtad, pero

en ese momento anunciaron la cena y tuvimos que ponernos en marcha hacia el comedor junto al resto

de los invitados. Volví a ver a Henry y a la señorita St. Claire. El cabello cobrizo de esta última no

pasaba desapercibido entre la multitud.

Sin embargo, para satisfacción mía, tampoco yo resultaba del todo invisible, pues Henry se volvió

para mirarme por segunda vez al verme. Pensé en el gran trabajo que Alice había hecho con mi

cabello y tuve que contenerme para no acariciarlo tímidamente. Henry me lanzó una mirada

inquisitiva con la que parecía querer preguntarme si todo iba bien y le correspondí esbozando una

sonrisa. Todo iba muy bien ahora que tenía un plan.

Capítulo 11

Mi plan no había avanzado ni un ápice durante la cena, pues me había tocado sentarme entre dos

hombres casados. Así pues, decidí aprovechar la primera oportunidad que se me presentó cuando los

caballeros se reunieron con nosotras en el salón. El hombre que acababa de volver de la India fue el

primero en sentarse en uno de los sofás dispuestos delante del fuego. Me apresuré a tomar asiento a su lado antes de que lo hiciera otra persona.

—Señor Pritchard, me gustaría mucho hablar con usted sobre la India. A buen seguro debía de sacarme unos veinte años, pero Sylvia me había asegurado que no estaba casado. Tenía el cabello rubio y estaba muy bronceado. El motivo por el que le había escogido era porque teníamos intereses comunes.

Sin embargo, el señor Pritchard se tomó su tiempo antes de responder. Sacó una cajita de rapé del bolsillo, le dio un toquecito con la uña y esta se abrió de inmediato.

—¿Y bien? ¿De qué quiere hablar? —preguntó mirándome fijamente mientras tomaba un poco de rapé.

Se llevó el dedo a uno de los orificios nasales, aspiró y luego repitió el proceso con el otro orificio. Se sacudió el polvo de los dedos y volvió a guardar la cajita de rapé en el bolsillo antes de dirigir la mirada de nuevo hacia mí.

Al poner mi plan en marcha, mi nerviosismo regresó en su máximo esplendor. Pero ¿qué estaba

haciendo? ¿Cómo iba a suscitar el interés de ese hombre por mí?

«Eleanor.» Mi hermana se coló de nuevo en mi mente y rememoré todas las veces que la había

visto flirtear. Pensé en cómo sonreía o ladeaba la cabeza, en cómo se ponía en pie y se sentaba, e

incluso en lo que hacía con las manos.

Me senté un poco más cerca de él, consciente de pronto de toda la gente que había a nuestro

alrededor. Ladeé la cabeza, tal y como le había visto hacer a ella, y le deleité con una sonrisa.

—Me encantaría saber cómo es la India.

Él me miró fijamente.

—Caliente —respondió sin pestañear.

Aunque ya pestañee yo por ambos.

—¿Caliente?

—Sí. Caliente.

Mi sonrisa flaqueó, sobre todo al ver la diversión en el rostro de cuantos escuchaban nuestra conversación.

—Bueno, entiendo que su clima es más caluroso, señor Pritchard, pero esperaba que pudiera

contarme algo más, ya que planeo viajar allí muy pronto.

Recordé que Eleanor se inclinaba hacia un hombre cuando este le interesaba, así que me incliné hacia el señor Pritchard.

Atisé un movimiento por el rabillo del ojo que me llamó la atención. Henry no andaba muy lejos y

nos observaba con una expresión adusta. De hecho, aquella mirada iba más allá de la adustez. Tenía

la mandíbula apretada y sus ojos parecían de acero.

—¿Está planeando viajar a la India? —El señor Pritchard me sorprendió al mostrar algo de

expresividad en su semblante—. ¿Con quién?

—Con mi tía.

—¿Las dos solas?

Asentí.

Su mirada pasó de mí al resto del grupo que estaba pendiente de nosotros y de nuestra conversación

y entonces soltó una risotada, como si no se hubiese tratado más que de un chiste. Ellos

correspondieron con una sonrisa. La señorita St. Claire sonrió, así como Sylvia y una pareja mayor

cuyos nombres no conseguía recordar. Me ardían las mejillas. Estaba segura de que yo era la causa

de aquellas sonrisas y también de las carcajadas del señor Pritchard, pero no lograba entender por

qué. De todos ellos, el que más sonreía era aquel tipo nervioso, el señor Dyer. Decidí no mirar a

Henry para no ver su reacción.

—¿Por qué le resulta gracioso, señor Pritchard?

Olvidé sonreír e inclinarme hacia él.

—Por dos razones. —Alzó dos dedos y fue bajándolos conforme aportaba sus argumentos—. Dos

mujeres solteras. Viajando a la India solas. —Meneó la cabeza—. No había oído nada tan insensato en toda mi vida.

El señor Pritchard se removió en su asiento, como si con ello pretendiera despacharme, y se volvió

hacia otro lado. No obstante, mi orgullo no me permitía dejarlo correr.

—Pues yo no opino que sea algo insensato —rebatí lo bastante alto para que todos los integrantes

del grupo lo oyeran—. Creo que es intrépido.

El señor Pritchard se volvió hacia mí enarcando una ceja y me miró por encima del hombro con

desdén. Volvió a cambiar de posición, aunque en esta ocasión se acercó más a mí.

—La India no es lugar para jovencitas en busca de aventuras —dijo en tono cortante y mirándome a

los ojos—. Es un país hostil. Existen muchas posibilidades de que perezca durante el viaje, pero si

no la mata el mar, lo hará cualquier enfermedad en cuanto llegue allí. —

Paseó sus ojos lentamente

por mi figura—. No es usted fea. Yo en su lugar me casaría y dejaría las aventuras para gente más

preparada.

El señor Pritchard se puso en pie, se alisó el esmoquin y se alejó de allí.

Sentí cómo me ardía el

rostro. No me atreví a mirar a nadie, aunque noté sus miradas clavadas en mí. Notaba en particular la

de Henry, pero me sentía tan humillada que pensé que jamás volvería a ser capaz de mirarle a la

cara. Tras permanecer allí sentada durante lo que me pareció un lapso de tiempo tremendamente

largo e incómodo, me puse en pie y me alejé con tanta despreocupación como fui capaz de fingir.

No sabía a dónde mirar ni a dónde ir, lo único que sabía era que debía

*abandonar el grupo que
había presenciado mi humillación a manos del señor Pritchard. Crucé la
habitación sin un refugio en
mente y entonces, como un rayo de sol, se presentó ante mí la mirada del
viejo señor Brandon. Estaba
sentado en un rincón lo bastante alejado para no haber oído la conversación
y miraba en mi
dirección.*

*A la desesperada, hice acopio de coraje y dirigí mis pasos hacia él. Lo
intentaría una vez más. El
señor Pritchard se había comportado de forma cruel conmigo y el nervioso
señor Dyer me había
dejado claro que empatizaba con él, pero el señor Brandon era un ser
amable. Lo percibía en sus
ojos.*

*Se puso en pie cuando me acerqué, me recibió con una reverencia y me
ofreció el asiento contiguo
al suyo con un gesto de la mano. Sonreí aliviada. Al menos, esta vez no había
errado mi juicio. El
señor Brandon era un hombre amable.*

*—Señorita Worthington, está usted muy colorada. ¿Tal vez el fuego la ha
acalorado demasiado?*

*Me llevé una mano a las mejillas, consciente de que había sido la vergüenza
y no el calor lo que me
había sonrojado.*

—Quizá.

*Para infundirme valor, pensé en el trato que había hecho con mi madre, en
la India, mi
salvoconducto, y en el ejemplo de Eleanor. Lo intentaría una vez más. Tenía
que hacerlo. No pensaba
rendirme a causa de la grosería de un solo hombre. Tomé asiento al lado del
señor Brandon, le
sonreí como hacía mi hermana, me incliné en su dirección y le pedí que me
hablara de él.*

** * **

—Kitty, tengo que hablar contigo.

Sylvia me cortaba el paso. Tenía los puños cerrados y sus ojos azules, habitualmente serenos, echaban chispas.

Yo acababa de dejar al viejo señor Brandon, con el que había estado charlando durante la última hora. Actuar como Eleanor me había dejado exhausta y la temperatura del salón seguía pareciéndome demasiado agobiante, por lo que había decidido refugiarme en el frescor del pasillo. Me dirigía hacia las puertas con ese propósito cuando Sylvia me había interceptado.

—Desde luego —respondí algo sorprendida por su comportamiento. Abandonamos el salón y la seguí por el pasillo hasta el comedor. El servicio había acabado de recoger los restos de la cena y allí ya no quedaba nadie. Sylvia cerró la puerta con cuidado tras de sí y se dio la vuelta para encararme.

—¿Cómo has podido, Kitty?

Retrocedí sorprendida.

—¿Cómo he podido qué?

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Después de todo lo que he hecho por ti!

—espetó con el rostro enrojecido y los ojos anegados en lágrimas.

Sacudí la cabeza, estaba atónita.

—Pero ¿qué es lo que te he hecho?

Sylvia se acercó más a mí y me señaló con el dedo.

—¡Acabas de pasarte una hora tratando de robarme al señor Brandon! —me acusó entre sollozos

—. Aun cuando te había dicho cuánto me gustaba. Aun cuando te había enseñado los... los versos...

que me había regalado. —Le temblaban los labios—. Los versos que hablaban de mí. Puede que a ti

te parecieran insignificantes, pues no los había escrito él mismo, pero a mí me habían encantado. Era

lo más dulce que un hombre había hecho por mí jamás y podría haberme enamorado fácilmente de él.

¡Y tú lo sabías! Y aun así, te has sentado a su lado y... ¡y has coqueteado con

él de forma descarada
y repugnante!

Me había dejado con la boca abierta desde la primera frase y no podía hacer otra cosa salvo mirarla perpleja.

—¿Me estás diciendo que aquella nota era del viejo señor Brandon?

—Pues claro. —Se secó las mejillas—. ¿De quién si no?

—¡De su hijo, por supuesto! —repliqué a gritos. Me horrorizaba lo que había hecho, pero también

el que Sylvia no hubiese imaginado que se trataba de algún tipo de confusión por mi parte—. ¡El

hombre cuya edad se aproxima más a la tuya! ¡El más atractivo!

Sylvia puso unos ojos como platos.

—Pero si ni siquiera es el primogénito, Kitty. Mis hijos nunca heredarían nada. Al menos, el padre

posee un título, aunque no sea más que un barón. Además, su hijo nunca podría llegar a interesarme.

Me arrastraría por toda la campiña inglesa hablando de aventuras y me obligaría a ir a lugares a los

que no me apetecería ir. Sería... Sería como estar casada contigo. ¡No lo soportaría!

Me eché hacia atrás. Me sentía como si me hubiesen golpeado.

—Lo había... Había interpretado como un cumplido que te gustara el hijo.

Pensaba... —Inspiré y

dejé escapar el aire poco a poco. Sentía un gran vacío en mi interior—.

Pensaba que éramos las

mejores amigas.

Sylvia no dijo nada durante un buen rato.

—Kitty, creo que fuimos buenas amigas durante la infancia, pero hace bastante tiempo que somos

muy distintas.

Dejé escapar un suspiro y me froté la frente. De pronto me sentía demasiado cansada para aquello.

—Kate, por favor. Aunque solo sea por una vez, te suplico que me llames Kate.

La expresión de su rostro volvió a endurecerse y me miró fijamente

frunciendo los labios.

—Nunca te ha gustado la persona en la que me he convertido, ¿no es eso? — pregunté al darme

cuenta de pronto de lo que pasaba—. Por eso te niegas a llamarme Kate.

Alzó un hombro tímidamente. No necesitaba su confirmación, sabía que cuanto acababa de decir

era cierto. Sin embargo, reconocer la verdad me hizo sentir también un gran vacío.

—No te preocupes. No importa cómo me llames. Lamento mucho haber coqueteado con tu señor

Brandon. No tenía ni idea. Por si sirve de algo, no creo que hubiese tenido oportunidad de robártelo,

pues él no dejaba de mirar en tu dirección.

—¿De verdad?

En sus labios apareció una sonrisilla.

—Sí, de verdad. Por suerte, no he ocasionado ningún daño irremediable.

Retiré una silla y me dejé caer pesadamente. Me sentía derrotada. Acababa de perder dos de mis

opciones. Debía tachar de la lista al señor Pritchard y al señor Brandon, eso me dejaba tan solo con

el nervioso señor Dyer y no tenía muchas esperanzas puestas en él. Apoyé la barbilla en la mano.

Sylvia retiró la silla que había junto a la mía, tomó asiento y se volvió hacia mí. Notaba su mirada

sobre mi rostro, pero me sentía demasiado avergonzada para mirarla a la cara.

—Nunca te había visto comportarte así —comentó en voz baja—. Nunca te había visto coquetear

con un hombre y menos aún con dos en la misma noche. Me has recordado a otra persona.

Me cubrí los ojos con las manos anticipando el horror de sus próximas palabras.

—No lo digas —supliqué negando con la cabeza.

—Te parecías mucho a Eleanor. Primero con el señor Pritchard y luego con el señor Brandon.

Cerré los ojos con fuerza tratando de contener las lágrimas.

—Necesito saber por qué razón has actuado de ese modo, Kitty. Si quieres quedarte en esta casa, necesito entenderlo.

Sus palabras me sonaron a amenaza. ¿Qué era eso de si quería quedarme en aquella casa? Bajé la mano y la miré con incredulidad. ¿De verdad iba a obligarme a abandonar Blackmoore por haber coqueteado con dos hombres? Sylvia me sostuvo la mirada, parecía hablar muy en serio.

—Está bien, tú ganas. Te contaré por qué he estado flirteando durante toda la noche, aunque flirtear no sea ningún delito. —Tomé aire—. He hecho un trato con mi madre. Ella me concederá la libertad, la independencia y mi viaje a la India si consigo, y rechazo, tres propuestas de matrimonio.

Sylvia me miró fijamente, luego se echó a reír. Fue una risa corta y triste.

—¿Así que pensaste que podías coquetear con un puñado de hombres y que luego ellos te propondrían matrimonio?

Volvía a sentir el rostro encendido.

—Les ha ocurrido a otras jóvenes.

Sylvia meneó la cabeza. Su incredulidad se había convertido en algo que yo detestaba aún más, se había convertido en lástima.

—Tengo que contarte algo, Kit... Kate. Y no te digo esto porque esté enfadada contigo, sino porque soy tu amiga y mereces saber la verdad.

El pánico me invadió y se me aceleró el corazón. Estaba convencida de que no me gustaría lo que tuviera que contarme.

Sylvia se inclinó hacia mí y me miró a los ojos.

—Ninguno de los hombres que está aquí te propondrá matrimonio.

Me estremecí al oírlo, pero mi orgullo se erigió en mi defensa.

—Pareces muy segura de ti misma, Sylvia —repliqué en tono cortante—.

¿Cómo puedes afirmar una cosa semejante?

—Pues porque estos son los amigos de mi madre y absolutamente todos han oído hablar de

Eleanor.

Palidecí.

—Pero eso es agua pasada. Ahora está casada. Ya no puede perjudicarme. Sylvia negó con la cabeza. La lástima que sentía por mí seguía dominando sus ojos azules.

—Por Londres circulan nuevos rumores. No quería decírtelo, pero está en boca de todas las personas de nuestro entorno. En realidad, de toda la buena sociedad de Londres.

—Pero está casada —repetí, incapaz de abandonar aquel argumento.

—Las mujeres casadas pueden causar tanto escándalo como las que no lo están —resolvió Sylvia con una expresión de hastío.

Hundí el rostro en las manos mientras la esperanza me abandonaba.

—De hecho —continuó—, cuando mi madre se enteró de los rumores, escribió a Henry y le dijo

que ya no podías venir a Blackmoore, pero él se opuso. También yo salí en tu defensa, Kitty. Le dije

que nunca te habías comportado como Eleanor y que nunca lo harías. Que nuestros huéspedes no

tenían nada que temer en tu compañía... Que ningún escándalo los salpicaría mientras te alojaras con nosotros.

Tomé aire y lo solté una y otra vez tratando de no llorar.

—Lo único que quiero es marcharme a la India. Por eso he hecho lo que he hecho.

Permaneció en silencio tanto tiempo que levanté la cabeza y me volví hacia ella. La censura estaba

escrita en su rostro, así como el juicio, el reproche y el rechazo.

—Aun cuando tuvieras alguna posibilidad de que tu plan funcionara, no puedo creer que utilizaras a

unos pobres hombres confiados para obtener lo que quieres. ¿Acaso no pensaste en las implicaciones

morales de tu plan? ¡Usar a esos hombres..., jugar con sus corazones...,

animarles a que se
enamorarán de ti, sabiendo que ibas a rechazarlos! Es algo cruel, muy pero
que muy cruel, y egoísta
y... y... —Inspiró—. Parece algo propio de tu madre, si te soy sincera.
Parece exactamente el tipo
de cosa que ella haría.
Sus palabras me hicieron estremecer.
—Eso no es cierto —espeté. Aparté la silla y me puse en pie con los puños
apretados—. No soy mi
madre y nunca seré como ella. No puedo creer lo que has dicho. Después de
todos estos años...
Sabes cómo me siento con respecto a ella. ¡Y sabes cuánto despreciaría
parecerme en lo más mínimo
a ella! ¿Cómo has podido acusarme de algo así?
Me miraba fijamente, con los ojos embargados por la pena, pero los labios
fruncidos. Parecía
querer afirmar que de sus labios no saldría una disculpa. Ya no estaba de mi
lado. Me miraba como a
alguien a quien se compadece, no alguien a quien se quiere.
La verdad de sus palabras golpeó con fuerza mi alma. Sin embargo, no
pensaba dejar que
penetraran en mí, igual que ella no permitiría que de su boca saliera una
disculpa. Estábamos
demasiado lejos la una de la otra a pesar de nuestra proximidad física. Tras
un lapso de tiempo
larguísimo, protagonizado por la tensión, el silencio y nuestra propia
testarudez, Sylvia volvió la
cabeza en dirección a la puerta, en dirección al camino que la devolvería al
mundo al que pertenecía.
—Debo volver con los invitados. Mi madre se preguntará dónde estoy.
Se quedó allí esperando, cambiando el peso de un pie al otro. Sentí flaquear
mis defensas: la
verdad había encontrado un punto débil en mi barrera y se estaba abriendo
paso a golpe de machete.
No podía permitir que Sylvia fuera testigo de mi vulnerabilidad. Pasé por su
lado sin detenerme, abrí

la puerta y salí de allí con paso firme, la barbilla levantada y el orgullo herido de quien no admite sus propios errores. Pero en cuanto abrí la puerta de la pequeña sala de música, la estancia que había proclamado como mía, la que contenía el pájaro silencioso que había despertado mi interés, me deshice de todo cuanto me había estado protegiendo. Apreté las palmas de las manos contra los ojos cuando la verdad halló un punto débil en mí, se coló por él y se expandió por todo mi ser cegándome con el dolor del esclarecimiento. Había hecho todo lo posible durante los últimos años para no parecerme a mi madre. Sin embargo, en mi obsesión por escapar a mi destino, me había convertido en ella. Había estado dispuesta a utilizar a los demás en mi propio beneficio. Había estado dispuesta a atacar su debilidad —sus esperanzas, sus sueños, los sentimientos más vulnerables de sus corazones—, a manipularlos, a tenderles una trampa para luego deshacerme de ellos. Y tan solo en pro de mi sueño de viajar a la India. Y en aquel momento de esclarecimiento, me odié a mí misma.

S

Capítulo 12

olo había una cosa que calmaría un alma tan miserable como la mía. Salí a hurtadillas de la pequeña sala de música —la sala del pájaro, como había decidido llamarla— y tomé la escalera de servicio que había descubierto por la mañana al explorar la casa. No podía arriesgarme a que alguno de los invitados me viera en aquel estado. No estaba llorando, pero no me faltaba mucho. De hecho, demasiado poco como para permitir que mi corazón siguiera en aquel estado de

vulnerabilidad.

Subí a toda prisa los dos tramos de escaleras y recorrí el laberinto de pasillos que llevaban al ala oeste. El viento gélido se colaba por las piedras de las viejas paredes y me hacía temblar. No permanecí en mi habitación salvo el tiempo suficiente para hacerme con la partitura de Mozart y salí disparada escaleras abajo, más y más aprisa, pues sentía que mi corazón estaba a punto de abrirse bajo el peso de las revelaciones de la noche. Volví a entrar corriendo en la sala del pájaro sin que nadie me hubiese visto. Apenas unos minutos me llevó encender las velas desperdigadas por la estancia, tomé una y la llevé hasta el pianoforte. Eché un vistazo al pájaro, que me miraba con ojos solemnes y brillantes. Giró la cabeza y batió las alas, pero no cantó. Luego coloqué la partitura en el atril del instrumento, tomé asiento y cerré los ojos. «Haré callar a mi apesadumbrado corazón», me dije. «Expulsaré la humillación que me corroe. Dejaré de pensar en lo que perdí al hacer ese trato con mi madre y dejaré de torturarme por haberme convertido en ella. Me abandonará la desesperación de conocer la verdad. Mozart lo conseguirá.» Abrí los ojos, inspiré hondo, coloqué los dedos sobre las teclas y empecé a tocar. Las notas del Concierto n.º 21 de Mozart se concibieron para desfilan y yo siempre conseguía que desfilaran. Al controlar aquellas notas, solía controlar también mi propio corazón. Así era como se instruía al corazón. Disciplina. Orden. Razón. Esa era la esencia del clasicismo. No obstante, aquella fatídica noche los soldaditos se negaban a desfilan. En cuanto me senté frente al pianoforte, me atormentaron de nuevo las palabras de Sylvia y la humillación sufrida a manos del

señor Pritchard. Dar me cuenta de que nunca había tenido la más mínima oportunidad de ganar el pacto que había hecho con mi retorcida madre, de que ahora tendría que abandonarme a sus designios, ensombreció mi alma con la mayor de las desesperaciones. Anhelaba que Mozart hiciera desaparecer mi tristeza, deseaba desprenderme de todo y pensar con claridad. Interpreté todo el concierto sin detenerme y volví a empezar de nuevo, pero notaba una fuerte opresión en el pecho provocada por la desesperación, la humillación y la inutilidad de todo cuanto había intentado conseguir para mí. El corazón me gritaba que no había música en el mundo que pudiera arreglar aquello, que ninguna filosofía compensaría el haber perdido aquella apuesta con mi madre. Nada podría deshacer el trabajo que había hecho cuando me había propuesto ser como ella.

Me enfrenté a la música, incluso mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Me enfrenté a aquellos soldaditos sónicos y a mi confuso corazón, pero los rebeldes continuaron caminando a destiempo, tropezando unos con otros, cayendo al suelo o negándose a formar.

—¡Deténgase!

Me aparté del teclado sorprendida y me volví rápidamente hacia el hombre que había irrumpido en la estancia dando zancadas y agitando los brazos.

—¡Deténgase! ¡Deténgase de inmediato!

Se trataba de Herr Spohr, con su indómito cabello y su marcado acento alemán. Vino hacia mí con celeridad, casi con urgencia.

—Debe detener esto ahora mismo. Deje de hacer lo que está haciendo. No está bien.

Le miré perpleja sin saber qué decir. Él se pasó la mano por el pelo y tomó aire. Parecía como si

hubiese venido corriendo desde el salón.

—¿Qué es lo que está haciendo, Fräulein? —preguntó con algo más de amabilidad.

—Esto... Estoy... tocando. Estoy tocando una pieza de Mozart.

—No. Eso no es tocar. —Meneó la cabeza y las manos como si intentara deshacerse de lo que

acababa de oír—. Eso es luchar. Está luchando contra la música.

Herr Spohr se inclinó hacia mí y examinó mi rostro atentamente con sus ojos de color azul claro.

Por un momento, sentí miedo, pues me dio la sensación de que podía ver en el fondo de mi alma. ¡Y

había tantas cosas allí que yo no quería que nadie viera!

—Se está librando una guerra, una lucha interna, justo aquí. —Me golpeó con dos dedos debajo de

la clavícula—. El demonio contra el que está luchando le impide tocar bien. Debe buscar la música

apropiada para su lucha... O, más bien, para su demonio.

No podía hacer otra cosa salvo observarle presa de la confusión. Aunque estaba hablándome en mi

propia lengua, mi mente clásica era incapaz de dar sentido a sus palabras.

—Debe buscar la música capaz de liberar a la bestia que lleva dentro. —

Volvió a golpearme en el

pecho—. Esa bestia que lucha y forcejea en su interior. No puede subyugarla. La música sufrirá.

Usted sufrirá. ¿Lo entiende?

No entendía nada. Quizá viera el desconcierto en mi rostro, porque suspiró y se pasó

nerviosamente la mano por el pelo.

—Mozart no es la respuesta a su problema. Mozart le está haciendo daño. — Se inclinó hacia

adelante, se hizo con la partitura y la abrazó contra el pecho. Luego ladeó la cabeza—. Lo siento,

pero debo llevármela.

Y se marchó con paso ligero sin añadir nada más. Me quedé inmóvil, sin saber qué hacer ni qué

decir. Me limité a observar la puerta, totalmente perpleja, esperando a que

volviera y me dijera que
no había sido más que una broma. Pero no lo hizo, así que me puse en pie y
me dirigí aturdida hacia
la jaula. Me arrodillé delante de ella y contemplé el pájaro negro y
silencioso. Alargué la mano hacia
la estructura de hierro dorada y acaricié los barrotes con los dedos. Mi
corazón se estaba
despedazando y no había forma de evitarlo. Mis heridas eran demasiado
profundas.
Mis dedos se cerraron alrededor de los barrotes de la jaula y sentí cuán
fuerte era, además de
decorativa. De pronto, me invadió el odio. Odié cuanto tuviera que ver con
aquella jaula o con la
jaula en la que se había convertido mi vida. La rabia creció en mi interior y,
sin darme cuenta, sacudí
los barrotes. Como consecuencia, el pájaro echó a volar como un loco por la
jaula y sus alas se
convirtieron en un contorno borroso que no dejaba de golpearse contra los
barrotes. Di un paso atrás,
asustada, el corazón me latía a toda velocidad. Algunas plumas cayeron al
suelo de la jaula.
—Lo siento —me disculpé en un susurro. Apoyé la frente en los barrotes
mientras el pajarillo
seguía con su vuelo frenético y las lágrimas me resbalaban por las mejillas
—. Lo siento. Lo siento.

Lo siento.

* * *

A pesar de que notaba el suelo duro y frío bajo las rodillas, no abandoné mi
vigilia frente a la jaula.
Para mí era una tumba y un lugar sagrado al mismo tiempo: un símbolo de
aquello en lo que se había
convertido mi vida, así como un altar ante el que rezaba por mi liberación.
No pensaba abandonar
aquel lugar hasta que hubiera recobrado alguna esperanza con respecto a mi
futuro.
No me volví al oír que la puerta se abría. No me volví al oír mi nombre,

pronunciado con cierto
aire interrogativo. No me volví al oír cómo unos pasos comedidos se
acercaban y se detenían justo a
mi lado. Seguí con la mirada clavada en el pájaro, que había vuelto a
posarse en su percha, aunque
por el rabillo del ojo vi a Henry sentarse en el suelo a mi lado.
—¿Qué te ha contado Sylvia? —pregunté con la voz ronca y la nariz aún
taponada de tanto llorar.
—¿Sylvia? Nada.
Me volví hacia él.
—Entonces ¿qué haces aquí?
No debería haberle mirado. Henry me observaba con demasiada ternura,
con demasiada
preocupación, y mis ojos se anegaron con lágrimas renovadas. Apenas podía
respirar en ese
momento; así que si volvía a echarme a llorar, me ahogaría.
—Oí lo que dijo el señor Pritchard. Al percatarme de que te habías
marchado y ver que no
regresabas, supuse que sus palabras te habrían disgustado, así que vine a
buscarte. —Se volvió hacia
el pájaro—. Debería haber imaginado que te encontraría aquí. No sé por qué
no pensé en venir aquí
en primer lugar.
Acaricié con el dedo uno de los barrotes dorados, de abajo a arriba, sin
apartar la vista del pájaro
que en su interior y con aire solemne hacía lo propio conmigo.
—No canta —susurré casi para mis adentros.
—Lo sé. —Percibí la tristeza, o más bien la compasión, que teñía su voz—.
Por eso le sugerí a mi
abuelo que lo colocara aquí, donde al menos podría oír algo de música,
aunque no pudiera cantar.
Dirigí la mirada a su rostro. Henry me observaba a mí, no al pájaro. Sus
ojos se me antojaban
oscuros en la penumbra y su mirada albergaba dolor, preocupación y algo
más: una especie de
fuerza, tentación o lucha que no era capaz de identificar.

—No debería haberte hablado de ese modo —observó con tono airado—. No comparto tu sueño de viajar a la India, pero nadie debería tratarte así, hablándote en tono de burla, ni con ese... desprecio. Me sonrojé al recordar la turbación y el bochorno que había sentido. —¿Debería retarle? —añadió. Solté una risita mientras parpadeaba con fuerza para contener las lágrimas. —Hablo en serio. —Se frotó la barbilla y entrecerró los ojos—. Nos batiremos en duelo en los páramos al amanecer. La niebla nos rodeará. Será todo muy dramático, te lo aseguro. Le pegaré un tiro para vengar tu honor. Volví a reírme y una media sonrisa asomó a los labios de Henry. —¿No? —preguntó enarcando las cejas. —No, pero gracias. —Tomé aire ruidosamente—. Además, en realidad, el señor Pritchard no es el causante de mis lágrimas. Henry me miró con los ojos entrecerrados. —Entonces ¿quién? Al instante me arrepentí de lo que acababa de decir. No estaba preparada para admitir ante Henry mi vergonzoso descubrimiento. No quería confesarle en qué tipo de persona me había convertido, ni la humillante conversación que había mantenido con Sylvia. Ojalá no me hubiera encontrado. La nariz me moqueó; a falta de pañuelo, me limpié con la manga. ¡Por el amor de Dios! ¡Me estaba comportando como María! Estaba sentada en un lugar inusual, llorando y permitiendo que la nariz me moqueara y que las lágrimas descendieran por mi rostro. Meneé la cabeza, decepcionada conmigo misma. ¿Cómo había podido caer tan bajo en tan solo unos días? —Nadie. No es nada —respondí apartándome el pelo de la cara. —Kate, nunca te había visto llorar de este modo. Estoy seguro de que sí pasa algo.

Negué con la cabeza.

—No puedo... No puedo decírtelo, Henry.

Aunque había vuelto a concentrarme en el pajarillo negro, lo único de lo que era consciente era del

peso de la mirada de Henry sobre mi rostro.

—¿Recuerdas aquel día en el bosque? ¿El día en que murió mi padre? — preguntó tras una larga

pausa con la misma voz queda y sosegada.

Me volví rápidamente hacia él conteniendo la respiración. No podía creer que sacara ese asunto a

colación después de tantos años de silencio. No habíamos vuelto a mencionarlo desde aquel día, al

menos entre nosotros. Tampoco yo había hablado de ello con nadie y dudaba que Henry lo hubiera

hecho. Y después de tanto tiempo...

—Desde luego.

Nuestras miradas se cruzaron y un vínculo se creó entre nosotros, una carga de emoción que

convertía la distancia que nos separaba en algo mensurable en movimientos: me había encaminado en

su dirección e inclinado hacia delante, había extendido los brazos y él había apoyado su cabeza en mi

hombro. Ni siquiera nos movimos en realidad; tan solo dejamos que el recuerdo nos conectara.

Hasta que Henry se inclinó hacia mí, alargó la mano y asió mi muñeca. Su mano fue ascendiendo

por mi brazo con delicadeza hasta que rodeó la curva de mi hombro y se posó allí.

—Nunca he conseguido dar con las palabras apropiadas para explicarte lo que significó para mí.

—Su voz era suave y ronca como una caricia. Me estremecí—. Incluso ahora, después de todos estos

años, sigo sin saber qué decir. Sin embargo, aquel día me hice la promesa de que si alguna vez te

encontraba consumida por la pena, si alguna vez necesitabas que alguien te salvara, haría cuanto

estuviera en mi mano por ayudarte.

Una lágrima resbaló por mi mejilla y se detuvo en la línea de la mandíbula.

Henry apartó su mano

de mi hombro y me secó la lágrima furtiva. Luego se echó para atrás,

recuperó su posición lejos de

mí, y dejó escapar un suspiro.

—Pero tú no confías en mí. —Enarcó una ceja—. ¿Acaso no me he ganado tu confianza?

—Sabes que sí —respondí con labios temblorosos y la respiración entrecortada.

Se quedó allí sentado, esperando, como si estuviera dispuesto a esperar durante toda la noche si

fuera necesario. Y de pronto sentí que tenía que contárselo. No lo que había pasado con Sylvia, pero

sí el motivo por el que estaba allí, delante de aquella jaula, llorando. Volví a rodear los barrotes con

los dedos, aunque me cuidé de no zarandearlos. No quería asustar al pájaro de nuevo, si bien este se

puso a volar de todas formas. De repente las palabras se agolparon en mi garganta y salieron

disparadas de mi boca.

—Me siento enjaulada. Siempre. Me siento como este pájaro, atrapada, reprimida, enjaulada... No

dejo de buscar una salida, pero no encuentro más que barreras a mi paso. —

Tomé aire y descubrí la

confusión en el rostro de Henry—. Es posible que no llegues a

comprenderme, porque tú eres un

hombre. Tu vida es tan diferente a la mía en tantos aspectos. ¿Alguna vez

has...? —Inspiré hondo,

sentía el corazón oprimido—. ¿Alguna vez has deseado algo tanto que te ha causado dolor? ¿Que su

mero deseo te ha causado un dolor físico?

Se quedó totalmente inmóvil y me observó atentamente con aquellos ojos oscuros.

—Sí —confesó con solemnidad.

—Así es cómo me siento con respecto a la India. Deseo tanto ir que me duele.

*Me da miedo no
hacer nunca ese viaje, no hacer realidad mi sueño. Y si no hago realidad ese
sueño, entonces puede
que no haga realidad ninguno de mis sueños y acabe viviendo una vida
insulsa y desprovista de
ilusión, sin aventuras, sin alegría, sin elección, sin... sin... sin vida. —Tomé
aire—. Cuando pienso
en ello... Cuando pienso en lo atrapada que estoy, en lo que todos esperan de
mí, en lo que me está
permitido hacer y en lo que no, o en el poco poder que tengo o que tendré
jamás por el mero hecho de
haber nacido mujer..., siento como si un millón de alas batieran en mi
interior con tanta fuerza que
me sobreviene un intenso dolor.
La voz me tembló conforme nuevas lágrimas brotaban de mis ojos.
»Si ni siquiera puedo interpretar a Mozart sin que se presente aquí Herr
Spohr y me diga que
Mozart me hace daño. Y sin la India y sin Mozart, ¿qué me queda? ¿Cómo
voy a vivir dentro de esta
jaula que es mi vida?— Sacudí la cabeza. Me sentía furiosa y tenía la
sensación de haber perdido
toda compostura mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas—. No
dejo de pensar que acabaré
como este pájaro, golpeándome contra los barrotes de mi jaula hasta que
esté exhausta; y entonces me
rendiré y viviré el resto de mi vida sin cantar y arrinconada en una estancia
olvidada.
Se me quebró la voz. Apreté los labios con firmeza para que de ellos no se
escaparan otras
palabras que ansiaban ser liberadas. No me atreví a mirar a Henry a los ojos
mientras me esforzaba
por controlar mis emociones. Era absurdo comparar la pena que me
producía perder mi sueño de ir a
la India con la pena que había sentido Henry al perder a su padre. Era
absurdo que me afectara tanto.
Al menos, eso era lo que yo creía que debía de estar pensando Henry, ya que*

él nunca había
entendido mi deseo de partir a la India. De pronto, me invadió el terror a que
menospreciara mis
palabras, se negara a entender su significado o considerase mi sueño como
algo trivial.

Pero no fue así.

—Entonces tú eres este pájaro preso en su jaula —se limitó a decir con
cautela.

Asentí con la cabeza.

—Y solo ves una salida: golpearte contra los barrotes hasta que estés tan
exhausta que abandones
todos tus sueños.

Asentí una vez más antes de volverme para mirarlo. Henry me observaba con
una expresión a

medio camino entre la compasión y el afecto. Tras contemplarme durante un
buen rato, se volvió

hacia el pájaro negro. Entonces hizo algo con la jaula, un pequeño
movimiento que hizo que la

puertecita se abriera. Metió las manos por la abertura y yo contuve la
respiración mientras le

observaba. Tomó al pájaro entre sus manos con cuidado, cariñosamente, y lo
sacó de la jaula.

Henry se volvió hacia mí extendiendo los brazos.

Le miré sin pestañear y luego bajé la mirada hacia el pajarillo, que no
dejaba de batir las alas e

intentar liberarse.

—Toma.

Me ofreció el ave, arropada entre sus manos finas y delicadas.

Tendí los brazos con vacilación, coloqué las manos entre las de Henry y
rodeé con mis dedos su

plumaje de color negro brillante, que me pareció tan suave como la seda.

Sentí también sus huesos

frágiles y la protesta de sus alas intentando echar a volar.

—¿Lo tienes?

Asentí. Los nervios estaban acelerando mi respiración. Henry apartó las
manos y pasé a sostenerlo

yo sola. Sentí sus ganas de volar, sus movimientos agitados, el latido rápido y vibrante de su

corazón. Entonces abrí las manos y echó a volar.

El pájaro levantó el vuelo en un frenesí de alas. Mientras lo observaba sobrevolarnos a una

velocidad casi vertiginosa, me sentí viva y me eché a reír por una razón que desconocía. Me volví

hacia Henry, que me observaba con una sonrisa en los labios.

—Hay más de una opción en la vida, Kate. Tiene que haber más de una opción.

Me apoyé contra la pared y eché atrás la cabeza para observar cómo el pájaro remontaba el vuelo

mientras yo le daba vueltas y más vueltas a las palabras de mi amigo.

También él se recostó en la pared, a mi lado. Nuestros brazos se rozaban.

—Tendremos que atraparlo y devolverlo a su jaula. —Me fijé en la altura del techo y no puede

evitar preguntarme cómo íbamos a hacerlo—. Creo que no va a ser fácil.

—No. Pero habrá valido la pena.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato.

—Gracias. Por el pájaro —admití en un susurro.

El avance de la noche fue desproveyéndome de mi energía y fui inclinándome hacia Henry más y

más hasta que mi cabeza quedó apoyada sobre su hombro. Ninguno de los dos nos movimos. Nos

envolvió un silencio profundo y apacible mientras observábamos cómo nuestro pajarillo volaba y

volaba.

Cuando el reloj dio las doce me obligué a moverme. Me enderecé y bostecé.

—¿Cómo vamos a atraparlo? Imagino que tu abuelo le tendrá afecto.

—Dejemos que disfrute de una noche de libertad. Vendré a ocuparme de él por la mañana.

Medio adormilada, contemplé cómo Henry recorría la estancia e iba apagando todas las velas

salvo una, que se llevó consigo cuando abandonamos la sala. Cerró la puerta detrás de nosotros. La

casa estaba a oscuras y completamente en silencio, a excepción de los

*crujidos que se desprendían
de la escalera bajo nuestros pies.
Nos encaminamos en silencio hacia el ala oeste. Al llegar a mi habitación,
me invadió la extraña
sensación de que la solución a mi problema se hallaba delante de mí, aunque
no podía verla. Cuanto
más intentaba dar con ella, más borrosa se volvía. Henry se detuvo delante
de la puerta y la abrió sin
hacer ruido.*

*—Buenas noches, pajarillo mío —murmuró tan bajito que llegué a
preguntarme si no habría
imaginado la última parte o el cariz tierno de su voz.
Me quedé en el umbral de mi habitación y le observé marcharse por el
pasillo. Esta vez no se dio
prisa, aunque tampoco yo me moví hasta que la luz que llevaba en la mano
desapareció al volver la
esquina y me quedé sumida en la oscuridad. Solo entonces hice frente a mi
silenciosa habitación y los
miedos que llevaba conmigo.
Una cosa era liberar a un pájaro, pero ¿cómo demonios iba a liberarme a mí
misma? Me tendí en la
cama a escuchar los gemidos y crujidos de la casa y el viento que surgía del
océano y azotaba los
páramos. Pensé en el trato que había hecho con mi madre y la desesperación
volvió a adueñarse de
mí. Fui alternando las imágenes del conejo en el cepo con las del pajarillo
volando libre; fui
alternando la desesperación con un destello de esperanza, hasta que mis
pensamientos y mis
sentimientos se volvieron igualmente confusos. Y al final, agotada y vencida,
caí en un sueño
intranquilo.*

M

Capítulo 13

e desperté con el canto de los pájaros, aunque la habitación seguía sumida

en la oscuridad.

Durante mi sueño intranquilo, se me había enrollado la colcha alrededor de las piernas y

había acabado envuelta en un capullo de color ciruela; pataleé para liberarme. A pesar de que un

escalofrío me recibió al poner los pies sobre el gélido suelo de madera, me dirigí a toda prisa hacia

la ventana, descorrí las cortinas y abrí el postigo.

Al volver la cabeza a derecha e izquierda, descubrí que la niebla lo cubría todo con su manto. El

sol aún no había salido, pero ya había signos de que estaba en camino, como la claridad del cielo en

el este o el canto de los pájaros. Apoyé los codos en el alféizar, saqué la cabeza y respiré aquel aire

frío y húmedo. Cerré los ojos y presté atención a los cantos que me resultaban familiares: el mirlo, la

golondrina, la alondra, el gorrión, el zorzal o el jilguero. No obstante, estaba lejos de casa y los

pájaros allí, en el fin del mundo, entonaban cantos que me resultaban desconocidos.

Metí la cabeza de nuevo, cerré la ventana y corrí a vestirme. Tenía que ser rápida si quería estar

fuera antes de que saliera el sol y acallara a algunas de aquellas aves. Me vestí con ropa de abrigo,

no hice caso de mi peinado y me fui poniendo las botas mientras corría pasillo abajo saltando a la

pata coja, agachada y tirando del calzado. Luego bajé las escaleras a toda prisa. No me molesté en

buscar la puerta trasera, sino que crucé el imponente vestíbulo y salí por las enormes puertas

principales.

La niebla me engulló acariciándome con sus dedos glaciales y húmedos. Me dirigí hacia el oeste,

pues sabía que en aquella dirección encontraría los páramos, ya que el océano bordeaba el lado este

de la casa. Pese a que el suelo quedaba oculto bajo aquel manto blanco,

supe que estaba en el lugar
correcto cuando oí crujir el brezo bajo mis pies.
Un peñasco enorme afloraba entre la bruma y me encaminé hacia él. El azul
marino del cielo iba
dando paso conforme caminaba a un azul claro y brillante. Los helechos y
los brezos, húmedos por el
rocío y la niebla, me arañaban las faldas. Unos caballos relinchaban en un
prado lejano, aunque lo
único a lo que yo prestaba atención era al canto de los pájaros.
Cuando llegué a los pies del peñasco, me detuve únicamente el tiempo
necesario para encontrar una
forma de escalarlo, pues era mayor de lo que me había parecido a simple
vista en la lejanía. Se
alzaba como un castillo dentado, esculpido por el viento, y tuve que echar
atrás la cabeza para ver su
cumbre. Su superficie resbaladiza me hizo perder pie en dos ocasiones, pero
me agarré con fuerza
con las manos y al final conseguí subir. Me encaramé en el borde, coloqué
las manos sobre el regazo,
una sobre otra, inspiré aquel aire fresco y contemplé cómo la niebla se iba
disipando mientras el
canto de los pájaros me envolvía. Había gorjeos y chirridos, cloqueos y
zumbidos, y silbidos suaves,
agudos y penetrantes. No reconocía ninguno.
Allí sentada, en lo alto de aquel peñasco en mitad de los páramos, rodeada
por una tierra extraña y
unos pájaros desconocidos, me sentí pequeña. O, mejor dicho, fui consciente
de la inmensidad de lo
que no sabía, de lo que no había experimentado o no había visto. El temor
me invadió al darme
cuenta de lo poco que conocía del mundo en realidad. Me sobrecogí porque
no tenía ni idea de cómo
salir victoriosa del pacto que había hecho con mi madre y porque carecía de
un plan para obtener mi
libertad. Y si no conseguía ser libre, bueno, entonces mi mundo seguiría
siendo siempre así de

pequeño.

El cielo había adquirido ya tonalidades rosáceas y anaranjadas, y supe que el sol haría pronto su aparición. Muy pronto la niebla habría abandonado la tierra y todo estaría despejado. Sin embargo, no llegaba a vislumbrar cómo conseguiría despejar las incertidumbres de mi futuro, cómo lograría despejar el camino que me condujera hacia una nueva vida en la India con mi tía Charlotte.

Henry había dicho que en la vida siempre tenía que haber más de una opción, pero el problema era que me había subyugado a mi madre. Había hecho un trato que no podía ganar, tanto por motivos prácticos como éticos. No conseguiría que tres caballeros me propusieran matrimonio. Eso me dejaba en manos de mi madre y los remordimientos por aquel acuerdo precipitado amenazaron con superarme. Cerré los ojos y deseé poder viajar atrás en el tiempo y deshacer el pacto que había hecho. ¿Cómo había podido acceder a un abanico tan amplio de posibilidades? Fácil, porque no había anticipado mi derrota. Ahora, en cambio, me acobardaba con solo pensar en lo que haría ella cuando se enterara de mi fracaso.

A mi mente acudieron algunas ideas obvias. Puede que me obligara a casarme con el señor Cooper o que me enviara a Londres a vivir con Eleanor y cuidar de sus hijos. O tal vez urdiera algún plan, como cuando Eleanor estuvo en Brighton. Me estremecí al pensar en lo que podía estar maquinando.

Su oportunismo no tenía límites, ni conocía restricciones morales. A mis oídos llegó un silbido familiar. Ladeé la cabeza, escuché con atención y volví a oírlo. Era el mirlo con su canto de bienvenida. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Ahuequé las manos, me las llevé a los labios y silbé en respuesta. Poco después volví a oír su gorjeo.

Nos llamamos el uno al otro mientras escudriñaba la niebla en busca de la silueta de Henry, pero él nunca apareció. Después de esperarlo durante un buen rato, me di cuenta con gran pesar de que debía de haberse tratado de un auténtico mirlo.

Dejé escapar un suspiro, me recliné sobre las palmas y alcé el rostro hacia el cielo despejado. Mi subconsciente barruntaba una idea, o más bien el indicio de una idea. Tenía la sensación de que existía una solución a mi problema y que daría con ella si empleaba el tiempo y la energía suficientes en pensar en ella.

Rememoré la conversación que había mantenido con mi madre en su dormitorio. Había intentado que accediera a casarme, pero yo había insistido en que eso nunca ocurriría. Recordaba haberle gritado. Le había preguntado cuántas proposiciones de matrimonio tendría que rechazar antes de que creyera que hablaba en serio. «Tres.» Me enderecé. ¿Seguro que esas habían sido sus palabras?

Volví a repasar detenidamente la conversación, pues la tenía grabada en la memoria. Era demasiado importante como para no recordarla bien. Sí. Estaba convencida. Yo había preguntado por el número de proposiciones. Ella me había respondido que tres. No tenía que convencer a tres caballeros, solo tenían que hacerme tres proposiciones de matrimonio.

Me invadieron la esperanza y el alivio y me sentí tan libre y ligera como el pajarillo negro al remontar el vuelo libre de su jaula. Solo necesitaba a un hombre que estuviera dispuesto a proponerme matrimonio tres veces, un hombre que fuera un buen amigo y que me concediera ese favor. Una sonrisa volvió a dibujarse en mi rostro.

No obstante, casi inmediatamente me fallaron las alas de la esperanza y se

me encogió el corazón.

¿Podría llegar a hacerlo? ¿Podría pedirle a Henry que me lo propusiera? Y en el supuesto de que él

accediera, ¿sería capaz yo de soportar la agonía de escuchar de sus labios las palabras que llevaba

tanto tiempo anhelando oír, aun sabiendo que tendría que decirle que no?

El terror me acorraló en su torbellino tirando de los trocitos de corazón que había cerrado a

conciencia. Me sujeté con una mano el cabello despeinado por el viento y apoyé la frente en la otra.

Este plan entrañaba un riesgo. No para Henry, su camino ya estaba trazado. Tenía a la señorita

St. Claire, Blackmoore y una renta derivada de la propiedad que le proporcionaría una vida de

confort y respetabilidad. Él no sufriría por hacerme este favor, pero ¡ay de mí!, era bastante probable

que yo sí lo hiciera.

Levanté la cabeza y aparté con rapidez aquella idea de mi mente antes de que pudiera arraigar. No

pasaría nada malo. ¡Había dado con una manera de escapar! Aquella era la respuesta a todos mis

problemas y mi corazón no correría peligro alguno, pues para algo lo había sellado hacía un año y

medio; estaría a salvo y obedecería mis órdenes. Después de todo, durante los últimos dieciocho

meses había visto a Henry prácticamente todos los días y mi resolución nunca había flaqueado. No

había cuestionado mi decisión ni una sola vez, como tampoco habían mermado mi voluntad sus

caricias, sus palabras o sus actos. Podía pedirle a Henry que me propusiera matrimonio tres veces.

Él accedería por mí, y yo conseguiría al fin hacer realidad mi sueño de viajar a la India.

Una oleada de emoción tomó cuerpo en mi interior con tanta rapidez y tanta furia que a punto estuve

de echar a volar. Me puse en pie sobre el peñasco y comencé a descender

por la pared de roca. De repente, me patinaron los pies y arañé en vano la piedra resbaladiza con las manos. Empecé a deslizarme con demasiada rapidez hacia el suelo. Percibí un ruido sordo y rápido mientras buscaba desesperadamente algo a lo que agarrarme... Lo encontré al fin y me quedé con las piernas colgando. Eché un vistazo por encima del hombro, comprobé la distancia a la que se encontraba el suelo y al ver que se trataba de un salto factible, me solté. Me sacudí las manos y di media vuelta con una sonrisa en el rostro. El señor Brandon —el joven señor Brandon— se encontraba a pocos metros de mí y me observaba perplejo.

—¡Ah!

Estaba tan sorprendida que no se me ocurrió qué más decir.

—¡Ha sido impresionante! —Una sonrisa se dibujó poco a poco en sus labios y un destello de admiración se reflejó en sus ojos—. Venía corriendo a salvarla, pero ya veo que podía haberme ahorrado el esfuerzo.

Aquel ruido sordo que había oído al empezar a resbalar por la piedra debía de haber sido el de sus pisadas.

—Sí, bueno...

Me froté la frente. Me sentía incómoda y me preguntaba si parecería muy descortés que me marchara. No obstante, él no dejaba de mirarme, como si esperara una explicación.

—Suelo escaparme por la ventana —aclaré encogiéndome de hombros. Su amplia sonrisa era más que contagiosa, era deslumbrante, sobre todo gracias a la intervención del sol, que al fin brillaba abriéndose paso entre la niebla e iluminando su cabello castaño con destellos dorados.

—¿De verdad? —preguntó acercándose a mí.

Aparté de mi rostro mi melena enmarañada. Recordé entonces que me había ido a los páramos tal y como me había levantado y que el viento no había dejado de agitarme el cabello. Debía de tener un aspecto bastante desaliñado o incluso peor.

No obstante, aquel brillo de admiración no abandonó los ojos del joven señor Brandon, que por lo que pude comprobar eran del mismo color verde oscuro de la vegetación que nos rodeaba. Su sonrisa se me antojaba como una dosis extra de sol dirigida únicamente a mí. —¿Y por qué motivo suele usted escaparse por la ventana, señorita Worthington?

Noté cómo mi rostro se ruborizaba. De pronto, recordé lo que Sylvia me había dicho la noche anterior de que todo el mundo allí me tenía en muy poca consideración a causa de la reputación de mi familia. Recordé cómo se había carcajeado ante la idea de que uno de aquellos hombres me propusiera matrimonio. Y si bien es cierto que mi comportamiento no había sido indecoroso, tampoco me había esforzado mucho por guardar las formas aquella mañana. Sin embargo, en el mismo instante en que la vergüenza me ganaba, me vino a la mente un único pensamiento que compensaba todos los demás. Había descubierto mi otra opción. Huiría de allí gracias a la ayuda de Henry y me refugiaría en la India, donde no tendría que volver a ver al joven señor Brandon ni a su padre. No tendría que volver a avergonzarme de apellidarme Worthington, pues los escándalos de mis hermanas no me afectarían en aquel país en el que viviría con mi tía Charlotte —que sí me entendía— y donde nunca tendría que volver a buscar las atenciones de un hombre.

Esbocé una sonrisa cargada a la vez de alivio y de pura e ilimitada alegría al pensar en la libertad

e independencia que tenía al alcance de mi mano. Decidí que no me importaba lo más mínimo lo que el señor Brandon pensara de mí, por lo que le respondí con total sinceridad. —A menudo siento la necesidad de huir.

Mi interlocutor enarcó las cejas.

—¿Y la ventana es la vía de escape escogida? ¿No le basta con las puertas?

—A veces, saltar por una ventana es la única aventura a la que una joven puede aspirar, señor

Brandon —expliqué con una sonrisa melancólica en los labios.

Él se acercó aún más, gracias a lo cual pude apreciar la barba incipiente que recubría su

mandíbula. Tenía que admitir que era un joven puesto. Muy apuesto, en realidad.

—Se vuelve usted más interesante por momentos, señorita Worthington. —

Sus ojos corroboraban

sus palabras, pues me estudiaba con tanta intensidad que me sonrojé y volví a preocuparme por mi

aspecto desaliñado—. ¿Es una gran aventurera pues? ¿Eso es lo que la ha empujado a salir de casa a esta hora tan temprana?

—Me temo que mis motivos no son tan interesantes. —Sonreí—. Solo he venido a escuchar el

canto de los pájaros. Aquí son distintos a los que tenemos en Lancashire, como es obvio.

El señor Brandon me observaba como si yo fuera una extraña criatura con la que nunca se hubiera

topado. ¿Qué aspecto tenía mi pelo? Lo aparté de mi rostro, pero el viento lo trajo de vuelta y azotó

mis faldas. Consiguió también que el brezo se bamboleara y que las altas hierbas ondearan como las

olas del mar. Me alejé un poco del señor Brandon e hice señas por encima del hombro hacia donde

imaginaba que se encontraba la casa.

—Debería volver adentro. Si me disculpa...

—No, no la disculpo.

Me detuve y le miré fijamente.

—¿Cómo dice?

—No —repitió negando con la cabeza—. No puede decirme que ha venido a los páramos a escuchar el canto de los pájaros y luego dejarme aquí devorado por la curiosidad.

Me eché a reír con timidez.

—Que a alguien le gusten los pájaros no es algo tan extraño, se lo aseguro.

—Por supuesto, estoy convencido de que no lo es. ¿A quién no le gustan los pájaros? —Bajó la

voz, que ganó en calidez—. Pero usted ha venido a los páramos antes de que saliera el sol para

escuchar su canto y eso, señorita Worthington, la convierte en alguien fascinante.

Sus palabras, su sonrisa y su mirada, en conjunto, me sorprendieron y me dejaron sin habla. Me

limité a mirarlo fijamente mientras él me sonreía y, en consecuencia, el rubor se extendió por mi

rostro.

—Parece sorprendida —murmuró.

Me eché a reír, no sabía qué otra cosa hacer.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a que los demás califiquen mi interés por los pájaros como

algo fascinante.

Su sonrisa creció aún más.

—Mejor para mí.

—¿Y qué está haciendo usted aquí fuera, señor Brandon, a estas horas de la mañana?

Inspiró hondo y levantó el rostro hacia el cielo. El sol había despuntado en el horizonte con todo su

esplendor.

—He salido a dar una vuelta y ver los alrededores. Es la primera vez que vengo a los páramos,

¿sabe? Y un sitio como este, rodeado por el océano y los páramos al mismo tiempo, resulta

bastante... —Clavó su mirada en mí—. Resulta bastante idílico, ¿no le parece?

Asentí, pues coincidía con el sentimiento que me describía. El sol había ganado en intensidad y la luz había cambiado, así como mi percepción con respecto al color de sus ojos. No eran del verde de los páramos, sino del que tenían los árboles de mi hogar. A la luz del amanecer, el color predominante del señor Brandon era el dorado, pues ese era el color de su cabello, de su piel y de la incipiente barba que cubría su mandíbula y su mentón. Me di cuenta de que era alto, probablemente tan alto como Henry. De pronto, me vino a la cabeza una pregunta. ¿Cómo podía Sylvia no haberle hecho caso y preferido a su padre? —¿Qué le parecería si regresáramos juntos? —propuso señalando a su izquierda—. Tanto dar vueltas por ahí me ha abierto el apetito e imagino que usted también debe de estar muerta de hambre después de su particular aventura. Caminé a su lado en silencio. Tras unos minutos, me aclaré la garganta. —Hablando de mi aventura, ¿le importaría no contársela al resto del grupo? Me temo que algunas personas no lo aprobarían. Se volvió hacia mí rápidamente con el ceño fruncido, pero se limitó a sonreír. —En absoluto, me complace compartir un secreto con usted, señorita Worthington. —Apenas tuve tiempo de analizar sus palabras antes de que continuara—. Ahora hábleme de sus pájaros. —¿Qué quiere saber? —pregunté mirándolo mientras el viento arremolinaba mi melena en torno a mi cara. —Todo. Lo que sea. ¿Qué es lo que le interesa? —Su canto, su naturaleza. Eché un vistazo en su dirección, preguntándome si sentiría de veras el interés que traslucían sus palabras, pero su mirada apenas abandonaba mi rostro y su expresión era de

pura fascinación. Para ser sincera, muy pocas personas me invitaban a hablar sobre mi pasión por las aves y me sentí de pronto muy ilusionada por tener esa oportunidad.

—Son engañosos como grupo. Puede que a simple vista nos parezcan todos muy similares, pero cada especie es muy distinta de las demás.

El señor Brandon asintió, así que proseguí.

—El canto de cada especie es único y mucho más complejo que un mero piido o gorjeo. El mirlo, por ejemplo, suena así.

Emití el silbido que Henry y yo habíamos practicado durante horas y horas un día de lluvia de hacía unos años. El señor Brandon enarcó las cejas.

—Entonces, era usted, ¿no? He oído ese silbido mientras paseaba por los páramos.

Asentí.

—Bueno, uno de ellos. El otro era... un mirlo auténtico, supongo.

Pensé de nuevo en lo decepcionada que me había sentido cuando Henry no había surgido de la niebla.

—¿Cuál es su pájaro favorito?

—Me resultaría imposible responderle —dije intentando esquivar la pregunta.

Mi excusa fue recibida por una sonrisa.

—Muy bien, pues hábleme de uno de sus favoritos.

Reflexioné un momento antes de contestar. Le habría hablado de la alondra, pero pensé que hacerlo

sería en cierto sentido como traicionar a Henry.

El brezo seco dio paso a la verde hierba que rodeaba Blackmoore. El sol estaba ya en lo alto del

cielo e iba robándole terreno a la niebla poco a poco con su luz dorada y su calor. El señor Brandon

se detuvo y se volvió hacia mí esperando una respuesta.

También yo me detuve y pensé en los pájaros que más me gustaban.

—El zorzal —respondí al fin.

—¿Qué puede contarme acerca de él?

Le lancé una mirada interrogativa, pero él me animó a continuar con un gesto de la mano.

—¿Por qué es uno de sus favoritos? —aclaró.

Lo había preguntado como si realmente estuviera interesado en mi opinión. Me resultaba tan extraño.

—Esto... Bueno... Si de verdad quiere saberlo...

—Sí quiero.

—Por una razón. Cuando se le mira desde arriba, parece como si llevara puesto un abrigo gris de lo más anodino, pero su pelaje en el vientre y el pecho es blanco con motas de color gris oscuro, lo que le confiere un aire bastante festivo. Como si estuviera a punto de asistir a una fiesta. Puede parecer una criatura normal y aburrida hasta que uno descubre esas motas desenfadadas y se da cuenta de que lo ha malinterpretado, incluso subestimado. —Tomé aire—. Aunque creo que lo que más me gusta de él es... su audacia. Suele posarse en las ramas más altas de árboles gigantescos y ponerse a cantar haciendo frente al vendaval, como si le desafiara a que consiguiera asustarlo, como si intentara probar que su voz es más fuerte que el rugir del viento. Es muy valiente. —Esbocé una sonrisa y me encogí de hombros—. Despierta mi admiración. El señor Brandon me observaba con una expresión que no era capaz de interpretar. Parecía mirarme del mismo modo que yo observaba a los pájaros. De pronto me sentí como si fuera transparente y me crucé de brazos.

—¿Le parece extraño que admire a un pájaro?

—Para nada —rebatí con energía—. De hecho, estoy empezando a interesarme seriamente por el asunto.

Una ráfaga de viento procedente del océano arrojó una maraña de pelo

contra mi cara. Lo aparté y lo sujeté con una mano al tiempo que me daba la vuelta para que el viento lo enviara a mi espalda.

—Hablando de vendavales... —comenté.

—Sí. Vayamos dentro.

Uno al lado del otro recorrimos el tramo de césped y el patio y cruzamos la puerta principal de

Blackmoore. Dejé atrás el vestíbulo, ansiosa por subir a mi habitación y adecentarme antes de que

alguien más me viera con aquel aspecto. Al tomar la curva que separaba los dos tramos de escaleras,

se me presentaban dos opciones: mirar arriba, hacia la pintura de Faetón que decoraba la cúpula, o

mirar abajo, hacia el vestíbulo bajo mis pies. Me decanté por la segunda.

Allí seguía el señor

Brandon, mirando en mi dirección con aquella sonrisa contagiosa en su semblante, y no pude evitar

devolvérsela.

Estaba claro que me había visto sonreírle. Mi rostro se sonrojó por un motivo que no acertaba a

identificar y me di la vuelta rápidamente para ocultarle mi turbación. Lo único que vi fue una mancha

borrosa antes de chocar contra alguien que se encontraba justo detrás de mí.

—¡Oh, discúlpeme!

Me agarré al pasamanos para recuperar el equilibrio. La señora Delafield retrocedió.

—Vigile por donde va, Kitty.

—Lo siento, no la había visto.

La señora Delafield clavó su mirada glacial en mi rostro y la fue subiendo hasta detenerse en mi

cabello.

—¿Ha estado fuera, Kitty?

—Kate —le recordé. Resistí la tentación de alisarme la melena—. Sí, he salido.

Dejó escapar un suspiro y alzó la mirada como si buscara ayuda divina.

—Tendremos que hablar sobre lo que consideramos un comportamiento

aceptable en esta casa.

No pude evitar echar un vistazo por encima del hombro. Presentía que se avecinaba un sermón y no

quería que el señor Brandon lo oyera. Desgraciadamente él seguía allí, mirando hacia arriba, y la voz

de la señora Delafield cubría sin dificultad el espacio que nos separaba.

La madre de Sylvia se adelantó unos pasos y se asomó a la baranda. Su mano aferró el pasamanos

de madera y en ella hicieron aparición todas sus palpitantes venas.

—Señor Brandon. —Su voz era el paradigma de la cortesía forzada—.

Buenos días. Confío en que

haya dormido bien.

—Muy bien.

La sonrisa del señor Brandon abandonó aquel aire de espontaneidad

contagiosa y se convirtió en

una mueca más controlada, más estrictamente cortés.

—Si me disculpa, señora Delafield... —me excusé alejándome de la baranda.

—Kitty, me gustaría hablar con usted.

Me detuve y observé cómo se acercaba hacia mí mientras el temor crecía en mi interior.

—¿Ha estado fuera con el señor Brandon? ¿A solas? ¿Acaso se trataba de un... encuentro secreto?

—susurró inclinando la cabeza en mi dirección.

—Pues claro que no —susurré a mi vez, indignada—. Nos hemos encontrado fuera por casualidad,

no estaba planeado.

Me miró con suspicacia y una advertencia asomó a sus ojos azules.

—No permitiré escándalos aquí como los que hubo en Brighton, Kitty.

La vergüenza de su acusación me consumió.

—No soy como Eleanor, señora Delafield. Nunca lo he sido.

Di media vuelta y subí las escaleras con un ademán de calma que no sentía en realidad. Al volver

la esquina, se adueñó de mí la tentación de mirar hacia abajo. Me asomé a la baranda en contra de mi

buen juicio y vi a la señora Delafield bajar las escaleras y cruzar el vestíbulo en dirección al señor

Brandon. Estaba a punto de alcanzarlo. Él levantó la vista y me miró con el ceño fruncido, luego se volvió hacia ella cuando se colgó de su brazo y le susurró algo al oído. Me ardía el rostro solo con imaginar lo que debía de estar contándole sobre mí. No obstante, decidí apartar de mi mente la vergüenza que nunca me abandonaba y encaminarme hacia el ala oeste. Qué más me daba lo que el señor Brandon opinara de mí. Pensaba buscar a Henry, obtener las tres proposiciones y partir de una vez por todas hacia la India, donde nadie me miraría por encima del hombro, me excluiría o intentaría controlarme. La India sería la solución a todos mis problemas.

N

Capítulo 14

ecesitaba hablar con Henry. Haber recobrado la esperanza de huir, haber encontrado la puerta abierta a mi jaula me confería una energía que me impedía estar quieta. Tenía que hablar con él. Tenía que preguntarle si me haría ese favor, si me liberaría de mi jaula. Sin embargo, cuando bajé al comedor a desayunar, me fue imposible hablar con él a solas. Y bajo ningún concepto pensaba pedirle que me propusiera matrimonio rodeados de personas que pudieran oír nuestra conversación. En el comedor se habían congregado por lo menos la mitad de los huéspedes. El volumen de la sala era elevado debido a las múltiples conversaciones y el sonido metálico de la vajilla de plata. Me detuve en el umbral y eché un vistazo a los asistentes mientras intentaba decidir dónde sentarme. Henry me lanzó una mirada inquisitiva. Recordé entonces que cuando nos habíamos separado la noche anterior, yo me encontraba sumida en la más profunda de las desesperaciones, por lo que

esbocé una sonrisa para que supiera que todo había pasado. Pareció complacido, pues volvió la cabeza antes de que pudiera decirle mediante señas que, aunque ya no estaba al borde de las lágrimas, necesitaba desesperadamente hablar con él a solas. Frustrada, me serví el desayuno y observé la conversación que mantenían Henry y Herr Spohr mientras mi impaciencia iba en aumento. Sylvia entró en el comedor y nuestras miradas se cruzaron cuando tomó asiento enfrente de mí. Mis mejillas se sonrojaron al recordar cómo nos habíamos hablado mutuamente la noche pasada. Ella me dirigía miradas breves y vacilantes, pero yo no estaba segura de cómo comportarme. Sylvia me había hablado con una sinceridad que rozaba la crueldad y me sorprendía, en parte, que no hubiese venido a disculparse conmigo antes del desayuno. La señorita St. Claire tomó asiento a su lado y se inclinó sobre Herr Spohr para desearle buenos días a Henry. Este le devolvió el saludo con una sonrisa y miré hacia otro lado disgustada. En ese momento, entró en el comedor el señor Brandon, que posó la mirada en mí. Le miré durante un instante y, aunque me esforcé por sostenerle la mirada, acabé apartándola. Estaba convencida de que su intención sería desairarme, pues sin duda la señora Delafield habría envenenado su mente contra mí. Sin embargo, cuando volví a levantar la vista, se dirigía hacia donde me encontraba dando zancadas con el mismo aire de seguridad que había adoptado en los páramos. Se detuvo junto a mi asiento y señaló la silla vacía que había junto a la mía. —¿Puedo sentarme a su lado, señorita Worthington? Me puse derecha y le miré sorprendida. —Desde luego. Tomó asiento, dejando la silla más cerca de la mía de lo que lo estaba antes, y se volvió hacia mí

ignorando a todos los demás.

—Se ha recogido el pelo —observó con voz tan baja que fue casi un susurro.

Me llevé la mano al

cuello tímidamente al recordar el aspecto desaliñado que había mostrado en los páramos esa misma

mañana. Su mirada se demoró en mi rostro y prosiguió en un murmullo

prosaico—: Está usted muy

bella, pero no más de lo que lo estaba esta mañana en los páramos.

Me ruboricé y lancé una mirada fugaz al otro lado de la mesa. Henry no me quitaba ojo, ni tampoco

Sylvia.

Carraspeé antes de volverme hacia el señor Brandon, hacia esos ojos de color verde claro que me

miraban fijamente.

—Me ha dejado sin habla, señor Brandon.

—En caso de ser cierto sería una auténtica pena, señorita Worthington. —

Me deslumbró con su

sonrisa y luego dirigió su atención al otro lado de la mesa—. Buenos días,

señorita Delafield, señor

Delafield, señorita St. Claire.

Los aludidos respondieron a su saludo con susurros y miradas de sorpresa.

—Creo recordar que anoche planeamos para hoy una excursión a la abadía en ruinas y todo parece

indicar que hace un día inmejorable para estar al aire libre. —La mirada del señor Brandon pasó de

sus interlocutores a mí. Sus ojos brillaban con entusiasmo—. Deberíamos ir todos.

Al parecer, fuera lo que fuese lo que la señora Delafield le había contado no había ocasionado el

resultado que yo había temido. Una sonrisa se adueñó de mis labios y bajé la vista para que el señor

Brandon no descubriera lo feliz que me hacía su invitación.

—Creo que va a llover —espetó Henry.

Me di la vuelta y eché un vistazo por la ventana. El cielo estaba teñido de azul celeste y el sol

había disipado por completo la niebla. Me volví hacia él y le miré con el

ceño fruncido.

—¿De verdad? —solté.

Henry frunció el ceño y se concentró a continuación en su plato mientras ensartaba con el tenedor un trozo de jamón y lo remataba con el cuchillo.

—Me parece una idea magnífica —intervino entonces la señorita St. Claire esbozando una sonrisa dedicada a Henry.

Sin embargo, por mucho que adelantó el rostro para que él la viera, no consiguió su objetivo, pues este miraba ceñudo su plato y no se volvió hacia ella.

—¿Nos acompañará su padre? —preguntó Sylvia.

—¡Por supuesto! Como siempre digo, cuantos más mejor. —El entusiasmo del señor Brandon por este plan no conocía límites—. ¿Qué me dice, Henry? ¿Puede solicitar en su excelente cocina que nos preparen algo de comer para el camino?

Henry apartó su plato.

—Por supuesto, señor Brandon. —Miró en mi dirección. Sus ojos parecían dos bloques de granito y en su expresión había un aire acusativo—. Si todos están de acuerdo...

—¿Y por qué no íbamos a estarlo? —pregunté enarcando una ceja—. Parece una aventura divertida.

Se limitó a encogerse de hombros, apartó la silla y se puso en pie.

—En ese caso, nos encontraremos en el vestíbulo a mediodía.

Hizo una reverencia con la cabeza y se marchó sin añadir nada más. Le seguí con la mirada

mientras me preguntaba qué tendría en contra del plan del señor Brandon. Traté de recordar si había

mencionado alguna vez una abadía en ruinas, puesto que se había pasado horas contándome cosas

sobre Blackmoore. Aunque, para ser sinceros, más bien se había pasado horas respondiendo a mis

preguntas sobre Blackmoore. Aun así, no recordaba que me hubiese hablado nunca de una abadía en

ruinas. ¿Cuál sería el motivo?

* * *

La excursión por los páramos hasta la abadía en ruinas fue de lo más extraña. Sylvia seguía sin dirigirme la palabra desde nuestra conversación de la noche anterior. Me evitó durante todo el camino y no se despegó del viejo señor Brandon. La señorita St. Claire se colgó del brazo de Henry y parecía dispuesta a no separarse de su lado. A él no le vi sonreír ni le oí reír, no parecía que lo estuviera pasando nada bien y tampoco me dirigió la palabra. De hecho, la única persona que parecía inclinada a hablar conmigo era el joven señor Brandon, que rezumaba entusiasmo con todo lo referente al día, al tiempo, al paseo, a la comida que tomaríamos, al cielo, al océano y a cualquier cosa que le llamara la atención. Caminábamos en medio del grupo. Henry y la señorita St. Claire abrían la marcha y Sylvia y el señor Brandon la cerraban. Nos seguían dos sirvientes con sendos ponis cargados con los enseres necesarios para nuestro picnic. El sol brillaba sobre nuestras cabezas en medio de un cielo azul y por completo despejado, pero el viento no dejaba de azotar nuestros sombreros y faldas. Íbamos andando por un sendero escabroso rodeado de brezos y helechos cuando me percaté de que aún no había hablado con ninguno de mis dos mejores amigos. No era así como había imaginado aquella visita. Se suponía que al fin estaríamos juntos en Blackmoore y que disfrutaríamos de cada segundo allí; se suponía que no habría silencios incómodos ni extraños interponiéndose entre nosotros. La rabia y la frustración fueron creciendo en mi interior hasta que ya no pude soportar ver la espalda de Henry ni el brazo de la señorita St. Claire

entrelazado con el suyo, hasta que ya no pude tolerar el silencio de Sylvia. Llegamos a la cima de una loma que se alzaba en mitad de los páramos y descubrí la abadía en ruinas a mis pies. La visión me dejó sin aliento y mis pasos se fueron volviendo más y más lentos hasta detenerse. Examiné atentamente el descubrimiento. Ante mí, en un mar de hierba verde, se erigían torres desperdigadas, muros medio derruidos y los huecos calcinados de antiguas ventanas. Era una visión preciosa, para ser un edificio abandonado y ruinoso. Cuando aparté la vista de él, descubrí que Henry me observaba con expectación.

—¡Ahí la tiene! —gritó el señor Brandon a mi lado—. ¡La abadía en ruinas! Vamos, corra señorita

Worthington, seamos los primeros en explorarla.

Tomó mi mano y tiró de mí sin dejar de deleitarme con su amplia sonrisa.

Sentía su mano fuerte y

cálida en torno a la mía, y no me disgustó en absoluto esa sensación.

* * *

Una bandada de grajos revoloteaba en el cielo y reclamaba como suya la torre más alta. Su canto era

estridente y vulnerable a un tiempo y sus siluetas negras sobrevolaban mi cabeza con ademán augural.

La abadía era magnífica. El edificio debía de haber sido espléndido en su tiempo, aunque sus ruinas

no desmerecían. Me sentí atraída por la piedra desmoronadiza, por las paredes desprovistas de techo

y las ventanas calcinadas y sin cristales.

Después de explorar el lugar durante media hora, nos sentamos a la sombra de una de las torres y

sobre la manta que los sirvientes habían dispuesto con la comida. El sol se ocultó tras una nube y el

viento procedió a enfriar el ambiente. Sin embargo, no era el viento el único encargado de enfriar

nuestra excursión, sino que encontraba un gran apoyo en los silencios de Henry y en las miradas

acusadoras que me dirigía cada vez que me volvía hacia él. Deseaba con todo mi ser llevarlo aparte y preguntarle qué me recriminaba, de modo que pudiera volver mi amigo, al que le pediría que me concediera mi deseo e hiciera posible mi viaje a la India.

Mordisqueé un bocadillo de pepino mientras escuchaba sin prestar mucha atención la perorata del señor Brandon sobre la magnificencia de las ruinas. No se había apartado de mi lado durante toda la excursión, al igual que la señorita St. Claire no había dejado en ningún momento a Henry. La joven se encontraba ahora sentada a su lado y me fijé en el esmero con el que le atendía. Observé cómo le servía la comida, le ofrecía más fresas y le rellenaba el vaso con limonada antes de que un sirviente tuviera oportunidad de hacerlo. Me percaté en cómo le miraba con devoción cuando este hablaba. No se me escaparon la elegancia de sus acciones ni el tono cantarín de su risa. ¡Si hasta el polvo parecía decidido a no echar a perder la blancura de su vestido!

La señorita St. Claire era demasiado buena. Me hubiese gustado odiarla, si bien eso hubiese constituido más una declaración de mis propios defectos que de los suyos. No quería seguir observándolos, así que me sacudí las manos y me enderecé.

—Henry, por favor hánbanos de los contrabandistas de estas tierras.

—¿Qué quieres saber? —preguntó volviéndose hacia mí.

—¡Ajá! ¡Así que admites que los hay! Te he pillado al fin.

Henry me sonrió. Era la primera vez que lo hacía en lo que llevábamos de día y la fuerza de su gesto me dejó sin respiración.

—Presupones demasiado —me dijo.

—Entonces, ¿es cierto que hay contrabandistas en la zona? —preguntó el señor Brandon.

Una expresión irritada se apoderó del semblante de Henry y su sonrisa se esfumó. Parecía preparado para responderle algo desagradable, pero su hermana se le

adelantó.

—Siempre hemos oído rumores de que en la zona se realiza contrabando, sobre todo en Robin

Hood's Bay, pero no hay nada de lo que preocuparse. Mi madre nunca permitiría que en Blackmoore se llevaran a cabo actividades ilegales.

—Eso espero —exclamó la señorita St. Claire con sus ojos verdes más abiertos de lo habitual.

El viejo señor Brandon asintió y le ofreció a Sylvia otro bocadillo, que ella aceptó con una

sonrisilla tímida. Henry no hizo ningún comentario, pero siguió mirando al señor Brandon con el

ceño fruncido, sobre todo después de que este me preguntara si me gustaría acompañarle y seguir

viendo las ruinas un poco más.

Observé a Henry de reojo. Tenía la mandíbula apretada y miraba ceñudo a los grajos que

revoloteaban en el cielo. ¿Qué habría sido lo que le había puesto de aquel humor de perros en un día

tan espléndido? Me puse en pie y me sacudí la hierba que me había quedado adherida a la falda.

—Me encantaría, señor Brandon.

Pero era mentira. Lo que me hubiese gustado en realidad es que todos aquellos extraños

desaparecieran y poder quedarme a solas con Henry, las ruinas y los pájaros.

* * *

El paseo hasta la abadía, la visita de sus ruinas, el picnic y la vuelta a Blackmoore nos llevó la

mayor parte de la tarde. Por muy agradable que fuera la compañía del señor Brandon, no dejaba de

echar en falta en todo momento a Henry y a Sylvia. Aunque no tal y como se estaban comportando

aquel día, el uno enfadado y la otra fría, sino los que habían sido mis mejores amigos durante toda mi

vida. ¿Qué nos había pasado? ¿Y cómo había sucedido en tan poco tiempo?

Además, aún me quedaba hablar con Henry a solas para pedirle que me ayudara con mis propuestas de matrimonio. Ese día había servido, casi tanto como la noche anterior, para reforzar la idoneidad de mi decisión de partir, pues allí no me esperaba una vida feliz. Sylvia se casaría y se mudaría. Henry desposaría a la señorita St. Claire y ambos vivirían felices en Blackmoore; lo más probable es que no volviera a verle nunca más. Y yo me quedaría en casa, sola, sin perspectivas ni independencia. No. Era la India o vivir en una jaula. Sin embargo, me fue imposible hablar en privado con Henry. A cada oportunidad que se me presentaba, aparecía a su lado la señorita St. Claire con una excusa para tocarle el brazo, sonreírle o dejar que un rayo de sol errante iluminase con destellos cobrizos su cabello. Era demasiado hermosa y, lo que era peor aún, parecía ser consciente de ello. Para cuando llegamos a Blackmoore ya era la hora de cambiarse para la cena, durante la que resultaría aún más complicado, ya que los cuarenta huéspedes estarían concentrados en el gran comedor. Me tocó sentarme junto a Herr Spohr, lejos de donde estaban Henry y Sylvia. La verdad es que tampoco me importó mucho, pues necesitaba aclarar un asunto con el compositor alemán.

—Herr Spohr, estoy convencida de que lo de anoche, lo de llevarse mi partitura, no fue más que un malentendido.

Le observé masticar un trozo de pato asado, durante lo que me pareció una eternidad, mientras aguardaba su respuesta. Tenía que haber malinterpretado sus acciones de la noche pasada. Los caballeros no iban por ahí confiscando las pertenencias de las jóvenes. Su comportamiento había sido tan sumamente inusual que supuse que debía de tener una explicación.

Al final tragó, me miró durante un instante y luego negó con la cabeza.

—No. Mozart no le conviene.

—Pero es mío. No puede ir por ahí quitándoles a los demás las cosas que les pertenecen.

Pinchó otro trozo de pato con el tenedor.

—Es por su propio bien, meine kleine Vogel. Confíe en mí.

Como no sabía qué responder a aquello, me limité a menear la cabeza con incredulidad. Su falta de

tacto me hubiese ofendido de no ser por la encantadora combinación de su

cabello despeinado, su

acento alemán y el epíteto con el que se había dirigido a mí. Pajarillo.

Además, sentía cierto temor reverencial hacia él, un auténtico compositor, un músico profesional. Le respetaba, pese a sus

métodos nada convencionales de separar a los jóvenes músicos de sus ídolos.

—¿Conoce a Fausto, señorita Worthington?

—¿Perdone? —respondí enderezándome.

—Fausto.

Me miró sin pestañear con sus profundos ojos azules. El corazón me dio un vuelco y mi mirada

vagó hasta el otro extremo de la sala. Henry ocupaba la cabecera de la mesa y la señorita St. Claire

estaba sentada a su derecha. Estaba concentrado en el plato y su cabello negro brillaba a la luz de las

velas. Ocupaba el lugar de autoridad con una gracia natural que no puede enseñarse, solo adquirirse.

Aparté la vista e intenté no pensar en aquella mañana en que había oído hablar por primera vez de

Fausto.

—Sí, un poco —respondí asintiendo con la cabeza.

—¿Qué es lo que sabe?

Herr Spohr había abandonado su tenedor y me observaba con la atención inquebrantable que

muestra un tutor por su alumno.

—Fausto era un hombre brillante que quería más de lo que ya poseía. Por eso hizo un pacto con el

diablo, con Mefistófeles, al que entregó su alma a cambio de más sabiduría, mejores favores y mayores logros.

—¿Y qué pasó al final?

Tragué saliva.

—Pues que perdió su alma.

Herr Spohr asintió y su cabello se agitó con el gesto.

—Así es, Fräulein. Es correcto. Conoce lo más importante: la ambición, la inquietud, la avaricia,

su lucha por conseguir más. —Se pasó una mano por el pelo—. No sé si lo sabrá, pero escribí una ópera sobre él, sobre Fausto.

Dicho esto, recuperó su tenedor y pinchó otro trozo de carne. Observé su lento masticar esperando a que continuara, pero luego alcanzó su vaso y tomó un buen trago.

—Pero ¿qué tiene que ver la leyenda de Fausto con Mozart? —pregunté al fin movida por la impaciencia.

—No, no —aseveró acompañando sus palabras con la cabeza—. Fausto no tiene nada que ver con

Mozart. —Clavó en mí sus ojos cargados de significado—. Al igual que tampoco usted tiene nada que ver con Mozart.

Volvió a concentrarse en su cena, despachándome claramente, y me quedé sumida en la confusión.

** * **

La cantidad de huéspedes que pululaban por la casa me sacaba de quicio.

¿Cómo iba a conseguir

hablar a solas con Henry con tanta gente a nuestro alrededor? Después de cenar, pasamos todos al

salón, donde disfrutamos de un pequeño recital ofrecido por Herr y Frau Spohr, que interpretaron un

dueto de violín y arpa que había compuesto él mismo. Al acabar el concierto, el señor Brandon vino

a mi encuentro y me preguntó si me gustaría ser su pareja de whist contra Sylvia y su padre. No

obstante, no conseguí concentrarme en el juego. No podía dejar de pensar en cuánto necesitaba escapar a la India, en lo importante que era para mí hablar con Henry o en que cada vez que miraba en su dirección estaba ocupado con alguno de los invitados. La mitad de las veces, la señorita St. Claire se encontraba a su lado y en más de una ocasión descubrí a la señora Delafield observándome con una expresión de advertencia en la mirada. ¡Como si pensara repetir mis errores de la noche anterior, cuando había tratado de coquetear! Me sentía vigilada, infeliz y frustrada. Para colmo, perdí de vista a Henry y mi plan para obtener su ayuda se me antojó condenado al fracaso incluso antes de haber empezado. Se me hizo imposible permanecer en el salón por más tiempo. La decepción me acompañó escaleras arriba cuando todos los invitados se dispersaron para irse a dormir. Había pasado todo el día intentando algo tan simple como hablar con Henry a solas. Y había llegado la hora de dormir, por lo que había transcurrido otro día sin avanzar en mi propósito de conseguir mi billete a la India. Alice me esperaba en la habitación, aunque yo no estaba lista aún para meterme en la cama. Tenía que conseguir algo antes de que terminara el día.

—Si alguien deseara salir fuera por la noche, sin que nadie lo viera, ¿cómo tendría que hacerlo?

Una expresión de espanto se apoderó de su semblante.

—¿No estará pensando en salir fuera en mitad de la noche, señorita? — Aunque sonó más a afirmación que a pregunta.

—Quizá. ¿Por qué no?

Un destello de miedo ensombreció sus ojos.

—Ay, no, señorita, ni hablar. Ni un alma se aventura en mitad de la noche en estas tierras. Todo el

mundo sabe que hay que tener cuidado con Linger, el fantasma. —Me miró atentamente—. Imagino que habrá oído hablar de él, señorita.

Negué con la cabeza. No creía en esas historias y Alice me parecía lo bastante crecida como para haber perdido ya el miedo a los fantasmas.

—Recorre los páramos en mitad de la noche a lomos de su caballo, señorita, sobre todo en las noches de luna llena. Si lo ve, debe correr a esconderse, pero difícilmente podrá hacerlo si la sorprende en los páramos, donde no hay refugio alguno...

Alice negó con la cabeza, se llevó una mano al cuello y lo apretó un poco, como si intentara estrangular la idea de un encuentro sobrenatural en plena noche en mitad de los páramos.

Un escalofrío me recorrió la espalda de arriba a abajo y me alejé de ella.

—No creo en fantasmas.

—No necesita creer en algo para que sea real, señorita —sentenció meneando un dedo delante de mí. Nos sostuvimos la mirada durante un momento larguísimo. Mientras duró, ninguna de las dos dio su brazo a torcer.

—Solo quiero bajar a la playa —confesé con un suspiro—. Le prometí a mi hermano que le llevaría una concha que hubiese encontrado bajo la luz de la luna. No tengo intención alguna de ir hacia los páramos.

La joven puso unos ojos como platos.

—¿A la playa? ¿De noche? —Se le quebró la voz. Apretó los labios y negó con la cabeza—. No.

Menuda imprudencia. No debe ir, señorita. No debe bajar nunca a la playa de noche.

Apreté los puños al notar que mi frustración iba dando paso a la ira.

—Pero yo quiero ir a la playa a buscar una concha para mi hermano. No me parece pedir demasiado.

—No puedo ayudarla, señorita. Lo siento.

Bajó la cabeza y se quedó allí delante de mí con una actitud de tamaña humildad que no pude enfadarme con ella.

Me senté en la cama dejando escapar un suspiro de derrota.

—Puede irse, Alice.

—¿No quiere que la ayude a cambiarse?

Negué con la cabeza.

—No, gracias.

Abrió la puerta y se escabulló antes de que pudiera añadir nada más. Paseé la mirada de aquella puerta cerrada a la ventana, también cerrada, mientras en mi interior crecía el desasosiego. Tenía que salir de allí.

A

Capítulo 15

guardé sin perder de vista las manecillas del reloj hasta que hubieron transcurrido diez minutos desde la marcha de Alice. Entonces eché mano de una vela, abrí la puerta y me aventuré por los pasillos de Blackmoore.

Resultó que no necesitaba la ayuda de Alice para salir de la casa sin que nadie me viera, aunque me habría gustado contar con ella. Di con una escalera de servicio y pasé desapercibida gracias a la

capa que me envolvía. Ya solo me quedaba encontrar una ventana que pudiera abrirse, pues una puerta no me serviría. No, definitivamente, para aquel tipo de huida se precisaba una ventana. Lo

único con lo que no había contado fue con que hubieran plantado unos rosales justo debajo y me arañé la mano al saltar desde el alféizar.

Sacudí la mano para librarme del escozor de la herida y bordeé la casa con sigilo hasta que me

encontré frente al océano. Tomé aire, cerré los ojos y dejé que el rumor de

las olas y el frescor del
aire me envolvieran. Al poco rato, ya me sentía liberada del desasosiego que
me había atormentado
en el interior y me dispuse a hallar una forma de bajar hasta la playa.
Blackmoore estaba encaramada en lo alto de un acantilado, pero bien debía
de existir alguna forma
de acceder hasta la playa desde allí. Di gracias por la luz que desprendía la
luna —habían pasado
pocos días desde la última luna llena— e iluminaba mi camino. Cuando
encontré los empinados
escalones que descendían por la pared del acantilado, no me detuve. Aquella
era la gracia de las
aventuras: precipitarse a lo desconocido y aterrizar dominado por la euforia.
Era, sin duda, lo que mi
alma necesitaba en aquella noche de frustración y sueños enjaulados.
Conté doscientos setenta y seis escalones de piedra antes de que mis pies
tocaran la arena. Para
entonces, las piernas me temblaban a causa del esfuerzo y tuve que
detenerme un momento para
recuperar el aliento y asimilar el panorama que se presentaba ante mí.
La luna dibujaba con su brillo una cinta plateada sobre el agua y soplaba
una suave brisa que me
obligó a envolverme con la capa. Miré a derecha y a izquierda, vi las luces
de Robin Hood's Bay a
una milla de distancia más o menos. ¿Qué tendría Alice en contra de ir a la
playa de noche? ¿Por qué
pensaba que tenía que advertirme de sus peligros? Caminé hacia la orilla y
me agaché para tocar el
agua. Estaba helada. Las olas rompían sobre la arena y lo llenaban todo de
espuma. Hundí los dedos
en la arena húmeda y los cerré alrededor de un puñado de conchas
pequeñas, luego sumergí la mano
en el agua y la agité con brío para quitarles la arena. Poco me llevó sentir la
mano entumecida, así
que me puse en pie y me guardé las conchas en el bolsillo de la capa,
aprovechando para secarme la

mano.

Me quedé allí de pie, con la cabeza echada hacia atrás, maravillándome con la luna, las estrellas y la inmensidad del océano. Esa misma agua podía llevarme hasta la India, podía alejarme de todos mis problemas. Si no hubiese sido por aquel estúpido pacto con mi madre, habría podido...

Un chapoteo me sacó de mi ensimismamiento. Di un paso adelante y dos hacia atrás sobresaltada.

Había algo en el agua justo delante de mí; de hecho, venía directo hacia mí. Debía de ser algo lo

bastante grande para armar todo ese jaleo. Demasiado grande para ser un pez. Me estrujé el cerebro

buscando otra explicación. ¿Un delfín? ¿Un tiburón? ¿Qué otra cosa podía estar dirigiéndose hacia mí?

Recordé el temor de Alice y, durante un instante, me pregunté si no la habría juzgado mal. Puede

que en aquellas aguas sí habitara algo peligroso; puede que realmente hubiese algo allí a lo que tener

miedo; puede que...

Aquel «algo» dejó de chapotear y emergió a la luz de la luna.

Linger, el fantasma.

El corazón me latía con fuerza dentro del pecho. Aquella silueta pálida se dirigía hacia mí. Sin

darme la vuelta, subí un escalón, luego dos. Un grito estaba a punto de escapar de mis labios cuando

me vino a la cabeza una idea extraña.

Me detuve y escudriñé la silueta a la luz de la luna.

—¡Buenas noches! —grité con nerviosismo.

Me sentí muy estúpida, pero es que no sabía cómo dirigirme a lo que debía de ser un hombre en el

agua.

El fantasma —el hombre— se detuvo y miró en mi dirección con los ojos entrecerrados.

—¿Kate? ¿Eres tú?

Me quedé boquiabierta.

—¿Henry?

—Sí.

Volvió a ponerse en marcha, pero...

—Esto... ¿Estás...? Cómo decirlo..., ¿vestido?

A mi pregunta siguió una pausa.

—No —respondió entre risas.

Se me encendieron las mejillas y me di media vuelta para quedarme de espaldas al agua.

—Necesito hablar contigo. ¿Puedes... venir aquí? Pero vístete.

Esperé con el rostro en llamas hasta que oí una nueva risita. Luego nuevos chapoteos. Imaginé que

se dirigía hacia la arena o, más bien, intenté no imaginármelo caminando por la arena totalmente

desnudo. Los segundos se me hicieron eternos y pensé que moriría de la vergüenza. Fui perdiendo

aplomo y empecé a dudar de mi idea.

Entonces oí a mi espalda unos pasos que se acercaban despacio hacia mí.

—Ya puedes volverte —dijo Henry.

Me di la vuelta, aunque no estaba preparada para lo que vi. La imagen me dejó boquiabierta antes

de que pudiera evitarlo. Henry se había puesto los pantalones, solo hasta la altura de la cadera, y

nada más. La luna hacía brillar su torso y sus hombros desnudos, salpicados de gotitas de agua. Su

piel era tersa y su cuerpo más musculoso de lo que jamás habría imaginado.

Sus músculos, firmes y

definidos, no parecían tener fin. Henry estaba allí plantado con toda naturalidad, como si parecer un

auténtico dios griego fuera algo de lo más normal.

—¿Qué necesitas? —preguntó pasándose la mano por el pelo mojado.

Obligué a mi boca a que se cerrara y luego traté de tragar saliva. Todo pensamiento racional había

abandonado mi mente y no podía apartar la mirada de sus hombros, de su torso, de su...

—¿Kate?

Subí la mirada hasta su rostro, aunque no ayudó mucho, pues aquellos ojos negros como la noche y aquellos labios...

—¿No tienes... una camisa? —Vi un fardo blanco en su mano—. ¿Es esa? Deberías ponértela.

Estaba hablando demasiado deprisa y se me quebró la voz. Henry rió entre dientes, fue un sonido grave y sensual.

—¿Por qué? ¿Te incomodo? —preguntó con una sonrisa maliciosa. Me ruboricé aún más.

—No, pero parece tener frío. ¿No estaba fría el agua? —Seguía hablando muy rápido, pero no podía evitarlo.

—No te preocupes.

No hizo ademán de ponerse la camisa, sino que colocó las manos en jarras, con lo que solo

consiguió atraer mi atención hacia lo bajos que llevaba los pantalones.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera?

Volví a concentrarme en su cara y me reprendí mentalmente por distraerme con tanta facilidad.

—Estaba buscando una concha para Oliver, pero me alegra encontrarte aquí. Tenía la esperanza de poder hablar contigo. A solas.

—¿Por qué? —preguntó ceñudo.

—Te necesito.

Incluso a mí me pillaron por sorpresa mis palabras, pues fueron demasiado directas y podían dar

lugar a múltiples interpretaciones. Pude comprobar que Henry pensaba lo mismo, ya que echó atrás

la cabeza sorprendido.

Me apresuré a llenar el espacio que yo misma había dejado abierto.

—Bueno, más bien, necesito tu ayuda.

Henry se cruzó de brazos, lo que me lo hizo todo más difícil, pues se le marcaron aún más los

músculos. ¡Tenía que dejar de pensar en ellos de una vez por todas!

—¿Sabe alguien que estás aquí fuera?

Negué con la cabeza.

—Me he escabullido por una ventana.

Esperaba arrancarle una sonrisa, pero no fue así. Al contrario, su expresión se volvió más severa que antes.

Meneó la cabeza, dejó escapar un suspiro de exasperación y se pasó los dedos por el pelo.

Saltaron gotitas de agua. Predije una reprimenda por mi costumbre de escapar por la ventana, pero esta nunca llegó.

—¿Y qué hay del señor Brandon? —preguntó en su lugar.

Le miré perpleja. No lograba entender esa seriedad y esa severidad con todo lo referente al pobre

señor Brandon. No, no era severidad, era ira.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué es lo que sabe?

Estaba más confusa que antes.

—No te entiendo —respondí negando con la cabeza.

Se acercó un poco más. Estábamos tan cerca que podía oler la sal del océano sobre su piel y se me

disparó el corazón. La luz de la luna no podía favorecerle más. La combinación de la oscuridad de la

medianoche y su luz plateada hacía resaltar su cuerpo moreno y fuerte.

—¿Le has contado lo que a mí me has repetido un centenar de veces? —Su voz era apenas un

murmullo, pero dejaba entrever algo más. ¿Ira quizá? ¿O era otra emoción?

—. ¿Le has contado que

no tienes intención de casarte? ¿Nunca?

Pestañeeé sorprendida y busqué en vano las palabras para contestarle, pero me había dejado muda.

Henry desprendía oleadas de una emoción muy poderosa que me golpeó como una bofetada. Di un

paso atrás para alejarme un poco de él.

—No creo que sea algo que tenga que saber.

De hecho, la mera idea de hacerlo se me antojaba tremendamente presuntuosa.

—¿Por qué no?

Levanté las manos sin saber cómo responder.

—Pues porque yo no he hecho nada para alentar su afecto.

Apretó la mandíbula y negó con la cabeza reprendiéndome con la mirada.

—Un hombre no precisa de ningún estímulo para entregar su corazón.

El corazón me latía con fuerza y tomé aire entrecortadamente. Aquello no iba bien.

—No he venido aquí a hablar del señor Brandon. Dejemos eso, ninguno de los dos cambiará de opinión.

Henry frunció los labios y volvió la cabeza hacia otro lado.

Yo intenté sonreír, intenté suavizar la tensión del ambiente.

—Así que... te gusta venir a nadar al océano por la noche, a solas. —Fruncí el ceño al ver las olas

a su espalda—. Parece bastante peligroso. ¿Es algo que sueles hacer cuando estás en Blackmoore?

Una media sonrisa alzó la comisura de sus labios.

—No exactamente.

Agarró la camisa, la sacudió y se la pasó por la cabeza. Aparté la vista de la forma en que la

maniobra resaltaba sus músculos o, al menos, lo intenté con todas mis fuerzas.

—¿Y por qué esta noche?

Otra media sonrisa.

—Sentía la necesidad de hacer algo arriesgado. Eso es todo.

Había algo entre nosotros. Cada uno estaba ocultando sus propios secretos al otro. Yo era tan

culpable como Henry, por lo que no podía decir nada ante su críptica respuesta. Sin embargo,

empecé a plantearme si mi idea sería factible, dada la tensión que se había establecido entre nosotros.

—Bueno, señorita Kate, ¿qué necesitas de mí?

Su tono de voz se había vuelto más alegre, más guasón. Su ira había desaparecido, o permanecía

bien oculta, y había vuelto a ser Henry, mi amigo.

Me dejé llevar por la esperanza y muy rápido, antes de perder el valor, le anuncié:

—Necesito que me propongas matrimonio.

H

Capítulo 16

Henry se quedó perplejo. Me miró sin pestañear, completamente inmóvil, y yo me sentí como la mayor imbécil de este mundo.

—No ha sonado bien —me apresuré a añadir ruborizada por la vergüenza—.

Antes de venir aquí,

hice un trato con mi madre. Me dijo que si conseguía que me hicieran tres proposiciones de

matrimonio y yo las rechazaba, abandonaría toda esperanza de que me casara y me permitiría ir a la

India. No necesito que me digas lo disparatado que fue acceder a su plan, pero estaba desesperada.

No sé en qué estaba pensando. —Tomé aire entrecortadamente—. Da igual, Sylvia me dejó claro

anoche lo... lo estúpida que había sido al pensar que tres de vuestros invitados pudieran proponerme matrimonio.

El rostro de Henry se ensombreció con lo que me pareció ira y abrió la boca para intervenir, pero

le detuve alzando una mano.

—Déjame terminar. Anoche me dijiste que tenía que haber más de una opción. Pues bien, esta

mañana he dado con mi otra opción. He recordado que mi madre y yo hablamos de tres

proposiciones, no de que tres hombres me propusieran matrimonio. Me dijiste que si alguna vez

necesitaba que me salvaran, tú... —Tragué saliva y concluí mi discurso con un susurro—: Tú me

salvarías.

La expresión de Henry echó por tierra mi recobrada esperanza. Era impertérrita y lúgubre, y allí

estaba de nuevo la ira.

—Quieres que te proponga matrimonio. ¡Tres veces!

Asentí con la cabeza.

—Parece que no entiendes la posición en la que me encuentro, ¿verdad?

Estoy aquí para cortejar a

la señorita St. Claire, para proponerle matrimonio a ella. No puedo dar la impresión de estar

cortejándote a ti también.

Me sonrojé sin poder evitarlo. Era tal mi azoramiento que pensé que no podría continuar; el hecho

de que lo consiguiera puso de manifiesto la magnitud de mis ansias de partir hacia la India.

—No te estoy pidiendo que me cortejes, Henry.

Se acercó más a mí y bajó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Entonces, ¿qué es lo que me estás pidiendo?

Tomé aire rápidamente e hice a un lado la vergüenza que sentía.

—Solo necesito que me propongas matrimonio tres veces. Te prometo que mi respuesta será un no rotundo e inmediato.

—No esperaba otra cosa —añadió con una sonrisilla cargada de sarcasmo.

—Entonces... ¿lo harás?

Inspiró hondo y volvió la cabeza hacia otro lado. La lucha que se estaba librando en su interior era

evidente en su rostro y sentí lástima por él. No obstante, por muy intensa que fuera su lucha, no era

nada comparada con mi tormento. Me resultaba muy difícil creer que su reticencia a que me marchara

a la India pudiera ser tan intensa y rotunda como mi deseo de partir.

—Me estás pidiendo algo muy difícil —prosiguió al fin volviéndose hacia mí de nuevo—. Pero si ese es el deseo de tu corazón...

—Lo es. De verdad que sí, Henry. —Junté las manos delante de mí. Me sentía tan impaciente,

esperanzada y temerosa al mismo tiempo que me provocaba un dolor intenso

—. Por favor... Hazlo

por mí. —Parecía atormentado. Movida por un impulso, alargué la mano y le

agarré del brazo—. Te pagaré.

Eché atrás la cabeza sorprendido.

—¿Cómo?

Allí estaba yo, desesperada, aferrada a la manga de su camisa, ofreciéndome a pagarle por una

proposición de matrimonio. Por tres, para ser más exactos. Si alguien hubiese presenciado la escena,

estoy convencida de que hubiese pensado que estaba haciendo lo que había jurado no hacer nunca:

suplicar, negociar, mendigar en nombre del matrimonio.

Sin embargo, había una diferencia importante, aquello no acabaría en compromiso. Además se

trataba de Henry. Si había alguien en el mundo a quien pudiera pedir aquel favor, ese era Henry. Él

no malinterpretaría mis intenciones. A pesar de todo, me asaltaron las dudas al pensar en Eleanor y

lo que Henry sabía de ella.

—Henry... —Tiré de su camisa, como si con aquel gesto pudiera doblegar su voluntad—. Te

prometo que no se trata de ninguna triquiñuela. Te responderé de inmediato que no y nadie lo sabrá

nunca. No saldrás perjudicado, te lo prometo. No pretendo tenderte una trampa. No sufrirás, puedes

estar seguro.

De sus labios escapó un sonido. Era una leve risita llena de amargura.

—Prometes que me dirás que no, que no sufriré. Me lo garantizas, ¿no es así?

—Sí —afirmé de forma accidentada, un fiel reflejo de lo desesperada que me sentía.

Henry se acercó aún más.

—¿Y cómo me pagarás?

El cambio en su voz y algo en su forma de acercarse me confirmó que había pasado a tomar las

riendas de la situación.

Hizo que se me acelerara el pulso y le solté. ¿Cómo iba a pagarle? Había

hablado impulsivamente,
pues no tenía dinero, ni nada que ofrecerle que pudiera resultar de su
interés. Aun así, tenía que
responder algo antes de que cambiara de idea.
—Te daré lo que quieras —solté a la desesperada.
Al instante deseé retractarme de mis palabras, pero Henry se me adelantó.
—Entonces, acepto.
Su respuesta me sorprendió y durante unos segundos hice equilibrios entre el
alivio que me
producía que hubiese accedido a ayudarme y la intranquilidad de no saber
qué me pediría a cambio.
Pero entonces recordé que era de Henry de quien hablábamos, uno de los
hombres más caballerosos
de toda Inglaterra. Estaba convencida de que no me pediría nada que yo no
estuviera dispuesta a
darle.
Le tendí la mano derecha. Henry bajó la vista y la observó confundido.
—Así es cómo se hace en los negocios —aclaré—. Los tratos se sellan con un
apretón de manos.
Tomó mi mano como si se tratara de algo nuevo, cuando en realidad había
estado entre las suyas en
muchas otras ocasiones a lo largo de esos años. Esta vez, sin embargo, bajó
la vista hacia nuestras
manos y acarició el reverso de la mía con el pulgar. Bien podría haberme
golpeado el corazón
directamente por la forma en que este dio un vuelco cuando me tocó. Tuve
que hacer acopio de
fuerzas para no apartar la mano ni dejar entrever lo rápido que me
bombeaba el corazón, pues me
aterrorizaba que pudiera percatarse del ritmo acelerado que había adquirido
mi pulso.
Pasó el pulgar por encima del araño que tenía cerca de la muñeca.
—Esta es nueva —susurró—. ¿Cómo te la has hecho?
—Con... Esto... Con los rosales que había bajo la ventana por la que salté.
Levantó la cabeza y me miró fijamente con ojos risueños.
—Debería haberlo adivinado. —Luego agarró con firmeza mi mano y la

estrechó una sola vez—.

¡Hecho! Trato sellado.

Me miraba con una sonrisa indulgente en los labios, pero había algo en ella que me resultaba

doloroso, como si hubiese algo en todo aquello que le produjera una profunda tristeza.

—¿Y bien? —dije señalando el espacio abierto que tenía delante—. ¿Vas a hacerlo?

—¿Cómo? ¿Ahora? —exclamó poniendo unos ojos como platos.

—Pues, claro.

Henry negó con la cabeza.

—Se ha hecho tarde. Vamos, volvamos adentro.

Le seguí a regañadientes por la playa hacia los escalones que había usado antes.

—Pero sería muy fácil, ¡y rápido! Solo tienes que decir las palabras.

Dejó de andar, dio media vuelta y caminó en mi dirección por la arena con paso tranquilo, pero

seguro y largo. Se detuvo al llegar junto a mí, tan cerca que podía sentir su calor, y me miró a los

ojos. La luna nos iluminaba a ambos y el océano enviaba olas a romper contra la arena a mi espalda.

Su mirada acalló mi protesta.

—No —resolvió con voz tranquila, pero firme—. No me impondrás cómo, dónde ni cuándo hacer

mi proposición. Tiene que ser parte de nuestro acuerdo.

Me sostuvo la mirada. Tenía los labios fruncidos y su mandíbula formaba un ángulo férreo de

sombra y luz. Le observé sin saber qué decir. ¿De dónde había surgido aquella faceta de Henry? Ese

Henry que nadaba en el mar en mitad de la noche, que hacía gala de aquella entereza y que me miraba

de aquella forma...

Inspiré hondo y me pregunté qué acababa de pasar entre nosotros, qué línea acabábamos de cruzar.

—De acuerdo.

Le seguí escaleras arriba por la pared rocosa. Él me ofreció la mano y yo la

acepté, y dejé que tirara de mí cuando las piernas me fallaron, hasta que al fin llegamos a lo alto del acantilado.

A

Capítulo 17

lice me dejó bien patente lo disgustada que estaba cuando la llamé a la mañana siguiente.

Aunque no fui capaz de decidir qué le parecía peor, que hubiese bajado a la playa de noche o

que no la hubiese llamado al volver. No dejó de farfullar sobre la arena que había en mis botas o en

la bastilla de mi vestido. Al sacar el puñado de conchas del bolsillo de la capa, me fulminó con la mirada.

—No habrá una próxima vez, señorita, y no se hable más. No volverá a bajar a la playa de noche, sobre todo si hay luna llena.

Me volví hacia ella para mirarla desde el alféizar de la ventana, donde me había sentado a escuchar los pájaros.

—¿Por qué no con luna llena?

Alice meneó con gran energía la cabeza, como si consiguiera exasperarla.

—¡Porque el contrabando se lleva a cabo en las playas, señorita! Sobre todo cuando hay luna llena

—confesó al fin.

Bajé del alféizar con dificultad, incluso estuve a punto de caer a causa de lo emocionada que estaba.

—Entonces ¿es cierto que se sigue ejerciendo el contrabando en la zona? En su mirada quedó claro que se arrepentía de lo que había dicho.

Retrocedió de espaldas con las

botas en la mano alegando que tenía que ir a quitarles la arena y se marchó corriendo. Si no hubiese

sido tan curiosa, es posible que me hubiese contado algunos de los secretos de Robin Hood's Bay.

Por suerte, si me armaba de paciencia, puede que la oportunidad volviera a presentarse.

No obstante, la paciencia no era una de mis virtudes, aunque nunca había quedado tan patente mi

defecto como al esperar una señal de que Henry pensaba proponerme matrimonio. Me había tomado

al pie de la letra su petición de no presionarle, pero es que tenía que salir de allí y tenía que hacerlo

pronto. La señora Delafield no dejaba de fulminarme con la mirada cada vez que volvía la cabeza en

mi dirección y Sylvia no había vuelto a hablar conmigo desde la noche en que coqueteé con su señor

Brandon. Para colmo, ver a la señorita St. Claire del brazo de Henry me estaba poniendo enferma.

Observé a Henry durante el desayuno mientras la señorita St. Claire se lamentaba de que hiciera un

día tan gris, pues al parecer tenía muchas ganas de ir de excursión a Robin Hood's Bay. Mientras

tanto, el señor Brandon iba informándome de los pájaros que había oído cantar esa mañana en los

páramos, si bien mi afición no era algo que yo quisiera compartir con el señor Brandon.

Henry no miró en mi dirección ni una sola vez durante el desayuno. En un momento de pánico,

incluso temí haber imaginado toda la noche pasada, o que hubiese cambiado de idea y hubiese

decidido no ayudarme después de todo. Pero lo cierto es que cuando me dispuse a salir del comedor,

vi a Henry poniéndose en pie mientras yo me excusaba con el señor Brandon. Le oí susurrar mi

nombre cuando iba de camino a la puerta, me detuve y me di la vuelta sin estar muy segura de lo que

me diría.

—Se te ha caído esto.

Y me tendió un pañuelo que yo sabía que no había perdido. Aun así, lo acepté y le di las gracias,

luego Henry se dio la vuelta y regresó a la mesa. La señorita St. Claire me estudiaba con curiosidad, por lo que me guardé el pañuelo en el bolsillo y me marché de inmediato. Giré dos veces por el pasillo antes de colarme en la primera estancia vacía que encontré. Se trataba de la biblioteca, que a aquella hora de la mañana estaba desierta. Me coloqué de espaldas a la puerta y abrí con cuidado el pañuelo. Dentro había un trocito de papel doblado. Al abrirlo reconocí la perfecta caligrafía de Henry.

Reúnete conmigo a medianoche en la entrada del pasadizo secreto.

** * **

Me pasé el día entero registrando las dependencias y los pasillos de Blackmoore en busca del menor indicio de un pasadizo secreto. Era una casa realmente grande. Por la tarde me crucé en los pasillos del ala este con Henry, que se detuvo el tiempo suficiente para mofarse de mí.

—¿Lo has encontrado ya?

—No —murmuré—. ¿Por qué no me dices dónde está?

Negó con la cabeza haciendo gala de su tozudez habitual y me sonrió con malicia.

—Me has dado la lata tantos años con esto, Kate, que tendrás que dar con él tú solita.

—Pues dame al menos una pista —pedí cuando empezaba a alejarse.

Volvió la cabeza y aun cuando estaba convencida de que no me ayudaría...

—Está detrás de un cuadro —confesó en el último momento antes de volver la esquina.

** * **

Había cientos de cuadros en Blackmoore. Registré todas las estancias y pasillos de los dos pisos superiores del ala este y el ala oeste. Estaba claro que las habitaciones de esta última llevaban bastante tiempo sin usarse, ya que sus muebles estaban cubiertos por sábanas y el ambiente estaba

cargado de polvo. No me atreví a entrar en las habitaciones del ala este. A buen seguro que Henry no me habría enviado en busca de la entrada al pasadizo si eso hubiese comprometido la intimidad de los demás huéspedes. Después de horas investigando, llegué a la conclusión de que no se encontraba en los pisos superiores.

La hora de la cena estaba próxima, por lo tanto, me dirigí corriendo a mi habitación con el fin de cambiarme y de que Alice me arreglara el peinado para poder estar presentable. La cena se me hizo interminable, pues además no me tocó ninguna compañía interesante al lado, debido a la disposición de las mesas de la señora Delafield. Cuando las damas abandonaron el comedor, me quedé rezagada y, cuando todas giraron a la derecha, hacia el salón, yo lo hice hacia la izquierda y me escondí en la biblioteca. Allí había muchísimos cuadros y aún no había tenido la oportunidad de inspeccionar todas las estancias de la planta baja.

Por desgracia, la biblioteca resultó ser una gran decepción, así como el vestíbulo principal y los pasillos que de él salían para perderse en las dos alas del edificio. Al final me quedó tan solo una sala por inspeccionar: la sala de música pequeña. La sala del pájaro. Me detuve delante de un cuadro que colgaba de una pared cubierta por paneles de madera oscura.

Me quedé mirándolo fijamente, sorprendida de no haber reparado antes en él. El pájaro y el pianoforte debían de haberme abstraído mucho como para no haberme fijado antes en aquella obra de arte.

Se trataba de Ícaro. Lo supe al instante. Su padre le estaba atando las alas que había creado mientras señalaba al cielo con una expresión de desaprobación en el semblante, como si estuviera

avisándole de que no volara muy alto. Era una pintura muy hermosa, al parecer, un original de Antonio van Dyck, por lo que rezaba en una esquina. Acaricié el marco y me quedé inmóvil por primera vez en todo el día. Entonces se movió. La pared se abrió hacia mí y reveló un pasadizo secreto.

S

Capítulo 18

alí de mi habitación a hurtadillas diez minutos antes de la medianoche, sirviéndome de una vela para iluminar el camino por la escalera de servicio hasta la sala del pájaro. La encontré vacía y a oscuras, el pájaro reposaba silencioso en su jaula. Tomé asiento delante del pianoforte y esperé.

Intranquila, agucé el oído para oír las pisadas de Henry. Finalmente, cuando mi corazón había empezado ya a latir presuroso ante la idea de que él no viniera, la puerta se abrió con sigilo y Henry irrumpió en la sala.

—Lo has encontrado —exclamó en un murmullo acorde con aquella noche tranquila y oscura.

—Por supuesto —respondí sin evitar que mi voz se hiciera eco de mi orgullo. Me puse en pie, levanté la vista hacia Henry y me maravillé con lo que percibía de él a la luz de la vela: su cabello negro, el destello de su sonrisa o ese brillo de excitación en sus ojos.

—No necesitaremos la vela —anunció levantando un farol.

Le seguí hasta el cuadro de Ícaro y le observé mientras metía la mano detrás del marco y pulsaba el

interruptor que yo debía de haber accionado antes sin darme cuenta.

La pared se abrió y reveló un hueco sumido en la oscuridad. Henry levantó el farol, abrió una

pequeña compuerta para que proyectara un haz de luz y sin perder la sonrisa, ni ese brillo de

excitación en los ojos, se adentró en la oscuridad.

No me había atrevido a entrar en el pasadizo cuando lo había encontrado; me había detenido la idea de ensuciarme y tener que justificar luego mi aspecto ante algún invitado o, Dios no lo quisiera, ante la señora Delafield. En ese momento, sin embargo, aquello carecía de importancia, por lo que seguí a Henry y a la luz que llevaba en la mano. Agaché la cabeza cuando me lo advirtió, tomé con cuidado las curvas pronunciadas del camino y me di cuenta de que las paredes de piedra pasaban a ser de tierra conforme descendíamos por una estrecha escalera de caracol durante lo que se me antojó una eternidad. Me olvidé de contar los escalones, aunque me dio la sensación de que no distaban mucho de los que había para bajar a la playa. El pasadizo nos había conducido a las entrañas de la casa y había desembocado en un túnel subterráneo apuntalado con vigas de madera, con las paredes y el suelo de tierra y alguna que otra antorcha dispuesta en un soporte en la pared. Toqué algunas de ellas, pensando en Alice y sus historias de contrabandistas, pero todas estaban tan frías como los muros que nos rodeaban, por lo que no habían sido utilizadas, al menos recientemente. Debíamos de haber recorrido media milla bajo tierra cuando nos encontramos con otra escalera. Henry me dio la mano para ayudarme a subir. Seguí el rastro de la luz del farol, que llevaba próximo al suelo para que yo pudiera ver los escalones. La escalera nos conducía más y más arriba. Henry volvió la cabeza. —Ya casi estamos —susurró. Estaba sin resuello y los músculos de las piernas me ardían por el ascenso. Pero entonces sus botas hicieron un alto, aunque no abandonaron los escalones que aún tenía yo por delante. Oí un crujido

polvoriento en señal de protesta y una brisa fría me envolvió, luego las botas se pusieron en marcha de nuevo y desaparecieron por un cuadrado de estrellas. Me detuve bajo la abertura, que debía de ser una trampilla. Sobre mi cabeza se extendía el cielo nocturno salpicado de estrellas. Me agarré a los bordes y cuál sería mi sorpresa al notar hierba bajo mis dedos, pues estaba segura de que habíamos subido por encima del nivel del suelo. Henry me tendió la mano, que acepté encantada, y me ayudó a subir los últimos escalones. Salí al exterior y me quedé boquiabierta. Definitivamente bajo mis pies crecía la hierba; sin embargo, estábamos rodeados por un muro de piedra medio derruido, más allá del cual solo atisbé el cielo. No había árboles, ni se veía el océano, ni los páramos. Miré a Henry confundida y descubrí en su rostro, medio iluminado por el farol que sostenía, una expresión de lo más extraña. Parecía emocionado, a la par que nervioso. No recordaba haber visto a Henry nervioso en toda mi vida. Tenía los labios apretados; las sombras temblorosas que producía el farol me impedían ver sus ojos. —¿Dónde estamos? —pregunté acercándome a él con cautela. No estaba segura de si el suelo aguantaría, ya que aquel lugar parecía desafiar las leyes de la naturaleza. —Ven a verlo. Henry se dirigió al muro de piedra y yo lo seguí. Este me llegaba a la altura del pecho. Eché un vistazo hacia abajo y tuve que agarrarme a la piedra de inmediato pues empezó a darme vueltas la cabeza. Estábamos a mucha altura. Conocía aquellos árboles, eran muy altos, pero desde allí podía ver sus copas desde arriba. Me volví hacia la derecha, un mar de árboles mecidos por la brisa, y luego a la izquierda, una espuma blanca bañada por la luz de la luna y el

sonido de las olas que
rompían a mucha distancia... El océano.
Levanté la vista y contemplé el cielo sin que ningún árbol obstaculizara mi
visión. Y entonces, de
pronto, unos gritos estridentes nos rodearon y el aire se llenó de aleteantes
sombas negras. El
inconfundible aullido de los grajos desgarró la oscuridad. Su canto era
fuerte y arañaba mi alma
como cuando se graba el cristal.

—Es la abadía en ruinas —dije entre dientes.

—Para ser exactos, se trata en concreto de su torre más alta. —Percibí la
sonrisa en su voz—. ¿Te
gusta?

—Sí —susurré—. Me gusta mucho.

Henry sonrió abiertamente, apoyó los codos sobre el muro y clavó la mirada
en el océano.

—He venido aquí prácticamente todas las noches que he pasado en
Blackmoore desde que descubrí
el pasadizo secreto cuando tenía diez años. A los doce decidí que quería un
sitio cómodo para
sentarme a observar las estrellas, así que me dediqué a traer un par de cubos
llenos de tierra cada
noche. Me llevó todo un mes cubrir el suelo. Luego le pedí un puñado de
semillas de hierba al
jardinero y las esparcí la noche antes de marcharme. Tuve que esperar todo
el año para descubrir si
había crecido o no.

Me agaché y acaricié las suaves briznas de hierba. Me resultaba extraño
pensar que Henry había
plantado con doce años algo que yo no vería y tocaría hasta muchos años
después.

—¿Has traído aquí a alguien más? —pregunté pensando en Sylvia e
intentando no pensar en la
señorita St. Claire.

Henry tomó aire, apoyó su espalda en el muro y me observó en silencio
durante un momento.

—No. —La palabra quedó en suspensión en el silencio durante algunos minutos y me causó tal alegría que no pude evitar sonreír—. Tengo que confesarte algo, Kate. Había captado toda mi atención. Una confidencia de Henry era algo inusual y, desde luego, muy valioso.

—¿El qué?

Respiré hondo y me acerqué un poco más.

—Cuando era pequeño, Blackmoore no me gustaba. Tardé muchos años en apreciarlo.

Le miré perpleja.

—No lo recuerdo.

—No, porque no se lo conté a nadie. Se suponía que tenía que amar este lugar porque estaba destinado a heredarlo, pero me resultaba tan extraño y tan lejano de lo que consideraba mi hogar. No me gustaba en absoluto. En cuanto encontré el pasadizo secreto, lo utilicé para escapar cada noche de la casa. Sin embargo, cuando empezaste a estar tan intrigada por la idea de Blackmoore, cuando comprobé cuánto deseabas venir a visitar esta casa y vi cómo me acribillabas a preguntas a mi regreso, empecé a verla de un modo distinto. Empecé a valorarla, solo porque tú también lo hacías.

—Henry se acercó un poco más y pude ver una débil sonrisa en sus ojos grises—. Siempre supe que algún día te traería aquí y te lo revelaría. Sería mi modo de darte las gracias.

Me dejó tan sorprendida que no supe cómo contestarle. Me limité a quedarme allí quieta mientras algo agradable y dulce se abría paso en mi interior. Alguien me apreciaba. Pero no alguien cualquiera, sino Henry.

—De nada —susurré sonriendo.

—Pensé que este sería el lugar más apropiado para llevar a cabo nuestro acuerdo —prosiguió—.

Las tres proposiciones y lo que tú me darás a cambio.

Mi sonrisa se esfumó. Por un momento había olvidado el asunto del pago.

—¡Ah, sí! Tu retribución. ¿Ya has decidido qué es lo que quieres?

—Sí.

Se inclinó hacia mí y apoyó una mano en el trocito de muro a mi espalda, por lo que no me quedó

más remedio que echar hacia atrás la cabeza para mirarle a los ojos. El miedo había acelerado los latidos de mi corazón.

—Tu deseo es dejarnos a todos y emprender el vuelo hacia la India y el mío es desentrañar el misterio de Kate Worthington.

Solté una risita nerviosa mientras intentaba encontrar un hueco por el que escabullirme y alejarme

de él, pero las piedras a mi espalda me impedían escapar. Me sentía demasiado vulnerable tan cerca

de Henry en aquella noche oscura con las estrellas brillando como joyas sobre nuestras cabezas y los grajos como única carabina.

—No hay nada misterioso en mí, Henry. ¡Qué exagerado eres!

Bajó la vista con el fin de que pudiera ver la decisión de su mirada a la luz de la luna. Cuando

retomó la palabra, lo hizo en voz baja pero con una seguridad y firmeza innegables.

—Algo te pasó hace dos años. La Kitty que conocía se convirtió de pronto en Kate. —Hablaba

totalmente en serio—. Una Kate que se negaba a bailar conmigo, que declaró al mundo entero su

intención de no casarse jamás y que le entregó su corazón a su gata y lo bloqueó a los demás. —Hizo

una pausa y sentí el peso de sus afirmaciones como si se tratara de una confesión—. En aquel

momento perdí algo que llevo dos años intentando recuperar. O, al menos, intentando comprender

por qué lo perdí.

La cabeza me daba vueltas. Me agarré a las piedras que tenía detrás de mí

como si el mundo no dejara de girar y eso fuera lo único que pudiera impedir que me cayera por el borde.

—Esa es mi oferta, Kate. Tres proposiciones a cambio de tres de tus secretos.

La respuesta al misterio en el que te convertiste hace dos años.

No podía creer que hubiese dicho todo aquello, ni tampoco lo que me estaba pidiendo. Había

evitado el tema durante tanto tiempo que estaba convencida de que mis secretos ya no saldrían a la

luz. Intenté respirar con normalidad, procesar sus palabras y sobre todo proteger mi mente de la

visión del contorno de Henry a la luz de la luna.

Pero el problema era que estaba demasiado cerca. No podía hacer nada de todo aquello si él seguía

a tan poca distancia de mí, envolviéndome con su calor. No me resultaba difícil imaginar los lugares

exactos de su cuerpo que me gustaría acariciar, ni la forma en que lo acercaría a mí, ni el aliento que

le robaría si pudiera llegar a besarle.

Mi respiración se aceleró más y más y la tensión entre nosotros se convirtió en algo palpable que

me hizo estremecer, me alcanzó con furia y me dejó la piel en llamas a causa del deseo. Al final, no

pude soportarlo más. Huí del rincón al que me había relegado escabulléndome por debajo de su

brazo. Me alejé unos cuantos pasos y me di la vuelta.

—Acepto tus condiciones. Tres secretos a cambio de tres proposiciones. Así que vamos allá. Di

«¿Quieres casarte conmigo?» tres veces y yo te responderé que no las tres veces. Luego podrás

hacerme tus preguntas y habremos acabado con esto.

—No —refutó negando con la cabeza—. No lo haré con prisas para acabar lo antes posible. Te

haré una proposición por noche.

La vulnerabilidad que sentía me hizo presa del pánico.

—¿Por qué no lo hacemos todo de una vez?

—Porque no tengo ninguna prisa por lanzarte a merced del viento y ver cómo emprendes el vuelo

en soledad —confesó no sin cierta tristeza.

La tristeza de su voz me pilló desprevenida.

—De acuerdo —dije débilmente tragándome mi sorpresa—. Acepto tus condiciones.

Henry se aproximó a mí y tomó mi mano con delicadeza. El corazón me latía con fuerza y tenía la

sensación de estar haciendo equilibrios entre la risa y las lágrimas sin llegar a decidirme. Me sudaba

la mano y eso me incomodaba. Me mordí el labio y cambié el peso de un pie al otro; mi mano

sudorosa yacía medio inerte en la suya. Había tantas cosas mal en aquella escena.

—Katherine Worthington.

—¿Katherine? —pregunté enarcando las cejas.

—¡Chis! Estoy intentando ser formal. La situación lo requiere.

Clavó una rodilla en el suelo.

—¡Oh, no! —murmuré—. Por favor, no lo hagas. Ponte de pie, te lo suplico. Me fulminó con la mirada.

—No se admiten quejas. —Inspiró hondo y contempló mi mano en la suya—. Katherine, me has robado el corazón.

Me invadieron unas ganas inusuales de reír.

—No puedo soportar la idea de vivir sin tenerte a mi lado.

Tenía la mano tan empapada en sudor que resbalaba en la suya. De nuevo las ganas de reír, aunque

no debería. Se me crisparon los labios, empezaron a temblarme los hombros y me cubrí la boca con

la mano que tenía libre para ocultar una sonrisa.

—Te ruego que...

Contuve una risita.

Henry levantó la vista y me estudió con el ceño fruncido.

—¿Estás riéndote?

Negué con la cabeza mientras intentaba contener una nueva carcajada.

—Sí que lo haces. —Se puso en pie y me soltó la mano—. Déjame ver tu boca.

Se me escapó un nuevo amago de risa. Me cubrí la boca con ambas manos mientras negaba con la cabeza.

—Kate —me advirtió dando un paso en mi dirección.

Me agarró por las muñecas y me apartó las manos de la boca. Me mordí el labio, pero fui incapaz de contener la risita que brotó de ellos. Henry me soltó las muñecas con una expresión de decepción y retrocedió.

—Ha sido un error. Nunca crecerás, ¿no, Kitty?

Solté un grito ahogado.

—¿Kitty? ¿Cómo has podido? —espeté.

—¡Te has reído de mí!

—¡Es que tu actitud estaba siendo ridícula!

—¡Estaba intentando tomármelo en serio! —replicó alzando una mano.

—Muy bien, pues preferiría que no lo hicieras.

—¿Y por qué no? Era la primera vez que le proponía a alguien matrimonio. Quería hacerlo bien.

Me quedé mirando a Henry fijamente mientras caía en la cuenta del significado de sus palabras.

—La primera vez que le proponías matrimonio a alguien. —Apoyé una mano en su brazo—. Oh,

Henry. ¿No te lo estarás tomando... demasiado en serio?

Eché atrás la cabeza y soltó una risotada breve y amarga.

—Sí —afirmó con sarcasmo—, me lo estoy tomando en serio, Kitty. —Me pareció que ponía los

ojos en blanco—. ¡Pues claro que no! Pero ¿qué idea tienes de mí? ¿Crees que soy un ingenuo?

Aparté la mano de su brazo.

—No te mofes de mí, Henry Delafield. Estaba intentando ser comprensiva.

—Muy bien, pues no lo hagas. No va contigo.

—Entonces no lo haré más —concluí con altanería.

—Bien.

Nos sostuvimos la mirada durante un buen rato. El ambiente se había

impregnado de dolor, rabia y malentendidos. Al cabo de un rato me di la vuelta y me encaminé hacia el muro de piedra. Me crucé de brazos, me recliné sobre la piedra y apoyé asimismo la barbilla sobre ellos.

—Menudo desastre he armado —murmuré—. Llevábamos años sin discutir así.

Tras un momento larguísimo, sentí la presencia de Henry a mi espalda.

—Es verdad, hacía mucho... —Su voz parecía ahora más calmada.

—Y has vuelto a llamarme Kitty.

Con aquella frase se me escapó un suspiro. Me sentía profundamente triste, abatida, desesperada...

Y me entraron ganas de llorar. Henry era mi última esperanza, sin su ayuda no haría realidad mi

sueño de viajar a la India. Aun así, no pensaba aceptarla si eso nos costaba nuestra amistad. ¡Ojalá

no me hubiesen entrado ganas de reír! Sentí un escozor en la nariz y me la froté con la mano. Menuda

ironía que me entraran ganas de llorar en ese momento y no antes, cuando habría venido al caso.

—No empieces a frotarte la nariz, por favor —me pidió con un suspiro—. Ya sabes que me hace flaquear.

—No puedo evitarlo.

Volví a frotármela para contener las lágrimas. Henry dejó escapar un nuevo suspiro.

—Lo siento, Kate. —Bueno, al menos eso había vuelto a la normalidad—.

Últimamente no ando

muy... sobrado de paciencia.

Sorbí por la nariz y pestañeeé con fuerza maldiciendo a mis caprichosas emociones.

—Yo también lo siento. No sé qué me ha pasado.

—¿Probamos de nuevo? —sugirió en un susurro.

Me froté la nariz por última vez, me sequé los ojos y me volví para que estuviéramos cara a cara.

—Si así es como va a ser, Henry, no vale la pena. Encontraré otra forma de

*ir a la India. No quiero
que discutamos.*

—Dame tan solo otra oportunidad —pidió con una sonrisa.

Asentí.

Esta vez no tomó mi mano, ni se arrodilló, ni me llamó Katherine, sino que permaneció impertérrito en su posición.

—Kate, eres obstinada, tontaina y desde luego poco romántica, salvo cuando se trata de soñar con tierras lejanas. Por estas y por muchas otras razones, me encantaría casarme contigo.

Me reí entre dientes y me sequé la nariz con la manga.

—Ha sido mucho más apropiado. Pero no, gracias, Henry.

Me miró fijamente largo rato hasta que dejó escapar un suspiro.

—Ahora mi recompensa.

El corazón se me disparó.

—¿Recuerdas el día que te regalé lo que más quieres en este mundo?

—Tú no me la regalaste —repliqué negando con la cabeza.

—Por cierto, sigo esperando que me llames «el realizador de mis deseos».

—Ni lo sueñes —repliqué con una risita.

—Quizá deberíamos cambiar las condiciones de nuestro acuerdo. Me confesarás tres secretos y tendrás que llamarme «el realizador de mis deseos».

Negué con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Nunca pasará, Henry.

Sabía que él también estaba sonriendo. Apoyó los codos sobre el muro y se asomó para mirar más allá de los árboles.

—El día que te regalé tu gata fue el mismo que me pediste que no volviera a llamarte Kitty.

Asentí con solemnidad.

—¿Qué ocurrió aquel día?

Inspiré hondo, me apoyé sobre el muro a su lado y dejé que su petición calara en mí. ¿Cómo sabía

hacerme las preguntas que desgarrarían mi alma? ¿Cómo había dado con lo que yo más deseaba

ocultar? Tuve que preguntarme de nuevo si todo aquello valía la pena.

E

Capítulo 19

Tres años antes

leanor estaba de pie a mi lado señalando uno de los sombreros expuestos en el escaparate de la tienda.

—Ese. El que está rematado con encaje, justo en el medio.

Estudié el susodicho sombrero desde todos los ángulos posibles.

—Es demasiado caro. Tendrás que ahorrar durante meses para poder comprártelo.

—Mamá me lo comprará —dijo con su confianza característica e inagotable. Siempre me había preguntado si aquella seguridad provenía de ser la mayor o simplemente de ser Eleanor.

—No lo hará —repliqué, aunque con un deje de duda.

En lo relativo a mi madre y a Eleanor, me había llevado más de una sorpresa.

Mi hermana sonrió como si fuera una gata con un canario entre las zarpas. Se inclinó hacia mí y bajó la voz.

—Lo hará en cuanto le diga que Henry Delafield no podrá quitarme los ojos de encima si llevo ese sombrero al picnic de la semana que viene.

Fruncí el ceño en cuanto mencionó a Henry, como si un instinto feroz y protector hubiese prendido en mi interior.

—Déjalo en paz, Eleanor.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Crees que eres la única de por aquí con ojos en la cara? —Ladeó la cabeza y me estudió—.

¿O es que ya le has echado el ojo, pequeña Kitty? ¿Eh? ¿Te has fijado en lo apuesto que se ha vuelto?

Me sonrojé sin remedio. Fruncí los labios y me negué a responder a su

pregunta, ya que no merecía respuesta alguna. Al igual que ella no merecía las atenciones de Henry.

Eleanor se echó a reír y me pellizcó las mejillas.

—¡Qué sería te pones cuando se trata de tus propios intereses!

Eché atrás la cabeza y me zafé de su mano.

—No te acerques a Henry, Eleanor —susurré con determinación—. No permitiré que juegues con él.

Su sonrisa desapareció, una mirada severa se apoderó de sus ojos y percibí un destello desafiante en ellos.

—¿Me lo vas a impedir tú?

Supe en ese mismo instante que había cometido un terrible error, por lo que intenté remediarlo.

—O juega con él todo lo que quieras —añadí encogiéndome de hombros e intentando que mi voz sonara lo más despreocupada posible—. Haz lo que te apetezca. Su sonrisa volvió a su sitio.

—Es mi intención. —Su mirada se concentró en un punto más allá de mi hombro derecho—. ¡Oh,

ahí está mamá! Voy a preguntarle lo del sombrero.

Le hizo señas y la llamó a gritos, pero yo no me volví. Me quedé con la mirada clavada en los adoquines del suelo mientras me batía contra el resentimiento que amenazaba con consumirme.

—¿Qué ocurre, Eleanor?

Mi madre estaba irritada, era evidente en su voz. Sin embargo, antes de que Eleanor hubiese podido decir más que «¿No crees que ese sombrero...?», otra voz se unió a la conversación.

—Señora Worthington.

Era una voz de hombre y estaba cargada de secretos.

Levanté la vista bruscamente y me acerqué a Eleanor, que se había hecho a un lado y había

dejado de hablar de inmediato. Se trataba de un hombre alto y joven con una

*casaca roja de
oficial. Mi madre le miraba del mismo modo en que miraba a los hombres
que venían a cenar a
casa.*

—¿Quién es? —le susurré a Eleanor.

*—Su última conquista —me susurró a su vez encogiéndose de hombros—. No
me ha dicho cómo
se llama.*

*El hombre no nos prestó atención ni a Eleanor ni a mí. De hecho, no parecía
tener ojos para
nadie que no fuera mi madre. Se situó muy cerca de ella y esbozó una amplia
sonrisa.*

*—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿Qué tal
todo?*

*Eché rápidamente un vistazo a mi alrededor para comprobar si alguien más
estaba siendo*

*testigo de la escena. Eleanor se colocó de forma estratégica, de modo que
entre las dos, su*

*sombrilla y la pared de la tienda, los transeúntes apenas pudieran ver a mi
madre. Agité el*

*abanico con ahínco y asentí con una amplia sonrisa en la cara, fingiendo que
aquel caballero se
estaba dirigiendo a todas nosotras.*

Mi madre soltó una risita y murmuró algo muy bajito que no alcancé a oír.

—Qué mala eres, gatita —contestó él sin molestarse en bajar la voz.

*Su comentario me hizo sonrojar. Me abaniqué con todas mis fuerzas y sonreí
como una tonta,*

luchando contra las arcadas que me asaltaban. Eleanor se inclinó hacia mí.

—Mamá debe de doblarle la edad —murmuró.

*Volví la cabeza hacia ella con brusquedad. Estaba convencida de que había
imaginado la*

*admiración que había percibido en su voz, pero no había sido así, pues era
visible también en sus*

*ojos. Fui consciente en ese momento de que Eleanor no veía nada reprochable
en aquel*

espectáculo, sino algo digno de admiración.

El hombre ya se marchaba, ¡gracias al cielo!, aunque aún le susurró a mi madre algo imperceptible antes de alejarse con una sonrisilla pícara en los labios. Dejé caer el abanico, me deshice de mi estúpida sonrisa y me alejé de mi madre y de mi hermana sin dirigirles la palabra. Tomé el camino más corto para salir del pueblo, esforzándome por mantener el semblante inexpresivo. Acabé cerca del río. Seguí caminando con paso comedido hasta que pude refugiarme a la sombra de un enorme árbol junto al agua. Me libré del sombrero y me arrodillé rápidamente junto a la orilla, sumergí las manos en el agua helada y me la eché sobre las mejillas ardientes. Aun así, me resultaba imposible librarme de la vergüenza, el agua no podía aplacar su ardiente marca ni borrar el recuerdo de la sonrisa pícara de aquel hombre ni lo que le había dicho a mi madre. Se me revolvió el estómago con solo pensarlo. Había presenciado ese mismo comportamiento en mi casa cada vez que un caballero venía a cenar y había sido testigo de cómo el desprecio de mi padre iba en aumento desde el otro extremo de la mesa, pero aquella era la primera vez que la había visto comportarse con indiscreción en público. En nuestro propio pueblo, donde cualquiera podría haberla visto. Si seguía por aquel camino, nos arruinaría a todas. Nos privaría de cualquier oportunidad de conseguir un matrimonio respetable a Eleanor, a María, a Lily y a mí. A Oliver no le causaría ningún daño, pero a nosotras sí. Nos veríamos afectadas por una lacra de la que nunca nos libraríamos. Me senté sobre los talones, saqué las manos del agua y contemplé cómo se reflejaban los rayos

del sol sobre la superficie cristalina mientras la desesperación y la vergüenza amenazaban con apoderarse de mí. Me avergonzaba de mi madre y pronto lo haría también de mi hermana mayor, ya que cada día se hacía más evidente que Eleanor seguía sus pasos. Me la imaginé coqueteando con Henry, jugando con sus sentimientos, y una nueva oleada de vergüenza me sacudió. Pero entonces, abrumada por el sentimiento de vergüenza, unas palabras vinieron a mi mente: «No soy como ellas. Nunca seré como ellas». Las palabras tomaron forma por sí solas y me aferré a ellas como si se tratara de un salvavidas. «Nunca seré como ellas», repetí una y otra vez, al principio con desesperación, luego con una convicción cada vez mayor. Pensaba hacer algo diferente. Pensaba ser alguien distinto. Un ruido estridente y desapacible me sacó de mi ensoñación. Se trataba de un grupo de niños que se encontraban río arriba, gritando, riendo y trasteando sobre algo. Mientras los observaba, uno de ellos agitó algo y, animado por los gritos de los demás, lo lanzó al aire. Me puse de pie mientras el fardo pasaba volando por encima del agua, eché a correr cuando la golpeó y me zambullí de cabeza cuando empezó a hundirse. El agua helada me hizo boquear en busca de aire y toser. Nadé contra corriente hacia el objeto oscuro que se estaba hundiendo, me sumergí bajo el agua con los ojos bien abiertos y agité los brazos y las piernas hasta que mis dedos rozaron un saco de arpillera. Lo aferré, me encaré hacia la superficie y pataleé con fuerza, pero las botas y el vestido me impulsaban hacia abajo. El saco era aún peor, pues era como un ancla que se volvía más pesada con cada segundo que pasaba.

Pataleé con más fuerza, necesitaba aire en los pulmones, pero la superficie se alejaba más y más de mí, el sol se batía en retirada, me dolían las piernas, el saco pesaba demasiado y tenía que respirar...

De pronto, un brazo me rodeó la cintura y unas piernas patalearon junto a las mías y me sacaron del agua. Boqueé en busca de aire, tosí y me revolví para sujetar con fuerza el pesado saco.

—Cálmate. Te tengo.

Era el brazo de Henry el que me tenía sujeta y era su voz la que me susurró al oído. Me relajé de inmediato, pues sabía que estaba a salvo. Henry tenía tres años más que yo, era fuerte y digno de confianza. Estaba a salvo.

Tardamos lo que me pareció una eternidad en salvar la corriente y llegar a la orilla. Saqué el saco del agua con gran esfuerzo y me dejé caer sobre la hierba jadeante y escupiendo aún el agua que había tragado. Henry se sentó a mi lado sin resuello y se apartó el pelo chorreante de los ojos.

—¿Qué estabas haciendo en el agua?

Me puse de rodillas y le di vueltas al saco buscando la abertura.

—Tenía que salvarlos.

Di con el nudo que cerraba el saco, pero mis dedos eran incapaces de deshacerlo, pues no dejaban de temblar a causa del frío. El agua que me caía del pelo iba a parar a mis ojos y me impedía ver con claridad. Por suerte, Henry fue más rápido que yo; en cuestión de segundos había deshecho el nudo y había abierto el saco.

Seis gatitos de color gris y blanco yacían inmóviles en su interior. Los saqué uno a uno, froté sus cuerpos empapados y los levanté a la altura de mi rostro para comprobar

si aún respiraban o les latía el corazón. Henry me imitó. Nuestros movimientos eran rápidos y silenciosos.

—¡Este aún vive!

La gatita gris y blanca que protegía entre sus manos se movía débilmente y emitía unos

maullidos lastimeros. La tendió en mi dirección y yo la acuné contra mi pecho sin que dejaran de

temblarme las manos. De pronto me di cuenta de que estaba llorando. No dejaba de sollozar y de

temblar a causa del frío; Henry se quedó inmóvil a mi lado.

—¿Crees que vivirá? —pregunté a través de las lágrimas.

—Pégatela al cuerpo para que entre en calor y vamos a secarla lo antes posible.

Me sequé la nariz, sorbí y levanté la vista.

—Gracias —susurré mientras las lágrimas seguían resbalando por mis mejillas.

Henry se limitó a asentir. Tenía las mejillas coloradas a causa del frío y el cabello pegado a la

cabeza, pero sus ojos rebosaban tanta ternura, tanta compasión, que me pareció más apuesto que

nunca. «Pues claro que tengo ojos, Eleanor», pensé. Al recordar a mi hermana, volvió a invadirme

el mismo instinto protector hacia Henry, con más intensidad incluso.

—¿Te has hecho daño, Kitty?

Negué con la cabeza. No podía confesarle por qué estaba llorando ni por qué había arriesgado

mi vida por salvar la de aquel minino. No podía confesarle lo de mi madre y Eleanor.

—No quiero que me volváis a llamar Kitty nunca más —le corregí con la voz temblorosa y

alzando la barbilla.

Una sonrisilla se abrió paso tímidamente.

—Muy bien. ¿Y cómo quieres que te llamemos, pues?

—Kate.

Su sonrisa se ensanchó.

—Pues Kate será.

*La gatita maulló, fue un sonido débil y flojo, y sentí cómo temblaba de frío.
Henry se puso en pie
y me ayudó a levantarme.*

—Vamos, voy a llevaros a las dos a casa.

*Me guió hasta su caballo, que estaba cerca de la orilla del río. Debía de estar dirigiéndose al
pueblo a caballo cuando me había visto saltar al agua.*

Se situó enfrente de mí y me rodeó la cintura con las manos para ayudarme a montar, pero yo lo detuve.

—Un momento, Henry —dije apoyando la mano en su hombro—. Tengo que decirte algo y es importante.

Él esperó a que continuara.

—Tienes que mantenerte alejado de Eleanor.

Estudió mi rostro durante un momento antes de asentir.

—Así lo haré —afirmó con el mismo tono solemne.

Había sonado a promesa y suspiré aliviada.

Me ayudó entonces a montar y él hizo lo mismo detrás de mí, me rodeó con sus brazos para alcanzar las riendas y me apoyé en su pecho amplio y cálido mientras me conducía a casa.

L

Capítulo 20

1820

os pájaros que revoloteaban en lo alto del cielo, gañendo sin cesar, me sacaron de mi

ensoñación. Observé sus siluetas hasta que se refugiaron en su hogar, situado en lo más alto de

la torre contigua, mientras le daba vueltas al modo en que iba a contestar la pregunta que Henry me había formulado.

—Son grajos —me arranqué al fin señalando con la cabeza hacia el tejado de la torre—. Estas

aves designan un lugar como suyo y permanecen allí durante siglos. Algunas generaciones atrás, los grajos ya estaban aquí, rondando esa torre. La prole adopta los hábitos de los padres. —Contemplé cómo los pájaros se posaban, emprendían el vuelo de nuevo y volvían a posarse con una nueva oleada de gañidos—. Ellos no se cuestionan nada... —Tomé aire—. Pero yo sí.

Me volví hacia Henry en ese momento y descubrí su mirada clavada en mí. —El día que me sacaste del río... —Él asintió—. Aquel día estaba intentando escapar de mi madre. Se había encontrado en el pueblo con un... capitán... de la milicia. — Me ruboricé y aparté la vista. Incluso rodeados por la oscuridad, me resultaba imposible mirar a Henry mientras le contaba aquella historia—. Había cometido unas cuantas... indiscreciones, de las que yo había sido testigo.

Había oído lo que se decían. Él la había llamado «gatita». —Escupí la palabra con desdén—. «Su gatita.» Y ya sabes lo que significa el nombre de Kitty..., gatita. Me temblaban las manos, así que crucé los brazos firmemente sobre el pecho.

—Era la primera vez que presenciaba una escena similar. Admito que hasta entonces debía de haber estado ciega o haber sido una ilusa, pero ese día me di cuenta. — Henry permaneció inmóvil y en silencio a mi lado—. No me parezco a ella, Henry —susurré con firmeza apretando los puños—.

En nada.

—Lo sé —admitió en voz baja.

Algo se aplacó en mi interior al escuchar sus palabras. Él lo sabía. ¡Él lo sabía! Inspiré y se acabaron mis temblores. Permanecimos en silencio durante un buen rato, hasta que el viento me hizo estremecer.

—¿Ya está? —pregunté—. ¿Ese es el secreto que querías conocer esta

noche?

—Sí, es suficiente.

Henry tomó el farol y lo seguí hacia la trampilla, aunque antes de bajar por ella, me detuve y me di la vuelta.

—Gracias —susurré.

—¡O

Capítulo 21

h! ¡Una carta de mi querida amiga, la señorita Louisa Wyndham!

La voz jovial de la señorita St. Claire me devolvió a la realidad de inmediato.

Estaba

absorta en mis pensamientos, a pesar de que me hallaba en el salón acompañada por la señorita St.

Claire y por Sylvia. La mayoría de las invitadas de la señora Delafield eran mayores y estaban

casadas, por lo que tomaban el desayuno en la cama y no bajaban hasta horas después de que

nosotras hubiésemos acabado. Así pues, éramos las únicas ocupantes de la estancia y en cuanto mis

acompañantes se habían puesto a charlar, me había sumido en mis propios pensamientos. La noche

anterior, me había costado conciliar el sueño cuando por fin había regresado a mi habitación. Me

había quedado despierta y había rememorado el momento en que Henry había tomado mi mano, se

había arrodillado delante de mí y me había declarado su amor.

Imaginarle haciendo lo mismo con la señorita St. Claire, cuando en ese caso todo sería real, me

ponía enferma.

—¿Recuerda que se la presenté en Londres? —continuó la señorita St. Claire

—. Esa sí que es una

buena familia. Lástima que no les quede otro hijo por casar para usted.

Me volví rápidamente hacia Sylvia, pero esta me devolvió una mirada de aviso. ¿Es que no le

había contado a la señorita St. Claire su predilección por el viejo señor

Brandon?

—Sí, es una auténtica pena —coincidió Sylvia, volviendo a lanzarme una mirada significativa.

Esbocé una sonrisa en su dirección para hacerle saber que no tenía de qué preocuparse. Me

devolvió una trémula sonrisa que dejaba patente su alivio.

—Tengo que leerle su carta, Sylvia. Le interesará lo que me ha escrito sobre algunos de nuestros

conocidos de la ciudad. —Miró en mi dirección—. Aunque no sé hasta qué punto puede resultarle

interesante a alguien que no haya estado en Londres... —Dobló la carta—. Qué descortés por mi

parte, señorita Worthington, hablar delante de usted de asuntos en los que no puede participar. Lo

siento tanto. ¡Cuánto debe anhelar tener una temporada! Entiendo que no esté en manos de su madre

proporcionársela. Bueno... —Nos deleitó con una sonrisa—. No se preocupe. Hablaremos de otra

cosa mientras nos acompañe.

—Es muy amable, señorita St. Claire —solté poniéndome en pie—. De hecho, es usted la

amabilidad personificada, pero creo que aprovecharé para hacer otra cosa mientras conversan.

—¿Dónde vas a ir? —preguntó Sylvia.

—Creo que volveré a explorar la casa, pues llueve demasiado para dirigirme a los páramos.

La señorita St. Claire miró hacia la ventana con el ceño fruncido.

—Menuda contrariedad que haya llovido dos de los tres días que llevamos aquí. Pero debemos

hallar la forma de entretenernos. Más tarde quizá podríamos jugar a la charada o al whist u organizar

un baile. ¡Ah, sí, eso! Organicemos un baile. Será tan divertido para los demás invitados. Como

saben, somos responsables de su entretenimiento y no me gustaría nada que alguno de ellos se

aburriera durante su estancia.

Crucé el salón deseando librarme de la agotadora amabilidad de la señorita St. Claire.

—Si deja de llover, señorita Worthington —me gritó antes de que cerrara la puerta detrás de mí—, podríamos aprovechar para dar un paseo hasta Robin Hood’s Bay esta tarde.

Era tan increíblemente considerada que odiarla se me hacía cada vez más difícil.

—Me encantaría.

A continuación, sin embargo, en lugar de ponerme a visitar la casa, me dirigí hacia la sala del

pájaro. Al acariciar la pintura de Ícaro, rememoré la torre y la confesión que le había hecho a Henry

la noche anterior. Pensé en el secreto por el que me había preguntado; los recuerdos que había

suscitado me llevaban acompañando todo el día. Durante unos minutos, me vi transportada hacia

atrás en el tiempo, tres años antes, a los días inmediatamente posteriores al incidente del río.

E

Capítulo 22

Tres años antes

El tiempo se había vuelto impredecible y el cielo grisáceo se había convertido en el telón de

fondo en el que mi sofocante aburrimiento interpretaba su papel. Al final, al cuarto día de

lluvia, agarré a mi gata, la envolví en un viejo chal y la metí en el bolsillo interior de mi abrigo;

luego me coloqué el sombrero, me hice con una sombrilla y me adentré en el bosque en dirección

a casa de los Delafield. Vi a Sylvia a través de las cristaleras y me dirigí rápidamente hacia allí.

Llamé y ella se apresuró a dejarme entrar, chorreando, en el saloncito de las mañanas. Por

suerte, su madre no andaba por allí.

—No podía soportarlo más —anuncié mientras Sylvia me ayudaba a quitarme el abrigo empapado—. Eleanor no deja de hablar de su última conquista y no podía escuchar ni una sola sílaba más sobre sus exquisitas cualidades. —Saqué el fardo del abrigo—. Así que he traído a mi gata para que juguemos con ella. Sylvia soltó un gritito de alegría y se afanó en desenrollar el chal hasta que pudimos verle la carita blanca y gris a la gata. Tenía los ojos cerrados y dormía plácidamente.

—Me alegro tanto de que hayas venido. —Me quitó la gatita y la acunó como si se tratara de un bebé—. Estaba aburridísima y Henry también. Lleva unos días de lo más impaciente e irascible. No ha dejado de mirar por la ventana y de quejarse de la lluvia. El corazón se me disparó, igual que había hecho en todas las ocasiones en que había pensado en Henry desde que me salvara del río. No se lo había contado a Sylvia. Le había dicho que había encontrado una gata, pero no que Henry había saltado al agua para rescatarme. Era el primer secreto que le ocultaba en toda mi vida.

—¿Y bien? ¿Has decidido ya cómo vas a llamarla?

—Aún no. Tenía la esperanza de que me ayudarás a pensar en un nombre. Sylvia contempló la cara de la gata.

—Me parece que tiene cara de Mimi.

—¿Mimi? —pregunté arrugando la nariz.

—Sí. O quizá sea mejor Dorothy y así podrías usar el diminutivo Dot. Negué con la cabeza.

—¿Por qué no? Ambas son buenas opciones.

—Sigamos pensando. Sylvia continuó con su perorata de propuestas, pero todas me parecían demasiado ridículas. De todas formas, tampoco estaba prestándole mucha atención. La impaciencia que me había estado

atormentando durante los últimos cuatro días se había vuelto más intensa que nunca. Era

consciente de que estaba relacionada con Henry. De hecho, cuanto más tiempo transcurría allí

sentada, en su propia casa, sin verlo u oír su voz, más se acrecentaba mi desasosiego.

—¿Y si se lo preguntáramos a Henry? —propuse al fin poniéndome en pie—.

Siempre tiene

buenas ideas.

Sylvia me siguió con la gata en brazos, sin dejar de farfullar que sus nombres eran mucho

mejores que cualquier propuesta que pudiera aportar el joven.

Sabía dónde encontraría a Henry, pues se pasaba casi todas las tardes estudiando en la gran

mesa redonda de la biblioteca a pesar de haber pasado toda la mañana con su tutor. Se tomaba su

educación muy en serio. La ventana solía estar abierta y por ella se colaba una brisa vigorizante

que agitaba las páginas de sus libros y notas. Aquella tarde, en cambio, la habían cerrado a causa

de la lluvia y toda la estancia estaba plagada de velas para combatir la penumbra de aquel día

encapotado.

—Henry, necesitamos tu ayuda —anunció Sylvia al entrar en la biblioteca.

Él alzó la vista y la dirigió directamente hacia mí. Me quedé paralizada, como si acabara de

confesarme un secreto con aquella mirada. Era nueva. En ella había a la vez una pregunta, una

afirmación y un secreto breve y oculto. Luego volvió a mirar su trabajo, dejó la pluma sobre la

mesa, apartó los libros y notas y se volvió de nuevo hacia nosotras. Pero aquel oscuro secreto en

su mirada había desaparecido, solo estaba Henry, con la comisura de la boca ligeramente

curvada.

—¿Para qué necesitáis mi ayuda?

—No encontramos un nombre para ella —respondió Sylvia levantando al minino.

—Déjame ver...

Henry se puso en pie y se acercó a nosotras. Sylvia le tendió la gata y él se encaminó hacia las

butacas que había frente a la chimenea, donde la luz era más intensa. El suelo estaba cubierto allí

por una alfombra y unas cuantas butacas rodeaban aquella zona más cálida. Ambas lo seguimos.

Henry se dejó caer sobre la alfombra, apoyó la espalda en una de las butacas, levantó la gata y la

inspeccionó desde todos los ángulos posibles.

—Escojáis el que escojáis, por favor, no os dejéis llevar por la tentación femenina de ponerle un

nombre ridículo, como Mimi o Dot.

Sylvia soltó un bufido de indignación. Yo sonreí para mis adentros y me senté en el suelo junto a

Henry.

—Mimi o Dot no tienen nada de ridículo —protestó su hermana.

Mi amiga se sentó a mi lado y reclamó al animalito con la mano. Henry se lo entregó y me miró

de soslayo. Se acercó a mí con rapidez, mientras Sylvia estaba distraída, y me susurró algo al

oído.

—¿Estás bien?

El roce de su aliento hizo que un escalofrío me bajara por la nuca y la espalda. Asentí con la

cabeza.

—¿Y tú?

Dirigí una mirada fugaz a Sylvia.

—Yo creo que Mimi es un nombre estupendo, ¿no te parece? —le estaba preguntando a la gata

con el rostro escondido entre su pelaje.

—No te has resfriado, ¿verdad? —murmuré.

No sabía por qué aquello era un secreto, ni por qué no le había contado a Sylvia que Henry se

había tirado al agua para salvarme. Lo único que sabía era que quería guardar aquel secreto entre nosotros, como también sabía, para mi alivio, que Henry pensaba lo mismo. Al pensarlo, mi corazón se volvió más y más ligero. Su boca se curvó hacia arriba y negó con la cabeza con aire burlón. —He nadado en aguas más frías que esa. —Bajé la vista y descubrí lo cerca que estaba su mano de la mía sobre la alfombra—. Pero gracias por preocuparte, Kate —susurró.

Una sonrisa se dibujó en mis labios y en mi corazón se produjo un estallido de felicidad. Le miré de soslayo para hacerle saber que le había oído y allí estaba de nuevo aquella mirada, en parte pregunta, en parte secreto, en parte afirmación. Sin embargo, no habría podido decir qué estaba afirmando, ni tenía idea de cuál era la pregunta. En cuanto al secreto, estaba convencida de que, por desgracia, nunca lo descubriría.

—De acuerdo, pues si no podemos usar Mimi ni Dot —continuó Sylvia—, tendrás que ayudarnos a pensar en otro nombre.

—Es la gata de Kate —replicó Henry—. Quizá debería ser ella quien decidiera su nombre.

—¿Kate? —Sylvia nos miró a ambos con cara de confusión—. ¿A qué viene eso?

Recuperé a la gata con una expresión de indiferencia, la dejé en el suelo y saqué del bolsillo un trozo de cordel que había traído para que jugara con él. Hasta que no se puso a golpearlo con sus patas, no levanté la vista para mirar a Sylvia.

—He decidido que a partir de ahora quiero que me llaméis Kate —respondí con total naturalidad.

Sylvia se quedó desconcertada y negó con la cabeza.

—Nunca podré llamarte Kate. Siempre has sido Kitty para mí y siempre lo

serás.

«Y punto», añadió con su tono de voz. Se me cayó el alma a los pies. ¿Y si todos los demás

pensaban como Sylvia? Si mi mejor amiga no iba a permitirme cambiar, ¿qué esperanzas tenía de

que nadie más me concediera permiso para hacerlo?

Bajé la vista y me concentré en mi gata mientras notaba cómo bombeaba mi corazón. Llevaba

tiempo pensando que no existía un lugar seguro para él, que no había nadie a quien pudiera

confiárselo. Las mujeres Worthington eran expertas en comprar corazones, venderlos, robarlos o

no hacerles caso. Pero yo quería poner el mío a salvo. Tal vez aquella gatita pudiera cuidar de él,

pues no era más que una criatura dulce que no coaccionaba, negociaba ni exigía nada.

—¿Cómo se dice en latín corazón? —le pregunté a Henry en voz muy baja.

—Cor —me respondió inclinándose hacia mí.

Nuestras miradas se cruzaron. Aquellos ojos gris marengo parecían ocultar un nuevo secreto del

que solo Henry estaba al corriente.

—Podrías llamarla Cora —añadió en un nuevo susurro acompañado de una media sonrisa—. Así

nadie lo sabría.

Henry me veía. ¡Veía tanto de mí con solo aquella mirada! Y sus palabras me demostraron que lo

entendía. De algún modo, sabía que aquella gata era el lugar perfecto donde resguardar mi

corazón y que no me gustaría que nadie más supiera algo tan personal.

Excepto él. Por alguna

razón, no me importaba que él conociera mi secreto. Me aparté un poco de él y me aclaré la

garganta.

—Cora. La llamaré Cora.

—¿Cora? ¿Para una gata? —replicó Sylvia con el ceño fruncido.

La fulminé con la mirada. Podía negarse a llamarme por el nombre que

*había elegido para mí,
pero no pensaba consentirle que menospreciara el nombre que había
escogido para mi gata.*

—Me gusta —añadió con sumisión tras su sorpresa inicial.

*Al volverme hacia Henry, le sorprendí observándome con una expresión
pensativa, como si yo
fuera una persona nueva a la que intentara entender. Me gustaba que me
observara. Me gustaban
sus ojos grises y pensativos. Cuando se puso en pie y regresó a su mesa y a
sus libros, le seguí con
la mirada y supe, por primera vez, que si tuviera que escoger un solo amigo,
le escogería a él
antes que a Sylvia.*

Henry colocó un libro frente a una silla vacía de la gran mesa redonda.

*—Por si a alguna de las dos le interesa, aquí os dejo un libro que acabo de
comprar en una
librería de Londres. Trata sobre pájaros.*

*Sylvia fingió no haberle oído. Permaneció donde estaba, tumbada sobre la
alfombra delante del
fuego acariciando con un dedo el lomo de la gata. Mi mirada pasó de ella a
la mesa y viceversa.*

Entonces me puse en pie y crucé la biblioteca.

—A mí me interesa.

*Me senté en la silla vacía y me acerqué el enorme volumen. Se trataba de
una colección de
grabados antiguos de pájaros, exquisitamente ilustrada, con el nombre de la
especie*

*correspondiente al pie de cada imagen. Levanté la vista justo cuando Henry
bajaba la suya hacia*

*el libro que tenía delante, pero no se me escapó la sonrisilla que intentaba
disimular, ni el*

*hoyuelo que se dibujó en su mejilla como consecuencia. Contemplé quel
hoyuelo durante unos*

*minutos y sentí cómo algo se transformaba en mi interior. Aquel día empezó
mi estudio de los
pájaros.*

E

Capítulo 23

1820

l pájaro se puso a revolotear nervioso en su jaula y me sacó de mi ensoñación. Sin duda, tenía mejores cosas que hacer que sentarme en aquella silenciosa sala a rememorar cosas que habían pasado mucho tiempo atrás. Reprendí a mi corazón por su debilidad y tomé la resolución de llevar a cabo, al menos, una de aquellas tareas pendientes. Había pasado todo el día anterior recorriendo la casa en busca del cuadro que ocultaba la entrada al pasadizo secreto. Aquel día, en cambio, deseaba ver la casa como había querido hacerlo siendo niña: como si fuera un tesoro inacabable, un lugar al que Henry y Sylvia se escapaban y del que regresaban felices. Hallé una parte de la casa que no había descubierto el día anterior. No era difícil pasarla por alto, pues la casa había sufrido tantos añadidos a lo largo de los siglos que su estructura no seguía, en realidad, ninguna pauta ni lógica. Una puerta me dio paso a un ala que no había visto aún. Debía de estar situada en la parte trasera de la casa y encarada hacia los páramos. Mientras caminaba por el pasillo, descubrí una puerta abierta y me detuve. De ella salía el suave murmullo de una voz grave. Me acerqué un poco más, pisando con cuidado sobre las viejas tablas de madera, pues estaba segura de que crujirían aquí y allá. La puerta, que daba paso a un dormitorio, estaba abierta de par en par. Me detuve en el umbral y, aunque no me escondí, tampoco revelé mi presencia. La voz que había oído era la de Henry. Era capaz de reconocer su voz incluso a mucha distancia, incluso cuando no era

más que un murmullo.

Apoyé la mano en el marco de la puerta y le observé en silencio. Henry estaba sentado frente a un amplio ventanal que ofrecía vistas a los páramos y frente al que había dispuestas dos butacas de respaldo alto encaradas la una a la otra. La atención de Henry estaba fija en el anciano que ocupaba la otra butaca, aunque este estaba absorto en el paisaje que se extendía más allá del cristal.

—Los páramos están más bonitos que nunca, ¿no le parece? —Henry hizo una pausa, pero su abuelo —tenía que ser su abuelo— no hizo ningún comentario—. Debería haber oído lo que Kate dijo al verlos. Dijo que eran feos..., muy feos. —Percibí una sonrisa en su voz—. Usted habría tenido algo que decir al respecto, ¿no es así? La habría convencido de que son hermosos, hasta en esta época del año. —Una nueva pausa, aunque ningún sonido escapó de los labios de su compañero—. ¿Recuerda que siempre me decía que tenía que venir antes de que el brezo floreciera? No dejaba de repetir que cualquiera era capaz de encontrar belleza aquí en otoño, cuando el brezo está en todo su esplendor y los páramos llenos de colorido, pero que solo un ojo experto podía apreciar la belleza de esta tierra el resto del año. Me decía... —Su voz se transformó en un susurro—. Me decía una y otra vez que si iba a convertirme en el dueño de Blackmoore, tenía que amar esta tierra tanto como usted.

Un tintineo llegó a mis oídos y ladeé la cabeza intentando ubicar su procedencia. Me di cuenta de que el abuelo de Henry tenía un puñado de conchas en sus manos ancianas y que había empezado a moverlas, por lo que las conchas chocaban entre sí y producían aquel sonido. Sin embargo, seguía sin

decir nada y sin apartar la mirada de la ventana.

—Sí, Kate está aquí —añadió Henry como si su abuelo hubiese intervenido en la conversación—.

Al fin he podido traerla. La recuerdas, ¿verdad? Es la joven para la que construí aquella maqueta.

Aquel fue uno de mis mejores veranos aquí, abuelo. La de horas que pasamos juntos trabajando y la de astillas que llegó a sacarme de los dedos...

Un tono melancólico se había apoderado de la voz de Henry. Su abuelo se volvió hacia él y se

quedó mirándolo. Se me aceleró el corazón a causa de la expectación y olvidé que nadie me había

invitado a presenciar aquella escena. Me incliné hacia delante anhelando oír sus palabras.

—¿Quién? —preguntó con la voz débil y ronca debido al desuso.

—Kate. Kate ha venido por fin.

Un deje de orgullo y alivio tiñó la voz de mi amigo. Pero el anciano negó con la cabeza. Las

conchas tintinearón con más intensidad en sus manos inquietas.

—¿Quién es usted?

El corazón me dio un vuelco.

—Soy Henry, abuelo —respondió tras una breve pausa.

—¿Henry? ¿Qué Henry?

—Su nieto —respondió en apenas un susurro.

Las conchas tintinearón con más furia y unas cuantas cayeron al suelo con gran estrépito. Henry se

agachó para recogerlas, las depositó con dulzura en el regazo de su abuelo y tomó sus viejas manos.

—No se inquiete —lo tranquilizó en un tono aparentemente despreocupado.

Sin embargo, al

observarlo de perfil, atisbé una expresión descorazonada en su rostro—.

Llevo mucho tiempo

divagando. ¿Prefiere que le lea un poco?

El anciano señaló con un dedo tembloroso la pila de libros que reposaba en la mesita auxiliar que

tenían delante. Henry se hizo con el primero, lo estudió y lo abandonó. Hizo

lo mismo con otros dos
volúmenes hasta que el cuarto iluminó su rostro con una sonrisa.

—¿Algo de Shakespeare?

Su abuelo asintió ligeramente antes de volver a concentrar la mirada en la ventana. Cuando Henry abrió la cubierta del libro con un crujido, cesó el tintineo de conchas. Su voz me envolvió como una nana. Cerré los ojos y escuché las mismas palabras que me había leído años antes.

¡Que a matrimonio de alma y alma verdadera
no haya impedimentos! No es amor amor
que al encontrar alteraciones él se altera
o se agacha a cavar con el demoledor.

Oh no, él es hito fijo que por siempre dura
mirando a la borrasca que a sus pies se estrella;
es para toda errante barca la alta estrella,
cuyo valor se ignora, aunque toméis su altura.

No es juguete del Tiempo amor: si labios granas
caen dentro del compás y siega de su aguja.

Se le quebró la voz y carraspeó. Una lágrima resbaló por mi mejilla. Tuve que apoyarme en el marco de la puerta, pues las fuerzas me habían abandonado a causa de la pena, y me llevé una mano al

corazón, que estaba a punto de resquebrajarse. Henry dejó escapar un largo suspiro antes de proseguir:

Amor no muda con sus horas y semanas,
sino hasta el borde del abismo aguanta y puja.

Si todo esto es error y contra mí probado,
yo nunca he escrito, y nunca ningún hombre amado.

Permanecí con los ojos cerrados hasta que su voz se desvaneció, conmovida por la inmensa devoción que el joven profesaba por aquel abuelo que le había olvidado.

—Otra vez, por favor —pidió este.

Abrí los ojos a tiempo para ver a Henry recogiendo otra concha del suelo y depositándola en las

manos del anciano. Cuando empezó a leer de nuevo el soneto, retrocedí sigilosamente, pues era consciente de que había permanecido allí demasiado tiempo. A lo largo de mi vida había visto y oído muchas cosas de las que no debería haber sido testigo y lo había lamentado infinidad de veces. Siempre resultaba demasiado duro para mi pobre corazón. Me alejé de allí sin hacer ruido mientras trataba de cerrar mi corazón a lo que acababa de presenciar, pero este protestó y permaneció abierto, enternecido y expuesto. «Nada hay más bello en el mundo natural que lo que acabas de ver. Nada hay más conmovedor que esa devoción, que ese amor imperecedero», me susurró. Pero le mandé callar. No quería oír aquellas cosas y, menos aún, sentirlas. No quería que la belleza me guiara o que mi corazón ganara a mi cabeza. Aquel era el camino que había escogido, la forma en que cambiaría el curso de mi vida: rechazando todo aquello por lo que las mujeres Worthington se dejaban llevar.

C

Capítulo 24

Dos años y medio antes
ada vez pasaba más tiempo en la biblioteca de los Delafield. Ya tenía incluso mi propio montón de libros a un lado de la mesa y cuando no estaba leyendo, estaba debatiendo con Henry. Él tenía un tutor por las mañanas, por lo que disponía de mucho más tiempo para aprender que yo. Incluso dedicando al estudio todas las tardes no llegaba a alcanzar más que la mitad de sus progresos. Mi madre no se preocupaba de mi educación, como tampoco le importaba que pasara la mayor parte del día fuera de casa.

Sylvia se contentaba con tumbarse delante del fuego y agitar un hilo para que mi gatita jugara con él. Siempre que necesitaba un descanso de temas más rigurosos como la filosofía o la ciencia, recuperaba el libro ilustrado de los pájaros. Mi mayor frustración, sin embargo, era no poder escuchar sus cantos. Era bastante posible que ya los hubiese oído —todo el mundo ha oído cantar a los pájaros—, pero yo quería oírlos uno a uno y ser capaz de identificarlos y de relacionar a cada especie con su canto particular.

—¿Alguna vez has oído el canto de la alondra?

Henry levantó la vista de sus notas. Estaba escribiendo un ensayo en el que comparaba los mitos griegos de Ícaro y Faetón, un tema del que habíamos hablado en profundidad la tarde anterior.

—No sabría decirte —respondió echando una ojeada al libro que tenía abierto delante de mí.

Solté un suspiro.

—¿Qué ocurre?

—Es que me gustaría oír cantar a algunos de estos pájaros.

—Nuestro guardabosques sabe mucho de aves. Podría pedirle que nos llevara con él.

—¿Lo harías?

Levanté la mirada y descubrí los ojos de Henry escrutándome. Me contempló en silencio durante algunos minutos, durante los cuales rememoré, como si estuviera pasando de nuevo, la forma en que me había rescatado, lo fuerte que me había parecido cuando me había subido al caballo y cómo me había llamado Kate cuando yo se lo había pedido.

—Sí —afirmó en voz baja con una media sonrisa en los labios—. Lo haría por ti, Kate.

Bajó entonces la mirada y sonrió abiertamente. Cuando la sonrisa desapareció, la sustituyó un hoyuelo en su mejilla cerca de la boca. Me quedé mirando aquel hoyuelo y

sentí fundirse algo en
mi interior.

* * *

Era aún noche cerrada cuando la piedra golpeó mi ventana. Me desperté sobresaltada y maldije de inmediato por haberme quedado dormida. Ni siquiera me había vestido aún. Salí de la cama a gatas, fui dando tumbos hasta la ventana y la abrí.

Saqué la cabeza y los hombros por la abertura, miré hacia abajo y divisé a Henry cerca de los rosales que había bajo mi ventana.

—Tengo que vestirme —susurré—. Será solo un momento.

—Date prisa. Carson dice que este es el momento idóneo.

Había dejado la ropa preparada bajo la almohada. Como tantas otras veces, di gracias por no

compartir habitación con ninguna de mis hermanas. Me puse rápidamente un vestido, dos pares

de medias gruesas y las botas. Los cordones se me resistían en la oscuridad, pero no pensaba

arriesgarme a encender una vela y ser descubierta. Estuve lista en un tiempo récord. Henry

caminaba de aquí para allá bajo mi ventana dejándose llevar por la impaciencia.

—Salta y yo te atraparé —susurró cuando tuve medio cuerpo fuera.

—Puedo hacerlo sola —dije entre dientes mientras buscaba mis asideros habituales en la

celosía.

No obstante, me sentía algo torpe. Después de un par de pasos titubeantes celosía abajo, Henry

me agarró por el tobillo.

—Te tengo.

Al saber que podría atraparme si lo necesitaba, bajé más deprisa la distancia que me quedaba.

Cuando estuve a su alcance, me agarró por la cintura, me separó de la pared y me dejó en el

suelo. No me dio ni un segundo para recuperar el aliento, tomó mi mano y

*salió disparado hacia
los árboles.*

También yo eché a correr, aunque mirando por encima del hombro hacia la casa en busca de alguna luz o alguna señal que indicara que me habían oído y que estaba a punto de ser descubierta. Por suerte, todas las ventanas seguían a oscuras. La luna llena iluminaba nuestro camino, sonreí y me volví hacia el bosque, hacia el claro, hacia los pájaros que aguardaban por mí.

** * **

Carson era un hombre mayor. Tan viejo como la misma tierra, o eso me parecía a mí. Nos estaba esperando en el claro y cuando atravesamos la última hilera de árboles con gran estrépito, jadeantes y sin dejar de reír por la emoción de nuestra aventura, nos mandó callar como si fuéramos niños traviesos.

Hacía mucho que le conocía, como al resto del servicio de los Delafield. La casa que habitaban era para mí como un segundo hogar y la gente que allí vivía era como mi segunda familia. Carson, que era hombre de pocas palabras, siempre me saludaba con un golpe de sombrero y una sonrisa tímida.

Me acerqué sigilosamente a él.

—Gracias por hacer esto.

Una leve inclinación de cabeza sirvió para confirmarme que había oído mis palabras.

—Confío en que su artritis no le esté molestando esta mañana.

—No, señorita Katherine —murmuró con voz ronca.

Henry se acercó a nosotros y su calor protegió esa parte de mi cuerpo de la gelidez del alba.

—¿Ya los ha oído, Carson?

—¿Quién diablos va a oír nada con esa charlatanería que se traen? —

masculló.

Me tapé la boca con la mano para reprimir la risa y noté cómo los hombros de Henry se agitaban silenciosamente a mi lado.

—Por aquí.

Carson señaló con la cabeza la zona arbolada que estaba al otro lado del claro, en el lado de los Delafield. Cuando al fin interrumpió su lento caminar entre los árboles, el cielo estaba empezando a cambiar imperceptiblemente y la noche estaba dando paso a la mañana. La claridad empezaba a envolvernos, así que nos agazapamos y tomamos asiento entre los arbustos; el suelo estaba empapado a causa del rocío. Me senté entre Henry y Carson y próxima a ambos para que su calor contrarrestara la humedad que se filtraba hasta la segunda capa de mi falda. Carson levantó un dedo y nos advirtió con la mirada que permaneciésemos callados, luego se llevó la mano a la oreja para oír mejor. Henry me obsequió con una sonrisa cargada de emoción y anticipación. Junté las manos y me incliné hacia adelante. Estábamos justo en la linde de un claro, desde donde podríamos ver y oír tanto a los pájaros posados en los árboles como a los que sobrevolaran el claro. Según Carson, allí tendríamos muchas más posibilidades de oír cantar a la alondra. Los pájaros empezaron a cantar débilmente, pero conforme el cielo se fue aclarando emergieron de su letargo en busca de alimento y su canto nos envolvió. Con cada reclamo distinto, Carson susurraba: «mirlo» o «golondrina» o «zorzal». Continuamos a la espera. El cielo se tiñó de tonos dorados, anaranjados y azulados, todo a un tiempo. Contuve el aliento sin perder la esperanza; deseaba escuchar a una alondra más que ninguna otra cosa.

Y entonces nos llegó un nuevo canto y Carson se quedó inmóvil a mi lado. Miré a Henry con los ojos como platos mientras el aire se llenaba de aquel canto penetrante e inolvidable. Era una espiral de notas agudas y graves que acababa melancólicamente antes de volver a empezar una y otra vez.

—Ahí está —susurró Carson—. La alondra. Cerré los ojos, inspiré profundamente y dejé que su canto inundara mi alma con melancolía, con nostalgia, con belleza. Cuando cesó, me llevé una mano al pecho para comprobar si seguía intacto antes de abrir los ojos. Tuve que parpadear varias veces para contener las lágrimas, luego me volví hacia Henry para asegurarme de que también él lo había oído. Henry estaba observándome y descubrí en sus ojos los mismos sentimientos que inundaban mi propio corazón. La nostalgia, la belleza.

—¿Qué te ha parecido? —me susurró al oído tras inclinarse en mi dirección. Su aliento me acarició el cuello e hizo que un escalofrío me bajara por la espalda. Me tomé un momento antes de responder. Sentía el corazón rebosante de emoción y no sabía si sería capaz de contenerla toda.

—Ha sido... —Meneé la cabeza—. Ha sido lo más increíblemente bello que he oído nunca.

Su mirada recorrió mi rostro. Sus ojos parecían un reflejo de mi corazón, también en ellos la emoción amenazaba con desbordarse.

—Sí —coincidió en voz baja para que solo yo lo oyera—. Increíblemente bello.

Henry alargó la mano y apartó un mechón de pelo que me caía sobre los ojos con una ternura y una familiaridad que me devolvieron a la realidad de pronto y me hicieron perder el aplomo.

—Justo lo que estaba pensando —añadió.

Sentí como si me costara respirar y el corazón empezó a latirme muy deprisa. De hecho, en ese preciso instante contemplé lo que tenía delante y contuve el aliento. El sol bañaba de luz dorada el aire y el cabello aún despeinado de Henry, sus mejillas salpicadas de pecas, sus ojos gris marengo posados en mí con una intensidad inexplicable, su incipiente barba, la curvatura de su boca, la amplitud de sus hombros... Me di cuenta de que la belleza que tenía delante era tan conmovedora como lo había sido el canto de la alondra. En un instante, todo cambió. Sentí algo más que la dulce inclinación que había sentido por Henry hasta ese momento, sentí una llamada, un fuego que me consumió de inmediato. Mis mejillas se sonrojaron y aparté la vista, aunque aún pude ver cómo una sonrisilla se adueñaba de los labios de Henry. Descubrí a Carson mirándome.

—¿Y bien, señorita Katherine?
Me aclaré la garganta.
—Ha sido muy hermoso. Gracias.
Hice ademán de ponerme en pie, pero las piernas se me habían entumecido. Me moví tambaleante hasta que Henry se levantó y me sujetó por el brazo.
—Patalea un poco. Eso ayudará.
Mantuve la cabeza agachada para ocultar mi rubor, fingiendo concentrarme en mis hormigueantes pies.
—Debería marcharme a casa antes de que alguien se percate de mi ausencia.
—Te acompañaré —se ofreció Henry.
Me aparté de su lado y esboqué una sonrisa que ocultara mi corazón desbocado y mis piernas temblorosas.
—¡No!
Mi respuesta había resultado más brusca de lo que había pretendido, pero es que no acababa de

sentirme yo misma. De hecho, no me sentía yo misma en absoluto. Mi corazón estaba en llamas y lo que más temía era que se reflejara en mi rostro.
—No, gracias. No hace falta. Gracias una vez más, Carson. Gracias, Henry. Luego me alejé de allí corriendo tan rápido como me permitieron mis piernas temblorosas. Aunque no me fui directamente a casa, sino que me escondí detrás de un árbol antes de saltar la valla de nuestro jardín y me llevé la mano al pecho. ¿Qué le acababa de pasar a mi corazón?

L

Capítulo 25

1820

a señorita St. Claire fue fiel a su promesa y por la tarde, en cuanto el cielo se hubo despejado,

vino en mi busca para proponerme que las tres diéramos un paseo hasta Robin Hood's Bay.

Cuando me reuní con Sylvia y con ella en el vestíbulo principal, comprobé que llevaba una cesta llena de comida.

—Es para los pobres —me aclaró con un elegante gesto de la mano—. Es el deber de cualquier dama bendecida con una posición como la mía pensar en los que son menos afortunados.

—Por supuesto —dije entre dientes.

Mientras descendíamos la colina en dirección al pueblo, observé a la señorita St. Claire con su cesta y su sonrisa deslumbrante y me di cuenta de que había nacido para aquello. No era difícil ver

por qué la señora Delafield la había escogido para Henry, ni imaginarla como la señora de

Blackmoore. La habían educado para ocupar aquella posición social y llevaba toda la vida

preparándose para ostentar un lugar legítimo al lado de Henry. Y la verdad que yo no era capaz de

obviar es que conseguiría que él se sintiera orgulloso de ella. Sería correcta, encantadora, considerada, generosa y absolutamente predecible en todos los sentidos. Por todas esas razones, la aborrecía con todo mi corazón.

La calle principal de Robin Hood's Bay era abrupta y estaba adoquinada, y desembocaba en un barranco frente al mar. Las desvencijadas casas, con sus tejados de color rojo, se erigían en la pendiente formando ángulos imposibles, pero se aferraban con tenacidad a la tierra, a la que también parecía preocuparle acabar en el mar. Intuí que allí la vida no resultaba nada fácil para los pescadores de manos morenas y agrietadas y rostros curtidos como si el mismísimo viento les hubiese grabado a fuego las arrugas, del mismo modo que batía las olas del mar y erosionaba la arena. Despertaban en mí la admiración aquellas familias y su voluntad al enfrentarse al empecinamiento del mar por devorarlos a ellos, a sus casas e incluso a su pueblo.

La señorita St. Claire se me acercó y me dio un golpecito en el costado con la cesta.

—Un pueblo tan pintoresco como este no debería oler tanto a pescado, ¿no cree? —comentó antes de llevarse una mano enguantada a la nariz y bajar la vista hacia el suelo. Los adoquines estaban mojados y el olor a pescado era muy fuerte. Pero ¿qué esperaba de un pueblo pesquero?

—¡Las mujeres de los pescadores podrían tener las calles un poco más limpias! —exclamó cuando pasábamos junto a una mujer que estaba tendiendo ropa en una cuerda. Vi la mirada con la que esta fulminó a la señorita St. Claire, pero al parecer la reina élfica no se percató—. Creo que debería hacer algo por ellas. Quizá pudiera enseñarles a limpiar las calles y las

casas para que no oliera tan mal por aquí.

Agitó su mano enguantada delante de la cara.

—¡Gracias a Dios que no huele así en Blackmoore!

Entonces, como si acabara de recordar la cesta que llevaba, se detuvo, sacó un fardo y se lo tendió

a la mujer que estaba tendiendo la ropa.

La lugareña se secó las manos en el delantal y tomó el fardo que le ofrecía la señorita St. Claire sin

abandonar aquella mirada recelosa.

—Aquí tiene, algo de comida. Cortesía del señor Henry Delafield de Blackmoore.

La mujer hizo una reverencia casi imperceptible y murmuró un brusco

«gracias» antes de endilgarle

el paquete a un niño que tenía a su vera y retornar a su tarea. La señorita St.

Claire se volvió con una

sonrisa deslumbrante hacia la calle y la gente que tenía delante.

—¿Ha visto eso, señorita Worthington? —Su sonrisa se había ensanchado aún más y sus ojos

resplandecían de bondad—. ¿Ha visto su rostro? Ayudar a los demás es tan gratificante. Los rostros

de las personas a las que ayudo son la única recompensa que necesito, mi motivación en todo lo que

hago. Y Henry estará encantado de saber que he empezado a cumplir con mi deber, ¿a que sí, Sylvia?

Sylvia murmuró algo en respuesta. A juzgar por la expresión de agotamiento de su cara, me dio la

impresión de que estaba deseando encontrar un sitio donde sentarse tras la ardua caminata desde

Blackmoore.

—Oh, ¿es una panadería eso de ahí? ¡Qué curioso! No recuerdo que hubiera una antes. ¡Vayamos a

comer algo! Quizá dentro huela algo mejor.

La señorita St. Claire se encaminó pisando con cuidado hacia el bajito y estrecho edificio de

piedra en cuyo escaparate se exhibían algunas hogazas de pan.

Sylvia la siguió y ambas se detuvieron en dos ocasiones para que la señorita St. Claire obsequiara con un fardo de comida a algún aldeano. Yo me quedé rezagada intentando convencerme para sentir algo de simpatía por aquella joven que era la personificación de la generosidad y la consideración, pero que aun así conseguía irritarme sobremanera con todo lo que hacía o decía.

—¡Vamos! ¡Mamá ha dicho que nos diéramos prisa! Aquella voz infantil atrajo mi atención hacia las dos niñas pequeñas que pasaban por mi lado en ese momento. La mayor debía de tener unos siete años, la edad de Oliver. Tiraba con firmeza del brazo de una niña más pequeña que no dejaba de llorar y de resistirse. En uno de los tirones, la más pequeña resbaló con los adoquines mojados, cayó al suelo y se golpeó la cabeza.

Rápidamente me arrodillé a su lado.

—Oh, cielo, déjame que te ayude.

Tomé en brazos a la pequeña, que no debía de tener más de cuatro años. Las lágrimas formaban surcos en sus mejillas mugrientas y su larga melena castaña le caía sobre los ojos. Me miró con unos ojos marrones bien abiertos y el labio tembloroso cuando la levanté y la dejé en pie de nuevo en el suelo.

—¡Pero, Mary! ¿Qué has hecho? ¡Mira que caerte así! —La hermana mayor retrocedió para ir a su lado, pero al verme dio un paso atrás—. Disculpe, señorita. —Acompañó sus palabras con una torpe reverencia—. Espero que mi hermana no la haya molestado.

—No, en absoluto —afirmé esbozando una sonrisa para tranquilizarla antes de volverme hacia la pequeña Mary—. Ahora, veamos si te has hecho algo, ¿te parece bien? La pequeña asintió y se quedó muy quieta. Le pasé la mano por la cabeza y descubrí un chichón en

la parte posterior.

—¡Aquí está! Tienes un chichón, pero no hay sangre. Creo que se curará pronto.

Las lágrimas aún anegaban sus ojos y el labio inferior le temblaba de una forma lastimera, aunque encantadora.

—Por favor, señorita, ¿me da un caramelo?

—¡Mary!

La mayor le dio un tirón de pelo y Mary se puso a llorar de nuevo.

—Oh, no, no hagas eso —supliqué acariciándole el pelo a la pequeña—. No ha hecho nada malo, te lo prometo. Ahora mismo no tengo caramelos, pero iré a comprar unos cuantos y te los traeré.

¿Qué me dices?

—Sí, por favor —respondió entre sollozos.

Miré a la mayor con una sonrisa en los labios.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Katherine, señorita.

Mi sonrisa se ensanchó.

—¡Igual que yo! Pues bien, Katherine, por lo que veo eres una niña muy obediente que solo intenta llevar a su hermana adonde su madre le ha dicho, así que también te traeré a ti unos cuantos caramelos.

La niña sonrió con la misma sonrisa medio desdentada que lucía Oliver, lo que me hizo añorarlo con todo mi corazón. Tuve que refrenarme para no estrujar entre mis brazos a aquellas pequeñas.

—¿Dónde os encontraré para daros los caramelos? —pregunté poniéndome en pie.

Katherine se dio la vuelta y señaló a nuestra espalda.

—Esa es nuestra casa, la de color azul.

Les prometí que no tardaría. Al encaminarme hacia la panadería para reunirme con Sylvia y la señorita St. Claire, comprobé que algunos aldeanos me seguían con la mirada.

—¿Adónde has ido? —me preguntó Sylvia cuando entré en la panadería. La señorita St. Claire estaba dando buena cuenta de un bollo con pasas sin perder su elegancia.

—Oh, solo me he quedado fuera.

Saqué el ridículo de mi bolsillo y compré cuatro panecillos, dos pasteles de carne, dos bollitos de mantequilla y un puñado de caramelos.

Sylvia me observó con los ojos como platos.

—¿Acaso no has desayunado?

—No mucho.

Tomé mis compras y eché un último vistazo a la señorita St. Claire, que seguía mordisqueando su bollo.

—Tengo que hacer un recado. Me reuniré con vosotras en Blackmoore más tarde.

—¿Cómo? ¿Piensas ir tú sola? No puedes...

Me di la vuelta y miré fijamente a la que había sido mi mejor amiga pero ya no lo era. No pude evitar preguntarme hasta dónde llegaría aquella brecha que nos separaba y me sentí muy triste por habernos distanciado tanto.

—¿Estás más preocupada por mi seguridad o por mi reputación?

Sylvia se acercó hacia mí un poco y me miró con los ojos entrecerrados.

—Por tu reputación, por supuesto —afirmó en un susurro.

Dejé escapar un suspiro.

—No te preocupes, Sylvia. De todos modos, partiré pronto para la India. Un paseo sola hasta casa no cambiará nada.

* * *

Encontrar la casa azul fue fácil, pero después de llamar a la puerta, me invadieron las dudas. ¿Qué iba a decir si las niñas no estaban en casa? Un joven abrió la puerta y me miró fijamente.

—Buenos días. ¿Están en casa Mary y Katherine?

El joven asintió, aunque parecía algo nervioso.

—¿Qué es lo que han hecho?

—Oh, nada. Solo he venido a... traerles algo.

Las niñas salieron corriendo; una sonrisa de expectación iluminaba sendos rostros.

—Tendréis que compartirlo con el resto de vuestros hermanos —les advertí al entregarles el paquete de la pastelería.

—Sí, por supuesto. ¡Gracias, señorita!

Katherine trató de hacer otra reverencia mientras aferraba el paquete contra su pecho.

Mary clavó en mí sus ojos marrones. En su cara ya no había ni rastro de las lágrimas.

—Sí, muchas, muchas gracias.

Continué mi camino. Andaba preguntándome si sería buena idea regresar sola a Blackmoore, cuando oí una voz familiar.

—¡Señorita Worthington! ¿Qué está haciendo aquí?

Sonreí al ver a la anciana señora Pettigrew, mi compañera de viaje.

—El caso es que estaba buscando a alguien con quien regresar a Blackmoore. ¿No irá usted en esa dirección por casualidad?

—Pues, en realidad, sí.

La señora Pettigrew subió penosamente la cuesta a mi lado mientras me preguntaba si había hecho

lo correcto al haber dejado a Sylvia de aquella forma. ¿Y si gran parte de nuestro distanciamiento se

debía a las decisiones que había tomado yo dos años antes? Y mientras ascendíamos por la colina y

nos adentrábamos en los páramos en dirección a la casa que coronaba el desfiladero, rememoré

aquel día dos años antes, el día en que había muerto el señor Delafield, y la decisión que había

tomado entonces. ¿Y si todo lo que ocurría ahora se remontaba a aquel momento concreto y a aquella

decisión en particular?

Capítulo 26

Dos años antes

ba corriendo por el bosque que separaba nuestras casas. Grandes gotas de lluvia me caían

sobre los hombros, pues había olvidado el sombrero y la capa. El suelo, cubierto por un espeso

mantillo, amortiguaba el sonido de mis pasos. El cielo estaba encapotado y las hojas teñidas de

tonos terrosos. Divisé en mi trayectoria el enorme arce centenario que se encontraba a medio

camino entre mi casa y la de Sylvia. Las ramas más próximas al suelo empezaban por encima de

mi cabeza y era tan alto y frondoso y sus ramas tan grandes que creaba una especie de dosel: el

refugio perfecto para guardarme de la lluvia. Y allí, apoyado en el tronco, estaba Henry.

Me quedé inmóvil observándole con la respiración entrecortada. Henry tenía la cabeza

agachada, el pelo chorreante y los brazos cruzados firmemente sobre el pecho, como si estuviera

intentando contener en su interior un sinfín de pedazos. Al estudiarlo con detenimiento, me

percaté de que sus hombros se agitaban. Se suponía que nadie debía de haber sido testigo de

aquella escena y me sentí como un ladrón allí de pie, robando algo que nunca había estado

destinado a ser mío.

Cerré los ojos, inspiré hondo y traté de olvidar lo que acababa de ver.

Intenté encontrar el

coraje para hacer lo correcto: marcharme de allí y nunca, bajo ningún concepto, revelarle a

Henry que le había visto en aquellas circunstancias. Pero entonces, un sonido se elevó por encima

del tamborileo de la lluvia sobre las hojas. Era un sollozo apagado.

Era consciente de que había sido un golpe tremendo, por supuesto. Lo había sabido esa misma

mañana, cuando nuestro criado había traído la noticia de la muerte del señor Delafield. Había estado enfermo tan solo unos días y su muerte había pillado a todo el mundo por sorpresa, pues era una persona fuerte y sana. Yo solo me había acordado de Sylvia y de su sufrimiento; ni siquiera había pensado en Henry hasta que le había visto allí, bajo aquel árbol, apoyado en el tronco como si no tuviera fuerzas suficientes para soportar el peso de su propio cuerpo o el de su pena.

Así que tomé una decisión. Abrí los ojos y me dirigí hacia él. Al tratarse de suelo seco, las hojas revelaron inmediatamente mi presencia. Henry levantó la cabeza y abrió los ojos de golpe. Supe en aquel instante que aquella mirada me acompañaría toda la vida. Nunca antes había visto en los ojos de Henry tanto dolor, tanta desolación, tanta desesperación. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí de pronto un golpe en el pecho, como si la fuerza de su sufrimiento me hubiese alcanzado y la intensidad de aquella revelación me impidiera moverme o respirar. Henry, aquel joven al que conocía desde que nací, era en aquel momento difícil y doloroso mucho más que el muchacho junto al que crecí toda la vida.

Era consciente de que no debería haber estado allí; por lo que, durante un instante, temí que Henry me odiara por haberle visto de esa guisa. Pero entonces se movió y se dirigió hacia mí con decisión. Abandoné todas mis dudas y me encaminé hacia él. Henry levantó los brazos, me atrajo hacia sí y me abrazó con firmeza. Olía a hojas mojadas y su pelo me empapó la mejilla antes de esconder el rostro en mi hombro.

—Lo siento —susurré rodeándole con los brazos.

Sus hombros empezaron a agitarse de nuevo.
Nunca supe el tiempo que permanecimos así. Mi cara estaba empapada a causa de mis lágrimas y las suyas, al igual que mi hombro, donde Henry había ocultado su rostro mientras lloraba. El día se había esfumado y un oscuro atardecer se abría paso a nuestro alrededor cuando al fin me solté y retrocedí unos pasos. Inspiró profundamente y dejó escapar el aire sin inmutarse, concentrado en la alfombra de hojas. Luego alzó la vista. Tenía los ojos rojos, aunque parecían serenos, y me miraba como si yo fuera una persona totalmente nueva. En aquel momento, supe que era cierto. Estaba convencida de que era una persona nueva, pues a pesar de que hacía quince años que conocía a Henry, no lo había hecho realmente hasta ese día. Me invadió una timidez inexplicable hasta que Henry ladeó la cabeza para mirarme directamente a los ojos. Estaba sonriendo. No era una gran sonrisa, aunque sí una sonrisa serena que se me antojó como un regalo. Entonces, para mi sorpresa, apoyó una mano en mi mejilla. Su mano estaba fría y mi mejilla empapada. Bajó la cabeza y apoyó los labios en mi frente, donde mi cabello se arremolinaba.
—Gracias —susurró.
Su aliento me acarició la piel con la misma delicadeza que habían empleado sus labios.
Me quedé paralizada, como si me estuvieran creciendo unas raíces tan profundas como las del viejo arce que había a nuestro lado. Sentí algo muy profundo en mi interior, un sentimiento nacido de los brazos de Henry, y de sus ojos, y de aquella sonrisilla cálida con la que me había obsequiado.
—De nada —susurré a mi vez.

*Un profundo respeto hizo surgir de mi boca aquellas palabras.
Luego apartó despacio la mano, aunque al hacerlo me acarició la mandíbula
con el pulgar, y se
alejó un poco más.*

—Te acompañaré a casa. Ya casi es de noche.

*Asentí y caminamos juntos en silencio. Un silencio profundo, apacible,
acogedor. Un silencio
demasiado significativo como para romperlo. Como si cualquier cosa que
hubiésemos podido
decir solo hubiese servido para trivializar el momento que habíamos
compartido sin palabra
alguna.*

*Mi casa apareció ante nosotros demasiado pronto. La parpadeante luz de las
velas se escapaba*

*ya por las ventanas. Me detuve en la linde del bosque, donde empezaba la
hierba, y Henry*

*también. Caí entonces en la cuenta de que había olvidado por completo mi
propósito original: ir a*

ver a Sylvia, consolarla y transmitirle mi fuerza, en la medida de lo posible.

Sin embargo, ya no

podía hacerlo. Le había dado todo lo que tenía a Henry.

Alargué la mano hacia él sin pensarlo y él la tomó con total naturalidad.

—Dile a Sylvia... Dile que iré a verla mañana.

—Lo haré.

*Henry sujetó mi mano igual que antes me había sujetado a mí, como si me
necesitara, como si*

me quisiera a su lado.

*Tenía la garganta demasiado seca para hablar, así que me limité a inclinar
la cabeza. Me solté,*

*me di la vuelta y corrí lo más rápido que pude hacia la casa notando su
mirada clavada en mí*

durante todo el camino.

L

Capítulo 27

1820

a velada nunca se había prolongado tanto como aquella noche en la que ansiaba que llegara la medianoche y con ella, una nueva excursión a la torre con Henry.

—¿Dónde has estado hoy? —preguntó Henry cuando estuvimos en lo alto de la torre.

Me gustaba aquel lugar incluso más que la sala del pájaro. Me encantaba estar por encima de todo, ver las copas de los árboles y la inmensidad del océano a la luz de la luna mientras escuchaba los alaridos de los grajos en la torre contigua.

—He ido a Robin Hood's Bay con Sylvia y la señorita St. Claire.

Al decir su nombre, un deje de amargura que no había planeado se infiltró en mi voz.

—Pero no has vuelto a casa con ellas. —Hizo que sonara como una pregunta.

—No. Yo... tenía algo que hacer, pero he llegado sana y salva, como puedes ver.

Se limitó a mirarme sin hacer ningún comentario, aunque percibía que quería añadir algo más.

—¿Vas a soltarme un sermón sobre decoro? —pregunté enarcando las cejas. Él negó con la cabeza.

—No. Solo iba a decir que me hubiese gustado acompañarte. Llevo mucho tiempo queriendo mostrarte Robin Hood's Bay.

Ni siquiera se me había ocurrido.

—Lo siento.

—No importa —dijo encogiéndose de hombros.

Esa noche, Henry parecía distante, incluso algo irritado. Ignoraba cómo solucionarlo, pues no sabía qué era lo que iba mal, así que decidí no pensar en ello.

—¿Qué te parece si procedemos? Si quieres, hoy puedes empezar tú primero preguntando el secreto.

Henry se cruzó de brazos y se volvió hacia mí como si yo fuera su oponente.

—Quiero saber por qué te opones tanto al matrimonio.

Inspiré profundamente. Henry me había hecho esa misma pregunta en

muchas ocasiones, pero siempre me había negado a responderla. Sin embargo, ahora me veía obligada a hacerlo, aunque la mera idea de ser sincera sobre este asunto me aterrorizara. Empezó a temblarme la barbilla y aparté la mirada, intentando buscar algo en mi interior que me otorgara seguridad. La India. Hacía todo esto por la India, por abrir jaulas, por la libertad. Lo hacía para viajar a una tierra lejana, en la que no tendría que ser testigo del enlace de Henry con la señorita St. Claire. Hice acopio de coraje y transformé mi nerviosismo en rabia y entereza. Pensé en mi madre y mi padre, y en Eleanor y su marido, James.

—El matrimonio no es más que un cautiverio plagado de sufrimiento.

—¿Un cautiverio plagado de sufrimiento? —La sorpresa era evidente en su voz. Meneó la cabeza

—. Yo pienso en el matrimonio de forma diferente. Es compañerismo, dos espíritus afines. De acuerdo, admito que hay un lazo que une a las dos personas, pero la unión hace la fuerza. Es pasar la vida con tu mejor amigo, convertido en tu auténtico y mejor compañero. Eso es lo que puede ser. O así lo creo yo.

Su ingenuidad me enfureció por una razón que no podía explicar.

—¿Esa es la clase de matrimonio que crees que tendrás con la señorita St. Claire?

Henry echó la cabeza hacia atrás, como si hubiese recibido una bofetada. Inspiró dos veces antes de responderme.

—No estamos hablando de mi futuro, sino del tuyo.

—Esa es una respuesta muy poco satisfactoria, Henry Delafield.

Una sonrisa de satisfacción elevó una de las comisuras de su boca.

—Siempre me llamas por mi nombre completo cuando estás enfadada, como si fueras mi madre.

Le fulminé con la mirada.

—Y tú siempre cambias de tema cuando no quieres responder a algo. Sin pensármelo dos veces, alcé los brazos, le agarré por la pechera de la camisa y le obliqué a agacharse para que estuviéramos cara a cara. En sus ojos solo descubrí sorpresa y diversión.

—¿Por qué debo ser yo la única que se muestre vulnerable? Me has estado preguntando por mis secretos, ahora te toca a ti compartir uno conmigo. Es lo justo. Henry me rodeó con los brazos y apoyó las manos en el muro de piedra a mi espalda, de modo que quedé atrapada. Y aunque le solté de la camisa rápidamente —¿en qué estaba pensando?—, él no modificó su postura. Estaba lo bastante cerca como para apreciar el instante en el que desapareció la diversión y fue sustituida por una mirada intensa.

—¿Qué es lo que quieres que te cuente?

—Algo sincero. Algo que no le hayas contado a nadie más. Uno de tus secretos. —Hice una pausa

—. Algo sobre la señorita St. Claire. Henry negó con la cabeza.

—Ella no forma parte de nuestro acuerdo. Esto es entre tú y yo. Me sentí frustrada a la vez que furiosa. Henry nunca me había hablado de ella. Lo poco que sabía antes de aquella semana me lo había contado Sylvia. A lo largo de los años, Henry se había mostrado de lo más reservado con respecto a su futura prometida, y yo me moría de envidia. Odiaba que tuviera un secreto al que yo no tuviera acceso. Odiaba que cada año se alejara de mí durante un mes para venir aquí, con ella, y que a mí no me dejaran formar parte de esto. Además, sabía por experiencia que los secretos que uno guarda más celosamente son los más valiosos de todos. Tenía ganas de apartarlo de un empujón, así que me crucé de brazos para refrenar el impulso.

—Nunca hablas de ella. Creo que es abominable por tu parte mantenerme al

*margen después de
todo lo que yo te he contado.*

—Te confesaré un secreto. Lo único que he dicho es que no sería sobre Juliet.

Juliet. La había llamado por su nombre de pila, como si ya existiera un acuerdo entre ellos, como si

ya se hubiese declarado, como si ya estuvieran unidos el uno al otro.

—No me gusta ese nombre, por cierto —solté entre dientes.

*Henry sonrió, como si el hecho de que no me gustara su nombre fuera algo divertido. Hilarante,
incluso.*

—Ah, ¿sí? Y ¿por qué?

—Suena presuntuoso.

—Mmm... —Henry meneó pensativo la cabeza—. Presuntuoso.

—Pues sí. Como si fuera un personaje clásico o la heroína de una tragedia de Shakespeare. Es

demasiado presuntuoso. ¿Acaso sus padres no pensaron que la estaban condicionando para que

decepcionara a los demás? Porque eso es exáctamente lo que yo sentí en cuanto la conocí, una fuerte

decepción al comprobar lo pusilánime que es.

Me interrumpí. Había ido demasiado lejos. Henry me miró con los ojos entrecerrados. Estaba

hablando de su futura prometida, tal vez incluso lo fuera ya. No debería haber dicho eso.

—¿Pusilánime? Ya veo... No te gusta porque no es rebelde, ni obstinada, ni dice lo primero que le

pasa por la cabeza como tú. ¿Me equivoco?

Fruncí los labios. ¿Por qué siempre tenía que hablar más de la cuenta? Aun así, no me retracté.

—Supongo.

—Algunos hombres prefieren una mujer callada.

—Pero tú, no —rebatí levantando la barbilla—, ¿me equivoco?

Fue mi orgullo el que me hizo preguntar aquello. Mi orgullo quería saber si Henry desaprobaba mi

forma de ser. Nunca antes me lo había planteado, ya que nunca se me había

pasado por la cabeza que pudiera desaprobar mi comportamiento. Sin embargo, ahora necesitaba una respuesta.

Me contempló en silencio durante unos minutos y una sonrisilla se fue formando poco a poco en sus labios.

—Creo que la has juzgado mal. La señorita St. Claire es inteligente y refinada.

Aún la aborrecí más después de que él la elogiara.

—Pues bien, si eso es lo que buscas en una esposa, creo que serás muy feliz con tu inteligente y

refinada señorita St. Claire. —Y no pude evitar añadir entre dientes—:

Incluso si no sabe cuál es la diferencia entre Faetón e Ícaro.

El labio inferior empezó a temblarle.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes?

—Estás celosa —respondió sin dejar de reír.

—Eso no es cierto.

Henry sonrió, como si todo lo que yo acababa de decir le produjera un placer inmenso.

—¿Quieres conocer mi secreto o no? —preguntó en voz baja.

Inspiré hondo. Estaba demasiado cerca de mí.

—Sí.

Henry cambió el peso de un pie al otro y acabó aún más cerca de mí. Sentí que perdía el equilibrio,

como si el mundo acabara de inclinarse y yo fuera a caerme sin remedio si no me agarraba a algún

sitio. El ritmo de mi corazón se aceleró, al igual que el de mi respiración.

Notaba sus brazos, uno a

cada lado de mi cuerpo, anclándome al suelo o atrapándome..., todavía no sabía si una cosa o la

otra.

Permanecimos así durante un buen rato. El silencio se volvió tan tenso que pensé que algo lo

rompería y nos sobresaltaría. Henry me miraba como si estuviera intentando decidir entre un sinfín

de recuerdos y a mi curiosidad se le sumó el miedo.

—Tus cejas.

Puse unos ojos como platos.

—¿Mis cejas? ¿Qué les pasa?

—Me encantan —afirmó como si se tratara de un hecho o una verdad absoluta.

Volví a echarme a reír, quedándome esta vez casi sin respiración, y negué con la cabeza.

—Son muy morenas y demasiado gruesas.

—Para nada. Le infunden carácter a tu rostro. Tienen algo realmente... elegante. —Bajó su voz

hasta convertirla en un susurro—. Quizá sea por su curvatura. Me recuerdan las alas de un pájaro en pleno vuelo.

Me sentí terriblemente cohibida. ¡Menos mal que la oscuridad ocultaría mi sonrojo! Henry volvió a

cambiar de postura y acercó una mano a mi rostro. Me quedé inmóvil, su gesto me había pillado por

sorpresa y tenía el corazón en la garganta. Me acarició con la misma gentileza y el mismo cuidado

con los que había acariciado al pájaro enjaulado. Las yemas de sus dedos recorrieron con suavidad

la curva de mi ceja izquierda, seguidas de cerca por sus ojos. Me entró un escalofrío por la espalda y

se me aceleró aún más el pulso. Rozó mi mejilla con el reverso de la mano, con delicadeza, pero

dejando a su paso un reguero de fuego antes de descender hacia mi barbilla.

—No soy capaz de mirar a un pájaro sin pensar en ti. Me pregunto qué harás con tus alas cuando al

fin las consigas. Me pregunto cuán lejos te llevarán. Y temo ese momento, por mi propio bien, al

mismo tiempo que rezo por él, por el tuyo.

Tomé aire y noté cómo invadía mis pulmones, aunque no conseguía hallar las palabras para

responderle. Nunca antes me había tocado de aquel modo, ni me había mirado así, ni me había

hablado de aquella manera. Subí la mano lentamente por mi garganta hasta mi mejilla encendida; estaba segura de que algún cambio fundamental se había operado en los lugares que él había acariciado.

—Y ahora, ¿estamos en paz? —murmuró con la voz ronca y mirándome a los ojos sin pestañear—.

¿Te he parecido lo bastante vulnerable?

Podría haberme abalanzado sobre él y haberle besado. Estaba tan cerca de mí. El corazón me latía

a un ritmo desenfrenado y me percaté de que estaba mirando sus labios sin pestañear. Me agarré al

muro de piedra que tenía a mi espalda mientras me repetía mentalmente que no debía acercarme más

a él, que no debía rozar sus labios con los míos, ni rodearle con mis brazos, ni prometerle que lo

último que deseaba era alejarme de él.

Era un momento delicado para ambos, estábamos respirando el mismo aire, atrapados en un

momento de tensión plagado de secretos y medias verdades. Era capaz de percibir cómo todo podía

estropearse si dábamos un paso en falso o pronunciábamos la palabra equivocada. Por ese motivo,

me limité a asentir sin añadir nada más, pues me aterrorizaba abrir la boca y arruinar aquella amistad

frágil, profunda e inflamable que hacía equilibrios entre nosotros.

—Bien... —susurró.

Henry se enderezó y se separó de mí. Un escalofrío me invadió ante el frío repentino que sustituyó

al calor de su proximidad.

—¿Quieres que vayamos adentro? —preguntó al percatarse de mi estremecimiento.

—No. Acabemos... Acabemos de una vez con esto aquí. —La incomodidad del momento me había

trabado la lengua—. Querías saber por qué me opongo al matrimonio.

—De hecho, he cambiado de idea. Lo que quiero saber en realidad es por

qué te da miedo el amor.

El aire regresó a mis pulmones de golpe. Intenté echarme a reír, pero no pude. No tendría que haberme hecho esa pregunta. De hecho, no tendría ni que estar al tanto de mi secreto. Henry se cruzó de brazos y se apoyó en el muro de piedra, como si con ello pretendiera decirme que estaba dispuesto a esperar toda la noche si era necesario.

También yo me crucé de brazos para protegerme e inspiré profundamente. —Mi amor es como fiebre...

—¿Piensas citarme a Shakespeare? —me soltó meneando la cabeza—. Tú puedes hacerlo mejor.

Le fulminé con la mirada y apreté los puños. La ira era mucho menos complicada que el miedo; una actitud defensiva mucho más segura que una vulnerable.

—Aunque eso no impide que sea cierto. El amor es, en efecto, una enfermedad que hace estragos, que mutila, que lo destruye todo a su paso. Estoy siendo muy sensata al rehuirlo, del mismo modo que actuaría de forma sensata al evitar una plaga. Es una debilidad del corazón humano creer que algo que empieza con pasión puede durar. La pasión es un fuego que lo consume todo a su paso. Es ilógica e irrazonable. El amor es la perdición de los hombres y la ruina de las mujeres, una jaula de la que nadie puede escapar una vez que ha entrado.

»Lo he visto una y otra vez. Mi madre, mi padre, Eleanor. Y ahora María. El amor acaba con la ternura y la bondad. Es desleal y no hace distinción. Hace surgir las cadenas, el sufrimiento, la traición, el resentimiento... —De pronto me faltó el aire y tuve que hacer una pausa y tragar saliva.

Me llevé una mano al pecho, el corazón me dolía tanto que no me dejaba respirar—. Eso es lo que yo he visto del amor y el motivo por el que estoy decidida a evitarlo. Seré más sensata que mis padres,

que mis hermanas y que cualquier otra persona que haya quedado atrapada por un sentimiento fugaz y se haya visto condenada a sufrir por su culpa durante el resto de su vida. Henry se acercó hasta que pude verle el rostro a la luz de la luna. Rebosaba dolor, compasión y negación.

—No es amor de lo que hablas. Lo que tú has visto es la decadencia de la imitación del amor. Tus padres nunca se quisieron. Tus hermanas nunca han amado de verdad. Me pregunto si serán siquiera capaces de amar, pero tú, queridísima Kate... —Negó con la cabeza—. Tú no eres como ellos.

Pero ¿y si sí lo era? Le di vueltas y vueltas en mi cabeza a esa pregunta dejando que las dudas me hicieran pedazos; luego alcé la vista hacia el cielo nocturno y dejé escapar un suspiro.

—Ya te he respondido, Henry. Ahora es tu turno. No me volví para mirarlo. Me concentré en las estrellas y deseé poder volver atrás en el tiempo para no escuchar a escondidas aquella conversación durante un baile. Deseé poder rehacer nuestra suerte y modificar las familias en las que nos había tocado nacer. No estaba preparada para sentir la mano de Henry sobre la mía. Me invadió una sacudida iniciada por la sorpresa y me volví rápidamente para mirarle. Él me contemplaba con una intensidad silenciosa que hizo que se me acelerara el pulso. Sin embargo, no se contentó con ese gesto. Sus dedos acariciaron el reverso de mi mano, rodearon mi muñeca, subieron por mi palma y se entrelazaron con los míos. El corazón me latió con más fuerza aún cuando alzó nuestras manos unidas, bajó la cabeza y depositó un beso en el reverso de la mía. El pánico se extendió por mi cuerpo con los latidos desbocados de mi corazón. Pero había algo más. Una ternura que se abría paso poco a poco en el fondo de mi alma y me

volvía más y más frágil.

—Kate —susurró dando un paso hacia mí—, no eres como tu madre. Eres una criatura distinta a tus hermanas. Los abismos de tu alma son insondables. Eres valiente, leal y auténtica. Y tu corazón está lleno de bondad. —Apoyó mi mano en su pecho y la cubrió con la que tenía libre—. Solo tiene miedo. Pero yo cuidaría de él si me lo entregaras, amor mío.

Bajó la cabeza y depositó otro beso sobre mis dedos.

Toda yo era un cúmulo de fuego y miedos; y más adentro aún había más miedos. El corazón amenazaba con salirse del pecho y mis rodillas eran demasiado débiles para soportar lo que estaba aconteciendo en mi interior. Todo mi cuerpo temblaba y mi cabeza era un hervidero de pensamientos, así que me aferré al primero que me pareció razonable —Gracias, pero no —repliqué con voz trémula.

Sentí cómo se estremecía, pero cuando abrí los ojos, estaba mirando hacia otro lado. Luego me soltó la mano y se alejó. Yo crucé los brazos sobre el pecho, pues me sentía frágil y herida. Henry estaba de espaldas a mí, había echado atrás la cabeza y observaba las estrellas. O quizá lo que observara fueran los pájaros que habían hecho de la torre contigua su hogar.

Tras permanecer un buen rato en silencio, Henry recuperó el farol que había dejado sobre el muro.

—Ya van dos. Solo queda una.

Asentí y aparté de mí la fragilidad que estaba amenazando mi calma. Esto era lo que se suponía que tenía que pasar, lo que me concedería mi deseo, mi viaje a la India. Era lo correcto. Recorrimos el pasadizo secreto en silencio y las únicas palabras que Henry me dijo al despedirse de mí en el ala oeste fueron: «Buenas noches».

E

Capítulo 28

El señor Brandon dio conmigo en los páramos. Tras pasar la mayor parte de la noche en vela, había decidido escabullirme al llegar el alba. No podía dejar de pensar en el poco tiempo que me quedaba en Blackmoore. Una proposición más por parte de Henry y me marcharía de aquel lugar al que tal vez nunca regresaría. Al darme cuenta de eso, todo se volvió extraordinariamente bello.

Los helechos, la turba, el brezo morado, las flores amarillas rodeadas de espinas, los arbustos retorcidos, los afloramientos de roca... Todo se volvió hermoso y valioso. Y me llegó al corazón.

Me agaché y recogí unas cuantas flores y algunas briznas de hierba, luego partí una rama de brezo y me la guardé en el bolsillo. Me estaba poniendo en pie cuando el señor Brandon llamó mi atención.

—¡Señorita Worthington! Tengo la sensación de que últimamente apenas hemos tenido oportunidad de conversar. ¡Ayer estuvo usted ausente todo el día!

El sol iba elevándose a su espalda conforme avanzaba hacia mí. Era un buen hombre. Seguro que haría feliz a cualquier otra mujer, pero no a mí.

—Así es. Fui a Robin Hood's Bay.

Sus ojos parecían más verdes de lo que recordaba y su cabello más dorado.

—He estado escuchando sus pájaros, señorita Worthington —explicó poniendo una mano detrás de la oreja—, aunque me temo que necesito que alguien experto me ayude a identificarlos, pues todavía no llego a diferenciarlos.

Recordé lo que Henry me había dicho de que un hombre no precisaba de estímulos para entregar su corazón y, aunque en realidad no pensaba que el señor Brandon hubiese llegado tan lejos, la verdad era que estaba siendo bastante pródigo en sus atenciones hacia mí. Había

*llegado el momento de
hacerle un favor.*

—Me encantaría, señor Brandon, pero me temo que partiré muy pronto.

—¡Oh! —exclamó enarcando las cejas—. Y ¿a dónde se marcha?

—A la India, con mi tía.

Puso una cara larga.

*—Tenía la impresión de que era un plan muy lejano. De acuerdo con lo que
la señorita Delafield*

me contó, creí que se trataba de un proyecto incierto.

Apreté con fuerza las flores amarillas.

*—Pues es un proyecto en firme. Además partiré muy pronto, puede que
mañana mismo.*

Dio un paso hacia mí con una expresión de determinación.

*—Entonces me alegra contar con esta oportunidad para hablar con usted a
solas. Debo confesarle,*

*señorita Worthington, lo que ya debe de resultar obvio para usted. La
encuentro fascinante, hermosa,*

*afable. Difícilmente una joven logra sorprenderme, sino que más bien suelen
aburrirme. —Me*

*obsequió con aquella sonrisa contagiosa—. Me encantaría conocerla mejor y
tener la oportunidad de*

*ganarme su corazón. Por ese motivo, me gustaría pedirle que, por favor,
posponga su viaje y me*

brinde esa oportunidad.

*El corazón me dio un vuelco. No tenía ni idea de que sus sentimientos fueran
tan intensos. Había*

asumido que estaba a mi lado cada día porque apreciaba mi compañía.

*—Lo lamento mucho —susurré antes de aclararme la garganta—. Supongo
que debería habérselo*

*dicho antes. No... No tengo intención de casarme. Nunca. Por favor,
discúlpeme si*

*inconscientemente le he animado a sentir algo por mí aun cuando me resulta
imposible*

corresponderle.

*Su sonrisa había desaparecido y una expresión de decepción se había
apoderado de su mirada.*

—¿Conque no tiene intención de casarse? No necesitaba llegar tan lejos para rechazarme. Hubiese bastado con decir que no estaba interesada en conocerme mejor.

—¡No! Pero si es la verdad. —Apoyé una mano en su brazo cuando empezó a retroceder—. No

estoy siendo cruel. Puede preguntarle a Sylvia, o a la señora Delafield, o a Henry. Todos ellos lo

saben. No he dejado de repetirlo en los dos últimos años.

El señor Brandon se zafó de mí.

—Bueno, pues me temo que a ninguno de ellos le pareció conveniente prevenirme. Si me disculpa,

señorita Worthington —se despidió con una inclinación de cabeza.

Mientras le veía alejarse, sentí un dolor intenso en la mano. Bajé la vista y desenrosqué los dedos.

Las flores que sostenía se habían mezclado con mi sangre.

* * *

Aguardé dubitativa delante de la puerta mordiéndome el labio. Había llegado hasta allí. Tenía los

bolsillos repletos de conchas marinas y de las flores que había recogido en los páramos. Había

observado el quehacer de los sirvientes y esperado el tiempo suficiente hasta estar segura de que la

doncella a su cargo se hubiera entregado a su sueñecito de cada tarde junto al fuego. Imaginaba que

el abuelo de Henry estaría sentado en una butaca junto a la ventana.

Inspiré hondo, abrí la puerta y entré sin hacer ruido, pues no quería que se sobresaltara. La

doncella emitía leves ronquidos delante de la chimenea. La butaca que había al lado de la del

anciano estaba vacía, esperando a ser ocupada. Apoyé la mano en el respaldo y ladeé la cabeza para

mirarle. Estaba concentrado en la ventana, pero tenía la mirada perdida. Sus manos descansaban

sobre su regazo cubiertas por una manta.

—Hola —le saludé en un susurro.

Se removió en su asiento y, aunque movió los hombros y las piernas, no se

volvió para mirarme.

Rodeé la butaca y me dejé caer sobre sus cojines, con cuidado de no golpear en el proceso ni su asiento ni la mesita que tenía delante.

—¿Le importa si me siento aquí? —pregunté prestando mucha atención a su expresión.

Se produjo un movimiento casi imperceptible en sus ojos, a un lado y a otro, si bien no dejó de mirar por la ventana.

Esperé unos minutos, pero no se produjo ningún movimiento más. Así pues, metí la mano en el

bolsillo y saqué un puñado de conchas. Después me incliné hacia delante y fui colocándolas una a

una sobre la mesita, unas boca abajo, otras boca arriba, mostrando sus barrigas translúcidas. No

levanté la vista hasta que concluí mi tarea.

Al hacerlo, descubrí que su mirada había abandonado la ventana en favor de la mesa.

—Sé que le gustan las conchas, por eso he ido a la playa a buscar unas cuantas y se las he traído.

—Volví a meter la mano en el bolsillo y saqué la última que me quedaba—.

Pero esta es diferente a

las demás. —Le mostré la concha negra que había encontrado. Era muy extraña, tenía forma de bala y

no parecía realmente una concha, aunque estaba claro que pertenecía a la playa—. Me preguntaba si

usted sabría lo que es.

Sacó una mano temblorosa de debajo de la manta que cubría sus piernas y la tendió en mi

dirección. Depositó la concha en la palma y él le dio vueltas con sus dedos agarrotados.

—Es un... —comenzó con voz ronca. Carraspeó antes de volver a hablar—.

Es un fósil. Un fósil

muy antiguo.

Contuve la sonrisa que amenazó con acabar con mi meticuloso autocontrol.

¡Me había hablado!

Introduje la mano en el otro bolsillo, saqué las flores amarillas que había ido a buscar a los páramos y las deposité en la mesa junto a las conchas. Había arrancado también una espiga violácea de brezo y algunas briznas de la hierba resistente y color laurel que crecía en aquellas tierras. Las dejé también sobre la mesa, luego me acomodé en mi asiento y esperé. Tomó en sus manos las flores amarillas. Intenté prevenirle, recordarle las espinas que las rodeaban, pero antes de haber tenido ocasión de hacerlo, atisbé una mueca de dolor en su rostro. Miró sorprendido la gota de sangre en su pulgar y volvió su mirada hacia mí por vez primera. Sus ojos eran de un gris que me resultaba familiar. Tenía unas cejas muy pobladas, blancas y rebeldes. Parecía ido, aunque su mirada era de lo más lúcida. De pronto me di cuenta de por qué sus ojos me resultaban familiares. Eran los de Henry. O, más bien, Henry había heredado los ojos de su abuelo.

—¿Quién eres? —preguntó igual que había hecho el otro día con su nieto.

—Soy Kate. Kate Worthington.

—¿La Kate de Henry? —puntualizó enarcando sus hoscas cejas.

El corazón me dio un vuelco y me ruboricé.

—¿La Kate de Henry? Soy su amiga. Hemos crecido juntos. —Él seguía esperando—. Mmm...

Supongo... que sí.

—Al fin has venido.

Su mirada era clara y directa —me estaba viendo— y sus pensamientos eran coherentes. Henry me había contado que tenía algunos momentos de lucidez, pero me sorprendía haber gozado de ese privilegio en mi primer intento.

—Sí. —Mi sonrisa era tan grande que se adentraba en mis mejillas—. Sí, al fin he venido.

Recorrió mi semblante con la mirada, después se recostó en su asiento y esbozó una sonrisa de

satisfacción que aligeró la dureza de sus facciones.

—Eres preciosa, absolutamente preciosa. Como él dijo.

Junté las manos sobre el regazo. No me atrevía a respirar y tenía el rostro ardiendo.

—¿Quién? ¿Henry?

Desgraciadamente, se había vuelto para mirar por la ventana y una neblina había sustituido la

lucidez que había presenciado en su mirada hacía solo unos instantes. No dejaba de retorcer las

manos nerviosamente, como si estuviera olvidando algo. Me acerqué y le entregué con delicadeza

una concha; la hizo girar una y otra vez mientras acariciaba sus surcos y ondas.

Lo observé expectante, aun a sabiendas de que había vuelto a marcharse.

—¿Le apetecería que le leyera un rato? —pregunté al cabo siguiendo el ejemplo de Henry.

El anciano asintió sin apartar la mirada de la ventana, pero cuando empecé a inspeccionar la pila

de libros, murmuró algo muy bajito, tanto que no conseguí oírlo.

—¿Cómo ha dicho? —pregunté acercándome un poco más.

—La alondra —murmuró sin dejar de dar vueltas a la concha.

Miré en la misma dirección que él, pero no vi ni rastro de aves en su panorámica.

—¿Perdone?

—La alondra. La alondra de Henry. La alondra —repitió señalando hacia la mesa con un dedo

tembloroso.

Tomé el primer libro del montón y se lo enseñé enarcando las cejas. El anciano volvió a señalar la

mesa.

—La alondra.

Le mostré otro libro, y otro más, hasta que di con una hoja de papel entre dos volúmenes. Parecía

un poema escrito a mano y en el encabezamiento rezaba: «La alondra, por Robert Burns».

—¿Este? —pregunté mostrándole la hoja—. ¿Quiere que le lea este poema?

Volvió a recostarse en su asiento con una expresión satisfecha en el rostro antes de asentir.

Lo había llamado la alondra de Henry. Me aclaré la garganta y comencé a leer con el corazón

desbocado:

*Oh, alondra dulce y cantarina, quédate conmigo,
no me prives del trémulo rocío.*

*Un amante desdichado corteja tu sonido,
tu tierno y apaciguante lamento.*

*Otra vez ese dulce fragmento, otra vez,
que pueda hacer mío tu infinito saber.*

*Tu canto su corazón alcanzará, doy fe,
y su desdén será mi acabamiento.*

*Tu canción habla de un amor interminable,
de profunda desesperación y un dolor inexpressable.*

Oh, dulce alondra, ten compasión de este miserable.

Pues mi corazón está roto en mil pedazos.

No solté la hoja cuando acabé de leer el poema, sino que la sostuve con delicadeza.

—Es precioso —murmuré.

—Tiene el corazón roto —observó el anciano mirando por la ventana—. Por eso le gusta la alondra.

Le miré perpleja.

—¿Quién? ¿Quién tiene el corazón roto?

Se volvió hacia mí y atisbé una nueva lucidez en sus ojos grises. Estaba conmigo. Sabía lo que

estaba diciendo. Y abrió la boca para responderme...

—¿Qué hace aquí?

La pregunta me sobresaltó y me volví rápidamente hacia la puerta. La señora Delafield entró en la

habitación dando zancadas, dispuesta para el ataque.

Me levanté de un salto y me aparté de la butaca que había ocupado. Dirigió a continuación la

mirada hacia su padre y esta se posó luego en las conchas y flores.

—Solo estaba... leyéndole —me excusé, aun sabiendo que no era un buen

pretexto. Yo sabía que
no debía estar allí y la centinela dormida daba fe de ello.
Me hizo señas para que la siguiera, a lo que obedecí con el pulso acelerado y
el terror invadiendo
mis venas. Retrocedió de espaldas hasta el pasillo y cerró bien la puerta
antes de volverse hacia mí.

Yo di un paso atrás.

—¿Qué le ha dicho a mi padre? ¿Han hablado de su testamento?

Me quedé boquiabierta.

—¡No!

—No se modificará, Kitty. No me importa lo que le haya contado o lo que él
haya dicho. El

testamento no se cambiará. Así que si ese era su propósito al venir a verle...

—¡No! —Estaba horrorizada—. ¡No he mencionado ningún testamento!

Me quedé mirando detenidamente a la señora Delafield y entonces caí en la
cuenta. Mi corazón

latía a toda velocidad. Recordé aquella velada dieciocho meses antes, la
noche del baile en casa de

los Delafield. A mi memoria volvieron la estancia a oscuras y las cortinas
que me ocultaban mientras

escuchaba una conversación a la que no había sido invitada.

—¿Por qué cree eso? —pregunté con voz queda. Asustada. El aroma de las
peonías era tan intenso

en mi memoria que estuve a punto de mirar a mi alrededor para comprobar
si no había algunas por

allí—. ¿Por qué sospecha que he estado hablando con él sobre su
testamento?

Sus ojos azules brillaban con desconfianza.

—Mi padre no está bien. Nada de lo que le haya dicho tendrá validez y no
pienso permitir que una

vulgar usurpadora venga aquí y altere los planes que he forjado para mi
hijo.

—¡Madre!

Era Sylvia. Su llamamiento denotaba urgencia y apareció ante nosotras tras
torcer un recodo del

pasillo. Era la primera vez que la veía caminar tan deprisa, pero cuando se

percató de mi presencia

junto a su madre, se detuvo en seco. Parecía horrorizada.

—¿Sí...? —preguntó la señora Delafield acercándose a ella—. ¿Qué es lo que ocurre?

Sylvia me miró a mí al responder.

—Se trata de tu madre, Kitty. Está aquí. Y ha traído a María.

—¡N

Capítulo 29

o! ¡No, no, no, no, no! —murmuré para mí misma mientras recorría a toda prisa el pasillo y

bajaba las escaleras.

Sin embargo, cuando llegué al vestíbulo principal, solo hallé al mayordomo rodeado de varios

baúles de viaje.

—¿Y mi madre?

—En el salón, señorita —respondió con una reverencia.

Me dirigí corriendo hacia allí e incluso resbalé sobre el suelo de mármol.

Entré en el salón

jadeando.

Su risa, estridente y frívola, invadía toda la estancia. Estaba sentada junto al joven señor Brandon

en el sofá, tan cerca que su pierna le rozaba y su pecho descansaba sobre el brazo del joven. Eché un

vistazo alrededor. Allí estaba la señorita St. Claire, mirándola boquiabierta, y el señor Pritchard,

con una mordaz mirada de reproche, y Herr y Frau Spohr, y aquella pareja algo mayor cuyo nombre

seguía sin recordar, y los primos de los Delafield, y muchos otros. Como mínimo, la mitad de los

invitados se encontraba en el salón. Como mínimo, la mitad del grupo estaba siendo testigo de cómo

mi madre permanecía sentada prácticamente sobre el regazo del señor Brandon.

—¡Madre! —Me dirigí a toda prisa hacia el sofá—. No esperaba verla aquí.

Levantó la vista, aunque durante un brevísimo instante tuve la extraña

sensación de que ni siquiera
me reconocía. Parecía mirar más allá de mí.
—¡Kitty! —exclamó al fin—. ¡Mi querida niña! ¡Te echaba tanto de menos
que no podía
soportarlo!
Apoyó su mano en el brazo del señor Brandon y lo apretó ligeramente.
Seguía sin mirarme.
Intenté calmar el ritmo desenfrenado de mi corazón.
—Ah, ¿sí? ¡Qué tontería! Pero ¿dónde está María?
—Está arriba cambiándose —respondió con un gesto de la mano—, pero yo
no podía esperar ni un
minuto más para disfrutar de esta excelente compañía y ahora puedo afirmar
que mi intuición era
acertada.
Mi madre se volvió hacia el señor Brandon, sus caras estaban tan cerca la
una de la otra que daba
la sensación de que respiraban el mismo aire. Ella se humedeció los labios.
—¡Madre! —El pánico hizo que mi voz sonara más fuerte de lo que había
pretendido—. Tengo que
contarle algo ahora mismo.
Volvió la cabeza hacia mí poco a poco y allí, en sus ojos, estaba presente
aquel brillo de
determinación que había visto infinidad de veces antes.
—No seas ridícula, Kitty.
—Kate —la corregí apretando los puños.
Ella soltó una risita.
—No seas ridícula, Kitty. Pienso quedarme aquí sentada con el señor
Brandon. —Y volvió la
cabeza de nuevo hacia él—. Me estaba hablando de su propiedad...
Continúe.
El señor Brandon me lanzó una mirada llena de compasión que hizo que se
me revolviera el
estómago. Era muy probable que en aquel preciso instante estuviera dando
gracias por su buena
suerte al no haberse unido a mí.
El joven se apartó un poco y se zafó del contacto de mi madre.

—La casa de mi padre está en Surrey, señora Worthington —añadió de forma educada.

—¡Oh, Surrey! Tiene que contármelo todo.

El señor Brandon sonrió cortésmente, pero fue a mí a quien miró al responder.

—Lo haré con mucho gusto.

Mi madre siguió su mirada y pareció sorprendida de verme.

—¿Qué haces ahí plantada aún, Kitty? Ve a ver a tu hermana —espetó con el ceño fruncido.

Me invadió un sentimiento mezcla de frustración, miedo e impotencia. Eché un vistazo a mi

alrededor y volví a mirar a mi madre. Resignada, me di la vuelta y me apresuré a abandonar el salón.

* * *

—¿Qué estáis haciendo aquí mamá y tú? —grité en cuanto entré en mi habitación, donde, según el mayordomo, se había instalado María.

Sus botas, sus medias y su sombrero estaban esparcidos sobre mi preciosa cama de color ciruela, en la que también ella había decidido echarse.

María levantó la vista y frunció el ceño.

—¿Es que no deberíamos estar aquí? Pero si fuiste tú quien me invitó a venir.

—Ya, pero ¡caíste enferma! ¡No podías venir!

Apoyó la barbilla en la mano y me observó con curiosidad.

—Yo no me puse enferma. ¿Por qué crees eso?

Le sostuve la mirada.

—La mañana que partí hacia Blackmoore, mamá me dijo que tenías fiebre. María soltó un bufido.

—Pues no estaba enferma.

—Entonces, ¿por qué dijo que sí?

—No lo sé —respondió quitándole importancia con la mano—. Lo único que me dijo es que nos habían invitado a venir a Blackmoore, pero que tendríamos que esperar unos días antes de reunirnos

contigo. —Se echó a reír—. ¿De verdad te dijo que estaba enferma?

¿Nuestra visita te ha pillado por sorpresa? Oh, espléndido. Nuestra madre es tan inteligente.
—*¡María! —Me había dejado dominar por el pánico. Empecé a recoger todas las cosas que había esparcido sobre mi cama y las tiré al suelo—. ¡No tiene ni pizca de gracia! La señora Delafield ni siquiera quiere que yo esté aquí. ¿Qué crees que opinará de que nuestra madre se haya presentado por las buenas?*
—*Apostaría a que está a punto de enseñarnos las uñas.*
—*¡Exacto!*
Agarré a María por el brazo y tiré de ella.
—*¡Ay! ¿Por qué haces eso?*
—*Tenéis que iros ahora mismo. Vuelve a ponerte los zapatos. Intentó apartarme de un empujón, pero al ver que no la soltaba, me dio un puntapié con el que fui a parar tambaleándome al otro extremo de la habitación.*
—*No pienso irme a ningún sitio, Kitty. ¿Por qué tienes que ser tú la única que se divierte?*
Me sujeté a la pared para recobrar el equilibrio y volví a la carga, aunque esta vez la agarré por un pie.—
¡Esto no tiene nada de divertido! —afirmé con rotundidad mientras tiraba de ella.
María buscó desesperadamente algo a lo que agarrarse y acabó llevándose con ella la colcha y todas las sábanas cuando cayó al suelo con gran estrépito. Recorrí toda la habitación, casi sin aliento, buscando sus zapatos y sus medias. ¿Adónde habría ido a parar la otra bota?
—*Os meteremos a las dos de nuevo en el carruaje en el que llegasteis y será como si esto nunca hubiese pasado —afirmé con contundencia mientras me ponía a gatas e inspeccionaba debajo de la cama—; y yo conseguiré mi viaje a la India y...*
—*¡No! ¡No pienso marcharme! Puede que seas mayor que yo, Kitty, pero no*

eres tú quien manda.

Me puse en pie con una bota en la mano y sus medias en la otra mientras dejaba que la frustración se apoderara de mí.

—¡Kate! ¡Quiero que me llaméis Kate! —grité agitando el zapato.

María se cruzó de brazos y me desafió con la mirada. Algo en mi interior se rompió. Tiré al suelo todo lo que sostenía, me dirigí hacia la salida y cerré la puerta de golpe tras de mí.

** * **

Tras atravesar los páramos corriendo, escalé el peñasco sin preocuparme mucho por tener cuidado y me senté en su cima. Miré a lo lejos y dejé que la inmensidad y la soledad del lugar invadieran cada herida de mi alma. A mis oídos llegó el canto de los pájaros que habitaban la playa y los páramos y lamenté no haber ido a aquel lugar con Henry, pues sin duda él habría sabido diferenciarlos y habría podido decirme cuál era el que sonaba como cuando el viento acaricia el mar.

Con la llegada inesperada de mi madre y de María, sabía que mi estancia en Blackmoore había acabado. Estaba convencida de que lo arruinarían todo, aunque puede que mi madre ya lo hubiese conseguido. Quizá la señora Delafield estuviera hecha una furia aguardando mi retorno para echarnos a las tres de su casa antes de que pudiéramos ocasionar un escándalo que mancillara su querido apellido.

El cielo estaba encapotado y el aire era frío. Era capaz de percibir en el viento que pronto llovería, pues una gélida gota de lluvia errante se posaba en mi brazo de vez en cuando. Inspiré hondo y pensé que podía oler el océano. Era un aroma seductor, un aroma que invitaba a la libertad, a la aventura y a la fuga.

Este viaje a Blackmoore no había resultado ser el sueño que había alimentado durante los últimos diez años. Había imaginado unas idílicas vacaciones con Henry y Sylvia, mis dos mejores amigos; pero había resultado una experiencia tan sumamente diferente de lo que había imaginado que me sentía profundamente decepcionada, tanto con la realidad como conmigo misma. Nunca hubiese creído posible que pudiera llegar a lamentar algo que había deseado con todas mis fuerzas, ni que pudiera llegar a sentirme tan vacía. Y eso me entristecía sobremanera. Aunque también me asustaba. Si Blackmoore había llegado a decepcionarme de aquella manera, ¿qué garantías tenía de que no me ocurriría lo mismo en la India? Bajé del peñasco y vagué por los páramos hasta que la preocupación por lo que podría estar haciendo mi madre fue más fuerte que mi deseo de soledad ininterrumpida. Al final, opté por dirigirme hacia la casa y los problemas que allí me aguardaban.

Nada más cruzar el vestíbulo en dirección al salón, oí la voz de la señora Delafield.

—¡Katherine! —Me quedé petrificada. La señora Delafield venía en mi dirección con paso decidido—. ¿Podríamos hablar un momento, por favor? Su sonrisa era fruto de la ira calculadora y la rabia controlada. Miré de reojo al mayordomo que andaba por allí y sentí el deseo arrollador de lanzarme a sus pies y suplicarle que me protegiera.

La señora Delafield me tomó por el brazo y señaló el arco al fondo del vestíbulo abovedado.

—En la biblioteca, si es tan amable.

El miedo hizo que mi corazón se disparara, pero ante semejante muestra de gélida cortesía y aquella sonrisa mordaz y amenazadora, no supe qué otra cosa hacer salvo acompañarla.

*La seguí con el corazón en un puño mientras me guiaba hacia la biblioteca.
Cerró la puerta, se alejó
de mí e inspiró hondo dos veces antes de volverse.*

*—Dejé que mis hijos me convencieran de que su presencia aquí sería
aceptable y, sin embargo, ha
traído a esa mujer al hogar de mi infancia y nos ha involucrado a mí, a mi
padre y al apellido*

*Delafield en un escándalo. Estoy convencida de que todos mis invitados
andan buscando otro sitio en
el que alojarse durante lo que queda del verano.*

*Tenía el rostro encendido y las manos, firmemente apretadas, me temblaban.
—Le prometo que no tengo nada que ver con la presencia de mi madre aquí.
Entrecerró los ojos, como si no me creyera.*

—Ella me ha dicho que las invitó usted, a ella y a esa hermana suya.

*—No —repliqué negando con la cabeza—. Yo solo invité a María, a ella no.
La señora Delafield levantó la barbilla y me miró con superioridad.*

*—¿Y puede saberse quién la autorizó a hacer algo semejante? —preguntó
ofendida.*

—Henry.

*Fue un error decir su nombre, lo supe de inmediato. Ojalá hubiese podido
recuperarlo del aire y
deshacer el daño que había ocasionado. Podía verlo. Unos puntitos rojos e
intensos motearon sus
mejillas y empezó a menear la cabeza a un lado y a otro, a un lado y a otro, y
fui testigo de cómo la
furia iba apoderándose de sus ojos.*

*—Hablaré con mi hijo, pero dejemos una cosa clara: nunca se convertirá en
la señora de*

*Blackmoore. Nunca llevará el apellido Delafield. No es digna de emparentar
con la familia*

*Delafield, ni usted, ni ninguna de sus hermanas, ni particularmente su
madre. —Su dedo tembloroso*

volvió a apuntarme—. ¿Lo ha entendido?

La vergüenza me ganó.

—Perfectamente —admití en un susurro.

—Y ahora... —Echó sus hombros hacia atrás y se atusó el cabello—. Vaya a

ver si puede

controlar a esa mujer antes de que lo arruine todo. Si no, las tres se marcharán de aquí a primera hora de la mañana.

Acto seguido salió con paso airado de la biblioteca. Yo me dejé caer contra la pared más cercana y hundí el rostro en las manos, aunque llorar no solucionaría nada, sobre todo con todo el trabajo que tenía aún por hacer. En cuanto llegué al salón, alguien me agarró por el brazo y me llevó aparte. Era Sylvia, y daba miedo.

—¡Es un auténtico desastre, Kitty! —confesó en un susurro—. Mi madre está a punto de estrangular a la tuya. Ha estado coqueteando con todos los hombres aquí presentes y mi señor Brandon acaba de decirme que sus planes han cambiado y que es muy probable que se marche ¡mañana mismo! ¡Tienes que hacer algo antes de que las cosas se descontrolen del todo!
—Lo sé. Lo arreglaré, te lo prometo —aseguré intentando sonreír e irradiar seguridad para que ella me creyera.

Pero la verdad es que no tenía ni idea de cómo controlar a mi madre. Al parecer, esta había cometido el mismo error que yo y estaba hablando con aquel hombre tan maleducado, el señor Pritchard, que la miraba sin disimular su desprecio. Me acerqué a ellos con las mejillas encendidas por la vergüenza.

—Madre —dije en voz baja—, María no se encuentra bien. Creo que debería ir a verla.

Acompáñeme, la llevaré junto a ella de inmediato.

Ella se echó a reír.

—¡Tonterías! María tiene una salud excelente.

La miré fijamente mientras notaba la mirada del señor Pritchard sobre mí.

—De verdad, madre, no se encuentra nada bien.

Mi madre se inclinó hacia mí.

—¡Deja de intentar arruinarme la diversión, Kitty! —me advirtió en apenas

un susurro.

—Señora Worthington.

Me sobresalté al oír la voz de Henry a mi espalda y me di la vuelta. El joven se dirigía hacia

nosotras con una amplia sonrisa en el rostro.

—¡Henry! —Mi madre desvió la atención del señor Pritchard y extendió una mano. Él inclinó la cabeza y se la besó. Ella soltó una risita—. ¡Oh, Dios mío! ¡Es usted tan galante!

Henry guió la mano de mi madre hasta el brazo que le estaba ofreciendo y la sostuvo allí con su otra mano.

—He oído decir que estaba aquí y he venido de inmediato para pedirle que me conceda el honor de enseñarle Blackmoore.

—¡Mi propia visita guiada! ¡Oh, cómo me mimas! —exclamó apretándole cariñosamente el brazo.

Henry no perdió la sonrisa, pero volvió su mirada hacia mí.

—Kate, ¿te gustaría acompañarnos?

—¡Oh, no! —intervino mi madre antes de que tuviera ocasión de hablar—.

Tiene que ocuparse de

María, que por desgracia se ha puesto muy enferma por el camino. De hecho, me sorprende que la

haya dejado sola durante todo este rato. ¿En qué estás pensando, Kitty?

¡Abandonar a tu pobre

hermana enferma de este modo! Date prisa o todo el mundo pensará que eres una completa insensible.

Me hubiese gustado gritarle, pero en ese momento Henry apoyó una mano en mi hombro.

—Debes ir, Kate —murmuró.

Comprendí que estaba intentando salvarme de mí misma; por lo tanto, asentí, me di la vuelta y me

encaminé en silencio hacia la puerta. Subí las escaleras en dirección al ala oeste, pero me apoyé en

el pasillo, frente a la puerta de mi habitación. No me sentía con fuerzas para

entrar.

—T

Capítulo 30

Un año y medio antes

enía la esperanza de encontrarte aquí.

Henry emergió de entre los árboles y cruzó el claro en dirección a donde yo estaba

sentada. Me encontraba a la sombra de un árbol, con mi cuaderno de dibujo sobre las piernas, y

levanté la mirada esbozando una sonrisa. Henry se dejó caer sobre la hierba a mi lado soltando

un suspiro.

—¿Qué te ocurre?

—Mi tía Agnes acaba de llegar.

Cora abandonó al instante su posición holgazana sobre la hierba, tan propia de los felinos, se

incorporó, se dirigió sigilosamente hacia Henry y empezó a frotar la cabeza contra el pecho del

joven, hasta que este empezó a rascarle detrás de las orejas.

La tía de Henry, Agnes, era la hermana mayor de su padre. Desde la muerte del señor Delafield,

había tomado por costumbre visitarles una vez al año y, por lo general, hacía que la vida en casa

de los Delafield fuera algo insufrible para todos sus ocupantes. Solía fisgonear, entrometerse en

todos sus asuntos y cambiar la disposición de todas sus cosas.

Sonreí, pues pensé que tampoco era algo tan malo que los Delafield se sintieran desgraciados

una vez al año. Henry tenía una vida demasiado fácil. Heredaría la propiedad de su abuelo, era

apuesto, inteligente y todos le apreciaban.

—Me alegro de que haya venido. Alguien tiene que darte una lección de humildad.

Henry sonrió satisfecho.

—No sé de qué me hablas. La humildad es la mayor de mis cualidades, Kate.

Puse los ojos en blanco. Luego observé indignada cómo Cora se desperezaba, ronroneaba y acariciaba la mano de Henry con la nariz.

—Cuando tú estás cerca, se comporta más como un perro que como un gato de verdad.

—Pareces celosa —observó riendo entre dientes.

—¿Yo? ¿De ti? —me mofé—. Comprendo, aunque es obvio que tú no, que nadie puede poseer realmente a un gato y que estos conceden su afecto sin ningún tipo de lógica. Lo que no entiendo es por qué se comporta de esa forma contigo.

Volvió a lucir su radiante sonrisa y un brillo de malicia se alojó en sus ojos grises.

—Me refería a que estabas celosa del gato.

—¿Del gato? —pregunté enarcando las cejas.

Él asintió esbozando una sonrisa aún más maliciosa mientras Cora se restregaba contra su pecho.

—¡Menuda ridiculez! Nunca he sentido el más mínimo deseo de que me rasques detrás de las orejas.

Henry soltó una estruendosa carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Él negó con la cabeza.

—Dímelo —ordené con el ceño fruncido.

Él bajo la vista sin perder la sonrisa.

—No me hace gracia —murmuró—, lo que pasa es que me parece encantadora tu costumbre de tomártelo todo al pie de la letra.

Fruncí aún más el ceño y le observé con recelo; no me fiaba ni de sus palabras ni de la sonrisa que no abandonaba sus labios ni su mirada.

—Y en lo que respecta a por qué Cora actúa así conmigo... Creo que sabes la respuesta tan bien como yo —añadió bajando la voz.

Henry se acercó un poco más, como si fuera a susurrarme un secreto.

Comprobé que incluso a esas alturas continuaba teniendo aquel tenue reguero de pecas en sus mejillas bronceadas, que sus pestañas seguían siendo tan negras como la noche y que sus pupilas grises aún estaban enmarcadas por aquel anillo de carbón. Mi corazón se disparó a causa de su proximidad, como había hecho en todas las ocasiones en que él había estado tan cerca de mí desde el día que me había rescatado del río. Mi corazón era predecible en ese sentido.

—¿Y cuál es?

—Porque Cora es tu corazón y tu corazón me quiere.

No pude evitar ruborizarme. Cora, por su parte, decidió hacerme pasar más vergüenza, trepó

por el pecho de Henry y frotó su cabeza contra la barbilla de él.

—Mira esto, Kate. Mira cómo me quiere tu corazón. Tu corazón me adora. Incluso, me idolatra.

—Eso no es cierto, Henry Delafield.

Le tiré un puñado de hojas a la cabeza, pero consiguió esquivarlas.

—A tu corazón le gustaría acurrucarse junto al mío y no moverse de allí jamás... —volvió a la

carga con una sonrisa burlona.

—Chis... ¡Eso no es cierto! ¡Podría oírte alguien!

Volví a lanzarle otro puñado de hojas, que también esquivó.

—El corazón de Kate quiere a... —gritó.

Sin pensármelo dos veces, le embestí y le cubrí la boca con las manos. Henry cayó de espaldas

riendo a carcajada limpia, recogí más hojas y se las tiré mientras continuaba diciendo todo tipo

de sinsentidos sobre mi corazón. Las hojas revoloteaban en el aire a nuestro alrededor y una se

me metió en la boca, me eché a reír y se la tiré a Henry. De pronto, me agarró por las muñecas,

perdí el equilibrio y caí hacia atrás.

—Admítelo. Admite que tu corazón me adora.

—Nunca me rendiré —repliqué riendo.

Conseguí liberarme, le tiré al suelo y busqué aquel punto bajo sus brazos en el que siempre había tenido cosquillas de niño. Le sujeté por los costados y empecé a hacerle cosquillas. Él se echó a reír y una nota de sorpresa tiñó su risa. Aunque se revolvió, mi ataque era implacable.

—Me has privado de mi dignidad, Kate.

Sin dejar de reír me agarró las manos y las apartó de sus costillas. Después me hizo a un lado y

se tendió encima de mí para atraparme bajo su cuerpo.

Me inmovilizó las muñecas contra el suelo, a la altura de mi cabeza, y se inclinó sobre mí. En

torno a sus ojos se habían formado las arrugas propias de la risa y lucía la sonrisa más radiante

que le había visto nunca. Me dolían las mejillas de tanto reír. Notaba cómo su pecho subía y

bajaba en contacto con el mío, sentía el peso de sus piernas sobre las mías y mi corazón ganó

velocidad. El sol bañó con su resplandor dorado el claro y a nosotros.

—Recuerdo haberte oído decir que ya no tenías cosquillas —dije con la voz entrecortada.

—Pensaba que así era. —Tenía las mejillas encendidas y algunas hojas se habían adherido a los

mechones de su cabello. Sus ojos grises sonreían a los míos—. Supongo que hay cosas que nunca

podré dejar atrás. —Su sonrisa se suavizó y una de sus comisuras quedó más alta que la otra. Sus

ojos se llenaron de algo a medio camino entre la pena y el cariño—. Como a ti. —Su voz había

pasado a ser apenas un susurro ronco aún por la influencia de la risa—.

Dudo mucho que pueda olvidarme de ti, Kate.

Y, en ese momento, lo supe. Supe que tenía razón: mi corazón le adoraba. Yo le adoraba. Estaba

enamorada de él. El corazón me latía apresuradamente y me faltaba el aire.

Algo estaba pasando;

algo estaba cambiando. Estábamos a punto de cruzar una línea de la que no podríamos regresar.

Su mirada abandonó mis ojos en favor de mi boca y el corazón me dio un vuelco al descubrir el anhelo en sus pupilas.

—¿Bailarás conmigo esta noche? —me preguntó en voz baja.

Aquella noche, los Delafield celebraban un baile. Tragué saliva, mi corazón galopaba con tanta furia que estaba segura de que él podía sentirlo. Sí, quería bailar con él. Por supuesto. Abrí la boca para responder, pero antes de que tuviera ocasión de hacerlo una voz dominada por la sorpresa captó nuestra atención.

—¿Henry? ¿Kate?

Tanto Henry como yo nos sobresaltamos al oír la voz de Sylvia. El joven se hizo a un lado y yo me incorporé rápidamente, horrorizada al pensar lo que podía parecer nuestra situación a sus ojos.

—¿Qué...? ¿Qué...? —Sylvia se interrumpió. Su expresión era de total desconcierto, como si estuviera demasiado aturdida para formular la pregunta—. ¿Qué está pasando aquí?

—¡Ah! ¿Te refieres a eso? —intervino Henry. Se había apoyado sobre un codo tranquilamente, como si nada pudiera alterar su calma—. Kate solo estaba desnudándome. Casi me atraganto.

—¡Eso no es cierto! —grité mientras le fulminaba con la mirada.

—Desnudándome solo de mi dignidad, quiero decir —rectificó con una expresión de pura alegría y malicia—. Estaba haciéndome cosquillas. Ser vencido por una niñita es algo de lo más indecoroso para un joven vigoroso como yo.

Henry se puso en pie y me ofreció la mano, pero yo la rechacé y me levanté penosamente.

—Ya no soy ninguna niñita —murmuré. Me volví avergonzada hacia Sylvia,

el rostro me

ardía—. Tu hermano siempre me está tomando el pelo, solo intentaba vengarme, lo que es casi imposible.

La mirada de Sylvia vaciló entre los dos. A juzgar por la expresión fría y distante de su

semblante, no parecía encontrarlo tan gracioso como su hermano y el corazón me dio un vuelco.

Aquello no era buena señal.

—Solo venía buscando a Henry porque mi madre quiere hablar con él.

Supongo que por algo relacionado con el baile.

Sylvia se mordió el labio.

—¡Claro! —exclamé echándome el pelo un poco hacia atrás—. Sí, estoy segura de que los dos

tenéis que volver a casa. Os veré allí..., en el baile.

Henry me observaba con aquella mirada llena de malicia y de algo más..., algo que hizo que me

sonrojara y que me diera un vuelco el corazón. ¿Acaso sabía la verdad?

¿Sabía que estaba

enamorada de él de verdad? Sylvia, por el contrario, parecía enfadada e incómoda. ¿Lo sabría

también ella? Y si así era, ¿qué pensaba al respecto?

Me costaba demasiado encontrar las palabras, así que empecé a retroceder y señalé por encima

del hombro.

—Debo... marcharme.

Corrí hasta casa mientras el miedo y la esperanza luchaban por hacerse con el mando de mi

corazón.

Capítulo 31

1820

Había albergado muchas dudas acerca de si tendría o no la fuerza suficiente para soportar una cena

en Blackmoore con mi madre y María, pero al parecer aún me quedaba algo

de autocontrol. La señora Delafield las había situado lo más lejos posible de ella, sin apartar, desde luego, a la señorita St. Claire de su posición de honor a la derecha de Henry. Ambas eran demasiado chillonas y yo me hacía más pequeña cada vez que una de ellas abría la boca. La vergüenza que sentía hizo que no me atreviera a mirar a Henry o a Sylvia. Mi mirada se cruzó con la del señor Brandon, el joven señor Brandon, en una ocasión; en sus ojos descubrí de nuevo la misma compasión que había visto antes. Después de eso, mantuve la vista fija en el plato y me dediqué a pensar en el océano, en la India y en el largo viaje que me alejaría de mi vergonzosa familia. Herr y Frau Spohr volvieron a tocar para el grupo, lo que para mí supuso todo un alivio, pues eso dificultaba que mi madre y María se pusieran en evidencia. En cuanto terminó el recital, la señora Delafield se acercó a mi madre.

—Ha sido un largo día de viaje y estoy segura de que querrá retirarse pronto. Acompáñeme, le enseñaré su habitación —sugirió con una gélida sonrisa en los labios. Mi madre echó un vistazo alrededor, como si buscara a alguien que viniera en su ayuda.

—Pero aún no he sido presentada a todos sus amigos. La señora Delafield señaló hacia la puerta.

—Ya habrá tiempo para presentaciones mañana. Las dos mujeres se sostuvieron la mirada, ambas esbozando su sonrisa más fría y cruel. No habría sabido decir quién ganaría. La señora Delafield jugaba con la ventaja de estar en su propia casa; mi madre contaba con la ventaja de no tener el más mínimo reparo en montar una escena. No esperé a ver qué pasaría. Agarré a María del brazo y la llevé hacia donde estaba mi madre.

—Ha llegado la hora de que las tres nos retiremos. Vamos, madre. Le

enseñaré el ala oeste.

Puse mi mano sobre el codo de mi madre, suplicándole con la mirada que me acompañara sin

protestar. Después de mirar fijamente a la señora Delafield durante un buen rato, mi madre dejó

escapar al fin un suspiro.

—Nada me gustaría más, Kitty —soltó con la barbilla levantada.

Suspiré aliviada mientras conducía fuera del salón y escaleras arriba a una madre descaradamente

ofendida y a una hermana que no dejaba de protestar. Me detuve frente a la puerta de mi habitación y

observé los dos baúles adicionales que habían sido depositados en el interior. Al parecer, no iban a

darles su propia habitación. Contemplé la cama y volví a suspirar, pero esta vez sin ocultar un ápice

de mi miseria. Quizá pudiera encontrar otro sitio donde dormir. Cualquier lugar sería mejor que allí,

con aquellas dos.

Era casi medianoche cuando al fin dejaron de hablar, o más bien de quejarse incansablemente del

recibimiento de la señora Delafield, y se quedaron dormidas. Había dejado que ocuparan la cama y

había insistido en que estaría más cómoda en la butaca que había delante del fuego. Alice las había

ayudado a desvestirse y aun cuando las había observado y escuchado con los ojos muy abiertos, no

había hecho ningún comentario. Finalmente, después de mucho hablar, de ir de aquí para allá y de no

dejar de quejarse sobre cada minúsculo detalle, las dos se quedaron dormidas. Salí entonces sin

hacer ruido de la habitación y prácticamente eché a correr hacia la sala del pájaro, pues temía que ya

fuera demasiado tarde y que Henry se hubiese marchado. Sin embargo, cuando irrumpí en la estancia,

allí estaba él, con su farol y una sonrisa solo para mí.

—Es espantoso —confesé en cuanto le vi.

—Lo sé. —Se dirigió hacia mí y me ofreció la mano—. Ven, escapemos juntos de aquí.

Coloqué mi mano sobre la suya y noté cómo sus dedos envolvían los míos. El corazón empezó a

latirme con fuerza en el pecho. Me aferraría sin contemplaciones a Henry solo por esta noche.

Cuando tiró de mi mano, le seguí y juntos nos adentramos en la oscuridad del pasadizo secreto.

* * *

El cielo estaba cubierto de nubes y solo un puñado de estrellas se colaba ocasionalmente entre ellas

para iluminar la noche. Henry dejó el farol sobre la hierba de la torre y abrió todas sus compuertas

para alumbrarlo todo. El cielo encapotado y los pájaros que graznaban en las otras torres conferían

al lugar un halo de otro mundo. Yo me sentía casi como si hubiese retrocedido en el tiempo, como si

Henry y yo hubiésemos encontrado un pasadizo secreto a la forma en que éramos dos años atrás,

antes del baile en casa de los Delafield que lo cambió todo.

Nos sentamos sobre la hierba y me apoyé en las palmas de las manos. Estaba contenta de poder

refugiarme allí durante un buen rato, de poder dormir allí, llegado el caso, y olvidarme de mi madre,

de María y de la señora Delafield, que me esperaban en la casa a cuál más furiosa.

Henry se inclinó hacia mí y me dio un golpecito con el hombro.

—Kate.

—¿Sí?

—¿Qué es lo que más te asusta?

Eché un vistazo en su dirección, pero tenía la cabeza inclinada hacia atrás, como yo, y su mirada

estaba fija en la oscuridad del cielo nocturno.

—¿Tiene que ver con nuestro trato?

Se volvió hacia mí con el ceño fruncido y me fulminó con la mirada.

—¿Es que ahora todo lo que hablemos tendrá que estar relacionado con ese

trato?

Sonreí al escuchar su respuesta, pues me alegraba que siguiera preocupándose por mí.

—No.

Reflexioné sobre lo que me había preguntado, luego me puse en pie y empecé a caminar por la torre prestando atención a los inconfundibles graznidos de los grajos, al azote del viento y al aroma del océano. Estábamos en un lugar salvaje. Todo lo que había estado reprimiendo con tanto celo se había visto liberado aquí en apenas unos días. Me sentía libre, auténtica y salvaje como el viento que azotaba mi cabello en ángulos imposibles. Aquella noche marcaba el final de nuestro trato y, por lo tanto, el principio de mi huida; y en ese momento de liberación, quise confiar en Henry. Quise confiárselo todo.

—La India me asusta —confesé al fin.

Henry se puso en pie y vino hacia donde yo estaba. Parecía confuso.

—Creía que la India era tu sueño, tu destino ideal.

—Sí, eso creía yo también, pero ¿y si no es así? ¿Y si me siento allí tan... intranquila... y... y

enjaulada e infeliz como aquí? ¿Y si nada cambia? ¿Y si estoy tomándome tantas molestias por algo

horrible? —Crucé los brazos sobre el pecho intentando detener los temblores que me habían

asaltado. Escucharme confesar aquello me había desconcertado—. De verdad, me asusta pensar que

todos mis sueños vayan a acabar siendo una decepción. Y el simple hecho de pensar que la India

pueda ser una nueva decepción me hace sentir tan impotente. Como si fuera incapaz de ser feliz de

verdad. Como si mi ambición fuera a convertirse en mi maldición y mis sueños en mi condena.

Me pasé los dedos por mi melena al viento. Más palabras escaparon de mis labios, como si una vez

que había empezado a hablar de mis miedos, no pudiera parar.

—¿Y qué haré cuando haya visto la India? Ni siquiera he cumplido los veinte aún. Henry, ¡¿cómo

daré sentido a mi vida entonces?! ¿Y si la vida no me depara nada importante y malgasto mis días

con esta sensación de desasosiego en mi interior y todo... para nada?

Henry me contemplaba con una mirada pesarosa y estuvo reflexionando unos minutos antes de

suspirar y darme su respuesta.

—Te soy sincero al decir que emplearía hasta mi último aliento intentando convencerte de que has

tomado la decisión equivocada si pudiera. Odio la mera idea de ese viaje: los peligros del océano,

las amenazas desconocidas de ese país. Pero no te arrebataré tus sueños. — Se encogió de hombros

—. Si al final la India no es lo que anhelas, al menos lo sabrás. Al menos, nunca podrás lamentar

no haberlo hecho ni preguntarte qué habría pasado si te hubieses arriesgado... —Clavó sus ojos en

los míos.

«Arriesgado.» Esa palabra se quedó rezagada en mis pensamientos. Recordé lo que Henry me

había dicho la otra noche acerca del motivo por el que había salido a nadar en mitad del océano.

Quería hacer algo arriesgado. Y de pronto, me invadieron a mí también las ganas de hacer algo

temerario. Quería enfrentarme a algo realmente aterrador y salir viva de la experiencia. En ese

preciso instante, una bandada de pájaros negros levantó el vuelo en la torre contigua, eché atrás la

cabeza y los observé elevarse en el cielo. Y supe qué quería hacer.

Alargué una mano hacia el muro de piedra y la otra hacia Henry.

—Dame la mano.

Él me miró con una ceja enarcada.

—Hablo en serio. Dámela.

Me tendió la mano como si fuera un regalo. La agarré e intenté subir a lo

alto del muro mientras me
aferraba a Henry, pero él tiró de mí hacia abajo.

—Espera. Pero ¿qué haces?

—Algo arriesgado. Igual que tú. Solo que yo he decidido volar —aclaré
esbozando una sonrisa.

El corazón me latía a toda prisa a causa de la excitación, pero parecía que
Henry iba a negarse.

—Es una locura —dijo al fin meneando la cabeza.

Me soltó la mano y se acercó un poco más. Me sujetó por la cintura y yo a él
por los pliegues de su
chaqueta. Hizo algo más de fuerza y al instante siguiente me encontraba en
el aire. De pronto noté la
piedra bajo mis pies. Me tambaleé en el aire y me incliné hacia adelante
intentando sujetarme a su
blazer.

—Suéltame, Kate —me ordenó medio riendo, pero con cierto aire de
advertencia en la voz—.

Tienes que soltarme.

Hice lo que me pedía y me quedé muy derecha mientras él pasaba sus manos
de mi cintura a mi
brazo izquierdo, primero una y después la otra. El brazo derecho me
quedaba extendido sobre el
vacío. Me quedé de pie sobre el muro de la torre, con la piedra bajo mis pies
y la mano de Henry
sujetándome con fuerza la muñeca mientras yo me aferraba a mi vez a la
suya.

—¿Preparada?

Asentí. Los grajos graznaron en la torre contigua.

—No te sueltes —me avisó.

—No lo haré.

El corazón me latía apresuradamente debido al miedo.

—Ten cuidado con la falda y mira hacia adelante, no te mires los pies.

Aferré la muñeca de Henry con más fuerza.

Él dio un paso adelante.

Y yo también. Luego dio otro, y otro más, hasta que me descubrí paseando
por el muro, muy por

encima de las copas de los árboles y el océano y de la mano de la luz de las estrellas.

Estallé en carcajadas. Me sentía exaltada por la excitación y el miedo.

—¿Más rápido? —preguntó Henry.

—Sí.

Empezó a andar más rápido, sin soltarme en ningún momento; recorrimos todo el perímetro circular

de la torre una vez, y luego otra, más y más rápido. Henry empezó a correr y también yo. Era la

experiencia más aterradora y excitante que jamás hubiese imaginado: correr de aquella manera, una

vuelta, y otra, con el viento azotándome el pelo y los pájaros revoloteando a nuestro alrededor y

Henry —oh, el fuerte de Henry— sujetándome con firmeza.

—¡Ahora! ¡Salta! —gritó.

No me detuve, no lo dudé, ni siquiera un segundo, y salté con los ojos cerrados. Lo único que sentí

fue el viento y una inmensa sensación de libertad, además de la sujeción de Henry. Entonces tiró de

mí hacia la izquierda y envolvió mi cintura con su otro brazo. Yo extendí los míos... ¡y volé! Volé en

mitad de la noche, como los mirlos, los grajos y las alondras. Di vueltas y más vueltas sin poder

parar de reír mientras las aves graznaban a mi alrededor. Y entonces empezamos a girar más

despacio, bajé los brazos, abrí los ojos y bajé la mirada hacia un Henry sonriente. Apoyé los brazos

sobre sus hombros cuando dejó de dar vueltas y me fue bajando poco a poco hasta que la hierba me

acarició los dedos de los pies.

Me sentía mareada. Me recliné sobre él, cerré los ojos y hundí el rostro en su pecho. Sentí su

respiración acelerada y sus brazos alrededor de mi cintura, sosteniéndome, manteniéndome cerca.

Por fin, cuando noté que el mundo había vuelto a colocarse en su sitio, eché la cabeza hacia atrás y le

sonreí.

Henry meneó la cabeza y me sonrió a su vez, como si no pudiera creer que yo fuera real.

—Creo —comenzó en un ronco susurro— que no tienes nada que temer de la vida, Kate. Más bien,

es el mundo el que tiene que tener cuidado de ti, no al contrario.

Respiraba entrecortadamente y me sentía como en una nube, como si me hubiesen vuelto del revés,

como si todo en mi interior se hubiese visto sacudido por mi breve vuelo y ya no pudiera recordar

cómo permanecer de pie sobre el suelo. Quería seguir volando, o bien encontrar una excusa para

permanecer así de cerca de Henry durante más tiempo. Ambos eran deseos peligrosos.

Así pues, me alejé de él y reprimí el suspiro que hubiese traicionado mi decepción cuando él

apartó sus manos de mí y estuvimos separados el uno del otro. Me estremecí ante ese frío repentino y

levanté la vista para mirar las sombras oscuras de los pájaros que graznaban en la otra torre. Un

silencio incómodo llenó el espacio en el que ya no nos tocábamos. Tenía que decir algo.

—Tu turno —dije obligándome a sonreír.

—¿De hacer algo temerario?

—No, de confesar. ¿Qué es lo que más te asusta, Henry Delafield?

Me observó detenidamente durante un buen rato; estaba segura de que iba a negarse a contestar.

—Durante toda mi vida, he sabido lo que el futuro me deparaba. Sabía dónde y cómo iba a vivir;

incluso llevo años sabiendo con quién quieren mis padres que me case — confesó al fin. Tomó aire y

su voz sonó ronca, frágil y vulnerable cuando añadió—: Tú has sido la única sorpresa de mi vida,

Kate. Y tengo miedo... Tengo mucho miedo... de que una vez que te hayas ido, nada vuelva a

sorprenderme.

No esperaba que las lágrimas me asaltaran. Las palabras que Henry había pronunciado eran de despedida y sentí como si me hubiesen partido en dos el corazón. Parpadeé repetidas veces para contener las lágrimas, me envolví el cuerpo con los brazos, intentando dejar de temblar, e inspiré hondo. No le había pedido que dijera algo sobre mí, no había esperado una confesión que vapuleara mi resolución de ese modo. Me aparté un poco más de él, pues necesitaba algo de distancia y claridad.

Dos pasos, luego cinco, y acabé dando la vuelta a la torre antes de volver ante él.

—¿Y si pasamos a nuestro trato? —propuse con brusquedad.

Henry se aclaró la garganta.

—Si es lo que quieres.

—Bien, pues, adelante. Pregúntame mi último secreto. Tu recompensa.

—¿Mi recompensa primero otra vez?

Asentí. No podría soportar otra proposición de matrimonio en ese momento, con todas las ataduras

que solían mantener a raya a mi corazón sueltas. Me acerqué al muro de piedra y apoyé la espalda en

él, pues necesitaba desesperadamente su apoyo. Pero Henry me siguió y se colocó a solo un paso de

distancia, por lo que el corazón se me disparó. Estaba demasiado cerca.

Podía tocarle con demasiada facilidad.

—Quiero saber qué pasó en aquel baile hace un año y medio. En el baile que se celebró en mi casa.

Del que te marchaste demasiado pronto, sin haber bailado conmigo. Quiero saber qué paso esa noche

exactamente, Kate. Qué fue lo que provocó que te marcharas tan pronto. Qué te hizo huir de mí

cuando te llamé. Qué causó que al día siguiente nos anunciaras a Sylvia y a mí que habías decidido

no casarte jamás.

Ya está, habíamos topado contra un muro. No se me había pasado por la cabeza que nuestro trato pudiera conducirnos allí. Se me cayó el alma a los pies.

M

Capítulo 32

*Un año y medio antes
arí me vio en el pasillo.*

—Nuestra madre se ha colgado del brazo del señor Cooper y te anda buscando.

Me estremecí del asco.

—No puedo bailar con él, de verdad. Tengo miedo de pillar esa enfermedad que tiene, sea lo que sea.

—Pues será mejor que te escondas —me aconsejó con una sonrisilla de satisfacción.

Oímos la voz de mi madre al fondo del pasillo. María puso unos ojos como platos y soltó una risita; yo la fulminé con la mirada y me apresuré en la otra dirección buscando una escapatoria o, en su defecto, un lugar donde esconderme. La puerta de uno de los salones estaba entreabierta, así que me colé en la estancia en penumbra y contuve el aliento mientras esperaba a que pasaran de largo. Sin embargo, después de un buen rato, la puerta empezó a abrirse y tuve que esconderme a toda prisa. Tenía dos opciones: detrás del sofá o detrás de las cortinas. Y escogí la segunda. Me arrimé a la pared todo lo que pude detrás de aquellos gruesos pliegues de tela y percibí el dulce aroma de las peonías. Allí, delante de la ventana tras cuyas cortinas me ocultaba, yacía una mesita alta con un jarrón repleto de mis flores favoritas. Aquella noche estaban por todas partes. Los Delafield debían de haber acabado con todas las peonías del condado para decorar su casa.

Me quedé totalmente inmóvil tras las cortinas, pues habría hecho cualquier cosa por no tener que tocar al enfermo señor Cooper y oler su fétido aliento. Esperaba oír la voz de mi madre, pero la puerta volvió a cerrarse y lo único que oí fue el sonido de unas pisadas y después, el crujido del sofá.

—¡Oh, qué maravilla poder sentarse!

Me quedé rígida. Era la señora Delafield.

—Estoy de acuerdo contigo. Mis pies ya no aguantan tantos bailes como antes.

Aquella voz me resultaba vagamente familiar. Al asomarme con disimulo por el borde de la

cortina, vi que la tía de Henry, Agnes, estaba sentada en el sofá junto a la señora Delafield. Me

sumí aún más en las sombras, agradecida por la penumbra que lo envolvía todo. Siempre y cuando

no hiciera ningún ruido, ellas nunca sabrían que había estado allí. Salir de detrás de las cortinas

en ese momento solo me haría parecer una estúpida. Esperaría hasta que se hubieran marchado

para volver al salón de baile.

—Me alegra tener esta oportunidad para que charlemos a solas —comenzó la tía—, porque

desde que mi hermano murió, ando algo preocupada por ti, hermana.

—Ah, ¿sí? ¿Preocupada? Y ¿por qué? —preguntó con voz comedida, a la defensiva.

—Me temo que por un asunto de máxima importancia.

No debería haber estado escuchando aquella conversación, pero no podía salir de allí sin que

me vieran. Maldije mi mala suerte y deseé que su charla no fuera demasiado personal, ni

demasiado larga.

—Me preocupa que no estés cumpliendo con tu deber de proteger el apellido Delafield de los escándalos.

Abrí los ojos desmesuradamente. ¿Cómo se atrevía a decir algo así? Y a juzgar por el tono ofendido y glacial de la señora Delafield, tuve la sensación de que ella coincidía conmigo.

—¿A qué te refieres?

—He visto en el baile a los Worthington. No puedo creer que los hayas invitado después del escándalo de Brighton...

—Como habrás podido comprobar, Eleanor ni siquiera está aquí. Y el escándalo aún no ha sido confirmado. De hecho, ni siquiera ha llegado aún a esta parte del país. Excluirlos solo habría ocasionado más rumores en la región y ya sabes cuánto los detesto. Soportar su compañía es un pequeño precio que debo pagar para que nuestro apellido no esté conectado al suyo.

—Ya, pero aun así... ¡Se trata del apellido Delafield, hermana!

La voz de la señora Delafield se endureció.

—Soy muy consciente del apellido Delafield y de su importancia. Ya era consciente de ello cuando me casé con tu hermano y lo soy mucho más ahora. No he hecho nada que lo mancille. De hecho, con el matrimonio de George, creo que incluso he ayudado a elevarlo.

—Sí, el matrimonio de George ha estado bien, pero seguimos sin tener un título. Necesitamos un título en la familia.

Puse los ojos en blanco. Todo esto tenía que ver con un pariente lejano que había recibido un título por parte del emperador del Sacro Imperio Romano. Ahora que tenían un conde en el linaje familiar, tenían una consideración algo inflada de su familia y de lo que consideraban su deber.

—Ya sé que necesitamos un título en la familia y ya he hecho planes para conseguirlo. Los St. Claire tienen uno y la unión entre Henry y la señorita St. Claire está asegurada.

—Pero ese título no servirá de nada si Henry se decanta por una de las muchachas Worthington.

Me ruboricé.

—No tenemos nada de qué preocuparnos en ese sentido —afirmó la señora Delafield con

rotundidad y un deje de desdén en la voz.

—¿Estás segura? Porque de acuerdo con lo que Sylvia me ha contado...

—Estoy segura.

Siguió una pausa.

—¿Qué es lo que te ha contado Sylvia? —preguntó al cabo con evidente curiosidad y ni rastro de preocupación.

—Me ha dicho que cree que entre Henry y su amiga..., la que tiene las cejas...

—Kitty.

—Eso, Kitty. Se ha convertido en una joven muy hermosa, ¿no crees? A pesar de las cejas.

—Tienes toda la razón. Es muy guapa. Pero continúa, ¿qué te ha dicho Sylvia?

—Cree que entre ellos podría estar surgiendo algo.

Increíble. ¡Sylvia, su tía y su madre cuchicheaban sobre Henry y sobre mí!

Pensé en lo que mi

amiga había visto en el claro y me sonrojé por la vergüenza.

—Te estás preocupando por nada —observó la señora Delafield con un tono de voz que

reflejaba eficiencia—. Si llegara a surgir algo entre ellos, yo lo cortaré de raíz. De hecho, si

tengo la más mínima sospecha de que Kitty ha puesto sus miras en Henry, los separaré a los tres.

A él lo enviaré a Blackmoore y a Sylvia la mandaré a vivir contigo hasta que la joven lamente el

día que se le pasó por la cabeza que podía amar a Henry. Ya he pensado en todo esto. Los

separaré sin vacilación y sin escrúpulos.

—¿Por qué les permites entonces que se relacionen? ¿Por qué no los separas ya?

—¡Porque de esa manera solo conseguiría hacer circular rumores y conjeturas! Y esa niñita no los vale. Además, no me importa que Kitty se relacione con Sylvia en este momento. Sin su amistad, mi hija se volvería aún más perezosa de lo que ya es por naturaleza y nos resultaría muy difícil encontrarle un buen marido. No, no me importa que sea amiga de mis hijos de momento, siempre y cuando la cosa no vaya a más.

—¿De verdad crees que podrás controlar algo así? —La duda había teñido las palabras de aquella mujer aventajada en años.

—Por supuesto —respondió con mofa—. Además, tengo algo que Henry desea, algo que solo podrá tener si complace mi voluntad en este asunto.

—¿De qué se trata?

—De Blackmoore.

El corazón me dio un vuelco. Una larga pausa.

—¿Lo tienes por escrito?

El sofá volvió a crujir.

—No soy ninguna simplona. Hice venir al notario el verano pasado. La salud mental de mi padre ya había empezado a deteriorarse y aquel magistrado estuvo de acuerdo conmigo en que lo mejor

para todos los implicados sería hacer los cambios finales en ese punto, antes de que hubiese

perdido aún más la memoria. No me costó mucho convencer a mi padre para que firmara el nuevo

testamento. ¡Y lo mejor de todo es que él no recuerda nada de nada! —La señora Delafield soltó

una risita, pero a mí se me revolvió el estómago—. Ahora ya está hecho y si Henry intenta casarse

con alguna de las muchachas Worthington o cualquier otra que yo no haya aprobado, perderá

Blackmoore: la casa, la propiedad y la renta vinculada. Todo irá a parar a manos de George.

Me sentía mareada. El olor de las peonías a mi alrededor se había vuelto de pronto repugnante y sentía arcadas. Me apoyé en la pared, pues necesitaba el apoyo que en ella encontré.

—Al parecer, te había subestimado —observó la tía.

—Mucho.

La señora Delafield parecía tan satisfecha, tan pagada de sí misma. Sentía como si me faltara el aire tras los pliegues de aquellas cortinas.

—Te he contado todo esto en la más estricta confidencialidad —añadió la señora Delafield—.

Aún no se lo he confesado a Henry y no quiero hacerlo a menos que sea necesario.

—¡Descuida! No hay ni un solo joven sobre la tierra que soporte la idea de que le corten las alas.

—Cierto. —Hizo una pausa—. Sé reconocer al enemigo a mis puertas, hermana, y sé cómo protegerme de él. No deberías haber dudado de mí.

—Mientras tengas las cosas bajo control, me sentiré satisfecha.

—Créeme, yo siempre tengo las cosas bajo control.

** * **

Soy incapaz de recordar cuánto tiempo permanecí escondida tras aquellas pesadas cortinas esperando a que se marcharan. Hablaron de otros asuntos mientras yo intentaba respirar sin captar el aroma de las flores, que me producía ganas de vomitar. Cuando al fin abandonaron el saloncito, tenía la frente empapada en sudor. Esperé unos minutos antes de escabullirme de allí, compungida por la vergüenza y totalmente desolada. Muchos de los invitados intentaban escapar en ese momento del calor del salón de baile por las cristaleras. Vi a Henry al fondo del pasillo. Me llamó e intentó llegar hasta donde yo estaba, pero me di la vuelta y huí entre la multitud.

Nadie se fijó en mí cuando me dirigí a la linde del césped y simplemente seguí caminando.

Regresé a casa por el bosque con la luna llena como única compañía; el aire frío me hizo

estremecer. Nadie me oyó cuando abrí la puerta trasera de nuestra casa y subí las escaleras hasta

mi habitación. Allí me esperaba la maqueta de Blackmoore: un regalo, un sueño, el futuro que

nunca tendría, sin importar cuánto lo deseara.

Me senté en el suelo y me quité las botas despacio, primero una y después la otra. Luego me

puse en pie y contemplé la maqueta. No había derramado ni una sola lágrima en todo el camino de

vuelta, pero en ese momento la rabia se apoderó de mí. Lancé una bota contra la maqueta, pero no

di en el blanco. Tiré la otra con más fuerza aún. Esta impactó sobre el tejado, haciendo astillas la

madera. Me sentí mejor durante dos segundos.

Pero la rabia volvió, abrasadora e implacable. Abrí la puerta de mi habitación con gran

estruendo y recorrí el pasillo hasta el cuarto de Eleanor. Entré sin llamar. Mi hermana levantó la

vista de inmediato, estaba sentada frente al tocador cepillándose el pelo.

—¡Por el amor de Dios, Kitty! ¿Qué es lo que ocurre, hermanita?

Había vuelto hacía una semana y mi madre y ella se habían pasado horas cuchicheando sobre

algo que no se me había permitido escuchar, pero ahora quería la verdad. Merecía saber la

verdad.

—Quiero saber qué es lo que pasó en Brighton exactamente.

Eleanor dejó el cepillo con cuidado sobre el tocador, se atusó el cabello y se lo colocó detrás de

los hombros antes de responderme.

—Intenté conseguir que me propusieran matrimonio, pero fracasé. Eso es todo.

Me acerqué a ella y me agaché para poder mirarla a los ojos, de modo que

no le quedara

ninguna duda de lo furiosa que estaba.

—¿Cómo? ¿Qué hiciste? ¿Por qué fracasaste? ¿En qué consistió el escándalo?

Se limitó a fruncir los labios y contemplarme detenidamente durante lo que me pareció una

eternidad; tenía ganas de gritar de impaciencia.

—Solo voy a contártelo porque quizá quieras ponerlo en práctica tú misma algún día. Una

noche me colé en la habitación de lord Rule y esperé a que volviera.

Di un paso atrás

—¡No! —susurré.

—No salió bien porque su ayuda de cámara me descubrió y avisó a lady Covington de la

situación. Ella me sacó de allí antes de que tuviera la oportunidad de ver a lord Rule. —Dejó

escapar un suspiro y recuperó el cepillo—. Pero no importa, simplemente lo volveré a probar con otro.

Me agarré a la columna de la cama, pues sentía la necesidad de aferrarme a algo firme para

poder seguir en pie.

—¿Pensabas tenderle una trampa para que no le quedara más opción que casarse contigo?

—¡No me mires así, Kitty! No es algo tan terrible. Además, ni siquiera fue idea mía, fue de

nuestra madre.

Era incapaz de entenderla, ni quería hacerlo, pero lo que sí quería eran sus secretos.

—Hablando de nuestra madre, ¿por qué la señora Delafield muestra ese odio hacia ella desde

hace unos cuantos años?

Eleanor retomó su tarea de cepillarse su fina y negra melena.

—¡Ah! Pero ¿no lo sabes? La señora Delafield la descubrió coqueteando con el señor Delafield

y no puede perdonárselo.

Se me revolvió el estómago.

—No haría... nada más que coquetear, ¿verdad?

—No, él no se lo hubiese permitido.

Contemplé nuestro reflejo en el espejo. ¡Nos parecíamos tanto! Y, sin embargo, al mirar a

Eleanor sentí como si estuviera viendo a una extraña, así que me marché de allí y regresé a mi

habitación. Me sentía algo adormecida por dentro, pero en cuanto mis ojos se detuvieron en la

maqueta destruida de Blackmoore, aquella sensación desapareció y dio paso a un dolor agudo y

una intensa sensación de vacío. Me senté a los pies de los destrozos que había ocasionado y lloré

amargamente.

H

Capítulo 33

1820

Henry seguía aguardando mi respuesta. Los grajos se habían callado y el aire traía un intenso

olor a lluvia. La pena me consumía. No podía responderle, no podía revelarles los secretos de

aquella noche, sin importar el precio que tuviera que pagar por esa decisión.

—No —dije negando con la cabeza.

—¿No?

—No.

Henry agachó la cabeza y me miró fijamente con sus ojos grises. Los tenía entrecerrados, aunque

percibí en ellos un sentimiento muy vivo que era incapaz de identificar.

—Necesito saberlo.

Me mordí el labio mientras intentaba apartar de mi mente el olor de las peonías.

—Lo siento —susurré.

De pronto, se apartó de mi lado y se encaminó hacia el otro extremo de la torre; se detuvo al llegar

al muro de piedra y se dio la vuelta.

—¿Incluso si eso significa tener que renunciar a tu viaje a la India?
Negarme a responder podía costarme mi viaje a la India, pero lo que era aún
más importante —

¿más importante? Sí, realmente me lo parecía—, podía costarme lo que tenía
con Henry en ese

momento: esa proximidad, esa transparencia, ese compañerismo.

Asentí y tragué saliva.

—Si es necesario, sí. Incluso si eso implica tener que renunciar a mi viaje, no
responderé a esa

pregunta.

Volvió hacia donde yo me encontraba, pero más despacio esta vez.

—Es lo único que deseo saber. Por favor... —Hablabla con voz ronca—. Por
favor, no salgas

huyendo hacia un país dejado de la mano de Dios mientras yo me quedé aquí
haciéndome la misma

pregunta durante el resto de mi vida.

Aparté la mirada.

—Lo siento, Henry.

Me sentí muy pero que muy pequeña al decir aquello. Permanecimos en
silencio durante bastante

tiempo, hasta que al final Henry lo rompió con un suspiro.

—¿Qué hacemos ahora?

—Quizá podríamos... renegociar, supongo. —No conservaba la más mínima
esperanza, pues no

merecía indulgencia alguna, pero lo intenté de todos modos—. Podría darte
algo a cambio de tu

última proposición. Algo que desees tanto como ese secreto.

Henry me miró a los ojos y algo en los suyos cambió. Bajó la mirada y la
detuvo en mi boca.

—Un beso —propuso en voz baja.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—No hablas en serio.

—Ah, ¿no?

En su voz había un poco de burla, pero también algo más: un deje grave y
tentador que consiguió

que me estremeciera de nuevo.

El viento se embraveció y me sacudió un nuevo escalofrío y, de pronto, sin previo aviso, una lluvia helada empezó a caer del cielo. No fue algo progresivo, sino que sobre nosotros se cernió una cortina de agujas congeladas que me hizo poner cara de sorpresa. Henry tomó mi mano y echamos a correr. Recuperé el farol, pero se me cayó al suelo con las prisas y la llama se apagó. La torre se sumió entonces en la oscuridad y nos encontramos a ciegas. Henry se detuvo y choqué con él. Me agarró y me acercó hacia sí. —No te separes de mí —me dijo al oído por encima del martilleante ruido de la lluvia—. Yo te guiaré. No quiero que te caigas por la trampilla. —De acuerdo. Respiré al fin. —Espera un momento hasta que mis ojos se acostumbren a la oscuridad —murmuró. Su brazo me sujetaba con fuerza alrededor de la cintura y tenía la mano apoyada en la parte baja de mi espalda. Me recliné sobre él mientras la lluvia nos empapaba. El corazón me latía con fuerza y la mente me gritaba que hiciera algo, que encontrara una forma de recomponer lo que se había roto entre nosotros para no tener que apartarme nunca de su lado. Sin embargo, no había forma de arreglarlo y yo lo sabía. Por lo tanto, cerré los ojos, aspiré el débil aroma a brezo mojado que me llegaba y permití que mi corazón se rompiera un poco más. Por desgracia, se apartó de mi lado demasiado pronto. Su mano descendió por mi brazo hasta detenerse en mi muñeca y yo moví la mano para entrelazarla con la suya. Dejé que tirara de mí hasta que estuvimos al borde de la trampilla. Los escalones estaban resbaladizos a causa de la lluvia, por lo que descendimos despacio por la empinada y tortuosa escalera. Nos detuvimos un momento en el túnel para recuperar el aliento y aproveché

para apartar los
mechones chorreantes que me caían sobre el rostro.
—Si no nos damos prisa, acabarás resfriándote. Sigamos —me instó Henry.
No soltó mi mano en ningún momento y yo le seguí a través del túnel oscuro
que discurría bajo los
páramos. Me di cuenta entonces de que si dependiera de mí, le seguiría a
cualquier parte.
El frío fue incrementándose y la ropa empapada se adhirió a mi cuerpo,
empecé a tiritar y los
dientes me castañetearon. Abandonamos el pasadizo secreto con mucho
cuidado; Henry se encargó
de comprobar que no hubiese nadie en la sala del pájaro ni en el pasillo
antes de que yo saliera.
Levantó la vela que había dejado encendida y corrimos escaleras arriba
hacia el ala oeste dejando un
reguero de lluvia a nuestro paso. Finalmente, llegamos al pasillo que
conducía a mis aposentos y
Henry me obligó a detenerme delante de la puerta de mi habitación. Notaba
el calor de su mano junto
a la mía. Dejó la vela en el alféizar de la ventana frente a la que habíamos
charlado mi primera noche
en Blackmoore y al volverse hacia mí, con el pelo totalmente empapado, me
hizo pensar en el día que
me había rescatado del río. Sus ojos se me antojaban tan oscuros como las
nubes de tormenta del
exterior, su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración, la camisa
empapada se le pegaba a los
hombros, al pecho, a los brazos.
Tragué saliva y me aparté un poco de él. Los nervios se extendían por mi
cuerpo a toda velocidad
avivando el fuego en mis venas. Nuestro trato aún no había concluido. Henry
debía de pensar lo
mismo, ya que su boca se curvó a medio camino entre una sonrisa y una
mueca de satisfacción.
—Con respecto a ese beso...
Retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la pared contigua a mi

habitación.

—No hablabas en serio —afirmé, aunque solo creía en mis palabras a medias.

Henry, sin embargo, siguió avanzando hasta que se plantó delante de mí. Apoyó las manos en la pared, por encima de mi cabeza. Me humedecí los labios y el corazón se me disparó. Intenté reírme, pero solo obtuve un sonido leve y ronco que no se parecía en nada a lo que había pretendido.

No podía negar lo cerca que estábamos el uno del otro; el agua que resbalaba de su cabello aterrizaba en mi mejilla. No obstante, estaba aterrorizada. Nunca habíamos cruzado esa línea.

Entonces apoyó una mano en mi cintura y sentí el fuego de su roce incluso a través de la tela del vestido. Apoyé las palmas de las manos en la pared a mi espalda, intentando ralentizar el ritmo de mi respiración, que era inusualmente rápido, al igual que el de mi pulso. Me preocupaba que Henry llegara a oírlo y supiera que era capaz de causar ese efecto en mí. Ejercí más fuerza con las manos para luchar contra las ganas de acariciarle.

—Hablabas muy en serio —susurró y me sujetó la cintura con más fuerza. Mis manos abandonaron finalmente la pared y aterrizaron en las solapas de su blazer. No era mi intención agarrarle, al menos no de ese modo, pero mis manos no me consultaron. Juntaron la tela de ambas solapas y le acercaron a mí. El tiempo de pensar se había esfumado. Habíamos estado manteniendo el equilibrio al borde de ese precipicio durante demasiado tiempo y ahora íbamos a caer por él irremediabilmente. Lo sabía, con una certeza abrumadora que era incapaz de obviar.

Su mano libre abandonó la pared y se acomodó en mi nuca con delicadeza, con seguridad, como si hubiese imaginado aquella escena miles y miles de veces, y...

De pronto, una luz hendió la oscuridad del pasillo y ambos nos sobresaltamos. Aparté a Henry de un empujón e inspeccioné la procedencia de ese resplandor. Alguien se dirigía hacia nosotros desde el otro extremo del pasillo con una vela en la mano. Escudriñé la figura con más ahínco. La luz parpadeante de la vela iluminó el rostro de María y maldije entre dientes. Y así, sin más, mi comprometida situación se presentó ante mis ojos de la forma más clara. Estaba fuera de mi habitación en mitad de la noche con un hombre, ambos estábamos empapados y había estado a punto de besarle. El hecho de que se tratara de Henry solo empeoraba las cosas. Yo podría haber sido Eleanor y aquello podría haber sido Brighton una vez más. Alargué la mano hacia el picaporte y el pavor me invadió: ¡la puerta de mi habitación estaba abierta!

—Tienes que irte antes de que ella nos vea.

Henry dudó unos instantes, pero yo ya estaba entrando a toda prisa en mi dormitorio. Para mi sorpresa, choqué contra algo blando antes de haber dado dos pasos en el interior del cuarto.

Escuché un juramento apagado y acto seguido me encontraba en el suelo junto a mi madre, que no dejaba de repetir que me quitara de encima. Luego apareció María en el umbral con su vela y se quedó mirándonos.

—¿Qué pasa aquí? —Apuntó la vela hacia nosotras y entrecerró los ojos con recelo—. ¿Por qué estás empapada, Kitty? ¿Y qué haces tirada encima de nuestra madre? Intenté desesperadamente levantarme, pero las faldas se me enrollaron alrededor de las piernas y me hicieron tropezar y caer de nuevo. Mi madre me apartó de un empujón, se puso en pie y le arrebató la vela a María; luego pasó por encima de mí y encendió todos los candelabros que había

esparcidos por la habitación. Para cuando lo conseguí, la habitación estaba inundada de luz y pude ver la gloriosa expresión de triunfo en el rostro de mi madre.

* * *

—Tiene que casarse contigo. ¡Es su deber!

Mi madre se rió a carcajada limpia mientras se paseaba de aquí para allá delante de mí. Me había

sentado sobre la cama y estaba empapándolo todo, aunque poco me importaba en realidad, pues en ese momento me sentía profundamente miserable.

—No, no tiene que hacerlo. No ha pasado nada entre nosotros. Ni siquiera me ha besado.

—Querida, no importa si vuestros labios han llegado a tocarse o no. Os he visto a los dos. —Una

nueva carcajada. Las mejillas me ardían por la vergüenza—. Te he pillado viéndote a hurtadillas con

él, sola, en mitad de la noche. Y os estabais abrazando. —Se echó a reír de nuevo y dio palmas como

si fuera una niña pequeña—. ¡Oh, a su madre le dará un ataque! No pongas esa cara, Kitty, ¡es una

noticia estupenda! ¡Estupenda! Tu matrimonio será mejor que el de Eleanor y yo podré restregarle

por las narices a la señora Delafield que tú te convertirás en la dueña y señora de esta casa.

Solté un lamento.

—No, madre. Eso no pasará. Henry solo estaba... Solo estaba tomándome el pelo con eso de que

yo le debía un beso a cambio de la proposición, pero no ha pasado nada.

Mi madre se interrumpió en seco y me miró con dureza.

—¿De qué proposición estás hablando?

Me dejé caer de espaldas sobre la cama y me cubrí los ojos con las manos.

—Henry es quien me ha propuesto matrimonio. Lo ha hecho como un favor, para que pueda ir a la

India, pero no ha pasado nada inapropiado entre nosotros. ¡Se lo juro! Se ha comportado como un

perfecto caballero todas las veces.

Mi madre me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Me estás diciendo que has estado por ahí a solas con él y en plena noche en más de una ocasión desde que llegaste?

Asentí con la cabeza. Me odié por lo que acababa de revelar.

—Sí —murmuré totalmente desconsolada.

Esbozó una gran sonrisa, se puso a dar palmas y soltó una risotada estridente en señal de triunfo.

—Eres más astuta que Eleanor. Debo admitir que nunca hubiese esperado esto de ti, Kitty. No tendrá más remedio que casarse contigo.

Me incorporé en la cama presa del pánico; las lágrimas resbalaban sin fin por mis mejillas.

—No, madre. Eso es imposible. No puedo obligar a Henry a que se case conmigo. ¡No puedo hacerlo!

Pero ella desdeñó mis palabras con un gesto de la mano.

—Una joven debe servirse de cualquier artimaña que esté a su alcance para asegurarse un buen futuro.

—¡No lo haré! —grité poniéndome en pie y apartándome de la cama. Mi madre se sobresaltó—.

No le tenderé una trampa. No pienso consentir que me odie durante el resto de nuestras vidas, no

veré cómo muere su respeto hacia mí, ni centraré mi atención en otros hombres. ¡Ni hablar! No me

convertiré en usted ni seré testigo de cómo Henry se convierte en mi padre. No puedo ni imaginarlo.

—Unos cuantos sollozos y luego empecé a gritar—. ¡Prefiero casarme con ese asqueroso del señor

Cooper antes que verme obligada a casarme con Henry Delafield!

Mi voz resonó en el silencio que de pronto invadía la habitación. María puso unos ojos como

platos; pero no me miraba a mí, estaba concentrada en un punto a mi espalda. Volví la cabeza y vi a

Henry de pie en el umbral de la puerta.

Me sostuvo la mirada durante un lapso de tiempo interminable, luego se dio la vuelta y se alejó de allí.—

¡Oh, querida! —exclamó María—. Me temo que te ha oído.

Me dejé caer a plomo sobre la cama. Ya estaba hecho. Al fin lo habíamos hecho. Habíamos caído

por el precipicio y no había forma humana de volver a trepar por él.

—No importa —anunció mi madre con resolución mientras cerraba la puerta sin titubeos—.

Igualmente le obligaremos a que se case contigo.

Negué con la cabeza.

—No servirá de nada, madre. Perderá Blackmoore si se casa conmigo. La señora Delafield obligó

a su padre a ponerlo en el testamento. Se quedará sin nada.

Ni siquiera lo que acababa de anunciar la detuvo.

—¡Tonterías! Los testamentos pueden cambiarse. Además el abuelo aún está vivo. Nos

encargaremos de todo mañana. Irás a hablar con él y le convencerás para que lo cambie.

—No —repliqué gimoteando, pero la verdad es que las fuerzas me habían abandonado al ver la mirada de Henry.

—¡Oh, estoy deseando venir a visitarte cuando seas la señora de Blackmoore! ¡Ella no podrá

soportar que esté aquí, en la casa de su infancia, con poder para hacer cuanto se me antoje! Y no

podrá hacer nada para evitarlo. ¡Ajá! Me gustaría ver cómo lo intenta, una vez que estéis casados.

¿Me desairará entonces? ¡No! Nadie me desairará cuando te conviertas en la señora de Henry

Delafield. ¡Ajá! Esta es la victoria definitiva, Kitty. ¡Aún no puedo creer que lo hayas conseguido!

—Se inclinó sobre mí, tomó con una mano mi rostro y me dio un beso sobre el pelo empapado—.

Cuánto te había infravalorado.

Negué con la cabeza repetidas veces.

—No, madre. No lo haré. ¡No lo haré!

Lo repetí una y otra vez hasta que ella dejó al fin de reírse y me miró detenidamente. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano, como si quisiera borrar el beso que había malgastado.

—¿Conque no?

María se había recostado sobre los cojines.

—No seas tonta, Kitty. Pues claro que tienes que seguir adelante. Has llegado muy lejos como para dar marcha atrás ahora.

—No. —Mi voz era demasiado débil—. Puedo arreglarlo. Puedo...

Mi madre volvió a tomar mi rostro, pero esta vez no hubo nada delicado en su gesto. Me miró

directamente a los ojos, los suyos eran del mismo color que aquel cepo oxidado que había encontrado en los bosques con un conejo herido entre sus fauces.

—Contéstame a una cosa, Kitty. ¿Has cumplido tu parte del trato? ¿Te han hecho tres proposiciones de matrimonio?

Caí en la cuenta de que Henry no me había propuesto matrimonio esa noche, la lluvia nos había impedido poner fin a nuestro acuerdo.

—No —respondí en un susurro.

—Pues de acuerdo con el trato que hicimos, tienes que hacer todo lo que yo quiera. Lo recuerdas bien, ¿verdad, querida?

Volví a tumbarme sobre la cama y me cubrí mis ojos llorosos con las manos.

—No. No lo haré, madre.

—Accediste a nuestro trato, Kitty, y ahora debes asumir las consecuencias.

Recuerda... Recuerda

qué fue lo que acordamos. Recuerda qué fue lo que me dijiste. Me aseguraste que nunca cambiarías de idea.

Por supuesto que recordaba haberlo dicho. En aquel momento, hasta pensaba que era cierto, pero

ahora estaba convencida de que nunca había estado tan equivocada sobre

*algo como lo había estado
sobre mí misma.*

*—Hablarás con su abuelo mañana. —Puso los brazos en jarras y me observó fijamente. Ella era fuerte y manipuladora y yo estaba atrapada, atrapada, atrapada—. ¿Qué te parece el nuevo plan, Kitty?
—Kate —susurré—. Me llamo Kate.*

E

Capítulo 34

Un año y medio antes

staba sentada en el banco semicircular situado en los jardines meridionales de nuestra casa.

No había ido al claro, donde habrían dado conmigo fácilmente; ni me había quedado en mi

habitación, con todas aquellas astillas atrapadas en la alfombra. Había salido al despuntar el día

sin que nadie me viera y había permanecido en ese banco desde entonces, a pesar de la llovizna

que me había sorprendido. Cora era mi única compañía y me concentré en escuchar a los pájaros

que piaban en los árboles que me rodeaban. La alondra repetía sin cesar su lamento

inconfundible y enternecedor. Quería cubrirme las orejas y no volver a oírlo jamás y, al mismo

tiempo, no quería dejar de oírlo nunca. Estaba tan sumida en la batalla que se estaba librando

entre mi mente y mi corazón que no oí las pisadas sobre la hierba. Me agaché para acariciar el

suave pelaje de Cora, por lo que no vi que Henry se dirigía hacia mí hasta que no cayó sobre mí su sombra.

—Te he estado buscando —anunció con dulzura a pesar de que un deje acusatorio se coló en sus palabras.

*Se me aceleró el corazón. El pelaje de Cora estaba caliente a causa del sol.
Me veía incapaz de
levantar la vista y mirarle, pues no sabía cómo actuar ni qué decir.*

—¿Kate?

Seguí sin levantar la vista.

—¿Mmm...?

*Henry se puso en cuclillas para tener el rostro a la altura del mío, pero seguí
con la mirada*

clavada obstinadamente en Cora.

*—Anoche abandonaste muy pronto el baile. —Su voz sonaba demasiado
pausada, demasiado*

*íntima—. Te estuve buscando... Vi cómo te marchabas, incluso te llamé, pero
ni siquiera te diste*

la vuelta para mirar.

Me puse en pie bruscamente y me alejé de él.

—¿Ha venido Sylvia contigo? —pregunté elevando demasiado la voz.

*—¿Sylvia? —Parecía confundido. Vi por el rabillo del ojo cómo venía hacia
mí—. ¿Por qué...?*

—¡Ah! ¡Mira! Por ahí viene.

Nunca en toda mi vida me había sentido tan aliviada de ver a mi amiga.

Parecía proceder de la

casa y llevaba algo en los brazos. Aún no había mirado a Henry a los ojos.

Simplemente no podía.

*Pero entonces se plantó delante de mí y bajó la cabeza hasta situarla frente a
mi línea de visión,*

*de modo que no me quedó más remedio que mirarle a los ojos, que esa
mañana eran del color del*

*carbón. Parecía como si se hubiese pasado un sinfín de horas pasándose la
mano por el pelo.*

*—¿Ocurre algo, Kate? ¿Qué pasó anoche? ¿Por qué te marchaste tan
pronto?*

*Me alejé de su lado y pude comprobar la expresión de sorpresa que se dibujó
en su rostro al*

hacerlo.

*Me mordí el labio. Sabía lo que tenía que hacer, pero el corazón me latía
aceleradamente a*

causa de los nervios.

—He decidido algo y quiero contároslo a Sylvia y a ti, a los dos juntos. Estiré el cuello para ver cuánto le quedaba para llegar a nuestro lado y deseé que se diera

prisa. Sentía la mirada de Henry clavada en mí.

—¡Sylvia! —grité.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—Tengo que contarte algo.

Seguía con el ceño fruncido y cuando llegó a mi lado comprobé que su mirada estaba

ensombrecida por la ira.

—¿De qué se trata, Kitty?

Por una vez no me molesté en corregirla. Me pasé una mano temblorosa por la frente, inspiré

profundamente e intenté hacer acopio de coraje.

—Creo que debería deciros a ambos que... que...

Me interrumpí. Ambos me miraban con severidad y estuve a punto de perder el valor. Resultaba

ridículo decirlo de aquella forma, pero debía hacerlo, y cuanto antes mejor.

—¿Qué le ha pasado a la maqueta de Blackmoore? —preguntó Sylvia antes de que las palabras

brotaran de mis labios.

Henry volvió rápidamente la cabeza hacia mí. Me quedé mirando a Sylvia mientras el miedo iba

apoderándose de mi estómago.

—Te estaba buscando por todas partes y he ido a tu habitación —añadió—.

¿Qué le ha pasado a

la maqueta?

Tragué saliva.

—Se... se me cayó un jarrón sobre ella. —Me volví hacia Henry—. Solo es un pequeño...

pequeñísimo agujero. —Inspiré hondo y aparté la mirada. No podía soportar cómo me estaba

mirando—. En fin, tengo que contaros algo que acabo de decidir. Ahí va: no tengo intención de

casarme. No tengo deseos de hacerlo ahora ni nunca. Me quedaré soltera

como mi tía Charlotte,
seré una aventurera y jamás me casaré.
Me ardía el cuello. Jugueteé nerviosamente con los dedos.
—Vaya, eso sí que es una novedad. —Sonaba feliz. No pude mirar a Henry—.
Ten. Te he traído
unas flores del baile. Peonías, tus favoritas, ¿verdad?
El aroma de las flores marchitas invadió mi cabeza, más dulce y empalagoso
aún que la noche
anterior, cuando había permanecido escondida entre sus sombras. Sylvia
tenía razón. Hasta
entonces me habían encantado, pero ahora su olor me revolvía el estómago.
Olían a humillación,
a rechazo, a restricciones, a revelación, a cadenas y a estrangulamiento.
Miré hacia otro lado y
con una mano aparté sus pétalos mustios y retorcidos, sus hojas marchitas,
sus formas enjutas y
su intenso aroma.
—Por favor, llévatelas.
—¿Qué ocurre?
Tomé aire por la boca para intentar despejar mi cabeza, solo que entonces
pude saborear el
aroma de las flores, que remoloneó en mi lengua. Al tragar, noté cómo
descendía por mi garganta,
pero se detuvo a medio camino entre mi boca y mi estómago y allí se quedó,
aplastante,
desesperanzador y mordaz.
—No me encuentro bien. Por eso me fui pronto anoche. No me encuentro
bien. —Me temblaban
los labios y hasta ellos me llevé las yemas de los dedos intentando detener el
temblor que me
agitaba—. Lo siento. Por favor, discúlpame.
Di media vuelta y tras el velo que entelaba mis ojos vi la camisa blanca de
Henry, toda la
extensión de tela oscura que cubría sus largas piernas, las flores malogradas
y hechas pedazos a
sus pies, el dobladillo del vestido azul celeste de Sylvia y después, la hierba.

*Hierba, hierba,
hierba, hierba, cada vez más rápido; un borrrón verde y luego gravilla,
adoquines y uno, dos, tres
escalones hasta la puerta trasera. Estaba atascada; como cada verano. Hice
fuerza con el hombro
hasta que cedió y dio paso a unas cortinas color burdeos que me acariciaron
el rostro, luego
pinturas borrosas, una puerta oscilante, un pasamanos inesperado que me
golpeó con fuerza en
las costillas y unos escalones de madera resbaladizos. Catorce escalones y
después, tres
habitaciones a cada lado. La última era la mía. La puerta estaba abierta. La
maqueta destrozada
de Blackmoore me aguardaba como algo oscuro y deforme sobre el baúl a
los pies de mi cama. El
agujero en su tejado me recordaba una boca abierta y enfadada.*

** * **

*Sylvia y yo solíamos pasar la tarde en la biblioteca con Henry. Llevaba años
constituyendo
nuestra rutina. Ella solía fingir que leía un libro hasta que concentrábamos
toda nuestra atención
en los estudios, entonces se abandonaba a su sueñecito vespertino, como le
gustaba llamarlo. Y
nadie nos interrumpía. La señora Delafield no nos molestaba, George estaba
de viaje por Europa
y Sylvia ya era lo bastante mayor para no necesitar una institutriz. Esa
llevaba siendo nuestra
rutina durante tantos años que nunca había tenido razones para
cuestionármela.
Sin embargo, aquella tarde, cuatro días después del baile, me detuve en el
umbral de la
biblioteca mientras intentaba acallar a mi escandaloso corazón. Henry ya
estaba sentado delante
de aquella mesa enorme, con todos sus libros y papeles esparcidos por
doquier, y solo levantó
ligeramente la vista cuando Sylvia se dejó caer en el sofá exhalando un*

suspiro.

—¿Acaso ha sido el día ya tan agotador para ti, Sylvia? —preguntó en un tono que rara vez le había oído emplear.

—No. Pero es que me alegro tanto de verte, querido hermano. Sylvia le dedicó una sonrisa pizpireta que él no le devolvió. Henry dirigió a continuación la mirada hacia mí, que seguía en el umbral, y enarcó una ceja.

—¿Entras o te vas?

El reto que me supuso aquella ceja enarcada y el tono cortante de su voz me ayudaron a tomar una decisión. Di un paso adelante.

—Entro.

Henry apartó algunos de sus libros para despejar el trozo de mesa que acostumbraba a ocupar yo. Tomé asiento en mi silla habitual. No había nada acogedor en aquel escenario, si bien estaba firmemente decidida a formar parte de él de todos modos. Estaba decidida a recuperar el lugar que por derecho me correspondía. En mi interior sentía que si no lo hacía ya, lo perdería para siempre. Estaba claro que a la señora Delafield le hubiese gustado que desapareciera y que nunca jamás volviera a ser un obstáculo en el futuro de su hijo, pero ella no estaba en aquella estancia; puede que fuera capaz de impedir que me casara con Henry, pero eso no significaba que pudiera impedirme ser su amiga.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté cuando me senté a la mesa.

—Doctor Fausto, de Goethe.

—¿En alemán?

—Naturlich.

Su tono cortante consiguió irritarme.

—¡Oh! ¡Naturlich! —repetí en tono sarcástico.

Henry bajó el libro y me miró.

—¿Qué tiene de malo?

—Tienes todo al alcance de la mano, Henry. Tienes un tutor que te enseña alemán, francés y latín y puedes estudiar cosas a las que yo nunca tendré acceso, así que no me vengas con que es «natural», porque no lo es en absoluto.

Henry me sostuvo la mirada; en sus ojos grises se reflejaba la lucha que mantenía consigo mismo. Parecía a punto de ponerse a discutir conmigo. Estaba segura de que desataría sobre mí el fuego que veía avivarse en su mirada, un fuego fruto de la indignación, los comentarios reprimidos y los sentimientos exaltados. El espacio que nos separaba ganó en tensión a causa de su ira y la mía. Un músculo latió en su mandíbula apretada y una fina línea se dibujó en su mejilla cuando frunció los labios. Me quedé mirando aquella arruga y un impulso nostálgico me hizo desear poder alargar la mano y acariciarle el rostro.

Bajé la mirada, inspiré hondo y guardé mis sentimientos en lo más profundo de mi ser hasta que cesara el dolor que aquella pérdida me suponía.

—Lo siento. No pretendía enfadarme después de lo amable que has sido conmigo —admití en voz baja.

De pronto, Henry alargó la mano y me agarró por la muñeca. Levanté la vista sorprendida.

—No pretendas hacerme parecer un personaje angelical —susurró furioso—. No he hecho nada por compasión, Kate. ¿Me has entendido?

Me quedé mirando su rostro fijamente, sorprendida.

Henry me soltó, se dejó caer sobre el respaldo y se pasó la mano por el pelo.

—Lo siento —susurró mientras meneaba la cabeza.

Había tantos sentimientos entre nosotros, tantas cosas que no nos estábamos diciendo. Aunque había una cosa que sí podía decirle, y es lo que hice.

—Yo también lo siento.

Y así era. Lo sentía todo. Sentía tener una madre que no dejara de avergonzarme y una hermana propensa a los escándalos. Pero sobre todo, sentía haberme enamorado de un joven que nunca podría ser mío.

Él se pasó la mano por la cara, se puso en pie y se encaminó hacia la ventana; allí se quedó durante un buen rato mirando al exterior, tanto que dejé de esperarle y tomé el libro que se encontraba en lo más alto de mi montón. Al abrirlo, emitió un crujido. Sin embargo, no llevaba más de dos páginas leyendo sobre Mozart cuando Henry volvió a la mesa, tomó asiento y recuperó su libro.

—¿Te gustaría que te contara la historia de Fausto? —Me ofreció una sonrisa—. Te lo traduciré.

Cerré mi libro.

—Sí, me encantaría.

—B

Capítulo 35

1820

uenos días.

Me aclaré la garganta e hice un nuevo intento que sonara más fuerte que el susurro

melindroso que acababa de pronunciar.

—Buenos días, señor.

Un poco mejor. Mi madre me empujó y entré dando traspies en la habitación del abuelo de Henry.

Le dediqué una mirada furiosa por encima del hombro.

—Le he dicho que lo haría, así que deje de presionarme.

—Tú límitate a hacer lo que hemos hablado —soltó agitando las manos—. Yo montaré guardia en

el pasillo. Ese sirviente descubrirá que nadie lo necesitaba en la cocina y estará de vuelta en menos

de cinco minutos, a menos que María consiga distraerle.

Con un nuevo empujón me apartó de la puerta, que cerró de golpe tras de mí, y me dejó en la habitación en penumbra.

El abuelo de Henry no estaba en la butaca que solía ocupar junto a la ventana, sino sentado en la cama con una bandeja de comida delante. Al oír la puerta, levantó la vista y sus ojos grises se posaron en mí durante un instante.

—Kate Worthington. —Rompió el silencio de la habitación con su áspera voz.

El corazón me dio un vuelco, un claro mensaje de que aquello no estaba bien, de que no podía seguir adelante con aquel sinsentido. No obstante, había hecho un pacto y los pactos debían cumplirse.

—Sí —confirmé encaminándome hacia él—. Buenos días, señor. Espero que se encuentre bien hoy.

Cuando empecé a acercarme, dirigió la vista hacia la puerta. Sus dedos aferraron la manta que le cubría el regazo y empezaron a retorcerla, sus ojos oscilaron nerviosamente entre la puerta y mi persona y agitó las piernas intranquilo. Cuando llegué a su lado, el pánico dominaba su mirada.

—¿Le importaría...? —Se humedeció los labios y tiró de los hilos de su manta—. ¿Le importaría salir, cerrar la puerta y volver a entrar?

Me quedé inmóvil y lo estudié con atención antes de responder.

—Por supuesto.

El corazón me latía apresuradamente con la clara convicción de que estaba haciendo algo que no estaba bien. Me encaminé hacia la puerta, la abrí y crucé el umbral. Mi madre me vio aparecer en el

pasillo y vino hacia mí, pero yo miré en su dirección y negué con la cabeza, luego cerré la puerta, esperé unos instantes y volví a abrirla. Él me estaba esperando. En su

mirada advertí claros signos
de alerta, sospecha y preocupación.

—Ahora... ¿qué Kate es usted? —me preguntó en cuanto puse un pie en la habitación.

El terror se apoderó de mi estómago y eché un vistazo a mi alrededor, como si fuera a encontrar la respuesta a su locura allí mismo, en aquella habitación.

—Soy Kate, señor. Kate Worthington.

—¿La Kate Worthington de quién?

Tragué saliva. Definitivamente no era la Kate de Henry, aunque tampoco pertenecía a mi madre ni a mi padre. En realidad, no era...

—De nadie. No soy la Kate de nadie.

Clavó en mí su mirada durante unos instantes, luego cerró los ojos y empezó a menear la cabeza una y otra vez mientras murmuraba sin parar.

—La Kate de nadie. La Kate de nadie. La Kate de nadie.

El corazón empezó a latirme más deprisa a causa del miedo y se vio sobrecogido por la pena. No debería haber ido allí, nunca debería haber sido testigo de aquella escena.

Retrocedí poco a poco,

apoyé la mano en el picaporte y abrí la pesada puerta sin hacer apenas ruido.

Mi madre se encontraba al otro lado, aguardando con impaciencia delante de la puerta.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho?

Negué con la cabeza.

—Salgamos de aquí, madre. Hoy no se encuentra bien. Debemos irnos. Me temblaban las manos.

—¡Tonterías! —Pasó por mi lado rozándome—. No hay hombre, por muy loco que esté, que no pueda ser persuadido.

Observé aterrorizada cómo irrumpía en la habitación. Al verla, el abuelo de Henry abrió bien sus

ojos grises y la alarma y el miedo se grabaron en su rostro surcado de arrugas. Acto seguido se

hundió bajo las sábanas, con tanto ímpetu que tiró al suelo la bandeja de comida, y se cubrió la cabeza con la manta. Mi madre se agachó para hacerse con ella, como si fuera a retirarla y obligar a la tortuga a salir de su caparazón.

—¡No! —grité, de pronto aterrada por él. Eché a correr y la agarré por el brazo. Mi madre me miró con los ojos como platos—. No puede hacer esto. ¡Déjele en paz! Tiré de ella, aun cuando intentó deshacerse de mí de un empujón, pero seguí haciéndolo hasta que conseguí llevarla a trompicones hasta la puerta.

—¿Qué ocurre aquí? —El mayordomo apareció en el umbral—. ¿Qué están haciendo ustedes en este cuarto?

Mi madre se zafó de mí y se atusó rápidamente el cabello. Antes de volverse hacia el mayordomo con la mejor de sus sonrisas, me fulminó con la mirada.

—La tonta de mi hija estaba intentando enseñarme la casa y me temo que se ha hecho un lío. Quizá podría mostrarnos cómo regresar a la escalera principal.

El mayordomo se fijó entonces en la cama, donde el abuelo de Henry yacía bajo las mantas, y luego en la comida esparcida por la alfombra. Me sonrojé de vergüenza cuando dirigió su mirada acusatoria en mi dirección.

—No debería abandonar a mi señor en este momento —anunció con tono cortante y una expresión que rayaba en la hostilidad—. De todos modos, estoy convencido de que hallarán fácilmente la salida de esta parte de la casa por sí solas.

Mi madre levantó la barbilla y echó los hombros hacia atrás. Tenía el rostro colorado y se le habían escapado algunos mechones de pelo de su recogido debido a nuestro forcejeo. Parecía furiosa y temible.

—No se preocupe —espetó con altivez—. No hubiese aceptado su ayuda ni

*aunque se hubiese
dignado a ofrecérmela.*

—Acompáñeme —murmuré—. Debemos irnos.

Giró sobre sus talones y se dirigió dando zancadas hacia la puerta, pero una vez allí se detuvo.

—Escúchame con atención, Kitty, y no lo olvides nunca: un sirviente que no sabe hacer su trabajo es señal de que tiene un dueño débil e incompetente —me soltó elevando la voz.

Casi se me cae la cara de vergüenza. Apoyé una mano en su espalda y la empujé hacia adelante; no dejé de hacerlo hasta que estuvimos en el pasillo y hube cerrado la puerta tras nosotras. En cuanto la solté, se dio la vuelta y me hizo frente. Sus ojos de acero centelleaban de rabia e indignación.

—¿Cómo te atreves a echarme de un cuarto? —siseó con furia—. ¿Cómo te atreves a ponerme la mano encima y alejarme de lo que deseo?

No dije nada. No podía hablar debido a la vergüenza que me ahogaba.

—Has cometido un grave error hoy, Kitty. —Me señaló con un dedo. La voz le temblaba—. Un

error muy pero que muy grave.

Pensé en aquel zorzal haciendo frente con su canto al temporal y me imaginé a mí misma subida en

lo alto de una torre cantándole al vendaval hasta la eternidad. Dentro de mí, una potente fuerza y una

gran resolución tomaron cuerpo. Di media vuelta y me alejé de ella. Eso era lo que debería haber

hecho la noche anterior o esa misma mañana.

—De hecho —gritó a mi espalda—, ya no creo que merezcas casarte con Henry Delafield. Creo

que sería mejor que María le tendiera una trampa y que tú te quedaras con el señor Cooper.

Seguí caminando.

—¿Qué te parece eso, Kitty? ¿Qué te parece ese final para nuestro trato?

Después de todo, tendrás

que decir adiós a tu preciada India y casarte con el viejo señor Cooper. De hecho, le escribiré de inmediato para decirle que has aceptado su proposición. Llegué a la escalera y deslicé la mano sobre la pulida madera del pasamanos. Su risa resonó más fuerte que mis pasos. —¿Lo ves, niña? ¿Lo ves? Al final he ganado yo. Como siempre supe que pasaría.

A

Capítulo 36

lgo había cambiado en la pequeña sala de música. Lo sentí en cuanto crucé el umbral de la puerta. No obstante, el pianoforte seguía en su sitio. Las cortinas estaban descorridas y dejaban entrar la débil luz de aquella mañana nublada. El cuadro de Ícaro ocupaba su lugar habitual como fiel guardián de la entrada al pasadizo secreto. Eché un vistazo alrededor intentando descubrir qué era lo que había cambiado. Cerré los ojos, me quedé muy quieta y agucé el oído. Y entonces caí en la cuenta de qué era lo que faltaba. No había señal de movimiento en toda la sala. Abrí los ojos de golpe y crucé la estancia dando zancadas consumida por la idea de que la señorita St. Claire hubiese emprendido ya alguna acción, como llevarse mi pájaro negro. La jaula estaba en el lugar que siempre había ocupado. Suspiré aliviada al ver sus barrotes curvados, pero cuando solo me faltaban dos pasos para llegar a ella, titubeé. Me quedé quieta y observé las perchas vacías. Me llevé la mano a la boca. Mi pájaro negro yacía de lado, totalmente inmóvil, en el fondo de su jaula. Me dejé caer sobre una silla cuando sentí que la tristeza amenazaba con ganarme. En lo más

profundo de mi alma, me sentía responsable de aquella tragedia. Aquel cuerpo inerte era de algún modo culpa mía. Acaricié los barrotes de la jaula dorada mientras me preguntaba cuál habría sido la causa de su muerte. ¿Acaso había resultado herido al golpearse contra los barrotes? ¿O habría sido por la noche de libertad de la que había disfrutado? ¿O tal vez por regresar a su jaula después de haber experimentado dicha libertad? Permanecí sentada en aquella silla en silencio durante mucho rato, durante el cual solo sentí tristeza y dolor por la pérdida de aquel pájaro sin voz. Pero entonces sentí algo más: una verdad se estaba abriendo paso en mi interior. En realidad, yo no era más que algo defectuoso que nunca debería haber soñado con tener alas. Lo cierto era que nadie vendría a abrir mi jaula y que había sido una tonta al pensar que algún día lograría huir de ella. Tras cerrar los ojos, consideré las opciones de futuro que se abrían ante mí. Podía ceder a las peticiones de mi madre, hablar con el abuelo de Henry y persuadirle para que cambiara el testamento. O podía seguir plantándole cara y regresar a casa con ella, donde sin duda se serviría de todas sus dotes persuasivas para obligarme a que me casara con el señor Cooper. O podía volver a casa sin oponer resistencia y entonces... Entonces ¿qué? Con cada nueva posibilidad me enfrentaba a una nueva jaula. Podía acabar atrapada en una construida sobre la traición de mis propios sentimientos, en la de un matrimonio no deseado o en una hecha de resignación de no ir a ningún sitio ni alcanzar jamás ninguno de mis sueños. Fuera cual fuese la opción que imaginara, lo único que veía era una jaula. «Esto también es como morir», pensé al contemplar mi futuro.

—¿Señorita Worthington?

Alcé la cabeza.

—Justo la persona que andaba buscando.

Herr Spohr cruzó la sala para venir a mi lado. En la mano llevaba un pliego de hojas y su pelo

parecía más revuelto de lo habitual.

—Esperaba encontrarla aquí. —Me miró fijamente y luego entrecerró los ojos—. ¿Ocurre algo,

Fräulein? ¿Se encuentra indispuesta?

Negué con la cabeza.

—Solo estaba pensando, Herr Spohr.

—¡Ah! ¿Y en qué?

No podía apartar la mirada de aquel cuerpo inerte ni de las plumas esparcidas en el fondo de la

jaula.

—Nunca supe a qué especie pertenecía ni nunca le oí cantar —confesé en un susurro.

—¿Fräulein?

Desvié la mirada de la jaula.

—En realidad, estaba pensando en Fausto.

Herr Spohr tomó asiento en la silla que había junto a la mía y se inclinó en mi dirección.

—¿Y a qué estaba dándole vueltas exactamente?

Señalé hacia la jaula.

—En si había sido feliz antes de su pacto con el diablo. ¿Cree que fue su inquietud la que le

condujo a un destino funesto? ¿Cree que podría haber refrenado sus pasiones? ¿O sosegado su

inquietud? ¿Podría haber sido feliz en una jaula?

Se le iluminaron los ojos con interés. Se reclinó en su asiento y se pasó una mano por el pelo,

enmarañándolo aún más.

—Mmm... Plantea usted una pregunta interesante, señorita Worthington. —

Echó un vistazo al

interior de la jaula—. Una pregunta muy interesante. ¿Fue la inquietud de Fausto la culpable de su

desgracia? Puede. ¿Sus ansias de más? Definitivamente. ¿Acaso podría haber cambiado su naturaleza en lo fundamental para no ansiar más? ¿Para, básicamente, dejar de sentir inquietud? —Levantó un hombro—. Es una pregunta difícil de responder, e inútil, en el caso de Fausto. Una pregunta mejor sería qué podría haber hecho de una manera distinta con su naturaleza inquieta. No tenía por qué haber pactado con el diablo, por ejemplo. Podría haber triunfado en la vida sirviéndose de su inteligencia, su ingenio y su talento. Pensé en lo que acababa de decirme. Esa no era la respuesta que estaba buscando, pues yo ya había hecho mi pacto y tenía que vivir con las consecuencias. No podía dar marcha atrás en el tiempo y cambiar mi decisión.

—Bueno, entonces, supongamos que ya había hecho su pacto. ¿Cree que en su caso mereció la pena?

—¿Existe algo que merezca tanto la pena como para acabar condenado en el infierno? —Herr

Spohr se encogió de hombros—. Lo dudo mucho.

Me froté la nariz. No me estaba ayudando nada en absoluto.

—En fin, yo la andaba buscando porque tenía algo para usted, señorita Worthington. —Herr Spohr

me tendió el pliego de hojas que traía—. Creo que es perfecta para usted, para su dilema faustiano.

Es lo que intentaba explicarle la otra noche durante la cena, que su forma de tocar me recordaba

mucho al gran dilema de Fausto. Percibí su inquietud cuando luchaba contra la música. Creo que esta pieza se adaptará mejor a usted.

Examiné la partitura y mi mirada se fijó en el nombre que había escrito al principio.

—¿Es una obra original? ¿Una de sus composiciones?

—Sí —respondió poniéndose en pie—. Una de mis piezas románticas. Pruebe

a tocarla y

compruebe si se ajusta a su demonio.

—Pero yo no sé interpretar música romántica.

Herr Spohr hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a mi protesta.

—Deje que sea su demonio quien decida cómo tocarla. No hay normas.

Se encaminó hacia la puerta, pero antes de cruzarla se volvió hacia mí.

—Olvidé mencionar que existe más de una versión de la historia de Fausto.

En mi ópera, Fausto es

condenado a pagar por sus errores durante toda la eternidad, es decir, debe cumplir con su parte del

pacto. Sin embargo, existen otras versiones..., versiones que terminan bien para él. En algunas, la

inocente y adorable Gertrude intercede por él en el cielo y consigue salvarle.

—Señaló la jaula y

sonrió con amabilidad—. Recuerde esto. Puede haber más de una opción para lo que algunos

considerarían un resultado inevitable. Y quizá no fue su inquietud la que mató al pájaro, sino la

propia jaula.

Sus palabras ahondaron en mi mente y encontraron un lugar en el que echar raíces entre las miserias

que la poblaban. Contemplé la jaula durante un buen rato antes de dirigirme al pianoforte. Me senté

en el taburete y desplegué la partitura, luego inspiré profundamente, coloqué los dedos sobre las

teclas y empecé a tocar la obra de Herr Spohr: Meine kleine Vogel.

No era Mozart, ni se le parecía en absoluto. Aquellas notas no eran soldaditos obedientes

desfilando en filas perfectas; aquellas notas eran seres salvajes en pleno vuelo, como los grajos que

sobrevolaban la torre en ruinas. Mi demonio interior reconoció esa música como la obra oscura y

desatada que era. Tocarla durante una hora fue como azotar a mi demonio hasta enfurecerlo. Entonces

se refugió en los rincones más recónditos de mi alma y sacó a la superficie el

dolor, la frustración y
la rabia acumulados durante años. Los hostigó hasta convertirlos en un
torrente de lágrimas que
resbalaron por mis mejillas mientras mis dedos volaban sobre las teclas. Fue
entonces cuando mi
demonio interior me dijo que debía echar a volar, que debía elegir mi destino
o de lo contrario
siempre me sentiría enjaulada, indefensa, impotente e insignificante. Escuché
a mi demonio y a mi
corazón hasta que tanto la furia como el torrente se unieron para formar una
ola gigantesca de coraje.
Entonces dejé de tocar, agarré la partitura y corrí hacia mi habitación.

A

Capítulo 37

lice se sorprendió cuando la mandé llamar en pleno día; pude verlo en su
rostro cuando se
presentó corriendo en la habitación. Mi madre y María estaban con el resto
de los invitados,
sin duda intentando ocasionar un nuevo escándalo. Cerré la puerta con llave
antes de volverme hacia
la joven mientras la esperanza y la desesperación se batían en duelo dentro
de mí.

—Necesito imperiosamente su ayuda y temo que no quiera prestármela.

—¿Qué necesita, señorita? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Debo huir de Blackmoore esta noche. Necesito hallar un modo de llegar
sana y salva hasta
Londres.

Alice puso unos ojos como platos.

—¿Piensa escaparse?

El corazón me latía descompasadamente a causa de los nervios. Tragué
saliva.

—Así es.

Crucé la habitación y me acerqué a mi baúl de viaje, levanté la tapa y saqué
la cajita con las
incrustaciones de marfil.

—Soy consciente de que le estoy pidiendo demasiado —continué—. Estoy segura de que mi tía no dudará en recompensarle las molestias, pero me gustaría pagárselo yo también de alguna manera.

Tenga. —Le tendí la cajita—. Es muy valiosa. Las incrustaciones son de auténtico marfil. Puede quedársela o venderla en Londres.

Alice negó con la cabeza y rechazó mi regalo con una mano.

—No, señorita. No lo aceptaré.

El corazón me dio un vuelco.

—Puedo pagarle algo más. Simplemente...

—No. Lo siento. No me ha entendido bien. —Una sonrisa se dibujó en su rostro—. Pienso ayudarla, pero hay favores que no se pueden comprar y que solo pueden concederse de forma gratuita.

—Pero me estaría haciendo un favor muy grande.

Pensé en todos los favores que había pedido a lo largo de mi vida, en todos los tratos que había hecho y en todos los errores por los que había tenido que pagar. Este también tendría un precio.

—Lo sé, pero de lo contrario mis hermanas no me lo perdonarían, señorita. Alice, por lo general tan reservada, esbozó una amplia sonrisa.

La interrogué con la mirada.

—Mary y Katherine, las niñas a las que les regaló los dulces. Me contaron lo amable que había sido con ellas, cómo había ido a nuestra casa y cómo las había consolado en la calle a pesar de no conocerlas de nada. Así que haré por usted lo que haría por cualquiera de mis amigos.

Negué con la cabeza y bajé la mirada avergonzada.

—No fue nada. Solo les llevé unos cuantos dulces de la pastelería.

—Eso la convierte en una de los nuestros.

Lo dijo como si fuera una declaración: estaba reivindicando mi pertenencia.

A mi mente regresaron

las palabras del día anterior, «la Kate de nadie», pero las aparté de un

plumazo. Quizá no fueran del
todo ciertas.

—Gracias —susurré con los ojos anegados en lágrimas.

* * *

—¿Piensa regresar a la India, señor Pritchard?

Mi madre estaba inclinada sobre el desagradable caballero, cuyo bigote aún
albergaba los restos
de la cena.

El señor Pritchard la miró de reojo antes de soltar un gruñido y asentir con
la cabeza secamente.

Ella seguía sin comprender lo que era obvio para todos los presentes en el
salón: el hombre con el

que había decidido coquetear no tenía ningún interés en coquetear con ella.

—¡Oh! ¡Qué pena! —se lamentó—. Debería asentarse en algún lugar más
cercano, de modo que
pudiéramos conocernos mejor.

La señorita St. Claire sonrió tras su taza de té.

—Obviamente no partirá pronto, ¿verdad, señor Pritchard? Querrá estar por
aquí para asistir..., no

sé, a alguna ocasión especial que celebren sus amigos en breve, ¿quizá?

Volví la cabeza hacia otro lado para no verme tentada de mirar a Henry. No
quería ver su reacción

ante la insinuación, apenas disimulada, de sus próximas nupcias. A pesar de
que Henry y yo

habíamos ocupado la misma estancia durante más de tres horas esa noche,
había hecho un excelente

trabajo evitándole. De hecho, había sido tan aplicada que no había mirado
en su dirección ni una sola

vez, ni durante la cena, que había durado muchísimo, ni después, cuando
habíamos pasado al salón.

Él no me había dirigido la palabra, ni se había acercado a mí, aunque
cuando pensaba en lo que me

había oído decir la noche anterior —lo de que preferiría al señor Cooper
antes que a él—, no podía

reprocharle su distanciamiento. Sin embargo, ello no significaba que no me
doliera, que no me

avergonzara y que no sintiera la puñalada reciente de su pérdida. Eran cosas muy distintas.

Estuve a punto de caerme del asiento cuando el reloj dio por fin las diez en punto. Eché una última mirada a Sylvia, que estaba sentada junto al fuego con su señor Brandon. Si las cosas continuaban como hasta ese momento, probablemente estaría comprometida para finales de año. Me alegraba verla feliz. María se había pegado al joven señor Brandon y mi madre revoloteaba de hombre en hombre como una abeja de flor en flor. La señora Delafield aferraba su taza de té con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos; daba la sensación de que estaba deseando tirársela a mi madre a la cabeza. Contemplé toda la escena antes de ponerme en pie y dirigirme hacia la puerta.

—Buenas noches, madre. Estoy cansada y voy a retirarme pronto esta noche. Ella me dedicó una mirada colérica con la que me prevenía de que tendríamos unas palabras más tarde. No esperaba menos.

—Buenas noches entonces, Kitty.

Cuando llegué a la puerta, la tentación de mirar atrás fue demasiado fuerte. Eché un vistazo por encima del hombro y descubrí a Henry observándome fijamente. El corazón me dio un vuelco y luego se me aceleró al ver la expresión en sus ojos de granito. Busqué a tientas el picaporte, aparté la vista y salí del salón a toda prisa.

** * **

—¿Todo listo, señorita? —preguntó Alice.

Me arrodillé delante del baúl y eché un último vistazo a mis vestidos, sombreros y guantes. Todo podía ser reemplazado. Tomé la cajita con las incrustaciones de marfil y después de sacar la carta de mi tía, se la tendí a Alice.

—Tenga, acéptela. No como si fuera un pago, sino porque quiero que la

tenga.

Alice titubeó, pero finalmente conseguí que la aceptara a regañadientes.

—Se la guardaré, señorita. Podrá recuperarla cuando vuelva.

Fruncí los labios para no revelar mi secreto: que nunca regresaría. Alice dejó la cajita sobre la

colcha junto a las cartas que acababa de lacrar y depositar allí. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer con ellas.

—¿Está lista la otra habitación?

Alice asintió con la cabeza. Había sido idea suya disponer otra habitación en el ala oeste para que mi madre y María no se percataran de mi ausencia hasta la mañana siguiente.

—Les diré que se encuentra indispuesta y que nadie debe molestarla.

—Bien.

La carta de mi tía y la partitura de Herr Spohr estaban guardadas en el bolsillo de mi capa de viaje,

junto con las conchas que había recogido para Oliver y guardado envueltas en un pañuelo. Eché un

vistazo a mi alrededor. ¡Era una habitación tan hermosa! Tanto como los páramos habían llegado a

ser para mí. La echaría de menos. No obstante, eran casi las diez y media y si permanecía allí mucho

más, corría el riesgo de encontrarme con mi madre o María cuando subieran a acostarse.

—Sí, estoy lista. —Le tendí a Alice los guantes, el sombrero y la capa—. La veré abajo.

* * *

A las diez y media en punto abrí la puerta de la sala del pájaro sin hacer ruido y, una vez dentro,

cerré la puerta tras de mí con cuidado. Las cortinas estaban descorridas, por lo que la luz de la luna

llena bañaba la estancia con su resplandor plateado. Crucé la sala en silencio hasta que llegué junto a

la jaula, me arrodillé delante de ella y abrí la puertecita, que emitió un chirrido casi imperceptible.

Seguro que alguna doncella descubriría el cuerpo inerte del pájaro por la mañana y se desharía de él, pero quería dejarle la puerta abierta, pues es lo que habría deseado para mí. Percibí un ruido a mi espalda, una pisada sigilosa, y a continuación la voz de Henry.

—Te marchas.

Me dio un vuelco el corazón. Me puse en pie y me di la vuelta para mirarle a los ojos; se me había disparado el pulso.

La puerta seguía cerrada, así que debía de haber estado dentro esperando o, más bien, esperándome a mí.

—¿Cómo te has enterado?

Estaba muy lejos de mí, al otro lado de la estancia, delante del cuadro de Ícaro. La luz de la luna apenas iluminaba su silueta, pero percibí el tono acusatorio de su voz.

—Lo llevabas escrito en la cara esta noche.

Dejé escapar un tembloroso suspiro.

—Tienes razón. Me marchó.

Henry empezó a caminar hacia mí.

—¿Porque preferirías casarte con ese viejo repulsivo del señor Cooper antes que verte obligada a hacrlo conmigo?

La dureza, la crueldad y la reprobación presentes en su tono de voz me golpearon como una auténtica bofetada. Retrocedí a causa del impacto.

—No —negué con voz débil y temblorosa.

—Entonces ¿por qué?

Su voz se quebró en las dos últimas palabras, al igual que algo se rompió en mi interior en mil pedazos. El causante de que me mantuviera firme en mi propósito se rompió al oír ese «por qué».

Bajé la vista hacia la jaula. El corazón me latía a toda prisa y me temblaban las manos. Y le di la

respuesta más próxima a la verdad que era capaz de confesar.

—Porque si no huyo de mi jaula ahora, nunca podré hacerlo.

Un silencio interminable siguió a mis palabras, luego Henry dejó escapar un suspiro, se pasó la mano por el pelo y se dio la vuelta. Se quedó mirando fijamente el cuadro de Ícaro. La quietud que invadía la habitación y su silencio me hicieron pensar en el pájaro que ya no agitaba sus alas y, de pronto, sentí la necesidad de estar cerca de Henry, de asegurarme de que seguía con vida. Me dirigí hacia él poco a poco hasta que pude ver cómo la luna iluminaba la mitad de su rostro y dejaba la otra mitad al amparo de las sombras. Henry estaba de brazos cruzados con la mirada fija en el cuadro, que ilustraba el momento en que Ícaro recibía sus alas.

—Estar tan cerca del cielo, caer tan lejos...

Pronunció aquellas palabras en voz tan baja que, por un momento, incluso dudé de si se estaría dirigiendo realmente a mí. Luego dejó escapar un nuevo suspiro.

—Fui un estúpido al acceder a este trato, Kate. Pensaba que sabía lo que era el sufrimiento después de haber pasado tantos y tantos años viviendo a una milla de ti, viéndote tan a menudo, teniendo derecho a tus confidencias pero no a tu amor, oyéndote decir una y otra vez que no querías casarte...

Se pasó la mano por el rostro.

»Aquello era sufrir, pero esto... —Meneó la cabeza y me di cuenta de la fuerza con la que se

abrazaba y del suave temblor que le recorría el cuerpo—. Esto ha rozado la locura. Ha sido un plan

tan descabellado como el de Ícaro al querer volar tan cerca del sol. Estar tan cerca de ti, tenerte

entre mis brazos, susurrarte las palabras que soñaba con decirte y ser rechazado una y otra vez —se

lamentó con la voz débil y ronca. La forma en que me miró hizo que un fuego prendiera en mi interior

y me dejara anclada al suelo y sin palabras. Henry empezó a respirar

entrecortadamente—. Ha sido
una auténtica crueldad.

Me daba miedo respirar. Me quedé allí de pie, con el corazón en un puño, las
manos apretadas y

los labios fruncidos para retener las palabras que nunca le confesaría.

—Esto no tiene nada que ver con nuestro trato —continuó—. Y es la última
vez que te haré esta

pregunta, Kate. No te la haré nunca más, pero necesito saberlo. Con
independencia de nuestro trato,

tengo que saber tu respuesta. No puedo pasarme el resto de la vida
preguntándome si...

Las lágrimas resbalaron por mis mejillas.

Se dio la vuelta, tomó mi mano y me acarició los nudillos con el pulgar.

Clavó sus ojos en los

míos, la luna le iluminaba el rostro.

—Te quiero, Kate —confesó en un susurro—. Quiero estar siempre a tu lado.

Cásate conmigo, por

favor.

Tenía que tomar aire, pero no podía. Cuando finalmente conseguí
pronunciar la palabra anclada en

mis labios, no fue más que un susurro ahogado.

—No.

Henry se estremeció y yo reprimí un sollozo, apenas podía verle a causa de
las lágrimas. Me soltó

la mano y me dio la espalda. Yo me dirigí hasta la ventana y observé la luna
mientras las lágrimas

resbalaban sin tregua por mis mejillas. Brotaban con tanta furia que apenas
podía respirar y mi pecho

se convulsionaba con cada intento.

Tras un largo lapso de tiempo, noté cómo Henry se situaba detrás de mí. Su
calor a mi espalda

resultaba tan tentador.

—Tengo una última pregunta y luego te dejaré marchar —dijo con la voz
quebrada.

Me llevé una mano a la garganta en un intento de detener los sollozos que
me asaltaban y asentí con

la cabeza.

Henry inspiró hondo. Le oí hacerlo, al igual que oí cómo le temblaba la voz cuando empezó a hablar en un tono suave y ronco.

—Si me quisieras...

«Te quiero.»

Noté cómo se quedaba inmóvil a causa de la sorpresa.

—¿Cómo? —soltó tras varios minutos y solo después de haber tomado aire. Me di la vuelta y le miré con los ojos muy abiertos. El corazón me latía a toda velocidad.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

Negué con la cabeza totalmente ruborizada. ¿De verdad lo había dicho en voz alta?

—Nada. No he dicho nada.

Le di la espalda, dispuesta a alejarme, pero él me detuvo por los hombros, dio un paso adelante y agachó la cabeza.

—Has dicho «Te quiero».

Me tomó en sus brazos. Apenas tuve tiempo de pensar y ya me estaba besando. Una mano en mi

cintura, para tenerme cerca; la otra en la nuca; su beso firme, pausado, suplicante. Y dejé de pensar.

Al final había cedido a los insistentes intentos de Henry por liberar a mi corazón de sus ataduras y

ahora no era más que eso, corazón; y lo atraje hacia mí y le devolví el beso, y al hacerlo, un gemido

escapó de sus labios. Me aparté un poco en busca de aire, pero él me acercó de nuevo, como si me

necesitara más a mí de lo que necesitaba respirar. Sus manos me retenían cerca de su cuerpo y

entonces susurró mi nombre, y me di cuenta en ese momento de que tenía que detener aquello. Era un

error que nunca deberíamos haber cometido. Era cruel, demasiado cruel, probar sus besos una vez y

no volver a hacerlo nunca más.

Sollocé ante aquella idea y le aparté.

—No, Henry —dije con resolución en un grito ahogado.

Vi el dolor grabado en su rostro antes de agarrarlo, atraerlo hacia mí y hundir el rostro en su pecho.

Me abracé con fuerza a su cuello y él me rodeó la cintura con los brazos y me pegó a su cuerpo.

—Has dicho que me querías.

—Y te quiero —susurré entre sollozos.

—Entonces ¿por qué me rechazas?

Me partió el corazón el sonido de su voz o, más bien, el dolor y la angustia que se adivinaban en

ella. El sonido de los sueños rotos.

Me aparté de su lado.

—Sé lo que te costaría quererme. ¡Lo sé, Henry! Se lo oí decir a tu madre la noche del baile, aún

no hace dos años.

Henry frunció el ceño, confundido.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que oíste?

Meneé la cabeza. Ese era el secreto que nunca había tenido intención de contarle, pero mi corazón

se había visto liberado de sus cadenas y me di cuenta de que ya no poseía la fuerza necesaria para

guardarlo por más tiempo. Se sublevó dentro de mí como si tuviera vida propia, decidido a huir de

su jaula particular, y escapó de mis labios acompañado de una nueva oleada de sollozos.

—Oí a tu madre decirle a tu tía Agnes que... que perderías Blackmoore si te casabas con alguien

de mi familia. Di... dijo que había cambiado el testamento y que había conseguido que tu abuelo lo

firmara. Que había hecho venir al notario. Y que... que nos separaría si yo mostraba algún interés

por ti, si yo...

—¿Cómo? ¿Que mi madre ha cambiado el testamento? —exclamó con una rudeza provocada por la

sorpresa y la incredulidad.

Asentí una única vez. Ojalá no hubiese sido testigo de aquella mirada de

*traición en el rostro de
Henry.*

—¿Estás segura? Es decir, ¿puedes afirmar con total seguridad que...?

*—Sí. —Lo que la señora Delafield me había dicho el día que me había
sorprendido hablando con
su padre me lo había confirmado—. Estoy completamente segura.*

*No fue más que un susurro, pero llenó el espacio que nos separaba de forma
tan tajante que sonó
como una sentencia de muerte.*

*Henry se pasó ambas manos por el pelo, se dio la vuelta y se alejó cuatro
pasos.*

*—Ahora ya lo sabes. —Se me fue quebrando la voz al mismo tiempo que se
resquebrajaba mi*

*corazón—. Ahora ya sabes por qué tenía que decirte, a ti y a todo el que
quisiera escuchar, que no*

*tenía intención de casarme. Tu madre nos habría separado a los tres, te
habría enviado lejos...*

Henry volvió a darse la vuelta y vino hacia mí dando zancadas.

*—No me importa, Kate —aseguró tomándome de las manos—. Eso no
cambia nada. Puedo
renunciar a Blackmoore.*

*Negué con la cabeza mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas y mi
barbilla.*

*—Para. Deja de menear la cabeza. Puedo hacerlo, Kate. Puedo renunciar a
la propiedad y lo haré
por ti.*

—No. No te lo permitiré.

*Hablaba con dureza, pues no lo había pensado detenidamente. No se había
pasado un sinfín de*

*noches en vela pensando en todo a lo que renunciaría por mí. Pero yo sí lo
había hecho y lo sabía
mejor que él.*

*—No puedes renunciar a Blackmoore por mí, Henry. ¿No ves lo que
supondría para ti? ¿Lo que le
haría a nuestro matrimonio?*

—¡No es más que una casa! ¿Cómo puedes pensar que un montón de piedras

*puede compararse
contigo?*

—¡Es algo más que un montón de piedras! Es tu hogar. Lo he visto en tus ojos. Lo es todo para ti: tu futuro, tu sustento, la vida que has planeado. ¡He sido testigo de cómo se te ilumina la cara aquí! He visto lo feliz que eres, lo realizado que te sientes, lo que supone para ti el lugar que estás destinado a ocupar.

Seguía rodeando mis manos con las suyas, sujetándolas con firmeza, como si intentara evitar que echara a volar.

—No. Has sido tú la que ha conseguido eso, no Blackmoore.

Un sollozo agitó mi voz.

—Estarías renunciando a demasiado. ¿Es que no lo ves? ¿No te das cuenta de que si te privo de lo que te importa, de lo único que has querido en la vida algún día me odiarás por ello?

—Nunca podría odiarte.

Sus palabras apenas audibles, en un tono ronco..., una declaración susurrada.

Me solté y me crucé de brazos intentando contener los pedazos rotos de mi corazón.

—Podrías. Tú no lo sabes, pero yo sí. —Me tembló la voz—. Sé lo que es el desprecio, Henry, lo que es que no te deseen, que no te amen y...

Henry me acarició el rostro con las manos y contuve la respiración, por lo que mis palabras se perdieron en mi garganta. Se acercó un poco más y tomó mi rostro entre sus manos. Lo hizo con delicadeza como si yo fuera tan frágil e indómita como nuestro pájaro negro. Ladeó la cabeza y me miró a los ojos; estábamos tan cerca el uno del otro que a pesar de la penumbra, pude ver el brillo que dominaba sus ojos grises. Tomó aire, bajó la cabeza y me besó, despacio, con delicadeza. Sus

dedos se enredaron en mi pelo, sus labios sabían a sal y a deseo. Me besó y me besó. Las rodillas me temblaban y un fuego me recorrió de los pies a la cabeza y me hizo sentir absoluta y dolorosamente deseada.

Cuando por fin separó sus labios de los míos, respiraba con dificultad. Apoyó su frente en la mía.

—Ahora también sabes lo que es ser deseada y querida —susurró. Era demasiado dulce y suponía una tentación muy grande. Mi corazón latía con fuerza, pues deseaba lo que me estaba ofreciendo.

—Sé que no has conocido antes esta clase de amor —continuó estrechándome entre sus brazos, acercándome a su cuerpo y acunándome como si pretendiese colocarme junto a su corazón para siempre—. Pero prometo que puedo amarte para siempre, pase lo que pase en nuestras vidas. Puedo y lo haré.

Mi resolución se había desmoronado con el fuego de su beso. Quería reclinarme contra su cuerpo y dejar que siguiera haciéndome sentir de aquel modo. Sin embargo, eso no estaba bien y yo sabía, en lo más profundo de mi ser, que dejarme llevar por la tentación me atormentaría con preguntas durante el resto de mi vida. Así pues, hice caso omiso de los anhelos de mi corazón y me zafé de su abrazo.

Cada centímetro de mi piel sintió el frío de estar sola y lejos de él, y empecé a tiritar, allí de pie, mientras intentaba no romperme en mil pedazos. Pero no resultaba tan sencillo como antes de que

Henry me hubiese besado. Él había abierto las jaulas que apresaban mi alma y de ellas había escapado rabia y miedo a partes iguales. Retrocedí mientras la ira y el dolor que había estado ocultando durante un año y medio desplegaban sus alas dentro de mí. Y entonces les permití echar a

volar.

—¡El amor no es suficiente! —espeté—. El amor cambia. El amor muere. ¡Yo he sido testigo de la otra cara del amor! He visto el odio, el desprecio y el resentimiento. ¡No pienso ver eso en ti! No viviré para ver el día en que me mires del mismo modo que mi padre mira a mi madre.

—¡Nosotros no somos como ellos!

—¿Cómo lo sabes? —Respiré entrecortadamente—. ¿Cómo sabes lo que nos deparará el futuro o cómo nos cambiará? ¿Cómo sabes que no te despertarás un día y me odiarás por haberte privado de tu derecho de nacimiento, de tu futuro y de la vida que siempre supiste que llevarías?

—Lo sé —respondió en voz baja, aunque con determinación y firmeza—. Conozco mi corazón.

Siempre te ha pertenecido, Kate. Siempre.

La voz se le quebró y vi a la luz de la luna una lágrima en su mejilla que me partió el corazón.

—Nunca pretendí hacerte daño —admití con la voz ahogada—. No era mi intención torturarte. La

verdad es que nunca pensé que nuestro pacto te haría sufrir.

Henry se pasó una mano por la cara e inspiró profundamente varias veces.

Parecía tan perdido y

desesperado. Supe que estaba a punto de ganar esa batalla, así que asesté un nuevo golpe.

—Además, ¿cómo viviríamos, Henry? —pregunté en un tono marcado por la desesperanza—. Si

renuncias a Blackmoore, renunciarías también a la renta asociada con la casa. ¿Qué harías entonces?

—¡Estoy dispuesto a trabajar! Soy muy inteligente y lo sabes. O quizá no, ya que no me gusta

alardear de ello, pero lo soy. —Percibí esperanza en sus palabras y vi un destello en su sonrisa; todo

aquello me pareció de lo más cruel—. No me asusta el trabajo duro. Solo... Levanté una mano para interrumpirle y contuve mis sollozos.

—No. No, Henry. No, no y no.

Henry me contempló durante un buen rato. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas pero no vacilé y, al final, la esperanza abandonó su cara y fue sustituida por la más desoladora de las desesperaciones.

—No cambiarás de parecer.

—No, nunca. —Y a pesar de que cada centímetro de mi ser temblaba, hablé con resolución—.

Tomé esta decisión hace un año y medio y he vuelto a tomarla esta noche. Y tomaré la misma decisión una y otra vez mientras nuestras circunstancias sigan siendo las mismas. No cambiaré de idea, Henry.

Él apartó la mirada, pero fui testigo de cómo se llevaba las palmas de las manos a los ojos. Me dirigí hasta la ventana y contemplé el mar iluminado por la luna. Al cabo de un buen rato, oí cómo se movía detrás de mí. Volví la cabeza a la izquierda y lo vi delante de la jaula abierta. Estaba totalmente inmóvil.

—El pájaro...

Se volvió hacia mí con aire interrogativo.

—Ha muerto.

Mis palabras fueron demasiado directas, demasiado duras. Henry se estremeció y volvió a concentrarse en la jaula. Cuando me miró de nuevo, había una expresión distinta en su mirada: una especie de horror que me dejó helada.

—No significa nada, Henry. No es ningún presagio de mi futuro, sé que es eso lo que estás

pensando. Solo es un pájaro. Yo estaré bien. Iré a Londres, a casa de mi tía, y partiremos juntas hacia la India. Y todo irá bien. Te lo prometo.

—¿Señorita Worthington?

Era Alice. Estaba en la puerta con un farol en la mano. Era el momento.

*Había llegado la hora de
terminar con nuestra tortura.*

—Tengo que irme —susurré.

*—Espera. —Henry me agarró por la muñeca cuando pasaba por su lado y
me atrajo a sus brazos—.*

*Espera. —Agachó la cabeza para hablarme bajito al oído—. Aún no te he
hecho mi última pregunta.*

*Mi corazón no podría soportar una última pregunta. Latía desbocado, era su
forma de insistir en que
estaba cometiendo el mayor error de mi vida. Sin embargo, no podía negarle
una última pregunta, así
que hundí el rostro en el calor de su cuello y dejé que me estrechara entre
sus brazos por última vez.*

—Adelante, hazla.

—Si me quisieras... —Se le quebró la voz. Carraspeó y lo intentó de nuevo—.

Si pudiéramos estar

juntos, ¿qué elegirías? ¿Quedarte conmigo o la India?

*Su aliento me acarició el cuello, sus labios me rozaron la oreja. Estaba
ablandándose y mi
resolución iba minando.*

*—A ti —susurré. Sus brazos me estrecharon con más fuerza. Y aunque no
tenía derecho a preguntar*

*algo así, no puede evitar susurrar—: Si pudiéramos estar juntos, ¿a quién
elegirías? ¿A mí o a la*

señorita St. Claire?

—Oh, Kate.

*Me acarició la mejilla y se apartó lo suficiente para poder mirarme a los
ojos.*

—Mi elección era, es y siempre serás tú.

Rodeé con mis dedos su muñeca para que se quedara a mi lado un poco más.

Era consciente de que

*aquello era una insensatez, que era una debilidad tremenda ceder a las
irreflexivas peticiones de mi
corazón.*

*Finalmente, encontré la fuerza para separarme de él. Di un paso atrás y él
me dejó marchar. Bajó*

las manos y no intentó retenerme. No se interpondría en mi camino y me permitiría escapar de mi jaula. Y le amé más aún por eso. Me sequé las lágrimas de camino a la puerta, donde mi liberación me aguardaba. Me dije a mí misma que no debía mirar atrás, pero cuando estaba traspasando el umbral, el corazón me dio un vuelco; como si Henry lo estuviera reclamando para sí. Y ya no pude evitarlo. Tenía que mirar atrás. Eché un vistazo por encima del hombro para verle una última vez, pero al instante deseé no haberlo hecho. Porque allí estaba él, con los brazos cruzados sobre el pecho y la misma expresión que le había visto el día que había muerto su padre.

A

Capítulo 38

lice me ayudó a salir de Blackmoore sin que nadie me viera y me condujo hasta los páramos, donde su hermano me esperaba con un poni. Este me tendió una sábana blanca y me mandó cubrirme con ella.

—Esta noche interpretará a Linger, el fantasma, señorita.

Alice me sonrió con malicia antes de admitir que la historia del fantasma era algo que los contrabandistas se habían inventado para asegurarse de que la gente no merodeara por los páramos de noche.

—¿Se acordará de las cartas? —pregunté echa un manojito de nervios ahora que mi plan se estaba

haciendo realidad—. En especial, de la de la señora Delafield.

No podía marcharme sin avisarla de la encerrona que mi madre planeaba tenderle a Henry usando a

María. Mi madre era capaz de cualquier cosa, sobre todo si ello implicaba torturar a la que antaño había sido su amiga.

—No se preocupe, señorita. Se la entregaré a primera hora de la mañana. Y también me ocuparé de que su madre, su hermana y la señorita Delafield reciban las suyas también. Me haré cargo de todo de acuerdo con el plan —me aseguró esbozando una sonrisa. Su hermano me ayudó a subir al poni. Fijé la vista en el frente y en el camino que nos conduciría a Whitby.

La luna llena iluminaba mi camino a través de los páramos, pero yo no podía dejar de volver la cabeza para echar un último vistazo a Blackmoore, allí en lo alto de aquel acantilado frente al mar.

El corazón se me desgarraba a cada paso y me suplicaba que regresara; sin embargo, era libre por

primera vez en mi vida y abrigaba una esperanza que nunca antes había sentido. Y al final, cuando el

poni descendió una colina y Blackmoore desapareció definitivamente de la vista, mi corazón se

entregó al dolor y amenazó con llevarme de vuelta a rastras. Pero no podía regresar a aquella vida

enjaulada, así que abandoné a mi corazón, lo dejé en Blackmoore con Henry y proseguí mi viaje con

la esperanza como única compañera. El canto de los pájaros nocturnos hablaba de mar, de tierras

lejanas y de una libertad que jamás había conocido. Lloré y sonreí a un tiempo. Cuanto más nos

alejábamos de mi madre, más ligera me sentía, hasta que desplegué los brazos como si fuera a echar

a volar y sentí cómo mi alma se expandía en mi interior. Por primera vez en la vida, me sentía

poderosa.

Era bien entrada la noche del día siguiente cuando llegué a Londres y llamé por fin a la puerta de

mi tía. Cuando pasé al salón, esta se enderezó de pronto y se llevó una mano al pecho sobresaltada.

—¿Katherine? ¿Qué demonios estás haciendo aquí a estas horas? ¿Cómo

has llegado hasta aquí?

—Me he escapado. He venido en diligencia desde Blackmoore. Estoy lista para partir con usted a la India.

Mi tía se puso en pie y se acercó a mí con los brazos abiertos y una sonrisa en los labios.

—Estoy tan orgullosa de ti, querida.

Me refugié en sus brazos y me eché a llorar.

—Mi querida niña, pero ¿a qué vienen esas lágrimas? —preguntó dándome unas palmadas en la espalda—. Deberías sentirte feliz. Estás empuñando las riendas de tu vida. Asentí con la cabeza. Tenía razón.

—Soy feliz, de verdad que sí.

No obstante, no podía dejar de llorar y al final pronuncié la única palabra que había sido incapaz de apartar de mis pensamientos.

—Henry.

Mi tía chasqueó la lengua.

—Oh, no. ¿No irás a decirme que todas estas lágrimas son por un hombre? Asentí.

—Mi querida Katherine, ningún hombre merece tal cantidad de lágrimas. Yo misma había hecho ese comentario un mes antes, se lo había dicho a María, convencida de que estaba en lo cierto. Pero en este caso no lo era, porque si existía un hombre en el mundo por el que valiera la pena llorar, ese era Henry Delafield.

Capítulo 39

Un año más tarde

Espero que te gusten los pequeños obsequios que te envío. Ya sé que no son gran cosa: plumas, conchas y dibujos del trayecto, pero espero que cada uno de ellos sirva para que no te olvides de la hermana que siempre te ha querido. ¿Se ocupa la señora Barlow de esas uñas tan sucias? ¿Sigues cuidando de Cora? Por aquí no he visto gatos, aunque sí otros animales exóticos, como monos, tigres y pájaros de todos los colores. Tía

Charlotte y yo nos hemos mudado a una colonia británica situada en las montañas intentando encontrar un respiro al calor del verano. Nunca has vivido un calor como este, Ollie. Lo siento hasta en los huesos, aunque para mi sorpresa he descubierto que no me importa, si bien a veces añoro la brisa fresca que traía el océano en Blackmoore. ¿Tienes noticias de Sylvia? O ¿de Henry? Pórtate bien con nuestros padres. Te escribiré pronto. Tal vez alguien pueda ayudarte a escribir una carta. Me encantaría recibir noticias de casa. Te echo de menos.

Con amor:

Kate

Era la quinta carta que le escribía a Oliver, aunque aún no había obtenido respuesta. Tampoco me sorprendía. Dado el tiempo que tardaba una carta en llegar a Inglaterra y lo que le llevaba después a la respuesta hacer el viaje inverso, no era de extrañar que aún no hubiese recibido carta de mi tierra natal. Aunque yo contemplo con impaciencia cómo descargaban el correo cada vez que un barco llegaba a puerto.

—¿Estás ya lista para salir, Katherine?

Mi tía se acercó a mí columpiando el sombrero, que tenía sujeto por las cintas, y con una enorme sonrisa en el semblante. La India le había hecho mucho bien. Siempre había sido un alma optimista, pero en este país era total y absolutamente feliz.

—Sí. Un momento.

Lacré la carta, escribí la dirección del destinatario y recuperé mi sombrero, que estaba colgado en un perchero, de camino a la puerta.

** * **

Mi tía se inclinó hacia mí para susurrarme algo al oído.

—Allí. En las ramas del tercer árbol a la derecha.

Escudriñé el árbol que me estaba señalando. Nos habíamos convertido en unas expertas en nuestro

pequeño pasatiempo de observar pájaros. Mi tía tenía muy buena vista, si bien a mí se me daba mejor distinguir sus cantos.

—No lo veo —admití después de mirar durante un par de minutos en esa dirección—. ¿De qué color es?

—Negro. De un negro irisado y brillante, casi azulado. Tiene la cola hendida. ¡Oh, es tan bonito!

Atisbé un movimiento en el árbol y el corazón me dio un vuelco. El pulso se me fue acelerando

conforme estudiaba el pájaro negro posado en aquella rama.

—Conozco ese pájaro —susurré—. Lo vi en...

De pronto, un canto interrumpió mis palabras. Grave, agudo, agudo, grave, grave. El pájaro sacudió

la cola y cantó de nuevo. Grave y agudo y grave de nuevo. Era un canto dulce y claro. Cerré los ojos

e intenté concentrarme en aquel sonido, pero lo único en lo que pude pensar fue en la pequeña sala de

música de Blackmoore. Vi a Henry introduciendo sus manos en la jaula y al pájaro negro volando por

toda la estancia tan alto como las alas se lo permitían. Aquel canto sonaba a libertad y a fuga, pero al

mismo tiempo también sonaba a muerte. Me hacía pensar en alas rotas y en un cuerpo inerte en el

suelo de una jaula. Me recordaba a Blackmoore: grave, agudo, agudo y grave de nuevo. Aquel pájaro

cantó sin descanso, pero cada vez que su melodía se agudizaba, yo sabía que acabaría con una nota

grave. Sabía que siempre acabaría en lamento, que siempre moriría. Siempre llegaría el declive por

muy bellas que fueran las notas agudas de su canción.

Me froté los ojos y me aclaré la garganta.

—El calor es sofocante, tía Charlotte. Creo que para mí es suficiente por hoy.

Se volvió hacia mí con su mirada suspicaz. A sus ojos no se les escapaba nada y temí que me

formulara una pregunta a la que no quisiera dar respuesta, pero en esta ocasión no lo hizo. En esta ocasión, se limitó a sonreírme con benevolencia.

—Es insoportable. ¿Qué te parece si vamos a tomar una bebida bien fría? Nos sirvieron una limonada fresquita a la sombra de una enorme sombrilla en la terraza, donde muchos de nuestros nuevos amigos también estaban disfrutando de una bebida refrescante a media tarde. Me bebí a sorbitos mi limonada mientras trataba de no pensar en el pájaro negro, en Blackmoore o en Henry, pero cuanto más me esforzaba por no pensar en ellos, más lo hacía. Aquella había sido mi odisea durante el último año. No me había resultado difícil sentirme aliviada y feliz de verme liberada de la influencia de mi madre; ni me había resultado difícil disfrutar de la compañía de mi tía, ni deleitarme con la tierra exótica que estábamos descubriendo juntas; sin embargo, silenciar el dolor incesante por lo que había perdido había resultado ser una tarea inmensamente costosa.

Tan presente estaba Blackmoore en mi mente ese día que al principio pensé que el hombre con bigote que se dirigía hacia mí no era más que un producto de mi imaginación.

—Señorita Worthington, me pareció que era usted. ¿Así que al final consiguió venir a la India? Me quedé mirándole fijamente sin saber qué decir hasta que mi tía me dio un golpecito con el codo para que reaccionara.

—¡Señor Pritchard! Menuda sorpresa.

—Lo mismo digo. No creí que realmente llevara a cabo sus planes. No parecía mucho más feliz que la primera vez que le había visto y desde luego no parecía contento de verme. Ante su mirada penetrante, recordé de pronto mis modales y le presenté a mi tía, aunque él

se limitó a saludarla con una inclinación de cabeza.

—Tengo algo para usted, pero está en mis dependencias. Nunca pensé que la vería aquí, pero le prometí que si lo hacía, se la entregaría. Haré que uno de mis criados se la traiga. Buenos días —dijo bruscamente.

Y se marchó antes de que pudiera reaccionar.

—No parece muy dotado para las habilidades sociales —aseveró tía Charlotte mientras daba un trago a su limonada y le observaba alejarse.

No obstante, lo único en lo que yo podía pensar era en qué sería lo que tenía para mí y de quién procedería. Me puse en pie y me paseé por la terraza alternando el sol y la sombra. Temblaba de los pies a la cabeza a causa de la incertidumbre y, cuando por fin un sirviente se acercó a mí con una bandeja en las manos, casi tropiezo con mis propios pies en mis ansias de hacerme con la carta que me ofrecía.

Le di las gracias rápidamente. El corazón me dio un vuelco al ver la escritura familiar que indicaba que la destinataria de aquella carta lacrada era la señorita Kate Worthington.

—Supongo que querrás leer tu carta en privado. Vamos, te acompañaré de vuelta a nuestras

habitaciones —sugirió poniéndose en pie con aire indulgente.

Me había ganado el pánico, la esperanza, el nerviosismo, el miedo y una dolorosa emoción, por lo

que no pude hacer otra cosa más que asentir y encabezar nuestra marcha apresurada. Ya en mi

habitación y con la puerta cerrada, me senté en el escritorio y examiné la carta. Recorrí con la mirada

la inclinación elegante de cada una de las letras que componían mi nombre. Henry había sido el

único en llamarme por el nombre que yo había escogido. En ese momento, con aquella carta cerrada

en las manos, todo me parecía posible. Y nada en el mundo entero se me antojaba más bello que aquel elegante «K-a-t-e».

Rompí el sello de cera con manos temblorosas y desdoblé la hoja con cuidado. La decepción invadió mi corazón cuando mis ojos echaron un vistazo a la página: se trataba de una carta muy breve; pero al menos era algo. Cerré los ojos en un intento por apaciguar mi exaltado corazón.

Finalmente, cuando ya no pude soportar más el suspense, abrí los ojos y comencé a leer.

Mi queridísima Kate:

¿Cuánto tiempo tardó Ícaro en llegar al suelo? Siento que sigo cayendo y me temo que nunca dejaré de hacerlo. Nunca conoceré el fin de esta tristeza, esta añoranza y este sufrimiento. Puede que otros cambien, pero yo nunca lo haré. Te he amado hasta donde alcanza mi memoria y seguiré amándote, deseándote y añorándote por siempre jamás.

Henry

El corazón me daba sacudidas como si se hubiese vuelto loco y apenas podía ver la letra a causa de las lágrimas que anegaban mis ojos. Pestañeé con fuerza y busqué desesperadamente la fecha de la carta: 12 de octubre de 1820. ¡Octubre! ¡Habían pasado nueve meses! Lo que significaba que Henry había escrito esa carta cuatro meses después de mi partida. Me había seguido amando durante cuatro meses, como mínimo; me había seguido amando incluso después de abandonarle.

Releí la carta una y otra vez y dejé que las lágrimas mancharan mi vestido sin preocuparme siquiera de intentar enjugármelas. Henry había escrito aquella carta hacía nueve meses. ¡Oh, lo que hubiese dado por saber lo que pensaba y lo que sentía en ese preciso instante!

—¿Son buenas o malas noticias? —me preguntó tía Charlotte desde la

puerta.

Me sequé las mejillas.

—Aún no lo sé.

** * **

Pasé el resto del día y la noche distraída. No podía dejar de repasar las palabras que Henry me había escrito en su carta. Me resultaba imposible permanecer sentada durante más de unos minutos o

mantener una conversación con mi tía. Cuando cayó la noche, encendí dos velas, las coloqué encima

del pianoforte y desplegué la partitura que Herr Spohr me había regalado.

Estuve tocando hasta que

la oscuridad envolvió la sala, tía Charlotte me deseó buenas noches y la luz de la luna irrumpió por

los altos ventanales. Entonces tomé asiento en una butaca y me dediqué a observar la luna y a

reflexionar sobre las elecciones, la libertad y todo aquello a lo que había tenido que renunciar para

estar allí.

Huir había sido la decisión acertada; estaba más convencida incluso de lo que lo había estado un

año antes. Sin embargo, ¡oh, el sacrificio! Esa era una carga con la que tendría que lidiar toda mi

vida. La India no me había decepcionado, al menos, no del modo que había temido. Me había

brindado la libertad y la independencia que había anhelado con tanto fervor.

Mi tía Charlotte me las

había brindado. Aun así, vivir en aquel mundo me decepcionaba, pues aquella vida me había

obligado a abandonar mi corazón en beneficio de mi alma.

El sueño se olvidó de mí esa noche. Durante el desayuno, tía Charlotte me escudriñó al amparo de

su taza de té.

—Tienes un aspecto horrible, querida.

Hice una mueca.

—No he dormido en toda la noche.

—Mmm... —observó dejando con cuidado su taza de té. Apoyó la barbilla en la mano y me

contempló desde el otro lado de la mesa con una mirada penetrante que me hizo sentir transparente

—. Quizá te ayudaría centrar tu atención en otros hombres, llenar tu corazón con otra persona.

Negué con la cabeza. No se trataba de eso. Si no podía tener a Henry, no quería a nadie. Además,

había dejado mi corazón con él. El problema no era que mi corazón estuviera vacío y necesitara

alguien con quien llenarlo, sino que estaba ausente. Ya había sido absoluta e irreversiblemente

conquistado.

—Bueno, pues busquemos algo con lo que entretenernos —propuso—. He oído que hace poco

atracoó un barco. Me pregunto si traerá cartas de casa. Quizá te haya escrito Oliver o puede que

hagamos nuevos amigos entre los pasajeros. ¡Tal vez incluso llegue alguien conocido hoy!

Le dediqué una breve sonrisa.

—No estoy deprimida, tía Charlotte. Solo... pensativa.

Su sonrisa compasiva me dejó claro que no me creía, aunque era lo bastante considerada como

para no insistir más. Tras el desayuno, regresé frente al pianoforte y continué tocando la pieza de

Herr Spohr. Cada vez que lo hacía tenía algún efecto sobre mi demonio interior. En esta ocasión, mi

demonio me dijo que debía escribir, así que abandoné la música y fui en busca de papel y tinta. Me

senté delante del escritorio en el salón y escribí una carta muy sentida.

Querido Henry:

Me he pasado toda la noche tocando la partitura de Herr Spohr. Mi corazón es más débil ahora de lo que lo había sido

nunca, o quizá sea más fuerte que nunca. No lo sé. Lo único que sé es que mi voluntad se ha debilitado porque quiero

tenerte cerca, mi corazón te añora y si tuviera alas de verdad ahora mismo,

las usaría para ir volando a donde quiera que estés. Sé que dudé de la perseverancia del amor, pero estoy empezando a dudar de mis propias convicciones. Mi amor por ti no morirá, ni flaqueará, ni me dejará sola. En todo caso, mi añoranza crece con cada día que pasa, al igual que el vacío que siento sin ti. Dudo de mi experiencia con el amor. Me pregunto si mis padres supieron alguna vez lo que era amar a alguien. Me pregunto si no me equivoqué al creer que podíamos convertirnos en ellos y, por primera vez en la vida, me...

El canto de un mirlo interrumpió mis pensamientos. Me quedé quieta, esperando volver a oír ese silbido de bienvenida al hogar. ¿Lo habría imaginado? Un leve maullido desvió mi atención de la carta. Dejé la pluma sobre la mesa, que fue rodando por el escritorio y cayó al suelo mientras un gato gris entraba corriendo en la sala, resbalaba con los azulejos del suelo y aterrizaba de cabeza entre mis piernas.

Me agaché para acariciarlo y descubrí que tenía una mancha blanca en el pecho.

—¿Cora? —pregunté, sin poder creerlo.

En ese momento, alguien llamó a la puerta con suavidad y alcé la cabeza. No podía creer lo que

veían mis ojos. Era Henry, más apuesto que nunca y mucho más bronceado de lo que le había visto

jamás, incluso parecía que se le habían ensanchado los hombros. No se movió ni un ápice, se limitó a

quedarse allí de pie, mirándome como si yo fuera un oasis en mitad del desierto. Le observé sin

pestañear, pues no podía creer que estuviera allí de verdad. Debía de tratarse de un delirio de mi

imaginación producido por un exceso de música romántica y la falta de sueño.

—No creía que fuera posible —comenzó en voz baja, como si hablara para sí.

Su voz... ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo había podido sobrevivir un año entero sin escuchar su voz?

—Pero eres más hermosa de lo que recordaba.

Se me paró el corazón un instante antes de empezar su carrera frenética. Me llevé una mano al cuello. Esto no estaba pasando de verdad. Era imposible que Henry estuviera allí, tan lejos de Inglaterra.

Entonces entró en el salón. Caminaba despacio, con cuidado, como si yo fuera un ave salvaje que fuera a echar a volar si me asustaba.

—En Blackmoore dijiste... Dijiste que tomarías la misma decisión una y otra vez a menos que algo cambiara. Pues bien, Kate, he recorrido medio mundo para decirte que efectivamente algo ha cambiado. Me he negado a llevar la vida que mi madre había planeado para mí.

A esa distancia ya podía ver su rostro en detalle: sus ojos de color gris marengo, el tenue reguero de pecas en sus mejillas bronceadas. Parecía como si se hubiera pasado unos cuantos meses al sol a bordo de un barco. Me fijé en cómo su pecho subía y bajaba, en cómo su camisa blanca contrastaba con el tono dorado de su cuello y sus manos, en cómo apretaba los puños. Por fin, me convencí de que era real y me faltó la respiración.

—Le dije a Juliet que no me casaría con ella, que no podía hacerlo. En cuanto supe que me amabas, en cuanto supe que tenía una posibilidad contigo, no pude casarme con ella. No podría haber sido

feliz a su lado. —Se pasó una mano por el pelo, despeinándose. ¿Cuántas veces le habría visto

hacer ese gesto?—. Lo entendió. De hecho, fue muy comprensiva. Me confesó que siempre había

sospechado que yo te amaba, lo que era del todo cierto.

Su boca se curvó en una media sonrisa. Observé fijamente aquellos labios

rememorando lo que
había sentido al besarlos, al sostener su rostro entre mis manos, al hundir
mis dedos en su pelo. Me
percaté de que parecía mucho más claro, casi de aquel tono dorado que solía
adquirir durante su
infancia.

Henry se arrodilló delante de mí y me ruboricé. Las manos me temblaban,
pero la esperanza crecía
y crecía en mi corazón como un millón de alas agitándose a la vez dentro de
mí.

—He dejado Blackmoore al cuidado de mi hermano George y he aceptado un
empleo en la
Compañía de las Indias Orientales. He recorrido medio mundo para
encontrarte..., para demostrarte
que nunca te guardaré rencor por privarme de mi hogar, ya que he
renunciado a él libremente. Ahora
ya no hay nada que puedas arrebatarme, excepto mi corazón, pero de ese
pecado hace mucho tiempo
que eres culpable.

Percibí en sus ojos grises esperanza, pánico, miedo y amor, todo a la vez,
junto con un brillo tan
intenso que el corazón se me partió en dos y me cubrí el rostro con las
manos, totalmente abrumada.

—Kate, he venido para preguntarte una vez más si quieres pasar tu vida
conmigo. Podemos ser
aventureros juntos. Te he seguido hasta aquí, mi amor, y te seguiré adonde
quiera que elijas ir a
continuación. Te amaré pase lo que pase en el futuro. Me conoces, sabes que
soy capaz de ser tan
testarudo como tú. He abandonado mi hogar para estar contigo, por eso te
pido que abandones tus
miedos para estar conmigo, que me creas, que confíes en mí, que... —La voz
se le quebró—. Que me
quieras como yo te quiero.

Mis hombros se convulsionaron.

—Kate..., ¿te estás riendo? Kate, si estás riéndote de nuevo, te juro...

Bajé las manos y le mostré mi rostro surcado de lágrimas, luego extendí los brazos y me abandoné en los suyos. Era como llegar a casa, a la casa más segura que jamás hubiera conocido y que jamás conocería. Nos aferramos el uno al otro como si nos estuviéramos ahogando y el otro fuera la única persona en el mundo capaz de salvarnos. Y luego me besó por todo el rostro surcado de lágrimas, en los labios, en el pelo... Deseé que no se detuviera nunca.
—Tengo que decirte algo —admití cuando al fin me separé de él para tomar aire—. Tú... —Hice una pausa para secarme la nariz con la manga—. Tú no eres «el realizador de mis deseos», Henry Delafield.

Henry echó atrás la cabeza y se echó a reír.

—No, escúchame.

Tomé su rostro entre mis manos. Su mirada era dulce y resplandeciente y se paseó por mi rostro con tanta veneración que me pareció una caricia. Luego se inclinó hacia delante y me rozó la mejilla con los labios.

—Te escucho —murmuró.

Seguía abrazándome y nos separaba una distancia que era imposible estrechar más.

—No eres «el realizador de mis deseos». —Inspiré profundamente y esbocé una sonrisa—. Sino todo cuanto deseo.

—Oh, Kate —murmuró apoyando su frente en la mía—. Después de todo, eres una romántica.

—¿Q

Capítulo 40

Cinco años más tarde

ué ves allí delante, cariño?

Olivia tenía la cabeza apoyada en el hombro de su padre.

—Solo agua, papá.

—Vuelve a mirar, mi amor. ¿No ves tierra? ¿Como una sombra a lo lejos?
Me agaché para estar a su altura, de modo que su mejilla suave y
redondeada acarició la mía, y
señalé el trozo de tierra que emergía del océano.

—Mira hacia allí y espera. La costa se irá volviendo más y más clara y
entonces verás un pueblo
lleno de casas con el tejado rojo y en lo alto de un acantilado aparecerá una
casa enorme. ¿Recuerdas
qué es esa casa?

Olivia asintió con la cabeza y pestañeó. Tenía los ojos grises de su padre y
de su bisabuelo y había
heredado mis cejas oscuras, las que Henry tanto adoraba.

—¿Y qué es? —preguntó Henry sonriéndonos a ambas y estrechándonos
entre sus brazos.

—Es nuestro hogar.

A lo lejos, más allá de las aguas grises, imaginé que un mirlo cantaba.

FIN

E

Nota de la autora

scribo novela histórica porque me encanta el trabajo de investigación y
adoro inventar historias.

Si eres como yo y te gustaría saber cómo se combinan historia y ficción en
una novela histórica,
continúa leyendo. Si no, puedes pasar a los agradecimientos. Prometo no
juzgarte en absoluto.

Cuando empecé a imaginar Blackmoore, sabía que quería que se
desarrollara en el norte de

Inglaterra, rodeada por los páramos y frente al océano. Sin embargo, el
problema era que no sabía si

existía un lugar así, por lo que decidí tomar un avión, alquilar un coche y
recorrer el norte de

Inglaterra buscando el lugar perfecto para mi relato, desde Manchester
hasta Whitby y vuelta atrás.

Lo encontré en Robin Hood's Bay, en el norte de Yorkshire.

Sí, el pueblo existe de verdad. He intentado describirlo fielmente, aunque no

creo que las palabras
hagan justicia al encanto, el carácter y la belleza de este lugar azotado por
el viento. Durante cientos
de años fue un puerto dedicado al contrabando y todos los habitantes del
pueblo se vieron envueltos
en esa actividad a lo largo de los siglos. De hecho, narra la leyenda que un
rollo de seda podía pasar
desde la playa hasta lo alto de la colina sin ver la luz del día ni una sola vez.
¿Cómo?, os preguntaréis. Todas las casas estaban conectadas mediante
armarios secretos y
pasadizos. De hecho, uno de los lugareños me contó que no hacía mucho una
vecina del pueblo había
decidido renovar su cocina y al quitar uno de los armarios, se había
sorpresa sorprendido contemplando el
interior de la casa de su vecino.
La propiedad de Blackmoore está situada en el mismo punto donde se
encuentra Ravenscar, una
casa que tenía —y puede que aún tenga— pasadizos secretos y que estaba
relacionada con las
actividades de contrabando. Y aún hoy, algunos de los ancianos del pueblo
aconsejan no internarse
en los páramos de noche si uno no quiere caer en las garras de Linger, el
fantasma.
La abadía en ruinas está inspirada en Fountains Abbey, cerca de Harrogate,
en el norte de
Yorkshire. Al visitarla, uno tiene la sensación de que está habitada por unos
fantasmas de lo más
simpático. Sus torres están pobladas de grajos y las ruinas son hermosas, a
la par que trágicas.
Para el interior de Blackmoore, tomé como modelo el castillo Howard, que
también se encuentra en
el norte de Yorkshire.
Mis personajes y sus historias son totalmente ficticios, si bien es cierto que
mi documentación
inspiró en parte el relato. Por ejemplo, cuando estaba buscando un apellido
para Henry, me topé con

el de Delafield. Me gustó cómo sonaba, aunque quería asegurarme de que se utilizara en la época en la que transcurría mi historia. Mientras lo investigaba, descubrí que procedía de la familia del conde de la Feld, una familia muy antigua que residía en el castillo de La Feld, en Alsacia, Francia. Hubertus De La Feld emigró a Inglaterra en el año 1066, se hizo con algunas tierras y la familia empezó así su ascenso en la sociedad inglesa. Sin embargo, lo que realmente impulsó su ambición fue la concesión, por su valor en la batalla de Zenta, del título de conde del Sacro Imperio Romano a John Delafield en 1697. Al leerlo, imaginé una familia sedienta de otro título, uno inglés, y así nació la ambición de los Delafield, origen de los obstáculos entre Kate y Henry. Herr Louis Spohr es el único personaje basado por completo en hechos reales. Fue un músico y compositor alemán que impulsó el paso del clasicismo al romanticismo a principios del siglo XIX. Realmente escribió una ópera inspirada en Fausto y él y su mujer, Dorette, viajaron en 1820 a Inglaterra, donde ofrecieron varios recitales. No obstante, no sé si su viaje les llevó más allá de Londres y el nombre de su partitura también es invención mía. Disfruté mucho investigando el tema de los pájaros para esta novela. Una de las páginas web que me fue de gran ayuda fue www.rspb.org.uk/wildlife/birdidentifier. En ella podréis ver fotos de las aves, leer sobre sus hábitos y escuchar sus cantos. Aunque en el libro no he detallado la especie a la que pertenecía el pájaro negro de Kate, estaba inspirado en el drongo real, oriundo de la India. La mayor parte de la información sobre Robin Hood's Bay, las actividades de contrabando y los páramos la saqué de un libro que encontré en un pequeño museo del pueblo: *A History of Robin*

Hood's Bay: The Story of a Yorkshire Community (El secreto de Robin Hood's Bay: La historia de un pueblecito de Yorkshire), de Barrie Farnill.

En el caso de que haya errores o inexactitudes históricas, podéis achacarlos a mi falible naturaleza como ser humano. O quizá sean producto de mi naturaleza de escritora y mis ganas de adaptar un poco la historia real en favor de un buen relato.

N

Agradecimientos

o podría haber escrito esta novela sin la ayuda de las muchas personas que forman parte de mi

vida. Este es mi pobre intento de agradecerles que hayan estado allí para darme un

empujoncito, para tirar de mí o para mostrarme su apoyo en esta labor que puede llegar a ser

totalmente imposible en algunos momentos.

Gracias a todo el equipo de Shadow Mountain por creer en mí y en mi historia, incluso cuando yo

estaba convencida de que era la peor novela que se hubiese escrito jamás y pospusiera la entrega una

y otra vez. Especialmente, a Heidi Taylor, por sus incansables ánimos y nuestros inolvidables

almuerzos; a Chris Schoebinger, por su buen humor y optimismo inagotables; a Lisa Mangum, por

pedirme un final feliz —y estar en lo cierto—; a Suzanne Brady, por su impecable labor correctora; y

a Heather Ward, por su magnífica portada y su diseño insuperable.

Gracias a mi agente, Laurie McLean, que ha sido mi animadora, mi entrenadora y mi refugio en

cada tormenta. Sin ti me habría sentido perdida.

A todas las integrantes del Taller de Escritura de la Alegría y la Genialidad... ¿Qué puedo decir?

Me habéis dado alegría, me habéis aportado genialidad y me habéis salvado de mis propios

demonios en numerosas ocasiones. Gracias a todas por vuestra sabiduría, vuestra compasión, vuestra

gracia y vuestra valentía. Va por vosotras: Erin Summerill, Jessie Humphries, Katie Dodge, Donna

Nolan, Ruth Josse, Peggy Eddleman, Kim Krey, Sandy Ponton, Jeigh Meredith, Julie Maughon,

Christine Tyler y Chantele Sedgwick.

Mil gracias a mi querida amiga Marla Kucera por la aventura de nuestro viaje a Inglaterra. Hiciste

que todo fuera tan divertido, no gritaste mucho al verme conducir y aquel gato que te siguió por todo

el cementerio fue la guinda del pastel.

Gracias a mis conejillos de indias, por ser esos amigos a las que siempre puedo confiar mis

borradores: Jinjer Donaldson, Jaime Richardson, Stacey Ratliff, Pam Anderton, Julie Dixom, mi

madre y los miembros del Taller de Escritura de la Alegría y la Genialidad.

Gracias a los lectores a los que les gustó Edenbrooke y me pidieron otro libro. Gracias a todos los

fans que tengo por Internet, por ayudarme a recopilar ideas y acompañarme durante todo el camino.

¡Esta historia es para vosotros!

Gracias a Christine Walter por ese cuadro maravilloso que inspiró este relato.

Gracias a mis queridos Fred, Adah, David, Sarah y Jacob por aguantarme en los momentos de

estrés cuando no conseguía cumplir los plazos de entrega y por perdonar que me perdiera las

vacaciones familiares, tantos partidos de fútbol y otras muchas cosas. Tenéis todo mi amor y mi

gratitud incondicional. Gracias también a mis padres, Frank y Ruth Clawson, por mudarse cerca y ser

mi salvavidas una y otra vez. Gracias a mis hermanas, Kristi, Jenny y Audrey. Os quiero muchísimo.

Y doy gracias a mi extensa familia política: los Donaldson, los Hofhein, los Nick, los Hinmon y los

Clawson.

Y una vez más debo reconocer la ayuda de Dios en mi trabajo. En lo referente a salvavidas y refugios, no hay nadie como Él.

1

2

3

4

5

6

7

Tras la lectura

En repetidas ocasiones a lo largo de la novela, has sido testigo de cómo Kate pedía a los

demás que dejaran de llamarla Kitty. ¿Alguna vez has intentado adoptar una nueva identidad

mediante un nombre diferente? ¿Nuestros nombres desempeñan un papel en cómo nos

perciben los demás o en cómo nos vemos a nosotros mismos? ¿Por qué es Henry el único que

llama a Kate por el nombre que ella ha escogido, en lugar de llamarla Kitty?

El decoro, los títulos y la reputación tienen un papel muy importante en la vida de los

personajes. La propia reputación de Kate se ve afectada por los actos de su hermana Eleanor,

hasta el punto de que Sylvia cree que ningún hombre que esté al tanto del escándalo querrá

casarse con ella. Por otro lado, la señora Delafield está decidida a que ningún escándalo

salpique Blackmoore, llegando incluso a reprender a Kate por salir sola por la mañana.

¿Consideras que las expectativas culturales de la sociedad en la que vive Kate son injustas?

¿Qué expectativas culturales de decoro, si las hay, vemos hoy en día? ¿Hasta qué punto

afectan a nuestra vida? ¿Estas restricciones culturales son injustas o necesarias?

Kate acusa a Henry de no entender su situación porque él es un hombre.

¿Qué diferencias

encuentras en la novela entre lo que se les permitía hacer a los hombres y lo que se les

permitía hacer a las mujeres? ¿En qué se asemeja o difiere de la cultura en la que vives?

¿Alguna vez te has sentido limitado o limitada por cuestiones de género?

¿En qué sentido?

Tras descubrir el trato que Kate ha hecho con su madre, Sylvia la acusa de egoísta y

manipuladora. ¿Crees que tiene razón? ¿Opinas que Kate obró mal al realizar semejante pacto

con su madre o al coquetear con hombres en los que no estaba interesada?

¿Alguna vez has

manipulado a alguien en tu propio beneficio? ¿Es aceptable ese comportamiento?

¿Qué opinas de la amistad que une a Kate y a Henry? ¿Crees que constituye los cimientos de

un matrimonio sólido? Si Henry se hubiese casado con la señorita St. Claire, ¿piensas que

habrían tenido un matrimonio saludable? ¿Por qué?

¿Te sorprendió el motivo por el que Kate había renunciado al matrimonio?

¿Estás de acuerdo

con las decisiones que tomó la joven tras el baile en casa de los Delafield?

¿Crees que hizo

bien al rechazar a Henry en Blackmoore, aun cuando él estaba dispuesto a renunciar a su

derecho de nacimiento por ella? ¿Qué papel desempeña el sacrificio en el amor y el

matrimonio?

La personalidad del padre de Kate está eclipsada por el peso opresivo del carácter de la

señora Worthington. ¿Cómo te sentiste cuando Kate mencionó la reclusión a la que él mismo

8

9

10

11

12

se sometía? ¿En qué difiere de lo que sentiste cuando Kate conoció al abuelo de Henry?

¿Crees que es posible conectar realmente con alguien a quien no conoces, salvo por las

historias que te han contado sobre esa persona?

Kate sueña con escapar de su jaula marchándose a Blackmoore y luego a la India. ¿Te has

sentido alguna vez atrapado o enjaulado? ¿Qué hiciste al respecto? ¿O qué desearías haber

hecho? ¿Te identificas con la necesidad de viajar que siente Kate? ¿Sueñas con viajar a algún

sitio en concreto? ¿Qué supone ese lugar para ti?

Kate estuvo soñando con Blackmoore durante toda su vida y, sin embargo, la fantasía se

convirtió en un batiburrillo de sentimientos encontrados, entre los que predominaba la

decepción. ¿Qué peligros entraña proyectar la propia felicidad en un final feliz que no

consiste más que en satisfacer las propias esperanzas y sueños en un lugar distinto? Kate

expresa su miedo a que la India tampoco llegue a estar a la altura de sus expectativas. ¿Cuál

crees que es el factor real que entra en juego a la hora de cumplir nuestros sueños y anhelos

más profundos? ¿Tuviste la sensación de que Kate era realmente feliz en la India?

Cuando Sylvia, Kate y la señorita St. Claire van a visitar Robin Hood's Bay, esta última lleva

una cesta llena de comida con la intención de dársela a los pobres. En esa misma ocasión, a

Kate se le presenta la oportunidad de comprar unos dulces a dos niñas

pequeñas, aunque no
había ido al pueblo con la intención de realizar ninguna obra benéfica.
¿Acaso una de las
acciones parece más desinteresada que la otra? ¿Qué debe movernos a la
hora de realizar un
auténtico acto de caridad? ¿El afán de la señorita St. Claire te parece algo
innato o no es más
que una disciplinada muestra de su estatus potencial?
Cuando su plan para conseguir tres propuestas de matrimonio pasa a
involucrar solo a Henry,
Kate está convencida de que el joven no sufrirá con tal petición, pues su
futuro con la señorita
St. Claire ya está decidido. ¿En qué difiere esta idea de la revelación de la
noche anterior,
cuando se da cuenta de que coquetear con alguien por quien no siente nada
es algo que haría
su madre? ¿En qué se parecen? Aun convencida de que Henry no sufriría,
¿por qué se expuso
a la agonía de tener que rechazar tres propuestas de matrimonio del hombre
del que estaba
enamorada? ¿Qué piensas de la forma en que Kate rechazó las atenciones
del joven señor
Brandon?
Muchas de las escenas principales de la novela tienen lugar en la pequeña
sala de música de
Blackmoore. ¿Qué semejanzas ves entre Kate y el pájaro que había en esa
sala? ¿Qué otras
cosas presentes en esta estancia son un símbolo del viaje que Kate debe
realizar para
conseguir sus alas y su propia voz? Hacia el final de la novela, cuando está
en la India y la
asaltan los recuerdos del pájaro y de la casa, ¿qué símbolos crees que la
conducen al punto de
partida? ¿Qué aprende con respecto a su corazón una vez que ha cumplido
su sueño de viajar
a la India?

13

14

Las palabras de Herr Spohr y su música ejercen una gran influencia sobre Kate. En un determinado momento, él le entrega la partitura de una de sus obras y le indica que no existe ninguna regla para tocarla. Además, en lo referente al pájaro, le sugiere que quizá no haya sido su inquietud la que lo haya matado, sino la propia jaula. ¿Cómo crees que influyeron estas afirmaciones en la decisión de Kate de partir? ¿Cómo influye la música en nuestra vida y en nuestras decisiones? ¿Dónde encontramos una salida para escapar de las jaulas que nos apresan?

Al final, Kate toma la dolorosa decisión de abandonar a Henry para no ser ella quien le prive de su hogar y de su herencia. ¿Crees que Henry podría haber dicho algo en ese momento para conseguir que Kate se quedara? Sin su marcha y ese cambio drástico de escenario, ¿piensas que Kate habría sido capaz de reconocer qué era lo que deseaba o dónde estaba realmente su hogar?

Edenbrooke

Marianne Daventry haría cualquier cosa por librarse de Bath y de las atenciones del señor Whittles.

Así pues, cuando recibe una invitación de su hermana melliza, Cecily, para pasar con ella el verano en una magnífica casa solariega en el campo, no se lo piensa dos veces. Por fin podrá relajarse y disfrutar la campiña mientras su hermana conquista al apuesto heredero de Edenbrooke.

Sin embargo, hasta los planes más sencillos pueden torcerse y, para empezar, se verá envuelta en

una aventura inesperada que empezará con un aterrador ataque a su carruaje y un coqueteo aparentemente inofensivo. ¿Podrá refrenar a su traicionero corazón o caerá rendida a los pies de un misterioso desconocido?

Edenbrooke

*Ganadora del premio Dama 2014 a la mejor novela romántica histórica.
Ganadora del premio Whitney a la Mejor novela de un autor novel en 2012 y también a la mejor novela romántica.*

Finalista del Foreword Magazine al Mejor libro del año.

Finalista de los premios Goodreads Choice a la Mejor novela romántica de 2012.

librosdeseda.com

facebook.com/librosdeseda

twitter.com/librosdeseda

¿Quiénes somos?

***Libros de Seda** nació de la ilusión y el esfuerzo de un grupo de profesionales que llevan trabajando en el mundo editorial cerca de veinte años. Un equipo que tiene en común una amplia experiencia en este ámbito en lengua española, con un generoso conocimiento del mercado y una sólida red de contactos profesionales.*

*Nuestra línea editorial se fundamenta en la reivindicación de la **novela romántica y erótica**, por medio de una dignificación del libro de ambos géneros, al igual que de la **novela juvenil**. En 2014, además, hemos abierto una nueva línea de **novela sentimental de crecimiento personal**, que pretendemos ir ampliando poco a poco.*

Nuestra producción se dirige a ofrecer al mercado editorial un producto, novela romántica, erótica y sentimental de calidad y novela juvenil, que cubra la elevada demanda que de este tipo de narrativa que existe en el mercado, tanto en el ámbito español como

hispanoamericano.

Si quiere saber más sobre nosotros, visite nuestra página web:

*librosdeseda.com*__